
SIBILA
FREIJO
UN CHICO
CUALQUIERA
APRENDIZ DE GIGOLÓ
VERGARA

1
Maxi

Llegaba escandalosamente tarde. En el coche con chófer que le llevaba hasta el Teatro Real, Maxi se revolvía inquieto mirando el móvil continuamente. Quería confirmar que no había más mensajes de Raquel. Quizá ya ni le dejaran entrar; entonces sí que estaría en un buen lío.

El wasap le llegó a última hora, justo cuando estaba en chándal tumbado en el sofá, en lo mejor de un capítulo de *Juego de tronos* mientras comía un grasiento cuarto de libra con patatas, saltándose la dieta a la torera.

Sorry, tesoro, es un compromiso. Viene de fuera. Sé que es tu noche libre, pero te compensaré. Hazlo por mí.

Se metió rápidamente en la ducha y tras perfumarse convenientemente preparó la ropa. Esta vez no iría en plan macarra como siempre; la ocasión requería su mejor traje. Se pondría el de Armani, que le quedaba tan bien. Raquel se lo había regalado al cumplir un mes en la agencia. Camisa blanca, por supuesto con gemelos, corbata negra fina y zapatos ingleses de cordones. Se inspeccionó cuidadosamente en el espejo de cuerpo entero del armario y comprobó que todo estaba en orden. Con aquel traje se parecía bastante a uno de aquellos tíos de los anuncios de Martini. Estaba bueno, las cosas como eran. Quizá no podía decirlo en voz alta, pero desde luego tenía todo el derecho a pensarlo. No comprendía cómo había vivido tantos años sin ser consciente de ello.

Aún llevaba el pelo mojado, pero eso era sexy; lo húmedo siempre era sexy para ellas. Le dio un trago largo a la fanta de naranja que había dejado encima de la mesa y salió a toda prisa de la casa.

El Jaguar le esperaba en la puerta tal y como había dicho Raquel.

Mientras el coche se deslizaba por la Castellana como si el asfalto fuese de mantequilla, Maxi revisó la ficha que Raquel le había enviado por *mail* hacía pocos minutos. Esta vez no había tiempo de prepararse nada. Miró la ópera a la que en teoría iba a asistir: *Las bodas de Fígaro*, de Mozart. Buscó algo de información rápidamente en Google; saldría

del paso como pudiera. Ya había visto otras de Mozart. Recordó los nombres y los apuntó en las notas de su móvil. Se trataba de la dueña de una galería de arte de México D. F. Se imaginó las preguntas que le haría y se respondió mentalmente las respuestas. Apuntó un par de artistas contemporáneos que se había aprendido: Basquiat, Bacon, Hockney. No era cuestión de parecer un paleto si ella le preguntaba cuáles eran sus pintores favoritos. Escribió en el móvil: Frida Kahlo, Diego Rivera. No conocía a más artistas mexicanos, pero bueno, suficiente para salvar el tipo. Hacía apenas unos meses ni siquiera sabía muy bien dónde estaba México.

En otro *mail,* Maxi leyó lo que se esperaba de él. En esta ocasión era algo directo, sin muchos rodeos. La tía quería ir al grano, así se lo había dicho a la propia Raquel al concertar la cita.

Cuando el coche le dejó en la plaza de Isabel II y llegó corriendo a la entrada del Real, el exterior ya estaba desierto. Obviamente, todos estaban dentro. Era la primera representación de la temporada, una cita ineludible para la sociedad madrileña.

—Lo siento, caballero, pero hace diez minutos que ha empezado la ópera. No puede usted pasar ya, está prohibida la entrada una vez comenzada la representación.

Maxi miró a la chica de la puerta de arriba abajo y supo que era el momento de sacar la artillería pesada. Fingió acento argentino; sabía que así funcionaría mejor.

—Sé que llego tardísimo, pero escucháme. Me tenés que dejar pasar. Es asunto de vida o muerte, ¿sabés? ¿Cómo te llamás? ¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Soledad, pero no puedo dejarle entrar.

—Soledad, qué hermoso nombre tenés. Ahí dentro está mi futura esposa con mis suegros. Hoy es mi noche de compromiso y la he cagado. Como no entre en la ópera, estoy muerto, ¿me entendés, preciosa? Salváme la vida, linda. Si no, mi boda se arruina.

—Lo siento, son las normas. No puede ser. Como le deje pasar me juego mi puesto —dijo ella.

—Mirá, Soledad. Si te echan, te prometo que con lo linda que sos, te rapto y me escapo con vos. Lástima que esté comprometido —dijo Maxi rozando levemente el brazo de la chica y mostrando su radiante sonrisa con unas encantadoras paletas separadas—. Por favor, Soledad —dijo juntando las manos como haciendo una plegaria imaginaria.

—Pase rápido —dijo—; planta dos, palco cinco. Corra antes de que nos pille mi supervisor.

—Linda, bonita, preciosa, hermosa —le soltó Maxi corriendo ya hacia las escaleras, lanzándole un beso al aire a la chica, que no pudo

evitar reírse mientras le miraba embobada.

Cuando abrió la puerta del palco, además de percibir los gritos de la ópera en toda su dimensión, vio un estilizado cuello que acababa en un moño alto, unos pendientes largos colgados de unas pequeñas orejas y unas piernas cruzadas sin medias y con altísimos tacones. Allí estaba su galerista.

Sin verle la cara, ya sabía que estaba buena. Respiró aliviado. Siempre era más agradable así. Se acercó por detrás a su oreja, le rozó levemente el cuello y sintió como ella se estremecía.

—Soy Maxi, Eliana. Siento el retraso. Una urgencia familiar.

Ella le miró tratando de disimular su sorpresa. Le hizo con el dedo la señal de que se callara y le señaló el asiento de al lado. El palco estaba vacío a excepción de ellos dos.

Era más guapa que la media. Rubia y elegante, de unos cuarenta años y vestida muy sexy, con un escotado traje negro.

Mientras permanecía atenta al escenario como si no le importara su presencia, Maxi acercó más su silla a la de ella. Odiaba la ópera, no soportaba todos aquellos berridos. Era una de esas cosas de la gente de dinero que no acababa de comprender. Y todos tan callados como si estuvieran en un entierro. Daban ganas de darle un cubo de palomitas a cada uno. Maxi acercó, juguetón, los labios al oído de la mujer.

—Eres guapísima, ¿lo sabías?

Ella volvió a hacerle el gesto con el dedo para pedirle silencio. Parecía un poco tímida o quizá jugaba a serlo.

—¿Qué dices? No entiendo mucho lo que está pasando —dijo ella.

Maxi se acercó de nuevo a su oído.

—Que estás tremenda y me pones muy cachondo, eso es lo único que tienes que entender.

Ella sonrió y volvió a fijar la vista en el escenario.

Maxi intentó concentrarse en el perfil de la chica. Ella le miraba por el rabillo del ojo mientras movía nerviosamente la pierna. Era el momento de pasar a la acción. Casi nunca se equivocaba. Raquel siempre le decía que debía esperar a las instrucciones de las mujeres, que eran ellas quienes mandaban, pero lo cierto era que él, de un rápido vistazo, ya sabía lo que querían. Tenía ese don.

Además, había que hacer algo para soportar la hora y media de alaridos que aún le quedaba por delante. El tal Mozart debía de estar desquiciado para hacer esa música.

Empezó a deslizar el dedo índice, muy despacio, por la nuca de la mujer, que seguía atenta al escenario. Maxi notó que se le ponía la carne de gallina y vio que empezaba a mover las piernas aún con más nerviosismo. Debía de ser su primera vez. De la nuca pasó al brazo y

lo fue recorriendo del hombro a la muñeca hasta dar con un delicado reloj de pulsera. Notó que el ritmo de su respiración se aceleraba poco a poco, que entreabría los labios y que sus pezones se empezaban a notar a través de la fina tela del vestido.

Con un movimiento seco, Maxi le agarró la pierna y frenó su ritmo histérico. Le acarició la pantorrilla y el empeine, su piel era suave. Le descalzó el zapato, que cayó al suelo sin que ella se quejase. Llevaba las uñas de los pies pintadas de negro.

Maxi no sabía cómo era capaz de excitarse en medio de aquel escándalo, pero la tal Eliana le ponía bastante. A veces le pasaba con algunas clientas. Le daba poder sentir que las excitaba. Subió hacia la rodilla; después, al muslo, abriéndose camino entre sus apretadas piernas. Ella le retiró la mano…

—Por favor, estamos en un lugar público…

—Y eso te pone aún más caliente, ¿verdad? —preguntó él.

Maxi volvió a la carga y notó como las piernas antes apretadas de ella ya no ofrecían tanta resistencia, como sus músculos y su expresión cambiaban, como inclinaba voluptuosamente la cabeza hacia atrás. Se abrió camino hasta más arriba de su muslo hasta dar con el delicado tacto de la seda de sus bragas. Entonces ella dio un respingo.

—Por favor… nos van a ver… —dijo mientras abría las piernas ya sin ningún reparo y se ponía sobre el regazo una especie de chal que llevaba.

—No quieres que pare, nena. Para eso me has llamado, ¿no? Tienes las bragas empapadas —dijo Maxi mientras se las apartaba con cuidado e introducía la mano por dentro buscando su clítoris a la vez que ella empezaba a mover suavemente las caderas.

—Esta ópera es un coñazo, Eliana. Tú lo que necesitas es un poquito de rock and roll.

Después de correrse discretamente para evitar que sus gemidos se oyeran en el palco vecino, la mujer miró a Maxi sonriendo y le dijo:

—Yo no me llamo Eliana. Creo que te has equivocado de palco y de chica, pero ha sido muy excitante. Te puedes quedar el resto de la ópera, si quieres.

Maxi miró entonces su móvil. Allí estaba. Un mensaje incendiario de Raquel:

—La clienta lleva una hora esperándote en el palco del Real. ¿Dónde coño se supone que estás? ¿Tengo que recordarte que te pagan por horas?

2
Raquel

Un año y cuatro meses antes

Raquel miró la estantería de su baño con gran concentración, como si fuera un cuadro abstracto, intentando escoger un esmalte para pintarse las uñas de manos y pies. Más de cincuenta botes perfectamente organizados por colores de la marca de cosmética de lujo Delaunay se alineaban sobre una de las baldas de cristal. Abajo, en otro estante, había lo menos veinticinco pintalabios también de la misma marca, cremas de todo tipo y una hilera de frascos de perfume, los más famosos de Delaunay. Allí había un dineral en cosméticos, eran más de los que una persona podría gastar a lo largo de toda su vida. Además, estaban los que tenía guardados en las cajas del armario. Debería venderlos en Wallapop, eBay o al menos dárselos a la Tata o a sus amigas. Las cremas caducaban y algunas de aquellas costaban más de cien euros. Decidió, más por utilizarla que por otra cosa, ponerse una reafirmante corporal que ni siquiera estaba abierta. A veces hacía eso: abría un tarro carísimo de cualquier potingue, se lo ponía una vez y luego lo dejaba pudrirse.

Aquellos eran los restos del naufragio. Lo poco que le quedaba de la vida que había tenido los últimos quince años se reducía a todos esos maquillajes y cosméticos. Ella sí se había dejado media vida en su empresa. Total, ¿para qué? Tenía la sensación de que todo lo vivido hasta aquel momento había sido tiempo perdido. Había invertido su vida en cosas que obviamente no le habían dado muy buen resultado. Primero Fer, después Delaunay. Quizá la vida se comportaba como una especie de ruleta, siguiendo las leyes caprichosas del azar. Cuando apuestas a uno o dos números puedes ganar mucho, pero también arriesgas mucho. Era mejor jugar a las tragaperras, meter monedas al trantrán y confiar en que en algún momento te caería el premio gordo. Raquel siempre había sido de saltar sin red; en realidad no sabía cómo era ni tampoco dedicaba demasiado a pensarlo. Sabía cómo era en el trabajo o cómo había sido con Fer, pero ella, ¿quién era en realidad? Y, sobre todo, ¿qué quería? ¿Y quién le iba a decir lo que tenía que hacer? Pero como decían los Stones, «No siempre puedes conseguir lo que quieres, pero, a veces, sencillamente, consigues lo que necesitas».

Tras pintarse las uñas bastante torpemente con un esmalte llamado Devil’s Kiss, de un rojo muy oscuro, casi negro, se subió a la báscula. No podía ser. Apenas pesaba cuarenta y siete kilos. A los hombres no

les gustaban las mujeres tan delgadas, pero ¿a quién demonios le importaba lo que les gustara a los hombres? A los hombres que los jodan. A Fer no le importaba que tuviera tetas de niña, de muñeca Nancy, como él decía, y ahora tampoco parecía ser un problema para que sus citas siguieran encontrándola atractiva. Era rubia, ya con eso tenía mucho ganado. Recordó la frase de aquella película de Marilyn Monroe: «Los caballeros las prefieren rubias, pero se casan con las morenas».

Estaba segura de que la mujer por quien la había abandonado su marido era morena.

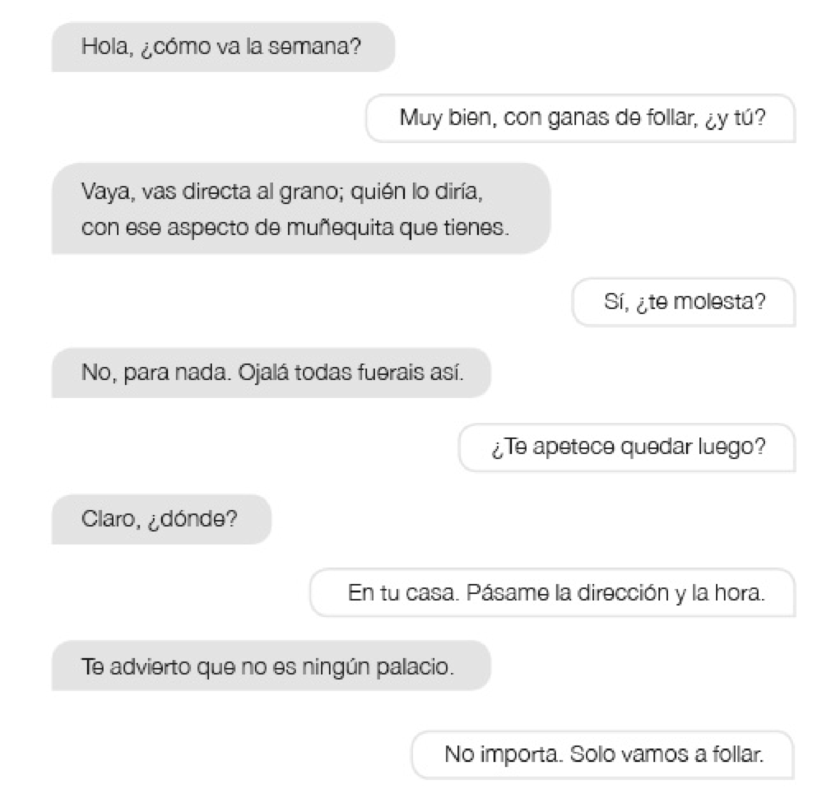
Su vestidor estaba a reventar y, sin embargo, como decían por ahí, en realidad no tenía nada que ponerse. Todo era ropa demasiado formal y sofisticada: blusas de seda, vestidos sexis, americanas, faldas de tubo y, sobre todo, montones de zapatos y botines de tacón alto, todo de buenas marcas, por supuesto, nada de Zara ni Mango. Su ropa estaba pensada para la oficina, para aquellos cientos de reuniones, para las presentaciones, los viajes de prensa, las fiestas, los *after-work*. ¿Qué coño iba a hacer ahora con todos aquellos trajes de cóctel? Se le ocurrió un posible reclamo para su anuncio en Wallapop: «Vendo armario completo de alta ejecutiva por no necesitarlo ya por estar parada o cambio por billete de avión al otro extremo del mundo. Tallas pequeñas. Primeras marcas».

Estos meses se las había apañado de sobra con un par de vaqueros, tres o cuatro jerséis y sus Converse. Ir al supermercado era su única actividad social, no había necesitado nada más.

Aquella noche le costó bastante trabajo encontrar algo medianamente sexy pero a la vez informal. Pero tampoco se iba a matar; sabía que no tardaría más de cinco minutos en estar desnuda.

Siempre escogía a tipos que vivieran cerca, así no tenía que molestarse en coger metros o taxis. Prefería ir andando, no invertir demasiado tiempo ni dinero en aquello. El de esa noche vivía por Ríos Rosas, apenas a diez minutos de su casa.

Los chats solían ser bastante parecidos.



Con más o menos variantes o mayor o menor número de mensajes, sus chats en Tinder eran siempre del estilo. A veces le apetecía hacerlo una vez por semana, otras, todos los días. Algún día, incluso, lo había llegado a hacer un par de veces. Dependía de su humor, de lo sola que se sintiera, de si estaba enganchada o no a alguna serie, de si ese día se acordaba de Fer. En cualquier caso, le sorprendía lo fácil que le resultaba, lo que habían cambiado las cosas con todas aquellas aplicaciones. Lo quieres, lo tienes. Y gratis, y sin esfuerzo. Eso era lo mejor. La calidad ya era otro cantar.

El de esa noche se llamaba Romeo. Ni se molestó en preguntarle si era un apodo o su nombre verdadero. En realidad le daba igual. Si se llamaba así, pobrecillo, vaya faena que le habían hecho sus padres, y si era un nombre falso, menuda imaginación.

Cuando le abrió la puerta le pareció menos atractivo que en las fotos, como casi todos. Estaba más gordo y era bajito. Esperaba que al menos tuviera una buena polla; últimamente tenía poca suerte en ese aspecto. Claro que lo de Fer tampoco era lo normal.

Romeo se había vaciado encima medio bote de una colonia bastante fuerte que le desagradó de inmediato. Si algo había aprendido en Delaunay era a distinguir un perfume de supermercado

de uno bueno.

—Eres muy guapa —dijo él haciéndola pasar a una especie de cuartucho que hacía las veces de salón—. Tienes cara de niña y ¡qué finita eres! ¿Te apetece tomar algo? Tengo cerveza, vino, zumo...

—No. Prefiero ir al grano. Ya he cenado en casa —contestó Raquel quitándose el vestido y quedándose en tanga—. He dejado a mi hijo con la canguro —mintió—, así que solo tengo una hora. ¿Follamos aquí o nos vamos a tu cuarto?

3
Raquel y Maxi

Raquel solo bajaba a la piscina de su urbanización a mediodía, era el único momento en el que no había niños. Armaban mucho jaleo y salpicaban. No es que tuviera nada personal contra ellos, solo pensaba que estaban un poco locos y que eran ruidosos. Prefería la tranquilidad de la hora de comer para darse un chapuzón, aunque hubiera que soportar aquel sol de justicia.

Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir viviendo en aquella casa que pertenecía a su ex. Le daba hasta miedo mirar los movimientos de su cuenta bancaria; estaba el paro, claro, aún le quedaba un año, pero casi todo lo que le daban lo invertía en pagar el pequeño alquiler que acordó con Fer y los recibos de aquel lujoso ático de Zurbano, un pisazo de dos habitaciones con una enorme terraza en una de las mejores zonas de Madrid. Su casa con Fer. Su casa de cuando tenía trabajo, de cuando se preparaba para ser feliz para siempre.

Aquella calurosa tarde de julio no había un alma en la piscina a excepción del socorrista. Debía de ser nuevo. No le había visto antes y desde luego tenía aspecto de eso, de socorrista de piscina y de aburrirse mucho. Aunque no era su tipo, Raquel no pudo evitar mirarle con disimulo por encima de la revista que estaba leyendo. La coleta que llevaba le pareció espantosa. Mucho musculito para su gusto, los tatuajes de rigor ocupando todo el brazo y, desde luego, un bañador rojo demasiado corto y provocativo para estar trabajando. Lo llevaba metido por las ingles, para que le diera más el sol, probablemente. Las piernas abiertas sobre la silla de plástico. Le recordó a los tíos que salían en *First dates*.

A veces, cuando la Tata estaba en casa, se empeñaba en que vieran juntas el programa y ella accedía a regañadientes. Se lo tragaban enterito. Ella siempre le decía que tenía que ir a la tele a buscar un novio, que en la vida no había buenos chicos, pero en la tele sí, porque ya los escogían aposta de los buenos. La Tata pensaba que era Carlos Sobera quien hacía personalmente la selección de todos los que salían en el programa.

Maxi también odiaba el verano. La gente se iba de vacaciones y el gimnasio de boxeo donde trabajaba en su barrio cerraba en agosto por

falta de clientes. No le quedaba más remedio que buscarse trabajos de temporada como aquel. En irse de vacaciones no pensaba ni de coña; hacía tres años que Isa y él habían ido a San Juan, en Alicante, y hasta entonces. La playa ese año no la iba a catar, pero piscina iba a tener por un tubo. Por lo menos, fresquito sí que iba a estar...

Un colega le había pasado un trabajo de socorrista de una urbanización pequeña en el centro de Madrid, en Chamberí. Lejos de su barrio, pero bueno; con la moto y sin tráfico tardaba un cuarto de hora en llegar. Ya había currado de socorrista algún verano y era un auténtico coñazo. Nadie se ahogaba en las piscinas de Chamberí. Había que ser gilipollas para pensar que a alguien le pudiera pasar algo allí, pero bueno, eran quinientos al mes y si ningún vecino se le ahogaba, pues mucho mejor. Tampoco él le deseaba mal a nadie.

No se podía bichear con el móvil mientras uno estaba vigilando la piscina, aunque estuviera vacía, y tampoco escuchar música. En realidad, no se podía hacer absolutamente nada, si acaso hablar con algún chaval o alguna madre, con alguien que se apiadara de su aburrimiento y le diera un poco de conversación. Miraba el agua azul turquesa y caía en una suerte de ensoñación. Pero tampoco se podía uno dormir...

Aquella tarde a esas horas solo había una chica menuda leyendo una revista. Maxi se fijó en ella no porque le llamase la atención, más bien porque no había nadie más con quien picar el ojo. La observó con detenimiento, sin que ella se diera cuenta, y la pilló mirándole en un par de ocasiones por encima de la revista. Estaba demasiado flaca como para que pudiera gustarle; no tenía curvas ni tetas ni nada, pero era rubia, con el pelo largo. Él era más de morenas, como la Isa y, desde luego, las prefería con más carne. Con tetas y culo. Su ideal era Penélope Cruz en *Jamón jamón*. Tenía un póster suyo en la habitación. Siempre estaba guapa, pero en aquella peli, madre mía.

Ya desde niño, a Maxi le gustaba adivinar la edad de la gente y sus profesiones solo por su aspecto. Durante esos días se dedicaba mucho a hacerlo para matar el aburrimiento. Aquella tía rondaría los cuarenta, estaría probablemente casada con otro estirado como ella y tendría una profesión tipo serie de televisión: abogada, consultora, publicista... algo de ese pelo. Tenía pinta de niñata, pero qué te vas a esperar en un barrio así. Solo había viejas o pijos. Y perros, había mogollón de perros, muchos más que en su barrio. Maxi dedujo que en los barrios de currantes no había tantos perros porque la gente tenía que ocuparse más de alimentarse a sí misma que de alimentar a un perro. Ahí se veía que sobraba la pasta. Después pensó que los humanos eran un poco como los perros, también necesitaban pasearse;

por eso cogían aviones y se iban de vacaciones.

La pijita dejó su revista y se metió en el agua. No lo hizo poco a poco en plan tiquismiquis como él esperaba, sino que se tiró de cabeza y además muy bien, parecía que estaba luciéndose. Luego se hizo varios largos a crol. Esta no era la que se le iba a ahogar en la piscina, eso estaba claro. Cuando salió del agua, vio que se miraba la mano con gesto preocupado y que se volvía a meter al agua. Empezó a bucear. Seguramente se le había caído alguna de sus joyas mientras nadaba. Es que a quién se le ocurre bañarse con toda esa quincalla... Pues a una pija.

—¿Has perdido algo? —le preguntó Maxi, acercándose adonde estaba.

—Sí, creo que se me ha caído uno de los anillos —respondió señalándose la mano—. Estoy intentando localizarlo, pero no lo veo.

—Espera, que te echo un cable —le dijo tirándose al agua de cabeza. Se hizo dos largos buceando sin salir a respirar y pareció que cogía algo del fondo. Le hizo a Raquel un gesto de que lo había encontrado.

—Hemos tenido suerte. Estas cosas tan pequeñas a veces se van por las trampillas de desagüe. Al menos he salvado un anillo hoy, ya me he ganado el sueldo.

Rio y cuando lo hizo ella se fijó en sus paletas separadas, que destacaban en una hilera de dientes pequeños y perfectos.

—Muchas gracias. Yo desde luego no habría podido hacerme dos largos enteros buceando, ¿cómo lo consigues? —le preguntó.

—Bueno, practico bastante deporte —aseguró él saliendo del agua —, tengo buena resistencia... Aquí tienes —dijo tendiéndole el anillo.

—Gracias, es mi anillo de compromiso. Lo llevo desde hace años.

—Entonces me alegro de haberlo encontrado —dijo él—. Eso es algo importante. Por cierto, soy Máximo, pero me suelen llamar Maxi. Ya nos veremos por aquí, voy a estar todo el verano vigilando la piscina.

—Yo soy Raquel —dijo ella volviendo a ponerse el anillo—. Sí, ya nos veremos, aunque no bajo mucho.

—¿Demasiado trabajo?

—No, demasiados niños —respondió ella sonriendo.

Horas más tarde, cuando salía aquella tarde al súper, Raquel se fijó en una moto que salía del garaje y en alguien que la saludaba con la mano. Miró hacia los pies, vio unas chanclas y supuso que se trataba del socorrista. No conocía a nadie con moto en el edificio. Tampoco a nadie que llevara chanclas.

4
Isa

Maxi aparcó la moto en la puerta de Magic Tattoo. No le había dicho nada a Isa, quería darle una sorpresa. En la mochila llevaba una botella de Freixenet, dos copas de plástico de champán y también una merienda que le había preparado su madre: sus famosas croquetas de jamón, tortilla de patata y algo de gazpacho.

—¿Se puede entrar en el estudio de tatus más molón de Madrid? —preguntó a gritos irrumpiendo en el local.

—Nene, vaya sorpresa. ¿Qué haces tú aquí? —exclamó la chica. Era más bien alta, morena de pelo y tez y con un cuerpo curvilíneo. La camiseta de tirantes que llevaba mostraba unos brazos delgados y bien torneados, cubiertos casi por entero con tatuajes; llevaba también varios *piercings* en la nariz y en las orejas—. ¿Has venido a hacerte un tatu? —preguntó.

—Ganas no me faltan, nena. Por mí me haría uno cada semana. Dentro de un mes me haces la serpiente que tengo vista. Si me tatúas algo, te quiero pagar; esto es un negocio y ahora estoy pelado. ¿Has tenido mucho lío hoy?

—Una señora de cuarenta y tantos que se ha hecho una flor en el tobillo y otra chica que ha venido con un trozo de canción para ponerse en el brazo. Poca cosa. No me ha dado para lucirme mucho, la verdad. Qué puta manía tienen ahora con lo de las frasecitas de los huevos, joder. Un tatu es un tatu. Si quieren frases, que se compren un puto cuaderno, ¿no? ¿Tú te crees que me he pasado diez años en Malasaña y Chueca currando en los mejores estudios para acabar escribiendo poesías en las nucas de las pibas?

El local, que no era muy grande, aún olía a nuevo y a pintura. Había una pequeña recepción, en donde Isa tenía dos álbumes de fotos con todos sus tatuajes y diseños, y una habitación contigua, donde estaban la camilla para los clientes y las agujas y útiles de trabajo.

—Chiqui, ¿sabes lo que vas a hacer? Vas a echar ahora mismo el cierre, vamos a estrenar este garito y después nos vamos a celebrarlo por ahí. Tengo una sorpresa preparada... y no, no es ir al Vips del Palacio de Hielo como siempre.

—Maxi, tío, nada más piensas en follar, de verdad...

—Nena, ¿qué quieres? Es verano, hace calor... Es lo suyo. Además, eres tú la que me pone cachondo con esas pestañas postizas que te me

has puesto, que no hay quien te mire sin empalmarse. Es que estás muy buena, Isa, y más en verano, con tanta carne al aire. Mira cómo me pones después de diecisiete años. Me la pones dura como la pata de una silla. Quítate las bragas, que te voy a follar en la camilla esa; así luego te acuerdas de tu churri cuando estés haciendo tus cositas. Tengo unas ganas de comerte el coño... Con este calor, hoy no pensaba en otra cosa en la piscina esa.

Isa, riéndose, fue a echar el cierre. Sabía que era imposible decir que no y a ella también le apetecía. Le encantaba Maxi por eso, porque se ponían a follar en cualquier lado, en todas partes, no importaba dónde. A veces pensaba que su relación solo se basaba en aquello.

—Señorita, túmbese en la camilla. ¿Cómo quiere que le haga el tatuaje, con la mano o quizá con la lengua?

—Mmm, creo que con la lengua —respondió ella.

—Para empezar, tiene usted que tocar algo muy duro que tengo aquí. En cuanto lo haga, podré empezar el trabajo. Es como un botón de on/off —dijo Maxi llevándole a Isa la mano hasta su polla. Ella la notó dura bajo la mano, como siempre. Su chico jamás había tenido un gatillazo, siempre estaba listo para el ataque.

Después, él le quitó las bragas y la dejó con la bata blanca que llevaba y los zuecos.

—¿Sabes que así, vestida de tatuadora, me pones pero que muy cachondo, Isita? Pareces una enfermera de esas de las pelis porno.

Y entonces Isa supo que era el momento de no responder. Se tumbó en la camilla y dejó que Maxi hiciera todo el trabajo. Era su especialidad. Isa no tenía ni idea de cómo comían el coño otros tíos; en realidad, solo se había acostado con él. Lo único que sabía era que su chico tenía un don celestial en la punta de la lengua. No conocía los secretos de su técnica ni tampoco le importaban mucho, pero era capaz de correrse cinco o seis veces solo con lo que le hacía con la lengua. Cuando se lo contaba a sus amigas, todas alucinaban.

Maxi empezó su tarea con mucha dedicación, primero con rápidos toques sobre su clítoris, de arriba abajo, de un lado a otro, alternando la suavidad con momentos algo más bruscos. Entonces, ella empezó a gemir y a agarrarse a los extremos de la camilla.

—Cómeme el coño.

Y Maxi emergió de las profundidades solo para decir...

—Eso viene después de lo de los tatuajes, nena.

Y después continuó, esta vez metiéndole a la vez un par de dedos cuando ella ya estaba más que empapada. Sabía que aquello la volvía loca; por eso no lo hacía siempre, sino solo de vez en cuando. Empezó

a mover los dedos con mucha rapidez en su interior a la vez que hacía una especie de movimiento de aspiración en su clítoris… porque Isa tenía la sensación de que aquello era como una puñetera aspiradora.

Si su chico combinaba todo eso, no había remedio. Sus jadeos aumentaron, el ritmo de su respiración se aceleró… Cuando notó que le quedaba poco para el orgasmo, se incorporó. La simple visión de su novio dándolo todo entre sus piernas la excitó tanto que se corrió sin remedio, apretando la cabeza de Maxi contra ella, como si temiera que se le escapase.

Después de estrenar el local, Maxi la subió en la moto y la llevó a Vallecas, hasta el Parque de las Siete Tetas. Desde cualquiera de sus siete cerros, las vistas de Madrid eran impresionantes, de las mejores que se podían tener en una ciudad que tampoco es que tuviera muchas vistas.

—Madrid a nuestros pies, chiqui —le dijo sacando el champán y las copas—. ¿Has visto a qué sitios tan guapos te traigo? ¿A que nunca habías estado aquí? Estuve investigando mazo en Google lugares especiales para traerte. Quería celebrar contigo lo del estudio. Estoy muy orgulloso de ti, Isa, en serio te lo digo. Eres la caña: la más valiente, la más guapa, la más curranta…

—Gracias, mi vida. Me flipan las vistas, son alucinantes —le dijo —. Gracias por ser como eres. Sé que te tengo siempre, que me apoyarás en todo; lo que me jode es que no podamos vivir juntos después de tantos años.

—Yo creo que este año, chiqui. Vamos a ver cómo van las cosas en el curro y con mi padre; no puedo dejar a mi madre con todo el percal.

—Ya sé que las cosas no están bien…, pero se nos pasan los años, Maxi. Tenemos que vivir nuestra propia vida, tener nuestra familia, luchar por lo nuestro…

—Lo sé, Isa, pero ¿con qué pasta nos compramos el piso? No voy a tirar el dinero en un alquiler, te lo he dicho montones de veces. ¿Y con qué jeta dejo yo a mi madre ocupándose sola de mi padre, que ya sabes cómo está con el alzhéimer, que ni siente ni padece? Es la familia, tía. Ellos lo dieron todo por mí; ahora me toca a mí echar un cable.

—Ya, pero ¿y nosotros? —le preguntó.

—Te juro que el próximo año por estas fechas la Isa y el Maxi están viviendo juntos. Te lo prometo, nena. Confía en mí. Solo te pido un año y verás como todo va saliendo. Además, el estudio tardará algún tiempo en darse a conocer, ahora no es el momento.

Y entonces se abrazaron y permanecieron mucho rato en silencio,

bebiendo el Freixenet y mirando el cielo sin estrellas, los bloques de edificios y las avenidas y calles que se extendían allí abajo como la maqueta de un Lego.

Tenían todo el futuro por delante y estarían siempre juntos. Esa era su única certeza.

5
La Tata

—Tata, te he dicho mil veces que no vengas a arreglarme la casa, que no tengo para pagarte, que ya no es como antes —le dijo Raquel a la mujer que le limpiaba la cristalera de la terraza—. Como sigas viniendo, te quito las llaves para que no puedas entrar.

—Ah, claro, y si no vengo yo, ¿quién pone el lavaplatos? ¿Quién plancha la ropa? ¿Quién te quita la comida podrida de la nevera? Tú no te ocupas de nada, Raqueliña. No sabes ni poner una lavadora. Naciste para princesa, churriña. A ti hay que hacértelo todo, pero yo ya sabes que no lo hago por dinero, no. Si te he criado yo... ¿Te acuerdas de la casa de Diego de León, cuando dormíamos las dos en la misma habitación?

—Sí, Tata. Roncabas como un oso, como para no acordarse. Es que tú eres y siempre serás mi madre postiza, porque la que tengo... en fin, como si no existiera; va a lo suyo. ¿Sabes que hace dos meses que no sé nada de ella? Ella no llama y yo tampoco, así podemos estar toda la vida. Desde que se fue a vivir a Marruecos parece otra, y más aún desde que se lio con el tal Amed. Creo que tras lo de papá quería librarse de todo el mundo y al fin lo ha conseguido solo cruzando el Estrecho, ya ves tú. En realidad, me da envidia.

—Te quiere a su manera, pero es muy suya, sí —le dijo la Tata—. Ahora debía mirar un poco más por ti, pero por suerte me tienes a mí. Yo te veo que no avanzas, churra. Llevas un año, desde que te fuiste de esa oficina, paralizada sin buscar nada, sin hacer nada. Con el puestazo que tenías te habrían contratado en cualquier otro lado; igual no por aquel dineral, pero te habrían contratado. Es tiempo de moverse o para un lado o para el otro, *filla*. Tú dices que hombres no quieres más después de Fernando, pero no sé si con uno que te espabilase un poco no estarías mejor. Tan soliña, todo el día aquí metida, mira cómo estás de flaca, que ni se te ve; estás hecha una birria... Pero ¿tú qué es lo que quieres hacer?

—Ese es el problema, Tata, que no tengo ni idea de qué hacer con mi vida. No sé para dónde tirar.

Y era verdad que no lo sabía. «Lo de Fer», como ella se refería siempre a la ruptura con su ex, había sucedido apenas unos meses antes de dejar su trabajo, y, de hecho, su marcha del trabajo había sido consecuencia directa de lo de Fer. Ella, siempre tan entregada en su profesión, tan dispuesta y eficiente, tan perfecta, empezó a flaquear, a dar signos de debilidad. Comenzaron los ataques de

ansiedad, las distracciones en las reuniones, las meteduras de pata con los periodistas, los despistes con su equipo, el llegar tarde. Y después, enterarse de lo otro. Había sido como una caída en picado y, además, fue ella misma quien decidió dejarse caer. No podía seguir con aquella vida. Para trabajar uno ha de estar fuerte como una roca. ¿Cómo vas a poder sacar adelante el lanzamiento de un nuevo producto cuando tú misma no puedes ni levantarte por las mañanas? ¿Cómo ponerte a hablar de cremas subida a unos tacones de diez centímetros cuando lo único que quieres es tirarte al metro?

Los meses siguientes a dejar Delaunay tras negociar su despido se los pasó acostándose compulsivamente con tíos del Tinder para intentar olvidarse de Fer y haciendo macramé. Aquellas se convirtieron en sus dos principales ocupaciones y a ellas se entregó en cuerpo y alma.

Empezó buscando un día un tutorial de macramé en YouTube; recordaba que había hecho alguna manualidad en el colegio y se puso a tejer tapices y maceteros como si le fuera la vida en ello. Dedicaba cuatro o cinco horas al día a aquella tarea. Era mecánico, relajante, y, sobre todo, le permitía no pensar en nada. Los iba colocando por toda la casa; los ponía en ramas que cogía del Retiro, los colgaba de ganchos en la pared... Se gastó un dineral comprando las madejas de algodón y de trapillo por Internet. Meses después, se aburrió, les regaló casi todos los tapices a sus amigas y a la Tata, y se apuntó a un curso *on line* de *coaching* nutricional en el que estuvo metida algo más de un mes, pero también acabó por cansarse.

Después decidió que lo que necesitaba para aclararse y deshacerse de todo su dolor era escribir y vomitarlo todo. Se apuntó a un curso de escritura creativa hasta que se dio cuenta de que tampoco valía para aquello. Si al menos hubiera seguido adelante con lo del embarazo, ahora tendría algo de lo que ocuparse, una *personita* a la que cuidar. Pero tampoco sabía cuidar, quizá porque, a excepción de su Tata, a ella tampoco la había cuidado nadie en exceso.

En vista del fracaso de sus compulsivos *hobbies*, decidió no hacer absolutamente nada más que salir lo justo a hacer los recados de rigor por el barrio y seguir quedando con tíos del Tinder. Sus amigas le pasaron los contactos de varios psicólogos, pero tras ir un par de veces a uno, decidió que eran inútiles; el dolor y al aburrimiento solo se pasaban con el tiempo.

Pero aquel día, con la regañina de la Tata, Raquel empezó a ver que quizá fuera verdad, que ya iba siendo hora de reaccionar. Era joven, inteligente y tenía toda la vida por delante, o por lo menos

media vida. Como decía la Tata, que era en todo muy gallega, «el pasado ya pasó y el futuro aún no llegó. Lo que importa es el presente». También le decía: «Nunca llovió que no escampara».

Aunque ya pasaba de los cuarenta, Raquel tenía bastantes elementos a su favor en aquel presente de mierda en el que se encontraba, así que decidió hacer una lista en una libreta, para que no se le olvidaran o para leerla cada vez que pensara que su vida estaba acabada.

Cosas a mi favor para salir del hoyo:

- Un armario lleno de ropa cara.
- Una base de datos de diez mil clientas consumidoras de marcas de cosmética de lujo.
- Una base de datos de cien periodistas de moda y belleza.
- Una buena agenda de conocidas con puestos de responsabilidad en marketing, publicidad y relaciones públicas.
- Contactos con al menos cien o doscientas *influencers* de Instagram, Twitter, YouTube...
- Buen aspecto.
- Quince años de experiencia en el sector de las relaciones públicas y el marketing.
- Dotes de mando y organización.
- Capacidad de innovar y motivar equipos.
- Creatividad, imaginación.
- Adaptación al cambio.
- Sentido del humor.

Cosas en mi contra:

- Pocas o ningunas ganas de trabajar en una oficina y de trabajar en general.
- Incapacidad de lidiar con un jefe.
- Ganas de que me dejen en paz.
- Necesidad urgente de dinero.
- Inestabilidad emocional.
- Cambios frecuentes de humor.
- Tendencia al sexo compulsivo con extraños.
- Odio a los hombres.
- Mala leche.
- Ligeros brotes alcohólicos.

- Pereza, sueño, desidia.
- Falta de ahorros para montar un negocio propio.
- Fumadora.

Con todos aquellos mimbres había que buscar el mejor trabajo u ocupación. Le parecía que la más adecuada era vigilante de museo. Se pasaban la vida sentados en sillas mirando a la gente, prohibiendo sacar fotos y haciendo callar a los niños. También pensó en *au-pair*, pero nadie contrataría a una mujer de su aspecto para trabajar de *nanny*, y menos con cuarenta años; quizá dar clases de inglés a críos, como había hecho de adolescente, o dependienta de cosméticos de un Corte Inglés... Al fin y al cabo, lo sabía todo sobre ese mundo.

Después de elaborar la lista de sus fortalezas y debilidades justo como solía hacer en el trabajo con sus nuevos lanzamientos, se decidió a comprobar en la app de su banco los movimientos de su cuenta. Nunca lo hacía precisamente porque no quería ver el dinero que le quedaba; prefería no saberlo. Tecleó con inquietud su clave de acceso. Además de los mil doscientos que recibía cada mes del paro, tenía exactamente seiscientos cincuenta euros.

Había llegado la hora de hacer algo con su vida.

Y de pedirle algo de pasta a su madre, eso también.

6
El socorrista y la pija

Según pasaban los días, Maxi se sentía cada vez más cómodo en la piscina de Zurbano. Había que tomárselo como unas vacaciones y los vecinos no daban mucho la brasa; eran educados y majos, todo sea dicho. El trabajo en el gimnasio resultaba mucho más duro: cinco horas a piñón entrenando boxeo a los chavales del barrio no eran moco de pavo. Acababa reventado no, lo siguiente, y luego tocaba el percal de su padre: ducharle, darle la cena… La madre se ocupaba por las mañanas y él por las noches hasta que ella regresaba del colegio donde trabajaba de cocinera, ese era el trato. De momento, no había dinero ni para una persona que le cuidase ni mucho menos para una residencia. Les daba justo para pagar el alquiler, que para más inri el casero les acababa de subir.

No había vuelto a ver a la pijita del anillo, pero justo aquella tarde apareció en la piscina. Maxi se alegró; al menos, algo entretenido. Parecía muy ocupada y concentrada en su móvil. Llevaba un bañador rojo que no la hacía tan flaca como la última vez. «Esa piba con un poco de entrenamiento estaría hasta buena», pensó. Se lo diría en cuanto pudiera; no así, claro… Le preguntaría si quería un entrenador personal. Esta gente estaba forrada e igual sonaba la flauta y se sacaba un extra después del curro en la piscina.

El marido no había bajado aún con ella y críos tampoco parecía que tuviera, o estarían en algún campamento de verano, como todos los niños pijos. Se fijó en su pelo rubio y lacio, bastante largo; casi le llegaba hasta el pecho. Las rubias molaban, eso era cierto; tenían algo. Las morenas estaban, por lo general, más buenas, pero estas rubitas eran más para quedarse mirando para ellas, tenían su punto.

Vio que se metía en el agua y se acercaba nadando hasta su lado de la piscina, donde estaba sentado en su silla de plástico. Aprovechó para hablarle.

—Veo que te sigues metiendo al agua con toda la artillería —le dijo señalando los anillos y las pulseras—. Ya te vale, ¿no?

—Sí, no me los quito ni para dormir. Creo que si me los quito tendré mala suerte, aunque ya peor suerte es imposible —se le escapó a ella.

—No pareces para nada la típica tía a la que le va mal en la vida. No creo que te falte suerte.

—¿Por qué lo dices? —preguntó—. ¿Por mi aspecto? No te fíes. Maxi eras, ¿no? Las apariencias engañan casi siempre.

Él sonrió. De cerca, Raquel le pareció más guapa. Notó que se empezaba a empalmar cuando ella salió de la piscina escurriéndose el pelo y se sentó en el bordillo, cerca de él. Era lo que tenía aquel calor insoportable, que uno se pasaba el día con la tienda de campaña puesta.

Raquel, por su parte, tenía ganas de un poco de compañía, aunque fuera la de aquel socorrista, que pese a estar bastante bueno, no creía que pudiera darle demasiada conversación. Si no fuera por aquella coleta tan macarra y por aquellos tatuajes, hasta sería el tipo de alguna de sus amigas. Tenía los ojos verdes; el otro día no lo había advertido.

—¿A qué te dedicas, además de a ser supersticiosa, tener mala suerte en la vida y odiar a los niños? —le preguntó.

—A nada. Ahora mismo no tengo trabajo.

—No tienes pinta de parada —observó el socorrista.

—Hace algo más de un año tuve que dejar el trabajo y no sé muy bien para dónde tirar. Estaba en una multinacional de cosméticos de lujo en cosas de prensa y relaciones públicas. Ya sabes: mucho estrés, mucha pasta, mucha responsabilidad, prácticamente no tenía vida.

—Joder, pues no, la verdad es que no sé cómo son esos curros, yo nunca caté uno de esos, pero casi mejor ahora, ¿no? Más relajada.

—Sí, si no fuese porque se me acaba el dinero... Mira dónde vivo estando en el paro. ¿Y tú qué haces, además de esto?

—Soy entrenador en un club de boxeo, pero cierra en verano. Si quieres, puedes venir en septiembre y pruebas una clase. Te vendría guay para ganar un poco de masa muscular y ahora que tienes tiempo... Está en mi barrio, en Canillas.

—¿Y qué le pasa a mi masa muscular? —se interesó Raquel sonriendo—. ¿No está bien?

—Tienes poca. En un mes te ponía yo un cuerpo que no te lo ibas ni a creer, porque tienes buena base. Con un entrenamiento correcto, podrías ser modelo y todo... Te lo digo yo. También curro de entrenador personal, así que, si quieres, ya sabes.

—Pues como no aceptes pagos en especie...

—¿Pagos en qué?

—Quiero decir que me encantaría, pero que no tengo dinero para tener un entrenador personal ahora... Quizá cuando consiga un empleo.

—Bueno, mujer, si se ponen las cosas mal, con lo de las especias esas también me vale.

Raquel no pudo dejar de reírse y tampoco pudo evitar mirar el bulto que se intuía dentro del bañador del chico. Se fijó en la línea

blanca junto a la cinturilla, la que diferenciaba la zona de piel bronceada de la que no lo estaba. Le imaginó sin él. Imaginó que pasaba su lengua por aquella línea. No le importaría nada que alguna de sus futuras citas del Tinder fueran como el tal Maxi. Sin aquella coleta, eso sí. Era lo opuesto a Fer, pero transmitía energía buena, una especie de aura positiva que se extendía como un difusor. Le pareció una de esas personas a las que todo el mundo querría pegarse.

Se despidieron. Cuando se alejaba dándole la espalda, tuvo la certeza de que la miraba, así que se tomó su tiempo para llegar al portal, contoneándose más de la cuenta. A pesar de estar delgada, sabía que tenía buen culo. Al llegar a casa, fue a la cocina, se sirvió una copa de vino blanco de la nevera y salió a la terraza. Desde allí se veía al socorrista sentado en su silla, mirando a la piscina.

Se fue bebiendo el vino despacio mientras le observaba con el poder que da la distancia y el no ser vista, y recordó lo que había pensado justo antes sobre lo que habría dentro de su bañador. Carne caliente y dura, eso sería lo que habría. Quizá tendría que meterse en Tinder en un rato en busca de una cita para aquella noche.

Hacía muchísimo calor, una de esas tardes en las que apenas se puede respirar, en las que todo está paralizado; una tarde pesada como el plomo. De pronto se notó excitada. Llevaba aún el bañador puesto y no sabía muy bien si estaba húmedo por el agua de la piscina, por la cercanía de Maxi hacía apenas unos minutos o simplemente porque era verano y estaba cachonda porque sí.

De pronto, sintió la necesidad imperiosa de tocarse, se tuvo ganas. Apenas lo pensó, notó que los pezones se le endurecían bajo el traje de baño aún mojado como queriendo atravesar la tela. Se llevó la mano a la entrepierna y se pegó a la barandilla de la terraza. Nadie la vería, ventajas de vivir en un ático. Sin ni siquiera meter la mano por dentro del bañador, empezó a tocarse, ejerciendo cada vez más presión con el dedo índice sobre el clítoris, moviéndolo levemente hacia uno y otro lado. Estaba de pie y pensó que le costaría más llegar al orgasmo, pero no, qué va, el placer era inminente. Estaba muy excitada y no entendía muy bien por qué. Necesitaba correrse. Sin quererlo, la cabeza se le fue al jardín de la urbanización. Imaginó que aquel socorrista, Maxi, la follaba allí mismo, sin mediar palabra, en el bordillo de la piscina vacía, en silencio y bajo el sol abrasador de primera hora de la tarde.

Vio que el Maxi real se ponía de pie para hablar con alguien que estaba dentro del agua. Le daba la espalda, así que Raquel se fijó en su culo. Empezó a acariciarse más rápidamente, casi a frotarse moviendo

las caderas, y notó que un calor intenso le brotaba del coño al resto del cuerpo en una dulce oleada de placer… Se corrió larga e intensamente, mirando la espalda de Maxi y su coleta de rizos.

Acabó su vino sintiéndose un poco culpable por masturbarse mirando al socorrista, pero bueno, cosas peores había hecho en aquellos meses. Tampoco pasaba nada. Él no se iba a enterar. Igual que cambiaba de tema cuando una conversación la incomodaba, decidió no darle más vueltas a lo que acababa de hacer y se puso a pensar en otra cosa.

Lo malo era que, a partir de aquel momento, cuando se encontrara de nuevo con Maxi en la piscina, se acordaría de aquello. Quizá no bajase más en todo el verano, le daba demasiada vergüenza volver a verle.

7
Noche de chicas

Un par de días más tarde, Raquel se vio obligada a traspasar las fronteras de su barrio para acudir a una cita ineludible: la despedida de soltera de Fani, una de sus mejores amigas de la facultad.

No se explicaba cómo todavía se hacían cosas tan horteras como las despedidas de soltera, solo esperaba que la velada tuviera un poco de clase y nadie hubiera preparado ningún numerito extraño. Rezaba para que sus amigas no aparecieran con las típicas diademas con penes, bandas de mises o camisetas con alguna gilipollez escrita. Por suerte, la cosa se celebraba en un restaurante bastante pijo y parecía que llegarían a pie y no en limusina o en Hummer.

Raquel no había celebrado despedida de soltera antes de su boda con Fer, simplemente invitó a sus tres mejores amigas a un fin de semana en un hotel rural de Formentera. Su empresa lo pagó todo como regalo de bodas. Lo que no se explicaba era cómo no se fueron más lejos. Deberían haberse escapado a alguna isla de Indonesia y haberse quedado allí para siempre. Ahora tendría un chiringuito en la playa, estaría buceando con mantas-raya, haciendo tortillas de patata y sangría, y follándose a tíos en las copas de los árboles.

Le daba pereza salir aquella noche, entre otras cosas porque esta vez sí tendría que arreglarse a conciencia; no quería tener aspecto de deprimida o derrotada delante de sus amigas. Cuanto más hundida estaba una, mejor pinta debía tener; era uno de los pocos consejos válidos que le había dado su madre en toda su vida. Raquel no era de esas personas que le soltaba sus problemas a bocajarro a cualquiera. Pensaba que de cara al resto del mundo uno siempre tenía que dar su mejor cara, aunque fuera falsa. Mostrar debilidad es contraproducente, para tus enemigos y también para tus amigos. En general, era bastante reservada, incluso con sus amigas más íntimas; sin embargo, era capaz de contarle su vida entera a alguien que se encontrara por casualidad en el médico o en la cola del súper. Solo había una persona con la que era completa y absolutamente sincera: su Tata.

La cita era a las nueve en Floren Domenez, un restaurante del barrio de Salamanca. Raquel apareció luciendo un vestido negro de cóctel con la espalda al aire y altas sandalias de tacón plateadas. Aquella noche pasó más de media hora arreglando su frondosa melena

con las planchas, algo que no había hecho en un año. Se maquilló con esmero poniéndose encima todos los potingues de su baño; al terminar, se echó un vistazo general en el espejo del armario y ella misma se sorprendió. Se hizo un selfi y se lo envió a la Tata. Hacía muchísimos meses que no reparaba en que, en realidad, ella era guapa. Era una guapa que, sin embargo, se comportaba como si fuera del montón, con lo cual, a todos los efectos, era del montón.

Su extrema delgadez, que se había acrecentado aún más después de lo de Fer, le daba un porte aristocrático y elegante. Casi todo el mundo la veía como un esqueleto andante, pero ¿qué coño? Al menos podía comer lo que quisiera sin engordar. ¿Qué había mejor que eso en la vida? Ni siquiera el amor era mejor que poderse comer un *brownie* con helado a los cuarenta y no engordar un gramo. En realidad, los que la veían tan delgada se morían de envidia... Eso era lo que pensaba. Sus amigas se ponían enfermas cuando ella les decía que se iba a tener que poner a «dieta de engordar». En cualquier caso, Raquel pensaba que la mejor dieta posible era un abandono. Adelgazabas y se te quitaba el hambre de golpe; era un dos por uno bastante conveniente.

Al salir del ascensor aquella noche, Raquel se encontró con el socorrista, que también salía del edificio, esta vez a pie. Ella le saludó con una sonrisa un poco de tontita; al principio, él pareció no reconocerla. Se quedó mirándola despistado, como intentando ubicarla.

—No sé si tomarme como un halago que no me reconozcas. Soy Raquel, la de los anillos y pulseras... ¿Recuerdas?

—Coño, Raquel —exclamó Maxi—, pues la verdad es que si no me saludas ni me entero de que eres tú. Vaya cambio. Estás muy cambiada.

—Sí —sonrió ella—, cuando una se arregla suele pasar... Pero ¿para bien o para mal? —preguntó.

—Para mal no, mujer... —farfulló poniéndose colorado sin saber muy bien cómo responder a la pregunta—. Hueles muy bien.

—Entonces para bien, ¿no? —sonrió ella—. Buen fin de semana —dijo saliendo a la calle y parando un taxi con la mano al minuto siguiente.

Maxi la siguió con la mirada: «Joder con la rubita de los cojones, parece una actriz de cine», pensó.

El rastro de su perfume, que a él le pareció que olía a granizado de limón, quedó flotando como una nube en el portal.

8
El regalo

La cena fue divertida y discurrió sin sobresaltos. Las amigas de Raquel se comportaron con toda la contención que requería un lugar tan burgués como aquel. Todas le preguntaron sobre los planes de trabajo que tenía y todas, sin excepción, hicieron comentarios sobre el tema del siglo: su delgadez. Para evitar suspicacias, Raquel dijo que no, que de momento no había caído en una depresión ni tampoco era anoréxica, pero que, si se decidía a serlo o a suicidarse, ellas serían las primeras en saberlo. Después la conversación transcurrió por otros derroteros que, para su alivio, tuvieron más que ver con la novia y su próxima boda.

Cuando llegó la hora del postre, Paula, una de las amigas, la arrastró hasta el servicio; al parecer, tenía algo que contarle.

—Tía, es que todas lo saben menos tú, que eres la única que pasa de nuestro grupo de WhatsApp. Es sobre el regalo de Fani. ¿Recuerdas que pedimos un bote de ciento cincuenta euros? En total juntamos más de seiscientos y a Patri se le ocurrió que como lo de los *boys* ya no se hace y está pasado de moda, pues le hemos pillado a Fani como regalo un gigoló de lujo durante dos horas.

—¿Estás de coña? —exclamó Raquel—. ¿Un gigoló? Será una broma.

—No, lo busqué por Internet. Hemos quedado con él aquí dentro de diez minutos. Cuando llegue y le demos la sorpresa, se la lleva a un hotel y que sea lo que Dios quiera. La va a poner mirando a Lima.

—Pero, tía, ¿has pensado cómo le va a sentar eso a Fani, con lo suya que es? Jamás se ha acostado con nadie que no sea Joaquín. Yo creo que le va a dar algo. No va a querer ni de coña.

—Cuando veas al tío que va a venir, te aseguro que no vas a pensar igual. Sí va a querer, a no ser que entre en coma o se quede ciega de repente.

—Pero, Paula, ¿no es un poco cutre lo de pagar por sexo?

—Lo primero, ya está pagado, no hay remedio, y lo segundo, te veo un poco rancia. Cada vez está más en boga lo de los *escorts*, para las que se lo pueden permitir, claro. Tú puedes quedarte con tus cutretíos del Tinder, que son una lotería y la mayoría dices que follan mal. Al menos, pagando te garantizas que te traten como a una reina y un polvazo. Con trescientos euros que cobra el tal Mateo por hora, si es mal amante, es para matarle. Y el tío es impresionante. Vamos, que si no lo quiere Fani, me lo llevo yo o nos lo repartimos entre todas.

Creo que nos da para quince minutos a cada una, lo suficiente para un polvo rápido.

«Éramos pocas y parió la abuela», pensó Raquel cuando salieron del baño. Lo que faltaba, un gigoló sentándose a la mesa con ellas. Serían el centro de atención del puñetero restaurante.

Y, desde luego, lo fueron. Cuando las mujeres de la sala vieron entrar a Mateo, no pudieron quitarle la vista de encima. Incluso los hombres le miraban. Ellas pensando en follarle y los hombres pensando en cómo demonios parecerse a él. El gigoló, ajeno a todo y con un aplomo y una seguridad envidiables, se dirigió sin titubear a la mesa donde las seis amigas ya estaban con las copas. Iba de traje, con camisa blanca, pero sin corbata. Era perfecto, aquello no admitía discusión. Alto, delgado, con los ojos claros y barba de tres días. A Raquel le parecieron baratos los trescientos euros; habría pagado bastante más por meterse en la cama con un tío así. A ella sí que tendrían que pagarle los señores a los que se follaba últimamente.

—Buenas noches, esta debe de ser la mesa de la despedida de soltera, ¿no? —dijo con soltura y con un suave acento extranjero—. Busco a la señorita Fani, que tengo entendido que es la protagonista de la velada.

A Fani le faltó poco para que los ojos empezaran a darle vueltas fuera de las órbitas. No es que su novio, Joaquín, fuera feo, pero es que *aquello* no era de este mundo.

—Sí, soy Fani —contestó ella mirando a sus amigas, como pidiendo explicaciones, con una risita nerviosa.

—Me presento. Soy Mateo y, si me lo permites, voy a ser yo quien te explique todo esto —dijo él—. Tus amigas te han hecho un regalo por tu despedida de soltera: dos horas conmigo. Soy acompañante, *escort*. Me tienes dos horas a tu disposición para satisfacerte en todo lo que quieras. Mi trabajo es complacerte, que te sientas a gusto y hacer que jamás olvides esta noche. Tengo un coche esperando. El hotel que te han reservado está a diez minutos; a las dos, el mismo coche te esperará en la puerta para llevarte adonde le digas. ¿Estás conforme?

Fani miró a sus amigas aún bastante asombrada. Sabía que ni en sus mejores sueños podría ligarse a un tío como aquel. Después miró a Mateo y solo dijo:

—Estoy lista. Vámonos ya.

Cuando ambos salieron del restaurante, el resto del grupo aún permanecía con la boca abierta; no solo por Mateo, al que todas se habrían tirado, sino por la actitud de su amiga: jamás habrían pensado que se iría con él sin titubear.

A las dos y cuarto de aquella madrugada, todo el grupo del

WhatsApp «Nacidas para triunfar» recibió el siguiente mensaje de Fani.

Chicas, estoy por no casarme. No creo que pueda soportar pasar el resto de mi vida follando normal. Madrecita querida... Estoy en *shock*. Ya sé que es un poco *Sexo en Nueva York*, pero necesito quedar con vosotras y contároslo todo, simplemente para acabar de creerme que esto ha sido real. ¿Nos vamos de *brunch* mañana? Por cierto, no sé si daros las gracias por el regalo o deciros que habéis arruinado mi vida, hijas de la gran puta. Y una pregunta: ¿esto cuánto cuesta? Lo digo para ponerme a ahorrar...

9
Una chica con clase

Tras el *brunch* con Fani, Raquel estaba un poco celosa por las peripecias sexuales que les había contado su amiga. ¿Cómo era posible que una mosquita muerta como Fani hubiera hecho todo aquello en solo dos horas? Según ella, había sido la mejor experiencia sexual de su vida.

Con sus citas de Tinder, Raquel apenas conseguía tener un orgasmo, y eso con mucha suerte; a veces, hasta provocándoselo ella misma. Quizá porque tampoco daba tiempo a más y se marchaba corriendo a los veinte minutos o a lo mejor porque muchos de aquellos tíos confundían su clítoris con el plato de un DJ o con un telefonillo. La gente en realidad era pésima en la cama. Los que follaban bien no estaban en Tinder, eso estaba claro; estaban emparejados o en tránsito, dejando a sus parejas o, aún peor, traumatizados llorando por las que los habían dejado a ellos.

Pero es que, además, Fani les explicó que el gigoló la había tratado literalmente como a una reina, haciéndola sentir como la tía más deseable y sexy sobre la faz de la tierra y diciéndole en cada momento justo lo que ella deseaba oír.

A Raquel le provocó curiosidad el episodio del gigoló. Pagar por un tío que cumpliera sus fantasías, que estuviera a sus órdenes y al que pudiera incluso tratar mal la excitaba enormemente. Después de lo de Fer, básicamente despreciaba a los hombres; todos acababan siendo unos hijos de la gran puta más tarde o más temprano, así que tener a uno al que pudiera manejar a su antojo al menos durante un par de horas era algo que le ponía bastante. El problema era la pasta, claro. Con seiscientos euros en la cuenta, solo le faltaba gastarse la mitad en un tío que fuera a follarla a casa. No, aquello no podía ser.

Pero lo malo era que ya sabía que lo iba a hacer. Imposible quedarse quieta. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había quien la parara. Aquella misma tarde, Raquel llamó a Patri, la amiga que había organizado la despedida de Fani.

—Oye, Patri, resulta que una antigua compañera del trabajo se casa también en unos meses y he pensado que como salió tan bien lo de Fani, les voy a proponer lo mismo para hacer en su despedida de soltera. ¿Me puedes dar el contacto del gigoló?

—Es de una agencia que está en Internet, ahí vienen los contactos. Se llama Elite Boys. Búscala en Google... No será para ti, ¿no?

—¿Estás de coña? No pienso pagar para follar. Para eso ya tengo el

Tinder, que es gratis.

Al rato, Raquel estaba llamando a la agencia…

—Hola, me gustaría solicitar los servicios de uno de sus chicos, pero no sé cómo va el tema, ¿me pueden explicar un poco? El que he visto se llama Mateo.

—Me dices el día y la hora que prefieres y cuántas horas quieres. Tengo que comentarte que Mateo solo trabaja con mujeres, no acepta parejas. Las tarifas ya las has visto en la web, imagino. Puede ir a tu casa o a un hotel, que correrá, por supuesto, de tu cuenta. Hay que pagar por adelantado con tarjeta y luego, si pasa cualquier cosa que sea responsabilidad nuestra, inmediatamente se te devuelve el importe a la tarjeta o se te da la opción de otro chico, pero eso es prácticamente imposible. ¿Cómo nos has conocido?

—Por una despedida de soltera —contestó—. Querría entonces reservar una cita con Mateo mañana durante dos horas por la tarde, si es que está disponible. Puede venir a mi casa. Apunte mi dirección…

Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. El dinero ya no estaba en su cuenta, así que no valía la pena lamentarse. Solo había que preocuparse de disfrutar de la experiencia y tener algo alcohólico en la nevera para pasar el trago. Pensaba hacer una lista con todo lo que quería que le hiciera o quizá no, puede que le diera carta blanca para que actuara a su antojo. Jamás habría imaginado que haría algo así, pero, en el fondo, tampoco le disgustaba sorprenderse. Esa era señal de que estaba viva, de que lo que le había pasado no la había aniquilado del todo. Estaba nerviosa y excitada como una niña, así que para relajarse un poco bajó a la piscina a darse un baño, no sin antes comprobar, mirando por la terraza, que no había demasiada gente.

Puso la toalla en el lugar de costumbre. Maxi, el socorrista, estaba charlando animadamente con una chica al borde la piscina. Era muy guapa y exuberante, con el pelo largo y oscuro, y llevaba un bikini negro minúsculo que le hacía tipazo. Le pareció improbable que fuera una vecina porque tenía los dos brazos y parte del cuello tatuados y varios *piercings* en la cara. No era la vecina tipo de una urbanización como aquella.

Raquel sabía que no debía cotillear, así que intentó concentrarse en sus planes para el día siguiente. Desde el móvil volvió a meterse en la web de la agencia y leyó de nuevo el anuncio del gigoló.

> Mateo, 28 años, 1,85, 81 kilos. Fisioterapeuta diplomado. Mateo nació en Milán, aunque lleva años residiendo en nuestro país. Es un acompañante culto y educado cuyas pasiones son la fotografía, la lectura y el surf. Te relajará con sus deliciosos masajes y te sorprenderá por su clase y saber estar. Puede acompañarte

por horas o también acudir a fiestas, cenas o viajes.

Raquel pensó que aquel tío ni de coña podía ser fisioterapeuta, y menos diplomado. Eso eran reclamos que ponían las agencias para aumentar el estatus de los gigolós y que no parecieran simples chicos objeto. Y lo de que le gustaba la lectura, habría que verlo. Si tenía ese aspecto, follaba bien y le gustaba la lectura, entonces era para secuestrarle a punta de pistola y llevárselo a algún lugar remoto a leer y follar, justamente.

Mientras pensaba todo eso, miró fugazmente a Maxi y a la chica que se reía con él. Se los imaginó follando, mezclando todos aquellos tatuajes en un amasijo de colores y formas. Se le pasó por la mente muy rápidamente lo que había hecho en la terraza mirando al socorrista. Hacía falta ser cutre, pero bueno, tampoco es que llamar a un gigoló fuera menos cutre. ¿Qué le estaba pasando? Ella solía ser una chica con clase, o al menos eso le decía todo el mundo. Una chica con clase no se masturba mirando a un macarra de piscina. Lo malo era que, al mirarle de nuevo, le apetecía hacerlo otra vez. Aquel tipo tenía algo, o quizá ella, en el fondo, no fuera una chica con clase. Eso también podía ser.

La morenaza recogió sus cosas y se despidió con un fugaz gesto cariñoso. Raquel se fijó en ella de nuevo. Llevaba unos *shorts* vaqueros demasiado cortos, casi se le veía el culo. Aunque le pareció un poco choni, deseó atreverse a ponerse unos pantalones como aquellos alguna vez, parecer así de sexy, sacar de algún lado unas cuantas curvas. Porque ella era guapa, estaba segura, pero ¿sexy? Eso ya no lo tenía tan claro. Quizá también debería hacerse un tatuaje, uno en el que pusiera «Fer hijoputa», operarse las tetas… Algo, lo que fuera.

A los pocos minutos de marcharse la chica, Maxi le hizo a Raquel un gesto de saludo con la mano y le dedicó una encantadora sonrisa. Ella aprovechó para ir a sentarse en el bordillo y charlar un rato con él. Sabía que no podía abandonar su puesto. Su proximidad y esa sonrisa de dientes separados le hizo sentir inmediatamente un cosquilleo en la parte baja de la tripa.

—Hoy te he visto muy bien acompañado —le dijo—, ¿qué tal te va en la piscina? ¿Contento?

—Era mi chica, Isa. Como había poca gente y hoy libraba, le dije que viniera a pasar un rato conmigo; así conocía todo esto.

—Pues es muy guapa, me recuerda a Penélope Cruz. ¿Lleváis mucho? —quiso saber.

—Toda la vida juntos, desde los catorce. Diecisiete años ya. No he tenido más novia que ella. Estamos a ver si nos casamos, pero hasta

que juntemos para el piso... A este paso nos dan los ochenta.

—Ah, pero ¿no vivís juntos?

—Qué va. Yo vivo con mis padres y sabe Dios hasta cuándo, y ella lo mismo. Acaba de abrir un estudio de tatuaje y tiene que rodarlo. Mi padre está enfermo de alzhéimer y le cuidamos entre mi madre y yo. No podemos pagar ni a una persona ni una residencia, casi no podemos pagar ni el piso. Me haría falta un Euromillón o algo de eso... Pero soy un tío feliz, ¿eh? Me conformo.

Raquel pensó en cómo engañaban las apariencias. El típico chuleta de piscina era finalmente un chico encantador con un corazón de oro, que quería a su novia de toda la vida y cuidaba a sus padres. No sabía si el hecho de que pareciese tan bueno aumentaba su *sex appeal* o por el contrario le restaba interés.

—¿Y tú? —quiso saber también Maxi—. ¿Estás casada?

—Lo mío es complicado —zanjó ella—. Prefiero no hablar de eso. Pero digamos que yo también me conformo. De todas formas, parece que tú y yo tenemos algo en común: necesitamos dinero de manera urgente.

—¿Echamos un boleto de la Primi a medias? —rio él.

—Nunca toca. ¿Conoces a alguien a quien le haya tocado la lotería o incluso un peluche en una tómbola de barrio? Yo no. Hay que pensar en algo mejor —sentenció Raquel.

—Bueno, propongo quedar aquí dentro de un año y ver cómo nos ha ido la vida —respondió Maxi—. El más rico y feliz invita al otro a comer.

—Hecho —accedió Raquel—. Pero creo que nos encontraremos antes; aún queda mucho verano por delante.

10
Fóllame como si me quisieras

Raquel recibió un wasap de la agencia que confirmaba que Mateo llegaría a las seis. Estaba nerviosa. Por primera vez en mucho tiempo, aquel encuentro le apetecía de verdad. Había una diferencia abismal entre un polvo de antología y un polvo normal. Dado que había pagado una pasta, suponía que aquel sería de los primeros, y, sin embargo, estaba nerviosa, más nerviosa de lo que habría esperado, y también muy excitada.

Aún faltaba una hora para que apareciera el gigoló y notaba las bragas empapadas. Tenía hasta ganas de tocarse para ir abriendo boca y estar ya a punto de caramelo cuando él llegara, pero no lo haría. Eso sí que sería un desperdicio. La Tata le había cambiado las sábanas aquella misma mañana, así que su cuarto estaba más o menos presentable, en caso de que fueran a follar allí. Quizá acabaran en la cocina o, por qué no, en la terraza, que podría resultar hasta más morboso.

Tenía una botella de cava enfriando en la nevera para sacarla cuando llegara él. Imaginaba que aquello se haría así, habría que ofrecerle antes algo de beber para romper el hielo. De todas formas, tendría que tomarse una copa antes de que llegara; no podía enfrentarse a una situación como aquella a pelo.

Fue al mueble bar, agarró la botella de ginebra y se preparó un gin-tonic bastante cargado. Tenía que dejar de beber, eso también se le estaba yendo de las manos. Desde que Fer se marchó, raro era el día que pasaba sin beber; quizá fuera alcohólica y no se había dado ni cuenta. Cogió la copa y se la llevó al vestidor, ya lo dejaría después del verano. Era el momento de decidir la ropa interior que se pondría, aunque en ese caso no era un asunto relevante. Había pagado por lo que iba a hacer, así que daba igual si sus bragas eran feas o bonitas, él la iba a follar igual. De cualquier forma, le apetecía sentirse sexy, porque así le entraban aún más ganas de sexo. El atrezo hacía mucho. Se acordó de la novia de Maxi en la piscina el día anterior y deseó tener exactamente aquel aspecto, pero era imposible. Le sobraban huesos y, sobre todo, le faltaba actitud y también algún que otro tatuaje.

Mientras se ponía un provocativo conjunto de encaje de color morado, pensó en lo que podría pedirle al gigoló, pero no se le ocurrió

nada en concreto; tampoco es que hubiera tanta variedad en el sexo, dentro de las cosas *normales* el sexo era sota, caballo y rey, al fin y al cabo. Imaginaba que más que de variedad aquello se trataría de habilidad; además, en realidad no sabía lo que quería, o sí lo sabía: sentirse bien, olvidarse del mundo durante esas dos horas, olvidarse de que la habían abandonado hacía ya más de un año y de que no, aún no lo había superado. Quería sentirse la tía más deseada del mundo, que para eso iba a pagar seiscientos euros.

Oyó el sonido de su móvil y pensó que sería otro mensaje de la agencia, un posible retraso de Mateo. Todavía estaba a tiempo de volverse atrás, de no abrirle la puerta y regresar a su zona de confort o más bien a su zona de miseria. Pero no. Era un wasap de Paula, una de sus amigas.

Tía, no te lo iba a mandar, pero creo que debes saberlo: tu ex ha colgado una foto con su novia en su Instagram, y para colmo desde México. Pobrecita, cariño mío, mucho ánimo. Ya verás como pronto tú también encuentras al amor de tu vida. Qué hijo de puta.

Por supuesto, su buena amiga incluía una captura de pantalla. En la foto, Fer, bastante más delgado y muy moreno, aparecía en una playa paradisíaca abrazando a una morena que tenía más o menos el mismo aspecto que la novia del socorrista: con un punto vulgar, pero sexy.

Reconoció el lugar. Playa Paraíso, en Tulum, el sitio donde ellos dos habían pasado su luna de miel. Hijo de la gran puta. Los tíos no tenían delicadeza. Podían repetir los mismos escenarios románticos una y otra vez simplemente cambiando la persona como si fuera una ficha de dominó o una figurante, ¿qué más daba? El caso era tener a alguna que los acompañara en las vacaciones, un ítem que los esperara con la cena hecha y la carita de admiración, un cuerpo caliente al que agarrarse por las noches.

Raquel le dio las gracias a su amiga, que sin duda estaba gozando de lo lindo con todo aquello. No le iba a dar el gusto de pensar que aquella foto le importaba, así que le respondió:

Ah, ya. Él mismo me comentó que iba a ir y también sabía lo de su novia, pero gracias por mandármela. Sé que te preocupas por mí y que lo has hecho con tu mejor intención.

Pero lo cierto es que cuando dejó de escribir, la rabia empezó a subirle como una serpiente desde el estómago hasta la garganta. Notó como las lágrimas tardarían solo unos segundos en aparecer, casi al mismo tiempo que la autocompasión, pero no pudo regodearse en ese sentimiento porque se sobresaltó con el sonido del timbre, lo que le hizo dar un respingo en el sofá. El gigoló había llegado.

—Hola, ¿eres Raquel? Soy Mateo, encantado —dijo él dándole dos besos.

—Sí, nos conocimos el sábado pasado en la despedida de soltera de mi amiga Fani —le dijo ella, algo nerviosa, haciéndole pasar al salón —. ¿No me recuerdas?

—Sí, claro que sí —mintió él—. Te he traído esto —dijo tendiéndole una rosa roja.

Raquel agradeció el detalle y se fijó en su aspecto. Era definitivamente guapo, pero no tanto como se lo pareció la noche de la despedida, y lo achacó al alcohol. Cuando él apareció en el restaurante, sus amigas y ella llevaban tres botellas de vino y una copa encima. Era bien sabido que con el alcohol todo el mundo parece el doble de guapo; de hecho, Raquel bebía en buena medida por eso, para ver a los hombres más guapos y ocurrentes y el mundo más hermoso en general. Se llevaba haciendo durante casi toda la historia de la humanidad, así que por algo sería. Una solo podía aguantar serena con un tipo cuando estaba enamorada de él.

Mateo llevaba vaqueros Levi's, camisa blanca y unas Nike de las caras. Tenía unos brazos fuertes y morenos, con algo de vello, y manos grandes y bonitas. Estaba segura de que más tarde o más temprano un horrible tatuaje aparecería en algún lugar de su anatomía y entonces el sueño se desvanecería.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó ella al tiempo que le hacía sentarse en el sofá—. Tengo cava en la nevera o vino o cerveza, si prefieres.

—Un vino blanco estaría genial, gracias. Me han dicho en la agencia que es tu primera vez. ¿Has pensado ya qué tipo de encuentro te apetece? ¿Te gustan los masajes? Podemos empezar por ahí, si quieres... Así te relajas y te sientes más cómoda. Por cierto, ¿te he

dicho ya que me pareces guapísima? Tengo muchas ganas de pasar este rato contigo. No siempre tengo la ocasión de estar con mujeres tan guapas y con tanta clase.

Cuando regresó de la cocina con las bebidas, el gigoló la cogió suavemente de la barbilla y le dio un largo y apasionado beso. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba de aquella manera. Mateo olía tan bien que Raquel deseó tenerle aún más cerca solo para que la envolviera ese aroma delicioso. Él empezó a acariciarle el pelo y después los hombros con suavidad, dejando caer el tirante de su vestido.

—Tienes unos hombros preciosos —le dijo al oído con su suave acento italiano.

—Me gustaría que te desnudases —le pidió con una extraña decisión—. Yo te miraré desde el sofá.

—Vaya, veo que te gusta llevar las riendas —respondió el chico—. Tú mandas.

Se levantó y se deshizo primero de la camisa, desabrochando lentamente cada uno de los botones sin perder a Raquel de vista. Parecía un dibujo animado o una escultura. Daban ganas de comérselo entero o de morir aplastada bajo aquellos brazos. Y lo mejor de todo: su piel estaba limpia de tatuajes. A continuación, se despojó de los pantalones de un modo muy sexy, dejando a la vista unas piernas fuertes y musculosas. Raquel se fijó en el bulto prometedor dentro de sus calzoncillos y pudo ver la apetecible forma de su polla, ya empalmada, bajo la tela, como si fuera una especie de fósil. Se empezó a sentir poderosa y muy excitada con aquella situación. De la damisela traumatizada que había visto la foto de su ex con otra al borde de las lágrimas hacía apenas unos minutos pasaba a ser una tía con poder, con un hombre impresionante casi desnudo en su salón dispuesto a satisfacer todos sus deseos.

—Quítate los calzoncillos —le ordenó Raquel.

Llevaba unos *slips* estilo antiguo de color blanco. Solo los tíos que estaban así de buenos se podían permitir ponerse algo tan horrible. Su polla salió como un resorte cimbreante al liberarse de la tela. Morena y gruesa, con un bonito y brillante capullo; por supuesto, estaba completamente depilado. Raquel le preguntó si estaba empalmado porque realmente ella le ponía o porque simplemente se había entrenado para ello, como un buen profesional.

—Estar con una tía como tú sin empalmarse me temo que es un poco difícil —respondió él.

Además de poderosa, se estaba empezando a sentir

maravillosamente bien. Aquel tío parecía suave, educado y, desde luego, aunque mintiera, sabía cómo tratar a una mujer.

—Cógetela y acaríciate como si estuvieras solo. Hazte una paja para mí —le pidió ella con una decisión que no sabía de dónde salía. Solo el mero hecho de pronunciar aquella frase y en aquel tono de mando ya la puso a mil.

—A tus órdenes —dijo él sonriendo—. Por tu aspecto, ni de coña pensé que fueras a pedirme algo así.

—¿Y cuál es mi aspecto? —quiso saber.

—Pues no sé… De niña pija, de las que hay que hacérselo todo y no dicen claramente lo que quieren.

—Yo sí te diré todo lo que quiero —respondió Raquel—, pero antes te vas a hacer una paja para mí.

Entonces, él empezó a acariciarse la polla de arriba abajo, con movimientos cada vez más rápidos, al tiempo que se masajeaba los testículos, con las piernas un poco flexionadas y la cara abandonada a su propio placer. A Raquel le encantaba verle haciendo aquella función solo para ella. Estaba tan excitada que ni siquiera quería meterse la mano dentro de las bragas por miedo a correrse tan pronto como la mano le rozase el clítoris.

Pero aquello no podía ser. El tiempo apremiaba, cada minuto era oro y no había llamado a un gigoló para que se masturbase delante de ella. Raquel pensó que había que aprovechar aquella bonita polla. Nunca había sido de las que hacían sexo oral de mala gana, como muchas de sus amigas; muy al contrario, ella lo hacía siempre con entusiasmo. A Fer le encantaban sus mamadas.

—Ahora me gustaría meterme esa preciosa polla en la boca —le dijo al gigoló haciéndole una señal para que se acercara.

—Yo encantado —aceptó Mateo—. Pocas clientas lo hacen, prefieren centrarse en su propio placer.

—Pues a mí chupar pollas me produce un enorme placer —respondió ella sintiéndose aún más poderosa.

Entonces, se la metió en la boca y empezó a hacerle una estupenda mamada profunda y húmeda… Parecía que aquel tipo le importaba y todo. De pronto, con él en la boca, tuvo claro lo que quería que le hiciera:

—Fóllame como si me quisieras —le dijo.

—¿Cómo? —preguntó él, un poco desconcertado.

—Fóllame como si realmente te importase, como si fueras mi novio y me volvieras a ver después de una bronca o de una separación muy larga; como si tuvieras muchas ganas de estar conmigo y no hubiera nada más en el mundo para ti que yo, aquí y ahora.

—No será difícil —dijo él—. Ya me gustaría tener una novia como tú, tan impresionante. Ven aquí —le ordenó él por vez primera—. ¿Aún no te he dicho lo que me pones? ¿Que desde que llegué a esta casa y te vi con esa faldita y esa camisita estoy deseando follarte?

—No, aún no me lo has dicho —contestó ella—, y quiero que me lo repitas.

Entonces, sin mediar palabra, Mateo cogió a Raquel a horcajadas por delante. Las piernas de ella rodeaban fuerte sus caderas y notó perfectamente su polla dura justo en el centro de su cuerpo, haciendo diana. Se habría quedado así para siempre, con aquella sensación maravillosa. Él aprovechó entonces para, en volandas como estaba, apoyarla o más bien aplastarla contra una de las paredes del pasillo y darle un largo y húmedo beso, que era todo un preludio de lo que vendría a continuación. Su barba de pocos días le raspaba la cara y pudo sentir otra vez ese olor maravilloso. Ella le mostró la puerta del dormitorio y cuando llegaron, él la lanzó sobre la cama.

Se disculpó unos segundos para ir a por su móvil y poner música, algo de bossa nova mezclado con jazz, algo que incitaba al sexo, pero que no era vulgar, escogido con buen gusto.

De vuelta a la cama, Mateo la agarró fuerte de las caderas, la pegó con fuerza a él y comenzó a besarla apasionadamente, con mucha lengua, besos deliciosos y largos, extremadamente eróticos, pero a la vez muy dulces. Besos de profesional. De vez en cuando, se paraba para mirarla como ensimismado o a acariciarle el pelo mientras le susurraba expresiones en italiano que ella no se esforzaba mucho por entender.

El gigoló empezó después a frotarse contra ella. Su polla rozaba el lugar exacto y los movimientos circulares que hacía daban de lleno en su clítoris. Raquel se estaba volviendo loca de placer y él lo sabía. Lo sabía perfectamente e iba a hacerlo durar. Sin reducir la presión de su polla contra la entrepierna de Raquel, que aún permanecía vestida, comenzó a mordisquearle el cuello y a pasarle después la lengua por las orejas. Parecía como si le estuviera diciendo algo al oído. Solo sintiendo que su aliento le hacía cosquillas en la oreja, ya creía que iba a correrse.

Después, Mateo le dio la vuelta y comenzó a darle un suave y delicioso masaje. Raquel empezó a pensar que aquel tipo era de verdad fisioterapeuta, como decía el anuncio. Fue bajando las manos hasta llegar a sus nalgas y rozarle la vulva; de vez en cuando, se detenía ahí, tocando sin tocar, como por casualidad, o las agarraba y las agitaba de tal modo que le proporcionaba una sensación

maravillosa en la entrepierna.

—Ahora date la vuelta —le ordenó Mateo—, te voy a comer el coño. Llevo varias semanas soñando cada noche con ello. No podía soportar estar lejos de ti y no poder tocarte, follarte, besarte, morderte, comerte entera. Te he echado tanto de menos —mintió él—. Quiero hacerte disfrutar como nunca en tu vida, que pierdas la noción del tiempo, que te corras tantas veces que ya no puedas más, y ¿sabes por qué? Porque te quiero. Te quiero y te quiero follar, las dos cosas.

Raquel ya no decía mucho; al contrario, se encontraba como en una especie de *shock*, como si estuviera bajo el efecto de una droga. Abrió las piernas para ofrecerse a él completamente vestida como estaba. La falda corta de vuelo que llevaba dejaba ver las bragas de encaje. Mateo le separó las piernas con suavidad y empezó a pasar la lengua por encima de la tela, presionando en los puntos justos, haciendo que la costura del tanga coincidiera justo con su clítoris. Al mismo tiempo, con las manos le agarraba las tetas con firmeza, como si fuera a arrancárselas. Ella gemía y se retorcía. De vez en cuando, levantaba la cabeza para comprobar que aquello no era una fantasía, que en realidad estaba pasando.

El gigoló continuó aún un rato jugando con la lengua encima de la tela al tiempo que le agarraba las nalgas, elevando sus caderas o cogiéndola con fuerza de la cintura hasta dejarla casi sin respiración. Del clítoris pasaba a la vagina, presionando sobre ella e incluso llegando a mordisquear un poco los labios mayores. Cuando Raquel estaba ya a punto de enloquecer, Mateo le arrancó las bragas. Las partió literalmente por la mitad con un movimiento rápido y seco, y bajó hasta el coño repitiendo esta vez sobre su piel lo que antes había hecho sobre sus bragas, llenándose la boca con toda su humedad.

—Estás empapada —le dijo él—. ¿Sabes que todas las noches soñaba con esto y a la mañana siguiente me levantaba con la polla dura como una roca? ¿Que todos los días me tenía que pajear pensando en la humedad de tu coño? —Y tras decirle esas cosas, le empezó a succionar el clítoris, que estaba ya hinchado y duro como una pequeña joya, jugando con su lengua de un lado a otro, con movimientos a veces suaves y a veces rápidos, o de arriba abajo.

—Quiero correrme con tus dedos dentro de mí —dijo Raquel entonces, que hasta ese momento había permanecido silenciosa como una tumba.

Entonces él puso varios cojines debajo del culo de Raquel. Ella aún estaba vestida, a excepción de las bragas que Mateo le había arrancado. Una vez elevada varios centímetros, su entrepierna estaba

en el ángulo perfecto para él, a merced de su boca, como una bandeja de pasteles que se le estuviera ofreciendo. El *escort* vio su vagina rosada y brillante y hundió los dedos dentro, primero uno y luego, como aquello estaba húmedo como un mar, dos más sin ningún problema. Buscó su punto G y empezó a mover rápidamente los dedos mientras ella se retorcía de placer como un animal, gimiendo como una loca.

—¿Quieres correrte, nena? ¿Quieres correrte ya? Pídemelo. Dime qué quieres que haga.

—Quiero correrme. Cómeme el coño y no dejes de hacer esto que estás haciendo. Cómeme, por amor de Dios... No me hagas sufrir más —suplicó ella.

Y entonces el gigoló, sin dejar de mover los dedos frenéticamente, comenzó a jugar con la lengua sobre el clítoris de Raquel, cada vez más rápido, con más intensidad... hasta que ella empezó a mover las caderas arriba y abajo rítmicamente y se abandonó a un tremendo orgasmo que le llegó como si fuera una ola enorme y cálida que le arrasara todo el cuerpo.

Apenas sin darle tiempo a recuperarse, Mateo se levantó y, agarrándose la polla, le dijo:

—Ahora te voy a follar hasta que no puedas más. —Y sin muchos preámbulos, la sentó a horcajadas sobre él, embistiéndola con tanta fuerza que ella literalmente daba botes sobre su cuerpo. Con cada embestida, su polla se metía más y más hasta el fondo de sus entrañas.

Mateo la folló de cinco o seis maneras diferentes haciendo que se corriera otras tantas veces. Ni siquiera con su exmarido, que ella pensaba que era estupendo en la cama, había vivido nada igual.

—Ahora, mi vida —le dijo él—, vamos a corrernos una última vez los dos juntos, ¿vale?

Y lo hicieron. Ella se volvió a poner encima de él, pero apenas tuvo que hacer nada. Era él quien la follaba. Empezó a incrementar el ritmo de sus embestidas hasta que anunció su orgasmo. Ella se corrió en el mismo momento en el que Mateo se lo pidió. Él lo hizo como un profesional, con los gemidos justos para que aquello pareciera también el polvo de su vida.

Raquel miró el reloj. Quedaban exactamente diez minutos para que el trabajo de Mateo se acabase. El gigoló tenía el tiempo perfectamente medido y aún no comprendía cómo, ya que no le había visto controlar la hora ni un solo momento. El tiempo justo para darse una ducha, despedirse y salir de la casa.

Se fijó en el perfecto culo de Mateo yendo desnudo hacia su baño y deseó que se quedara. Quiso que se enamorara de ella por aquel polvo, que le pidiera quedarse a pasar la noche allí con ella, que se quedaran los dos en la cama hablando, retozando y riéndose para después volver a follar, como hacían ella y Fer. Desayunar juntos al día siguiente, volver a follar y pasar el día de paseo y de bares por La Latina, ir al cine por la tarde, volver agotados a casa, ver una serie mientras comían sushi y bebían vino blanco, volver a follar una vez más, que dejara de ser gigoló por amor a ella...

Pero eso no iba a pasar.

Mateo salió del cuarto de baño ya vestido y sonriente, con gesto relajado. Le hizo a Raquel un cumplido tipo sobre su casa.

—¿Te ha gustado la experiencia? —le preguntó—. ¿Era lo que esperabas?

—Sí, claro. Ha estado genial. Eres fenomenal en la cama y muy buen actor.

—Bueno, me dedico a ello, pero siempre está bien que te lo digan. A todos nos gusta hacer bien nuestro trabajo, ¿no? Yo también lo he pasado genial y me gustaría verte de nuevo. Llámame pronto, preciosa —dijo dándole un beso a modo de despedida.

Cuando Raquel se quedó sola, lo primero que hizo fue ir a la cocina a ponerse un gin-tonic con extra de ginebra. Se sentía como una niña a la que de repente le hubieran arrancado un helado de chocolate de entre las manos.

Y no, aquello no era lo que quería. Quería follar, pero también quería que la quisieran de verdad, que la cuidaran. Quería ser importante para alguien más de dos horas y no tener que pagar por ello. Y lo quería por una sencilla razón: se lo merecía.

Después de beberse el gin-tonic cambió las sábanas; no le apetecía que olieran a ningún tío que no fuera a volver por su cama, aunque desprendieran aquel olor delicioso. Luego salió a fumarse un cigarrillo a la terraza. Allí estaba Maxi, el socorrista, solo en la piscina, con el aspecto aburrido y la pose de chulo habitual: las piernas abiertas, el torso cuadrado y moreno, todos aquellos tatuajes... Raquel estaba aún excitada por lo ocurrido hacía pocos minutos con el gigoló.

Cuando más ganas tenía de masturbarse era precisamente después de echar un buen polvo, y aquel, desde luego aquel había sido un buen polvo, o más bien unos cuantos. Sin pensarlo, se fue hasta su habitación, cogió esta vez un pequeño aparato vibrador que tenía en el cajón de la mesilla y volvió a la terraza. Puso el aparato al máximo y se lo introdujo en las bragas. No le hacía falta sujetarlo, ya se

sostenía solo gracias al elástico. De pie como estaba, empezó a moverse levemente para hacer que la vibración se produjese en el punto exacto de su placer al tiempo que no perdía de vista a Maxi. Aquello de masturbarse mirando al socorrista macarra estaba convirtiéndose ya en una costumbre, pero ¿qué más daba? Otras le daban al porno; al menos, lo suyo era más práctico y rápido. Fantaseó con la idea de que la follaban los dos al mismo tiempo, Maxi y el gigoló, mientras abría un poco más sus piernas.

Y mientras se corría de nuevo como una loca y notaba las contracciones de su vagina encogiéndose y expandiéndose, su cerebro hizo exactamente igual, se expandió y se contrajo haciendo que una maravillosa idea apareciera como un repentino cortocircuito.

De repente vio claro el camino que debía tomar, lo que iba a hacer en la vida, su nuevo trabajo.

11
La idea

A la mañana siguiente, nada más levantarse, Raquel llamó de nuevo a la agencia Elite Boys para volver a solicitar los servicios de Mateo. No tenía ya dinero para pagarle, pero para algo estaban las tarjetas de crédito.

—Me alegro de que hayas quedado tan satisfecha con Mateo que quieras repetir. Es uno de nuestros *escorts* de más éxito —dijo la telefonista.

—Sí, cumplió de sobra mis expectativas —contestó ella—. Necesito que venga cuanto antes, pero esta vez creo que con una hora será suficiente.

A las seis en punto de aquella misma tarde Mateo llamaba de nuevo a la puerta del ático de Raquel. Esta vez ella no se había arreglado. Llevaba unos *shorts* vaqueros y una sencilla camiseta blanca de tirantes sin nada debajo. Cuando hacía tanto calor solía prescindir de ropa interior.

—Hola, guapísima —dijo él pasando al salón y plantándole un breve beso en la boca—. La verdad es que es la primera vez que una clienta me llama dos días seguidos. Tenía ganas de verte yo también. Según creo, tenemos solo una hora...

—Tranquilo —dijo Raquel—, solo quiero que charlemos un rato. Hoy no vamos a follar.

—Trato hecho —respondió él—. Usted manda, señorita. ¿Y de qué quieres hablar?

—Quiero que me lo cuentes todo sobre el negocio de los *escorts* —contestó ella.

—No me está permitido revelar ciertas cosas, como supongo que comprenderás. Te puedo contar algo, pero no todo. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por una idea que me ronda en la cabeza desde anoche —le respondió.

Entonces, poco a poco y utilizando las técnicas de persuasión que solía emplear en su trabajo, fue sacándole al gigoló, de manera muy sutil, la información que necesitaba. Le contó muchas cosas: que casi todos los *escorts* de lujo trabajaban con agencias, porque si no les era muy difícil conseguir clientas de nivel alto; que las agencias se llevaban un veinte o treinta por ciento de comisión de cada servicio

que hacían los chicos; que un gigoló como él podía tener máximo dos o tres salidas al día, no más; que todo lo que ponían en las fichas de sus perfiles era verdad a medias y que era cierto que las agencias *engordaban* sus perfiles para hacer que los chicos parecieran más interesantes a los ojos de las clientas potenciales; que el tamaño del pene no era un asunto crucial y lo importante era saber hacer sentir bien a una mujer...

—¿Qué tipo de mujeres recurren a vuestros servicios? —quiso saber Raquel.

—¿Me lo preguntas tú? —le respondió, sorprendido, Mateo—. Pues justo mujeres parecidas a ti, aunque casi nunca tan guapas —sonrió—. Hay varios perfiles. La gente piensa que son todo mujeres mayores o con problemas para ligar, pero la verdad te sorprendería. Pueden ser tías muy ocupadas, con pasta y sin maridos ni hijos, que no tienen tiempo ni ganas de meterse en ninguna app, pero no quieren renunciar al buen sexo; ejecutivas de toda Europa que vienen a Madrid por trabajo y quieren aprovechar las pocas noches que tienen en la ciudad para pasarlo bien; mujeres casadas que buscan emociones nuevas; alguna que quiere un chico guapo solo para que la acompañe a la fiesta de Navidad de la empresa, haciéndose pasar por su novio; señoras de setenta años que todavía están cachondas perdidas; gente que quiere viajar y no quiere hacerlo sola... Hay de todo. Hay hasta mujeres que te pagan dos horas solo para que las escuches un rato, para sentirse atendidas, valoradas, sexis... El sexo no es lo único en este trabajo. A muchas les da sencillamente morbo pagar por sexo, eso es lo que las pone cachondas.

—¿Y a ti te gusta hacerlo? ¿Piensas dedicarte a esto siempre?

—A ver... Yo iba para modelo. Nada más llegar a Madrid desde Italia, me metí en una agencia; a los pocos meses, me propusieron esto, comencé y me di cuenta de que se me daba bien, de que las clientas volvían a solicitarme, y me quedé. Creo que sé tratar a las mujeres, hacerlas sentir a gusto y deseadas, que les doy confianza. No pienses que basta solo con estar bueno o ser un *crack* en la cama para ser un buen gigoló. Es mucho más que eso.

Raquel quiso saber también qué sucedía cuando al gigoló no le gustaba físicamente la clienta y Mateo respondió que eso pasaba a menudo, pero que había que centrarse en algo que le resultase atractivo de ellas, que siempre había algo que hacía especial a esa persona concreta.

—Si los tíos nos podemos empalmar solos sin ningún problema cuando nos masturbamos, es difícil no conseguirlo con una mujer. A una clienta, sea como sea, siempre la tienes que tratar como a la

mujer más sexy del mundo.

—¿Cuántos servicios puede un gigoló hacer al día? —preguntó Raquel.

—No creo que más de tres. Un tío, a no ser que vaya puesto de Viagra, no puede follar más de tres o cuatro veces en un día. A veces nosotros también fingimos los orgasmos para no tener que eyacular tantas veces. No es lo normal, pero lo hacemos si es necesario.

—Y una última curiosidad que me sorprendió: ¿cómo hacéis para controlar el tiempo sin que se note o resulte demasiado evidente?

—Con esto —dijo Mateo sacando el teléfono—. ¿Recuerdas que cuando fuimos a tu habitación puse música con el móvil? Era una lista de cien minutos. Ya sé que cuando se acaba la lista, el tiempo ha terminado. Tengo listas de cuarenta y cinco minutos, de noventa... Dependiendo del tiempo que la clienta haya contratado pongo una u otra. Efectivo y elegante, ¿no crees? ¿Está ya satisfecha la señorita? —preguntó.

Y sí, lo estaba. En cuarenta minutos había conseguido la información básica que necesitaba saber. Le sobraban veinte hasta que la hora de Mateo llegara a su fin.

—Gracias por la charla, Mateo, me ha sido de mucha utilidad. Y ahora —dijo bajándose los *shorts* y quedándose desnuda de cintura para abajo—, con los veinte minutos que creo que quedan me gustaría que me comieras el coño exactamente de la misma forma que lo hiciste ayer. Cuando sea rica estaré en condiciones de dar propinas, pero, de momento... Ve sacando una lista de Spotify de veinte minutos —rio Raquel.

Cuando Mateo estaba entregado a la tarea y Raquel gemía al borde del orgasmo una vez más, se oyeron unos ruidos como de platos en la cocina.

No le dio tiempo a evitar el desastre. Al siguiente minuto, la Tata irrumpía en el salón. Había entrado por la puerta de servicio. Llevaba una empanada en la mano y cuando vio a Raquel con las piernas abiertas sujetándose a un aparador y a Mateo de rodillas entre ellas, la empanada se le cayó al suelo encima de los pies.

—Tata, por amor de Dios. Te he dicho mil veces que tienes que llamar, que no entres con tus llaves, que mira lo que ha pasado. No, si esto ya lo veía yo venir...

—Sigue, sigue, *filliña*. Yo no molesto. Voy a arreglar un poco el asco de cocina ese que tienes. ¿Y este rapaz tan guapo no querrá un poco de empanada de *xoubas*? La he hecho hoy mismo... casera, casera.

Pocos minutos después de que Mateo se marchara de la casa muerto de la risa, Raquel entró hecha una furia en la cocina.

—Tata, ese chico costaba trescientos euros la hora y yo estaba a punto de tener un orgasmo.

—¿Un orgasmo? Bueno, *filla*, ya tendrás otro. Si me dices yo con setenta años... pero tú seguro que otro tienes, pierde cuidado. ¿Trescientos euros en lo del tráfico de personas? ¿Vas a casarte con él por trescientos euros? Lo veo barato, hija. Se le ve muy buen mozo.

—No, Tata. Es un gigoló. Cobra por horas. Por hacer el amor a las mujeres. Es un puto, para entendernos.

—Eso no existe. Putas sí, pero putos no vi yo ninguno. Te lo estás inventando. Y además no van a las casas como si fuera un fontanero, hija. Las putas de toda la vida están o en la calle o en los bares de carretera.

—No, Tata, este ha venido. Ya lo has visto. Eres tú la que no sabe el mundo en el que vive. Estás anticuada. Bien se nota que nunca saliste de Cedeira, y ¿sabes qué? Ya sé lo que voy a hacer con mi vida. Por fin lo sé.

—¿Y qué es, *filla*? Miediño me das.

—Vamos a montar una agencia de acompañantes y tú me vas a ayudar.

—Para para para el carro, que te estrellas... ¿y eso qué mierdas es?

—Como una casa de putas, pero con tíos. Y yo voy a ser como la *madame*, ¿lo entiendes ahora?

—Mira, saca de ahí... Cada vez entiendo mejor por qué se fue tu marido. Eres de lo que no hay. Ahora me dices que aparte de la mierda que dejas tú por toda la casa, vas a montar aquí una casa de putas y yo voy a tener que encargarme de limpiarlo todo. De eso nada, eso es una cochinada. Yo no pienso pasar todo el día lavando sábanas y recogiendo preservativos del suelo. Voy a llamar a tu madre para decírselo. Lo que estás tú es más aburrida que una ostra.

—Que no, Tata, que no te enteras, que aquí no va a venir nadie, que los chicos irán a domicilio o a hoteles. Y serán acompañantes, no putos. Y te garantizo una cosa: en un año tendré la agencia de gigolós más célebre de Madrid. Mis chicos se harán famosos en toda España.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde están esos chicos, que quiero yo verlos? A verlos, ¿dónde están?

—Todo a su tiempo, Tata, todo a su tiempo... Como dices tú: haberlos haylos. Solo tengo que encontrarlos.

12
La final

No había nada más inoportuno que el que la final de un Mundial de fútbol coincidiera con un abrasador domingo de julio a las cinco de la tarde. Maxi había quedado con la pandilla del barrio y, por supuesto, con Isa y su grupo de amigas en el bar de Miguel, en la calle Mota del Cuervo. Raro era el día en el que faltaba al bar de Miguel. Casi todas las noches se dejaba caer después de acostar a su padre y se tomaba un botellín, nunca más, con el colega de turno que anduviese por allí. No echaba más de media hora, pero ese ratito era sagrado. Aquella tarde de domingo era especial, ya que casi nunca conseguía juntarse la pandilla al completo. Habían quedado para ver la final y eso que España no había llegado ni a cuartos. Aun así, una final de un Mundial era cosa seria, aunque solo fuera porque se daba cada cuatro años.

Los colegas charlaban animados unos con otros, en medio de una mesa llena de cubos con botellines y platos con patatas fritas y aceitunas. Todos menos Maxi, que parecía ausente aquella tarde.

—Estás a por uvas, chiqui. ¿No te interesa el partido porque no juega España o qué? —le preguntó Isa—. ¿Qué te pasa? ¿Estás cansado?

—Nada, nada... Debe de ser este puto calor, que me tiene aplatanado. Casi no he dormido esta noche —se disculpó.

Pero lo cierto era que mentía. Aún lo estaba flipando con lo que había pasado en los dos últimos días en aquella piscina de Zurbano. Le parecían aventuras de esas que se ven en las series o en las pelis; desde luego, no eran cosas que les pasaran a menudo a tipos sencillos como él, a tíos de barrio. Aún no se lo creía. Llevaba las últimas cuarenta y ocho horas dándole vueltas al coco y no sabía por qué se molestaba siquiera en pensarlo. La idea de aquella tía era una ida de olla total, una puta locura.

Recordaba una y otra vez cómo había sucedido todo, más que nada para acabar de creérselo.

El viernes por la tarde, cuando está en la piscina, a punto ya de irse, baja la rubita mona, la Raquel. Se le sienta al lado en el bordillo y se ponen a hablar como los otros días. Pero esta vez es diferente. A Maxi le da la sensación de que aquella tía se lo quiere follar. No sabe muy bien por qué, pero lo sabe, que tonto no es. Total, que se ponen a

charlar de tatuajes, de que a ella le gustaría hacerse uno, pero que no se atreve y no sé qué leches, y de repente ella va y le dice que, al día siguiente, cuando acabe en la piscina, se suba a tomar algo a su casa, que necesita hablar con él de un tema. La cosa le pilla por sorpresa y no sabe qué decir, cómo reaccionar. Está la Isa. Jamás se ha liado con otra, pero tiene que reconocer que la piba le pone. Al principio le parecía poca cosa, pero ahora le mola más. Le ha pillado el punto. «Esta quiere mambo», es lo primero que piensa. Y se siente inseguro. Si sube a su casa va a caer como una chinche, pero, por otra parte, un tío de barrio como él jamás podría ligarse a una princesita así. La propuesta resulta tentadora y él es un tío; a un tío no se le pueden proponer esas cosas, coño.

—Raquel, oye, yo subir subo a tomar lo que tú quieras —le responde—, pero ya sabes que tengo novia. Las cosas claras y el chocolate espeso, como dice mi madre.

—No te preocupes. No va por ahí la cosa.

No va por ahí la cosa, no va por ahí la cosa. Ellas siempre andan igual. Parece que no quieren nada y luego lo quieren todo, son más listas que un ajo; de todas formas, subirá. Si se le echa encima, ya verá si le para los pies o no. Tiene curiosidad y él también necesita emociones nuevas, y en Canillas le da que no van a estar.

La tarde siguiente, a eso de las ocho, llama a la puerta de Raquel bastante nervioso. Se ha arreglado. Lleva puestas unas bermudas de color beige y una camiseta blanca bastante ajustada y con cuello de pico. Se ha echado colonia. Ella le abre con un ligero vestido de tirantes, le hace pasar a la casa, le ofrece algo de beber y al rato llega con una cerveza para él y lo que parece un copazo para ella. Se van a la terraza. Desde allí se ve *su* piscina. La verdad es que la piba está buena. Igual que la Isa gana en pelotas, esta gana vestida, no se la ve tan poca cosa. Y además parece que flota, la jodida. Es distinta a todas las tías que conoce, eso está claro. Se fija en que no lleva sujetador; se le transparentan los pezones a través del vestido. Intenta no fijarse mucho, porque nota cómo se va empalmando. Para él es raro estar en la casa de una piba desconocida que además está buena y parece que se lo quiere follar. Se siente cohibido, incómodo, pero a la vez le gusta.

—Verás, Maxi —empieza ella—. No sé si te ha confundido un poco el tema de que te haya hecho subir hoy a mi casa. Como te dije, no pretendo nada contigo. Sé perfectamente que tienes novia. Reconozco que eres un chico atractivo, pero no eres mi tipo para nada, estate tranquilo. El otro día, en la piscina, me comentaste que te gustaría ganar algo de dinero rápido para poder llevar a tu padre a una

residencia donde esté bien atendido y también para comprarte un piso e irte a vivir con tu novia. Pues bien, se me ha ocurrido un posible negocio que, si todo va bien, en un año te puede dar dinero para todo eso e incluso algo más. Es un tema algo delicado y te pido que me dejes explicártelo todo antes de echarte las manos a la cabeza, ¿de acuerdo? Antes de nada, te voy a hacer un par de preguntas algo personales. ¿Te gusta el sexo? ¿Tienes un pene más o menos bien? Me refiero de un tamaño aceptable.

Maxi se pone colorado, no sabe dónde meterse. Nadie le ha preguntado nada así en toda su vida. Responde que claro que le gusta follar, «como a todos los tíos», y sobre su polla, que no sabe cuánto le mide, pero que su novia nunca ha tenido queja. Le pregunta a Raquel por qué quiere saber esas cosas tan personales.

—Porque son bastante importantes para el trabajo que te voy a proponer —responde ella—. Quiero abrir una agencia de gigolós y necesito que tú estés en ella. Eres el chico perfecto. Te haré ganar mucho dinero, te lo aseguro

—¿Una agencia de qué? —pregunta Maxi.

—De *escorts*, de gigolós, de acompañantes para mujeres.

—¿Tú te flipas o qué, tía? —le espeta, levantándose ofendido del sofá y haciendo amago de marcharse—. ¿Quién te crees que eres? ¿Te crees que una niñata pija como tú puede putear así a un tío currante y de familia humilde como yo? ¿De qué coño vas?

—Voy de hacerte ganar en un año medio millón de euros.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo vas a hacer? Tú te chutas.

—Convirtiéndote en el *escort* más deseado y más caro de todo Madrid... Así es como lo haré. Por mi trabajo anterior, tengo todos los contactos necesarios para hacerme en poco tiempo con una gran cartera de clientas: mujeres ricas, muy ocupadas y a menudo sin tiempo para el amor, pero que no quieren renunciar al sexo o que simplemente quieren un poco de compañía y atención de un hombre guapo y que las sepa tratar bien. Lo que vamos a hacer, Maxi, es satisfacer una necesidad. Las mujeres quieren sexo ahora más que nunca, ya no se avergüenzan de ello, y nosotros les daremos todo el sexo, la compañía y el amor que quieran, si lo pagan, claro.

—No sabía yo que el amor se vendiera.

—Todo se vende y se compra, Maxi, incluso el amor y mucho más el sexo.

—Máximo, tío, ¿estás aquí o te has ido a Rusia con la mente? Francia acaba de meter gol y ni te has enterado, ¿qué coño te pasa? —le preguntó Isa—. ¿Tienes algo, cari?

—Nada, nena. No me encuentro muy allá. No me pasa nada. No te rayes. Igual es que me estoy poniendo malo —le contestó.

Pero sí había que preocuparse, sí. Y precisamente era Isa la que más iba a preocuparse si se enteraba de algo de aquello. Cuando acabó el partido, los demás, incluida ella, continuaron de terrazas por el barrio, pero él prefirió marcharse a casa. Llegó hasta el piso en el que la familia vivía desde los ochenta, una de las torres de la calle Alcorisa, los primeros edificios altos en un vecindario en donde las casas apenas superaban los tres pisos. Saludó a su padre, que estaba, como siempre, con la mirada perdida sentado delante de la tele, y le fue a dar un beso a su madre, que andaba trajinando en la cocina, preparando la cena. Parecía triste; últimamente había cambiado mucho. Debía de andar más quemada que la pipa de un indio.

Maxi no tenía ganas de hablar, necesitaba estar un rato a solas en su cuarto. Era el mismo cuarto de sus quince años, nada había cambiado. La mesa de estudio con el flexo plateado, la cama, el armario... todo igual que cuando era adolescente. Se tumbó en la cama a echar un cigarro y vio el póster de *Rocky* clavado con chinchetas a la puerta; la bandera del Atleti encima del escritorio; su foto de primera comunión en la estantería con el misal y el rosario; el póster de *Jamón jamón*, con Penélope Cruz andando por la carretera y sujetando aquella maleta; la camiseta de Iron Maiden dedicada clavada también en la pared. Aquellas cosas estaban tan presentes en su vida que ya ni siquiera se daba cuenta de que estaban allí, pero aquel día las recorrió con la mirada, como reconociéndolas de nuevo.

Todo permanecía igual que a los quince... pero tenía treinta y dos y no había avanzado mucho en la vida, esa era la verdad, y tampoco veía posibilidades de hacerlo en un futuro próximo. Pensó si a los cuarenta aún estaría allí, viendo el póster de *Rocky* cada mañana.

Su madre, Encarna, entró en su cuarto sin llamar, como llevaba haciendo toda la vida:

—Maxi, cariño, la cena está lista. He hecho migas con chorizo. Ven y ayúdame, a ver si conseguimos que tu padre coma un poco.

Maxi sonrió a su madre, le dijo que ya iba y se acordó de las palabras de Raquel, las que llevaban en su cabeza las últimas cuarenta y ocho horas:

«Voy a convertirte en el *escort* más deseado y más caro de todo Madrid».

13
En marcha

Raquel no iba a esperar a la decisión de Maxi para arrancar su negocio, lo haría con o sin él, pero algo le decía que el socorrista aceptaría finalmente su propuesta. No es que ella fuera normalmente por la vida proponiéndole a la gente que se convirtiera en gigoló sin más; creía en el destino, en las casualidades. Había conocido a Maxi, después había probado la experiencia con el gigoló… Luego, la cabeza había hecho sola la asociación de ideas: Maxi tenía que ser gigoló. Era así de lógico… O quizá no, pero así es como ella creía que debía ser. La vida te ponía delante los ingredientes para que tú pudieras hacer las mezclas que desearas, como si estuvieras fabricando un pastel o una pizza.

Su cuenta estaba ya prácticamente en números rojos, así que lo primero que necesitaba era llamar a su madre a Marruecos y pedirle el dinero necesario para arrancar el negocio. Tendría que pagarles algo a los chicos que contratara el primer mes *de aprendizaje*, comprarles ropa, cambiarlos de imagen, presupuesto para promoción de la agencia y, por supuesto, dinero para mantenerse ella hasta que aquello empezara a dar beneficios.

—Mira, estás como una regadera, pero si vas a hacerlo, mejor en persona, porque ya sabes cómo es tu madre de agarrada. Es de la Virgen del Puño. Si vas allí y le haces cuatro mimos, lo mismo sacas más. Y sé cariñosa, hija, que hay que ser lista. No vayas como siempre, de uñas, que eres más arisca que una gata montesa —le aconsejó la Tata.

Y era verdad. Había cosas, como pedir pasta, que era mejor hacer en persona. Raquel pensó que con dos días en Marruecos sería más que suficiente. Entró en la página de Ryanair y compró un billete a Marrakech para el día siguiente. No le diría nada a su madre. Mejor así, a matacaballo.

Marrakech la recibió con casi cincuenta grados. Había que estar loca para pisar una ciudad tan caótica y calurosa como aquella a finales de julio. Loca o muy necesitada. Pese al embrujo que a su madre le provocaba Marruecos, ella lo detestaba. Aquel calor infernal, el regatear a muerte para todo, los hombres que te comían viva con aquellas miradas lascivas, los vendedores ambulantes que no te dejaban en paz, las calles tan sucias…

Después de estar veinte minutos negociando en francés el precio de un taxi que la llevara del aeropuerto a la medina, Raquel llegó a la

plaza de Jamma el Fna. Los taxis no se podían adentrar en la parte vieja de la ciudad, así que tendría que hacer el recorrido a pie a través de todo aquel dédalo de calles. Intentaría acordarse de dónde estaba el riad de su madre o preguntaría a alguien en la plaza de las Especias.

Según caminaba por las estrechas calles del zoco, hizo un alto en el camino en el famoso Café des Épices para buscar la dirección del riad en Google Maps. Mientras se tomaba un zumo en su azotea, no pudo dejar de admirar el panorama de la plaza, que hervía de actividad a aquella hora con sus coloridos puestos de cestos y alfombras, y los pequeños colmados repletos de especias, aceitunas y hierbas que llenaban el ambiente de olores intensos y exóticos.

Raquel reconoció que aquello tenía cierto encanto, era pintoresco. Quizá ella también acabaría loca y en Marruecos, como su madre, dentro de algunos años. Al fin y al cabo, cuando ella faltase, alguien tendría que ocuparse de gestionar aquel riad.

Más con ayuda de un par de señores a los que les preguntó que gracias a Google Maps, consiguió al final dar con el lugar. Con parte de la herencia de su padre, su madre había comprado hacía cinco años un antiguo palacete derruido en las profundidades de la medina para habilitarlo como hotel. Lo gestionaban entre ella y Amed, su amante marroquí veinte años más joven. A Raquel aún le costaba trabajo pensar que su madre vivía con un tío prácticamente de su edad, que, dicho fuera de paso, era bastante guapo.

Cuando su madre la vio aparecer allí de improviso, ya sabía que llegaba para pedirle algo. Jamás la visitaba, casi nunca la llamaba. La madre se enteraba de cómo estaba Raquel hablando por teléfono con la Tata, la mujer que había trabajado en su casa durante treinta años.

—Necesito que me prestes treinta mil euros para montar un negocio y te garantizo que en un año los tienes de vuelta —le dijo Raquel sin muchos preámbulos cuando estaban ya en el patio del riad tomando un té a la menta con pastelitos que les había preparado Amed—. Nunca te he pedido nada, pero ahora lo necesito.

—¿Qué tipo de negocio es ese? —quiso saber la madre, que parecía más joven que la propia Raquel gracias a los pinchazos de bótox y vestía una túnica bereber que la mimetizaba a la perfección con la decoración del riad.

—A ver, es un poco complicado de explicar, Pilar —respondió ella, llamándola por su nombre de pila, como hacía casi siempre—. Voy a montar una agencia de *escorts* de lujo, una agencia de gigolós de alto *standing*. Tengo muchísimos contactos de altas ejecutivas por mi trabajo en Delaunay y conocimientos de marketing y comunicación

para darle una vuelta a este tipo de negocios y hacer algo realmente distinto y exclusivo. Venderé a mis *escorts* como antes vendía mis perfumes y maquillajes, usando las mismas técnicas. Vender siempre es vender, da igual lo que sea. En Estados Unidos es habitual que las mujeres con dinero paguen por buen sexo o compañía. Hay señoras que ahorran un año para poder alquilar a un gigoló un fin de semana y tener el sexo de su vida, ¿qué hay de malo?

—Me parece muy bien. Muchos hombres pagan por sexo, ya es hora de que las mujeres también podamos hacerlo abiertamente si nos apetece. Tenemos que empoderarnos, como se dice ahora, ¿no? Me parece mucho mejor este negocio que la tontería de las cremas a la que te dedicabas, que además no me dabas ni una... ¡Hay que ver! A ver si ahora cuando vaya a Madrid sí me mandas a uno de tus gigolós a mi hotel, eso lo doy por descontado si te dejo el dinero. ¿Y por qué no haces una casa de citas al estilo antiguo? Con sus habitaciones, su salón donde se reúnan las clientas con los chicos a tomar una copa en plan *Belle de jour*, ¿no sería buena idea? Puedes alquilar una casa y decorarla al estilo de un riad marroquí; yo creo que tendría mucho éxito. Te puedo ayudar, si quieres.

A Raquel le sorprendió el entusiasmo con el que su madre se había tomado su nuevo proyecto. Contra todo pronóstico, se fue de allí con la promesa de tener los treinta mil euros en su cuenta aquella misma semana. Quizá en el fondo no fuese tan mala madre. Raquel se hizo el firme propósito de ocuparse más de ella a partir de aquel momento, llamarla *mamá* en vez de Pilar e intentar ser un poco más cariñosa y comprensiva, dejar de ser tan hermética con ella, aunque llevara una vida que no entendiera. En el fondo, todos nos empeñamos en intentar entender y simplemente hay que dejar vivir a la gente como le dé la gana. Si su madre había decidido dejar Madrid y, por extensión, a ella, para irse a follar con un tío que podía ser su hijo, hacía bien. ¿Por qué envejecer cuando se puede ser siempre joven o al menos tener la ilusión de serlo? Solo había dos opciones para sentirse joven: o serlo o acostarse con alguien que lo fuera. En el fondo, Raquel envidiaba a su madre. Tenía un novio de cuarenta años y en cambio ella estaba a pan y agua. Hasta su madre follaba más que ella.

Con el tema del dinero medio solucionado, Raquel se fue de Marrakech haciendo ya en su cabeza el plan de marketing para su nuevo negocio. Ni siquiera iba a pararse a pensar si lo que se le había ocurrido era un auténtico disparate. Probablemente lo fuera, pero daba igual. Al menos, el plan la había puesto en movimiento y eso ya era suficiente. Ser capaz de concentrarse en algo después de estar casi

un año como una polilla dando vueltas alrededor de una luz ya le parecía un regalo de los dioses.

Lo primero era encontrar a los chicos perfectos para el negocio, y lo segundo, buscar un nombre. Un nombre sugerente, pero que a la vez resultase sofisticado y *cool*. La marca era lo primero, eso lo sabía bien. Una buena marca y una buena imagen de marca lo eran todo. Tenía que hacerlo sofisticado y chic, conseguir que fuese algo deseable y aspiracional, en vez de algo para mujeres que no pueden tener sexo de otra forma. Sentada ya en el avión que la llevaba de vuelta a Madrid, sacó un pequeño bloc de notas que siempre llevaba en el bolso y comenzó a apuntar algunas ideas.

—Perdona, creo que este es mi sitio —le dijo una voz grave y profunda con un marcado acento árabe que la sacó de su concentración—. ¿Me dejas pasar?

El hombre parecía marroquí, aunque tenía aspecto más bien de turco o iraní. Más alto que la media, delgado pero con una espalda imponente, la piel tostada, los ojos negros y el pelo ensortijado. Raquel le calculó unos treinta y cinco años. Iba vestido a la occidental, con vaqueros oscuros y camisa azul de algodón.

Los primeros minutos del vuelo no pudo evitar mirarle por el rabillo del ojo. Se sentía incómoda con su proximidad. Notó que además desprendía un olor fuerte, muy animal. Se fijó disimuladamente en su mano morena, de uñas blanquísimas y cuidadas, que reposaba sobre su rodilla e imaginó que esa mano se le posaba en el muslo, lo apretaba suavemente y luego subía impaciente hacia la entrepierna, buscando con ansiedad sus bragas por debajo del vestido; que empezaba a mover los dedos con rapidez y agilidad sobre su clítoris, con la presión justa, y conseguía que, ahogando sus gemidos, se corriera allí mismo, en medio de los pasajeros y las azafatas, sin decirle una sola palabra.

Después, él se levantaría para ir al baño y le haría un gesto de invitación. Dos minutos más tarde, ella le seguiría. Sin decir nada, él la agarraría fuerte de las caderas, apoyándola sin ninguna delicadeza contra el pequeño lavabo del avión; le subiría la falda, le bajaría las bragas de golpe y se la clavaría sin más por detrás de forma salvaje, tapándole la boca al mismo tiempo para ahogar sus gritos. A Raquel no le daría siquiera tiempo a ver su polla, pero tampoco haría falta; la sentiría dentro, dura, gruesa y caliente, ocupándola entera. Mientras follaban, Raquel notaría la respiración de aquel hombre desconocido en la oreja, sentiría de nuevo aquel olor salvaje rodeándola y, al fin, se correría de nuevo de forma brutal.

Si los demás fuesen conscientes de nuestros pensamientos, la

mayor parte de las veces estaríamos en un serio problema, entre otras cosas porque un gran porcentaje de ellos son absolutamente incorrectos y escandalosos. Raquel se preguntaba por qué demonios últimamente no dejaba de pensar en sexo durante todo el día. ¿Le iría a venir la menopausia prematuramente y todo aquello sería como la traca final? De pronto, se notó muy excitada, la entrepierna le palpitaba como un corazón y tenía las bragas completamente mojadas. La cercanía de aquel hombre la había puesto tan cachonda que empezó a pensar si no debería irse al baño para solucionar todo aquello; bastaría con un par de minutos o incluso uno. Se masturbaría mirándose al espejo... Se moría por tocarse o, mejor aún, por que alguien la tocara, pero mucho se temía que no podría hacerlo hasta llegar a casa. Hacerlo con un desconocido en un avión era la fantasía de cualquiera, y con un tipo así, aún más.

No entendía, con todo lo que ella y Fer habían viajado, que no lo hubieran hecho nunca. Él era más bien clásico, no le gustaba hacer el amor en lugares públicos. En realidad, no le gustaba hacerlo más que en la cama.

El desconocido se dio cuenta de que Raquel no dejaba de mirarle disimuladamente y pronto le dedicó una seductora sonrisa. A los hombres marroquíes les gustaban todas las extranjeras, pero más aún las rubias y de ojos claros como ella. Comenzaron a hablar. Le contó que se llamaba Omar, que era persa, vivía en España y había acudido a Marruecos a ver a una parte de su familia. Se había casado y después divorciado de una francesa, así que tenía la nacionalidad francesa; por eso podía vivir y trabajar en España.

—¿Dónde está tu marido? —le preguntó Omar.

Raquel le contestó que no tenía marido y a él pareció agradarle la respuesta.

—Eres muy bonita. Una mujer como tú debería tener marido. Si yo fuera tu marido, no te dejaría salir de casa. Yo tampoco tengo novia ni mujer ahora.

«No me extraña», pensó Raquel. Pero en realidad preguntó:

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo por las noches en una empresa de logística, pero es muy sacrificado y estoy buscando otra cosa. Yo en realidad estudié Historia en mi país, pero claro, aquí...

De repente, Raquel se acordó de aquella película con Ana Belén, *La pasión turca*, y volvió a mirar a Omar, esta vez de manera un poco más directa, con más intención. Claro que sí... ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era perfecto, y además con aquel toque exótico que multiplicaba por cinco su *sexappeal*. Un empotrador persa.

—Estoy montando un negocio que te puede interesar. Apunta mi teléfono. Llámame estos días y quedamos para tomar un café —dijo ella con decisión, como si aún siguiera siendo una ejecutiva de marketing.

Cuando, una hora después, el avión aterrizó en Barajas y Raquel empezó a recibir los mensajes de WhatsApp atrasados, comprobó que justo tenía el que más deseaba leer:

Raquel. Aquí Maxi. Lo he estado pensando y voy a aceptar el trabajo, pero solo por una temporada, hasta que junte algo de dinero. Hablamos esta semana en la pisci.

Bingo. Por una vez parecía que las cosas empezaban a funcionar en su vida.

El negocio había empezado a echar a andar.

14
Las dudas de Maxi

Raquel le dice que es mejor verse fuera de la urbanización, que el trabajo es el trabajo y que su casa o la piscina no son buen sitio para hablar del nuevo proyecto.

> A partir de ahora, debemos comportarnos de manera más profesional, porque yo llevaré el negocio y tú trabajarás para mí. No podemos hablar de estas cosas en el bordillo de una piscina. No es serio.

Desde que tomó la decisión de decir sí a la locura de aquella tía, está de bajón. No solo por la Isa y por lo que pasará si ella se entera de algo, qué va... Es porque él es un chaval de barrio, no tiene conocimientos ni cultura ni experiencia para tratar con mujeres de dinero. Ha estado con su novia y poco más. Guapo es, eso lo sabe, siempre lo supo. Que él e Isa son los dos pibones de Hortaleza es bien conocido en el barrio, pero de ahí a ir a gustarles a otras tías, y más aún si son pijas, de eso no tiene ni idea. En realidad, no tiene mucha idea de qué va todo el rollo. La rubita le dijo que le invitaba a comer para explicarle todo con detalle en un restaurante japonés que había cerca de la casa de Zurbano. Los pijos hacían cosas como aquellas: tener comidas de trabajo. Para Maxi, o se comía o se curraba.

Más o menos ya tiene pensado lo que va a decirle: que él, acompañar, acompañaría a todas las tías que ella quisiera a fiestas, a cenas, a eventos o a lo que ella mandase, pero que sexo él no haría, porque no era de esa clase de tíos que venden a su madre por dinero. Ni de coña. Pensaba decirle que él se encargaría solo de acompañar y que quizá podría fichar a otro chico para lo de follar. Eso le diría. Sus condiciones eran esas y si esa pijita le necesitaba tanto, tendría que aceptarlas.

Llega al restaurante vestido como siempre, en chanclas y con bermudas. Imagina que van comer en un sitio normal, de menú del día, no un sitio como ese. En realidad, él nunca ha estado en un lugar así. Tampoco en ningún japonés. Pero ella ha elegido un restaurante

de esos estirados… y él, en chanclas.

La ve a lo lejos nada más entrar. Vuelve a parecerle guapa, aún más que la última vez que la vio; es como una muñequita. Y ahora, encima, su jefa.

Se acerca a la mesa con timidez. Ella se levanta para darle dos besos…

—Aún me resulta raro verte vestido —le dice Raquel riendo—. ¿Bebes vino?

—Soy más de fanta —contesta él.

—Debí imaginarlo. Da igual. Hoy beberemos vino para celebrar nuestra primera reunión de trabajo.

—Joder, así no me extraña que se te acabe la guita, viniendo a sitios como este a comer.

—No te preocupes por el dinero —zanja ella—. Vamos a ganar mucho. Y, por cierto, me alegro muchísimo de que hayas aceptado mi propuesta. No te vas a arrepentir.

Ella pide una botella de vino blanco francés. Le explica que es un Chablis; él se encoge de hombros. No sabe de vinos… Al rato les traen un montón de sushi, sashimi y otros platos que Maxi califica como «cosas raras».

Raquel se da cuenta de que nunca ha probado la comida japonesa y de que tampoco sabe usar los palillos. Le da las indicaciones y él responde con habilidad.

—Aprendes rápido —le dice admirándose de la soltura con la que él coge ya los maki—, y la verdad, nos va a hacer falta. Mi problema contigo va a ser convertirte en un perfecto caballero en un mes…

—Tampoco hay que faltar —contesta él—. Soy de barrio, pero soy un caballero, aunque tanto como perfecto…

—No me entiendas mal —se disculpa—, pero tienes que ser el tío más irresistible de Madrid, y eso significa aprender unas cuantas cosas y limar otras, pero por nada del mundo quiero que pierdas tu naturalidad y esa frescura que tienes.

Vaya o no vaya a ser su jefa, Maxi sigue pensando que esa tía se lo quiere zampar con patatas, aunque a esas alturas de la peli aún no sabe si está casada, separada o qué coño le ha pasado en la vida. Lo que sí está claro es que se lo quiere zumbar vivo y que ya se cree su jefa a saco.

—A partir del mes de septiembre tendrás que ver si puedes compatibilizar tu trabajo en el gimnasio con lo nuestro. Quiero que desde entonces pases buena parte del día aprendiendo y practicando lo que tenga que enseñarte para convertirte en gigoló, pero la mayor parte la irás aprendiendo sobre la marcha, según empieces a ver a

clientas. Antes de que me lo digas, por supuesto, respetaré las horas en las que tienes que encargarte de tu padre… Pero solo esas.

—A ver, Raquel, para el carro. Yo quería comentarte algunas cosas. Tengo dudas. Yo no sirvo para follarme a todo bicho viviente, y además está la Isa. Preferiría hacer solo lo que me dijiste de acompañar a tías a cenas, a fiestas, a viajes… Ese tipo de movidas.

—Maxi… No se puede estar al plato y a las tajadas —le contesta muy seria—. ¿Tú quieres ganar pasta sí o no?

—Sí, claro, para eso estamos —le responde.

—Pues para eso tienes que practicar sexo y, además, hacerlo muy bien —le explica—. Confía en mí.

—No se trata de hacerlo mal o bien. Yo creo que soy bueno en la cama; al menos mi novia nunca ha tenido queja…

—Cariño, me temo que esto no es lo mismo. Tu novia Isa no será una de nuestras clientas ni tampoco tiene su perfil. Las mujeres que contraten tus servicios van a pagar trescientos euros por pasar una hora contigo. No solo tienes que practicar sexo, sino que tienes que ser un dios del sexo y, además, debes tener otras habilidades: saber cómo tratarlas, ser el perfecto caballero que ellas esperan…

—Yo ya soy un dios del sexo; porque no te lo puedo demostrar, que si no… —contesta Maxi un poco airado—. Sobre lo del perfecto caballero, creo que a una tía no es tan complicado tratarla bien, lo que pasa es que hay mucho animal suelto por ahí. Si acepto acostarme con esas mujeres, ¿quién me va a enseñar todo lo que se supone que no sé?

—Yo misma lo haré —le contesta Raquel—. Y no, no vamos a acostarnos, tranquilo.

Maxi la mira sonriendo; la verdad, no le importaría nada que aquellas clases de las que habla Raquel fueran clases prácticas. Cada vez le pone más esa flacucha, más aún desde que está en plan mandón.

—Pues ya me dirás cómo lo hacemos si no hay práctica.

—Lo haremos poco a poco, haciendo todo lo que yo te diga y, sobre todo, aprendiendo a detectar qué quiere una mujer y cómo lo quiere.

—Eso ya sé hacerlo; podría incluso adivinar lo que quieres tú ahora y no me equivocaría —se atreve a decirle.

—¿Ah, sí? —le reta bajo el efecto de las dos copas de vino—. ¿Y qué crees que me gustaría?

—Eso me lo guardo para mí —le responde, pensando que lo que quiere en ese momento es que él le meta mano por debajo de la mesa. Él también se lo está imaginando, las cosas como son, pero cambia de

tema porque nota que está empezando a empalmarse...—. ¿Y qué se supone que les digo a mi familia y a mi novia para explicarles a lo que voy a dedicarme?

—No se lo dirás. Nos inventaremos un trabajo que justifique tus ausencias y, sobre todo, que explique el cambio por el que vas a atravesar...

—No entiendo. ¿De qué cambio hablas?

—Tendrás que cambiar tu manera de vestir, de peinarte, de hablar. Cambiarás tu manera de andar por la vida.

—Hey, hey, hey... Para el carro, que yo no quiero cambiar nada —dice él—. Me gusta mucho como soy.

—Tranquilo, será para bien. Eres muy guapo, Maxi, y como me dijiste a mí un día, tienes buena base, pero me temo que con tu aspecto ahora mismo no estás en condiciones de ganar trescientos euros la hora. Hay que hacer algunos pequeños cambios... Por cierto, ¿qué nivel de estudios tienes?

—Hice hasta el bachillerato y después ya me puse a currar. No soy ningún filósofo.

—Lo daba por hecho —contesta Raquel—; también tendremos que trabajar en eso. Pero ¿te gusta leer, el cine, la música... algo?

—No soy de leer ni de cine ni de cuadros, pero música a tope: Iron Maiden, los Extremo, Queen, Led Zeppelin, Sabina, ¿eso te vale?

—No mucho —contesta Raquel—, pero no es grave. También te enseñaré toda la música que tienes que escuchar a partir de ahora. ¿Idiomas?

—*Inglis piquinglis* —ríe—, el que aprendí en el cole y poco más. ¿Hacen falta idiomas para follar? Si ya dicen que el sexo es el lenguaje universal. No sabía yo que había que hablar en la cama.

—No, ya veo... Esa es otra de las cosas que habrá que enseñarte: a defenderte con lo básico, al menos en inglés. Y otro tema: gracias a tu trabajo, lo de estar en forma está garantizado, pero deberás entrenar quizá algo más. No quiero ni un gramo de más ni de menos. Tu cuerpo será tu instrumento de trabajo y debes cuidarlo al máximo, ¿está claro? Eso incluye una dieta sana, no comer guarrerías, poco alcohol...

Maxi la mira con desconfianza. Aquella tía quiere cambiarle enterito, de los pies a la cabeza; no entiende por qué se ha encaprichado con él, seguro que porque se lo quiere follar...

—¿Y tu curro cuál será? —le pregunta.

—Mi *curro*, como tú dices, será, primero, hacerte el tío más deseable de Madrid; después, conseguirte las mejores clientas, y luego, quedarme con un veinte por ciento de lo que te paguen, ¿te parece correcto?

—O sea, yo me follo a las pibas y tú te quedas con una buena tajada…

—Exacto —contesta—, así es. Tú practicas sexo y yo me encargo de hacer engordar la gallina de los huevos de oro. Si me haces ganar mucho dinero, te aseguro que te trataré como a un rey y no te faltará de nada.

—¿Y por qué no te metes tú en el negocio también, pero follándote a los tíos ricos?

—Creo que no valgo para eso —le responde.

—¿Cómo que no vales? Estás mazo buena. Yo pagaría mi sueldo por acostarme contigo, aunque la verdad que con la miseria que gano no sé si aceptarías…

—Gracias. Lo tendré en cuenta si alguna vez no llego a fin de mes.

—¿Vas a tener más chicos?

—Lo deseable será tener un par más, pero tú serás mi chico —le contesta; se siente entre molesto, halagado y excitado con ese comentario tan directo.

—Eso se lo dirás también a los otros dos —señala él—. Y otra duda, las tías a las que me tendré que tirar… ¿estarán buenas? ¿Podré elegirlas de alguna forma? Tampoco quiero acostarme con cualquiera. Es una pregunta estúpida, porque las pijas casi siempre soléis estar buenas.

—A ver cómo te lo cuento, Maxi. Precisamente en eso consistirá tu trabajo: guapas, feas o regulares, todas las mujeres que te contraten tienen que sentirse como unas diosas cuando estén contigo, y serás tú el que tenga que hacerlas sentir así. O sea, que sí, para ti todas serán guapas, las mujeres más guapas del mundo.

—¿Te importa que pida una fanta? Es que a mí el vino me da dolor de cabeza, Raquel. Ya sé que debe de ser muy cara esta botella que has pedido, pero yo no me entero, de verdad. No lo valoro.

—Pide lo que quieras; pero, Maxi, recuerda: un *escort* de lujo no bebe fanta. A partir de ahora, estás en mis manos: beberás y comerás lo que yo te diga, escucharás la música que yo escoja, te vestirás y peinarás a mi manera. Nos inventaremos un Maxi distinto, con una vida diferente. Podrás ser tú en tu barrio de Hortaleza si quieres, pero cuando estés trabajando para mí, con mis clientas, serás mi Maxi. ¿Entendido?

Y él dice que sí, *bwana*, que vale, que acepta, pero en realidad está pensando que cuando le sale la vena mandona esa rubita le pone muy pero que muy cachondo. «A ti te daba yo lo tuyo, ya verías como te calmaba esos aires de diva que te gastas», piensa en realidad.

—¿Cuándo empezaré? —pregunta.

—Cuando estés preparado —contesta Raquel—, y para eso todavía queda un tiempo.

Al salir del restaurante y tras despedirse con dos besos de Raquel, Maxi ya es otro. Sabe que su vida va a cambiar y le da miedo, pero, a la vez, la aventura de lo desconocido le atrae como un agujero negro. La rubita le ha dicho, además, que es muy guapo, y eso le halaga. Ahora van a pasar mucho tiempo juntos y pensar en ello le excita secretamente. Desea estar cerca de esa tía, aunque solo sea para mirarla, para oler ese aroma suyo a limones exprimidos... Tendrá que controlarse por su chica; Isa es lo primero, eso lo tiene claro. Siente un hormigueo en la tripa como cuando era pequeño y esperaba a quedarse dormido en una noche de Reyes, una sensación como de ganas de gritar por la excitación de la aventura que empieza.

Esto ya no hay Dios que lo pare. Ni la Isa ni el lucero del alba.

15
El casting

Raquel ya tenía a Maxi atado y bien atado. Conseguir al socorrista había sido más fácil de lo que había pensado. Pese a que tenía un trabajo ingente que hacer con él, aquel chico era un diamante en bruto. Tenía un magnetismo sexual que había visto en muy pocas personas y también un toque canalla y chulo que no quería que desapareciera del todo. Era absolutamente irresistible, pero él no tenía ni idea, y aquello era lo bueno; un pedazo de plastilina listo para moldear a su antojo. Sin embargo, debía tener cuidado, porque era cada vez más evidente que entre los dos había cierta electricidad y, además, ambos lo sabían. Notó perfectamente que Maxi se la comía con los ojos en el restaurante, y la verdad es que la sensación la había excitado. Sentir los ojos de aquel tío encima después de beberse prácticamente una botella de vino había resultado una sensación tremendamente sexy. Si Maxi supiera lo que había hecho mirándole desde la terraza...

A partir de aquel momento, Raquel se hizo el firme propósito de mirarle estrictamente con ojos profesionales y, desde luego, de no volver a masturbarse pensando en él. De todas formas, era normal sentirse atraída por alguien atractivo del sexo contrario, aunque vinieran de mundos distintos. Ella era joven y, al fin y al cabo, no estaba muerta y tenía ojos en la cara. Tampoco había que sacar las cosas de quicio, todo estaba controlado.

Siempre había tenido la idea de los gigolós como chulazos vestidos de traje, pero quizá con Maxi hubiera que jugar a otra cosa, darle una imagen más cañera. A las señoras de dinero les encantaban los macarras, los chicos con pinta de tipos duros con los que jamás se relacionaban. La fantasía sexual de una tía de pasta seguro que no era follarse a un tío con aspecto de pijo ni de caballero; más bien tendrían en la cabeza tirarse al cantante de un grupo de heavy o al pescadero del mercado que las atendía todos los días.

Maxi ya estaba dentro, pero solo con un *escort* no hacía nada. Su idea era llegar a manejar las agendas de, al menos, quince o veinte chicos, pero claro, había que ser cauta y empezar pasito a pasito. Concluyó que con tres o cuatro gigolós sería suficiente para comenzar con el negocio.

Lo mejor sería poner un anuncio, tal y como se había hecho toda la vida. Se metió en Mil Anuncios, lo escribió y lo publicó en la web.

Se buscan chicos atractivos y con buen cuerpo, de hasta cuarenta años y mínimo 1,80 de estatura, para agencia de modelos de alto *standing*, con don de gentes y buen nivel cultural. Se valorarán rasgos exóticos, idiomas y experiencia en tratar con mujeres. Excelente remuneración. Imprescindible enviar fotos profesionales y breve currículum para entrevista personal.

La Tata le recriminó que pusiera en el anuncio «agencia de modelos».

—Pero ¿a estos chicos no les estamos diciendo para qué es esto, *filla*? Los engañas, les dices que serán modelos y modelos no van a ser. ¿Cuándo piensas decirles lo del burdel?

—Y dale. Que no es un burdel, Tata. Ya creo que lo digo un poco veladamente en el anuncio, y se lo diré a los elegidos cuando nos decidamos por alguno. Eso es lo de menos. Lo que quieren todos es ganar dinero, y si es mucho dinero, pues mejor.

—¿Tú te crees que todo el mundo quiere vender su cuerpo, Raquel?

—Si es por trescientos euros la hora, sí, Tata.

—¿Y qué tipo de cosas harán para que las señoras les paguen tantísimo dinero?

—Uy, Tata, cosas que a ti no te han hecho en tu vida. Pero no te preocupes, que en tu próximo cumpleaños yo misma te regalaré una hora con el chico que tú elijas.

—Mira, quita de ahí, que te doy una somanta de leches... ¿Tú te crees que yo a los setenta y con estas pintas puedo pensar en eso?

—¿Tú has tenido alguna vez un orgasmo con un hombre, Tata?

—No sé, hija. Una vez, con un novio que tenía, mientras me manoseaba en el cine, sentí como una culebrilla. No sé si eso sería orgasmo, pero si fue eso, lo vi muy poca cosa para montarse todo el lío que se monta con lo del sexo. Si es un momentiño nada más.

—Pues ese momentiño, como tú dices, hace girar al mundo. Para que veas cómo somos de gilipollas.

Raquel pasó todos aquellos días recibiendo las fotos y los currículums de los chicos por *mail* y, contrariamente a lo que había pensado, el panorama resultaba más bien desolador. Las fotos de los candidatos que escribían eran cutres y hasta el momento ningún chico le había llamado especialmente la atención. Los veía a todos vulgares, con poca clase y poca planta para lo que ella buscaba. Se fijó en un par de ellos que sí tenían fotos algo más profesionales. Uno, Telmo, era argentino y había trabajado como *stripper* en Buenos Aires; otro,

Randy, era un profesor de yoga mulato de República Dominicana. Decidió llamarlos y concertar con ellos una entrevista personal.

El primero en llegar a la casa fue Telmo. Rubio, barbita de dos días, alto y bien vestido, al menos sin estridencias. Parecía el típico argentino sosito y meloso que se las sabía todas. Pero a las mujeres les gustaban aquellos tíos y más para un par de horas de sexo salvaje, y sabían cómo camelar a una mujer, eso estaba claro.

Raquel le hizo pasar al salón y después de ofrecerle algo de beber, fue clara con él:

—Voy a serte franca, Telmo. Lo que te ofrezco no es un trabajo de modelo exactamente. Voy a abrir la mejor agencia de gigolós de lujo en Madrid y estoy ahora mismo reclutando chicos. Necesito hombres que además de buena presencia, que tú obviamente tienes, tengan un mínimo de cultura, idiomas y, sobre todo, tablas a la hora de relacionarse con mujeres. Mis clientas serán señoras de dinero, por lo general acostumbradas a un servicio fuera de lo común. ¿Crees que encajarías?

—Bueno, como digo en el currículum, estudié Turismo allá, en Buenos Aires; estuve en varias agencias de modelos, hablo inglés y francés, y he viajado bastante. Puedo mantener una conversación sobre casi todo y me encanta seducir. Ya sabés que los argentinos somos maestros en el arte de la seducción.

—Sí, sois maestros en todo, no sé cómo os apañáis —suspiró—. Si te tuvieras que definir en cuatro palabras, ¿cómo lo harías?

—Inteligente, romántico, divertido y ambicioso —contestó él.

—Me vale —contestó Raquel—. Podemos probar y ver qué tal va y qué tal te sientes tú en el trabajo. Esto va a ser prueba y error… también para mí —admitió.

Con Randy la escena fue casi idéntica, aunque el mulato tenía ciertas ventajas: una, era como un armario ropero, y otra, decía que ya había hecho sus pinitos como gigoló, aunque esporádicamente. Pero Raquel le vio tímido y poco hábil en el tú a tú. Iba a ser difícil que aquel tío pudiera darle a alguien un mínimo de conversación. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de desecharle, Randy comenzó a hablarle de los *chakras*, la espiritualidad y la meditación, y Raquel pensó que no estaba tan mal tener a alguien que cubriera ese ámbito. Había muchas señoras interesadas en esas cosas. Quizá pudiera también vender la parte espiritual del sexo, si es que la tenía.

—¿Practicas sexo tántrico? —le preguntó.

—Yo practico lo que tú me digas, mami —contestó el dominicano —. No lo he practicado nunca, pero me puedo informar, leer unos libros, ver tutoriales en YouTube, ya tú sabes… Estoy familiarizado

con los mundos espirituales, sean cuales sean. Tuve un gurú mucho tiempo.

—¿En dónde? ¿En República Dominicana? —se interesó—. Os hacía más bailando reguetón y bebiendo ron en la playa.

—Pues ya ves, mijita, los caribeños también tenemos nuestra espiritualidad. Si tú me das ese trabajo, yo te voy a cumplir, no más te digo eso. Nos hemos conocido por algo. He llegado hasta ti desde Samaná por una razón. Nunca nos tendríamos que haber conocido. Mírame a los ojos, respira conmigo y te darás cuenta de que es verdad... Siéntela... Siente la vibración.

Parecía que, aunque hecho un poco a matacaballo, Raquel ya tenía a sus chicos: un macarra de piscina, un mulato espiritual y un chulito argentino. No era un mal comienzo para la agencia, aunque más parecían los ingredientes para el guion de una serie de humor.

Se dio cuenta de que lo que había empezado como una locura sin ningún sentido iba poco a poco tomando cuerpo para convertirse en realidad. Hacía tan solo unas cuantas semanas estaba triste, deprimida, sin ganas de nada y ahora tenía entre manos algo que realmente le interesaba y, aún mejor, algo que no tenía nada que ver con el amor, el puto amor de los cojones. Se dedicaría en cuerpo y alma a hacer que aquella empresa funcionara. Forrarse. Eso era lo importante...

Tenía a los chicos para arrancar, tenía la idea, pero lo que no tenía era el nombre de la agencia.

Cuando por fin se quedó sola después de aquel intenso día de entrevistas, se sentó en la terraza con la libreta y una copa de vino y empezó a imaginar nombres para su casa de putos, como decía la Tata. De paso, se entretuvo mirando un rato a Maxi sin que él lo advirtiera. Todos aquellos tipos del anuncio, incluso los dos que había seleccionado, no le llegaban a Maxi ni al dedo del pie. Raquel tenía claro quién le haría ganar dinero en aquel negocio: justo el tío que no tenía ninguno de los requisitos que ella pedía en su anuncio.

Esa misma noche, antes de acostarse, recibió una llamada de un número que no tenía grabado en el móvil, una llamada inesperada.

—Hola, guapísima, soy Omar, el chico del avión, ¿me recuerdas?

¿Cómo olvidarlo?, pensó Raquel. Automáticamente recordó su planta de modelo, su tez morena, sus blanquísimos dientes, su aire de príncipe persa... Aquel tipo casi la había obligado a ir a masturbarse al baño del avión. Simuló indiferencia, a ver por dónde salía él.

—Ah, sí, claro, Omar, del vuelo de Marrakech. Dime, me pillas un poco liada ahora.

—Como me dijiste que quizá tendrías algo para mí… Te llamo por eso. Ayer me despedí definitivamente del trabajo. ¿Todavía tienes algún puesto vacante en tu negocio? ¿Podemos quedar algún día y me cuentas de qué se trata?

—Claro, sí… Precisamente estoy ahora ultimando todo para comenzar a primeros de septiembre. Pero mejor hablarlo en persona, ¿cuándo y dónde puedes quedar para que te explique?

—¿Te gusta la comida árabe? —le preguntó él—. Un buen amigo tiene un restaurante en el centro. Podemos quedar ahí, si quieres. Nos tratará genial y probarás la comida marroquí más auténtica de Madrid.

Raquel imaginó al guapísimo Omar esperándola en un restaurante árabe de Lavapiés y le pareció una cita bastante poco profesional y no exenta de riesgos, pero bueno, daba igual. Falta le hacían un poco de humus, faláfel y cuscús para ganar unos kilos. Como decía la Tata, con aquella pinta de muerta de hambre no se podía ser jefa de ningún negocio.

—A las personas delgadas no se les tiene respeto, Raquel, se las ningunea, parece mentira que no lo sepas. Si hubieras sido como yo, ¿qué te apuestas a que Fer no te habría dejado? El pobre chico no tenía carne de donde agarrar, Raquel, mordía en hueso. Yo creo que te dejó por eso. Por delgada.

16
La pasión persa

Omar la citó al día siguiente en el restaurante de su amigo, muy cerca del Rastro, en la plaza de Cascorro. Había empezado la ola de calor, como solía pasar en verano. Los casi cuarenta grados que aquel día caían sin piedad sobre Madrid no fueron nada al lado de la temperatura que alcanzó el cuerpo de Raquel cuando vio a Omar esperándola en aquel lugar, que, dicho sea de paso, le resultó bastante cutre o, al menos, no era el tipo de sitio al que ella estaba acostumbrada.

El restaurante, vacío aquel mediodía de lunes, estaba más bien en penumbra, con una zona de bancos corridos al estilo de las casas marroquíes y otra zona para comer en el suelo, con alfombras, mesas bajas y mullidos cojines. Por supuesto, Omar la esperaba sentado en el suelo y descalzo, como si estuviera en el salón de su casa. El vestido blanco y las sandalias de cuña que llevaba ella dificultaron algo el proceso de sentarse en el suelo, aunque al final lo consiguió sin perder la dignidad.

Esta vez, Omar llevaba una camisa ligera beige de manga corta y unos pantalones de lino blanco de esos que los hombres suelen llevar sin calzoncillos, o al menos ese fue el pensamiento que se le pasó por la mente a Raquel mientras se acomodaba en el suelo, algo nerviosa. Se fijó en su pelo semilargo, ligeramente ondulado; en sus ojos tan negros, en aquella sonrisa perfecta.

—Rachid nos ha preparado un menú degustación... ¿Qué quieres beber? Hay un vino marroquí estupendo, si quieres probarlo.

Raquel sabía que estaba perdida si decía que sí. Beber vino en el suelo, con un tío al lado que estaba escandalosamente bueno, en un restaurante vacío le parecía bastante peligroso y, sin embargo, aceptó. Tanto intentar controlarlo todo haría que le saliera un cáncer cualquier día. Había que dejarse fluir un poco; por la salud, más que nada. No recordaba la última vez que había coqueteado con un hombre, pero tenía ganas de hacerlo por el mero placer de hacerlo y, si era posible, sin pagar o usar el móvil para ello. Echaba terriblemente de menos ligar en la vida real. La última vez que lo había hecho había sido en la facultad.

—Bueno, guapa —dijo él—, mientras esperamos por la comida, me puedes contar de qué se trata el trabajo. Como te dije por teléfono, he dejado mi curro esta semana y necesito algo cuanto antes.

—Es un poco delicado de explicar, ¿tú eres muy religioso? Tengo

dudas de que te encaje por esa razón —contestó Raquel.

—No te preocupes, solo de cara a la galería. Ramadán, la Fiesta del Cordero y así, y más por tradición que por otra cosa.

—Pues verás —le dijo sin muchos preámbulos—. Voy a montar una agencia de gigolós de lujo, hombres que proporcionarán sexo o serán acompañantes de mujeres de alto nivel económico. Busco chicos especiales, exóticos, con personalidad, con clase, a los que les gusten el sexo, las mujeres, que se muevan con soltura en el mundo del lujo y quieran ganar dinero. Por mi trabajo anterior tengo justo los contactos para hacer que el negocio funcione bien. Quiero montar la mejor agencia de acompañantes de la ciudad.

—¿Ese es el trabajo?

—Sí —le respondió—. Ese es el trabajo.

—¿Y cuánto pagarías por mí? —preguntó Omar acercándosele a la oreja.

—Esa no es la cuestión, Omar. Yo nunca voy a ser una de tus clientas. Las buscaré para ti, que es completamente distinto.

—Pero antes de saber lo que valgo, deberías probarme, ¿no te parece? ¿Te has acostado alguna vez con un hombre árabe? ¿Sabes cómo somos en la cama? Te sorprendería: somos exquisitos, delicados, soberbios —dijo Omar cogiendo la mano de Raquel y llevándola sin más preámbulos hasta su entrepierna—. ¿Cuánto pagarías por tener algo así de duro a tu disposición durante una hora?

Raquel no contestó y desde luego la situación la pilló por sorpresa, pero su mano se agarró a aquello como si fuera un salvavidas en medio de un naufragio. Aunque hubiera tela de por medio, el sentido del tacto le decía que aquella era la polla más grande que iba a encontrarse en esta vida y quizá también en la siguiente. Desde luego, para ver si el tamaño importaba o no, no era mala idea probar aquello.

—Esto... Omar —dijo Raquel, un poco turbada, retirando la mano —, no he venido aquí a meterte mano, sino a proponerte un trabajo. Por favor, te pido un poco de normalidad...

—El sexo es normalidad para el hombre persa. Mira esto... Pruébame —contestó él sacándose la polla del pantalón de lino— y después hablamos de si sirvo o no sirvo para tu trabajo.

La escena porno se vio interrumpida por Rachid, que apareció, algo violento, con la comida: humus, pasta de berenjenas, faláfel, una pastela... y, por supuesto, el vino.

Omar le dijo algo en árabe y él se esfumó en cuestión de segundos. De nuevo se había quedado sola ante el peligro.

—¿Por dónde íbamos? —le preguntó—. No vale la pena que

disimules, guapa. Desde que te vi sentada en el avión, tuve la sensación de que querías sexo conmigo. Soy muy intuitivo y casi nunca me equivoco. Pienso que lo del trabajo solo ha sido una excusa para verme, no creo que una mujer con tanta clase como tú vaya a montar un negocio como este del que me estás hablando. Eres demasiado elegante y preciosa para algo así, tú lo que necesitas es un hombre que te folle bien tres veces al día y te trate como la reina que eres.

Raquel pensó que, efectivamente, aquel no sería un mal plan. «Con el hombre árabe hemos topado», pensó, pero las sandeces machistas que decía Omar eran una cosa y él era otra muy distinta...

—Quiero enseñarte lo que los hombres de Oriente hacemos en la cama —continuó—. Creo que hay una idea bastante equivocada. Déjate llevar, por favor, no te pasará nada. Nadie va a venir. Rachid ha cerrado el restaurante y no entrará nadie, ni siquiera él. Atrévete a hacer algo distinto; lo necesitas. Si no, no estarías aquí... No tendrás miedo de mí ¿verdad?

—Estoy aquí para hablar de un trabajo. Me pareciste muy atractivo e ideal para el negocio que quiero montar. Punto. No hay más.

—Chsss —dijo Omar—. Ahora quiero que te bebas esta copa de vino, cierres los ojos y te relajes.

Y Raquel lo hizo... se dejó llevar, no sin antes abrir la boca de nuevo.

—Si tenemos sexo ahora, luego no podrás trabajar para mí.

—Cuando me pruebes, te aseguro que querrás contratarme... y no para tus clientas. Me querrás solo para ti, para que sea tu amante privado. Cierra los ojos y déjate de hablar —le susurró al oído. Su respiración le hacía cosquillas, unas cosquillas que resultaban de lo más agradable.

De pronto, notó el tacto de la tela sobre la cara y algo que le nublaba la vista. Omar le estaba tapando los ojos con una servilleta.

—No te hará falta ver nada, solo sentir —dijo.

—¿De verdad eres iraní? —preguntó ella.

—Iraní, no... Soy persa —respondió él.

—Es lo mismo —protestó Raquel.

—Chsss, persa es más sexy, ¿no crees?

A Raquel se le desbocó el corazón. Por un momento le entraron ganas de salir corriendo. ¿Para qué meterse en aquellos berenjenales? ¿Qué hacía ella en un antro de Lavapiés con un tipo con el que apenas había cruzado dos palabras en un avión? ¿Cómo estaba dejando que aquello sucediera? Pensó en sus otros veranos, los veranos de cuando estaba casada y Fer y ella iban a Grecia, a Italia, a Cuba... Sus veranos

normales de resorts «todo incluido».

Pero no se movió. Con los ojos vendados como estaba, no podía dejar de obedecer a las hábiles manos de Omar, que la tumbaron delicadamente sobre los cojines del suelo y empezaron a desabotonar despacio los corchetes de su vestido blanco, exactamente veinticinco. Cada botón que él abría iba seguido de un mordisco, de un leve roce con la lengua sobre alguna parte de su piel... Cuando los hubo desabrochado todos, Omar empezó a pasar la mano por la cara interna de los muslos de Raquel muy despacio, apenas rozándola. De vez en cuando, dejaba caer las manos por su entrepierna, como sin querer, para subir después hasta sus tetas y retorcerle los pezones.

Omar le llevó entonces la mano a Raquel hasta el coño y empezó a moverla haciendo que ella misma fuera quien se tocara.

—Hazlo más rápido —le ordenó—, como si estuvieras sola y no te estuviera mirando. ¿En qué pensabas en el avión? ¿En hacer esto?

—No —contestó Raquel—. Me imaginé que me masturbabas en el asiento hasta hacer que me corriera y después me follabas en el baño.

—Mmm, qué chica más mala —contestó él—. La verdad es que te habría follado allí mismo, sí. Deseé meterte mano desde el momento en el que me senté a tu lado.

Él le quitó las bragas. Raquel pronto notó sus manos separándole delicadamente los labios, al tiempo que le ponía algo húmedo y untuoso entre las piernas, algo que estaba frío. Luego, solo sintió la presión de la boca de Omar sobre el clítoris y cómo su lengua resbalaba gracias a esa cosa viscosa con la que le había untado. No tenía ni idea de lo que era, pero Omar estaba dispuesto a no dejar ni gota a juzgar por cómo metía la lengua dentro de su vagina y luego le succionaba y le masajeaba el clítoris.

Como casi siempre que estaba a punto de correrse, Raquel necesitó estrujar algo. Se agarró con fuerza a los cojines que había en el suelo y arqueó las caderas mientras aquel hombre le levantaba las nalgas y seguía comiéndole el coño como si no hubiera nada más en el mundo, con una furia inusitada y emitiendo gruñidos de animal salvaje. Pero cuando estaba a punto del clímax, Omar se paró y abandonó su clítoris. De repente, notó que varios de sus dedos se hundían en su vagina con extrema facilidad; estaba empapada. La empezó a follar con los dedos, muy rápidamente, hasta casi hacerle daño. Parecía que quisiera meter toda la mano dentro de ella. El hecho de no ver nada y no saber lo que vendría a continuación aún la excitaba más.

—Otro más —pidió ella—. Méteme otro más.

Y él lo hizo, moviendo la mano frenéticamente, hasta dar con su punto G, justo en la diana, y le apretó la parte baja de la tripa al

mismo tiempo. Y en aquel momento, cuando el orgasmo era inminente, Raquel pensó en Maxi, y no solo en Maxi, sino en su novia, Isa. Pensó en que eran ellos dos los que le hacían todo aquello, los que la estaban follando... y pronto notó las sacudidas de un increíble orgasmo que le duró tanto que le pareció una eternidad.

Sin apenas dejar que ella se recuperase, Omar guio la boca de Raquel hacia su polla y ella probó entonces el inconfundible sabor del humus. Aquello era con lo que le había untado el coño minutos antes. Su polla era tan grande que Raquel solo podía abarcar la mitad. Le pasó la lengua por los testículos hasta que oyó sus gemidos de placer. Se la metió más profundamente, hasta casi atragantarse. Cuanto más adentro le llegaba, más húmeda se notaba ella de nuevo y más le palpitaba el centro del cuerpo, como si su garganta estuviera de alguna forma conectada con su coño.

De repente, él le quitó la servilleta de la cara y le hizo darse la vuelta.

—Te quiero follar... ¿tú quieres?

—¿A ti qué te parece? —contestó Raquel.

—¿Cuánto me pagarías por hacerlo? —preguntó Omar.

—¿Cuánto me pagarías tú a mí?

Él no contestó, pero pronto le sintió abriéndose camino dentro de ella con extrema facilidad.

—Trescientos euros. Habría pagado trescientos euros —dijo cuando ya estaban ambos descansando del polvo, tendidos sobre los cojines—. Eso es lo que podrás ganar por hora si trabajas para mí. Pero si decides subirte al carro, que sepas que esto no puede volver a pasar por muy bien que haya estado.

—Cobraré cuatrocientos y te daré cien a ti cada vez que te acuestes conmigo —respondió Omar con aquella media sonrisa que le hacía tan irresistible.

17
Cambiando de piel

—Fran, tesoro. Necesito que hagas algo con el pelo de este chico —dice Raquel—. Color, corte... Lo que pienses que puede irle bien. ¿Cómo lo ves? Quiero un cambio de *look* completo y, desde luego, la coleta fuera.

—¿En qué andas, Raquel? —le pregunta el estilista, alejándose y acercándose, moviendo la cabeza de Maxi hacia un lado y hacia otro, estudiándole como si fuera un animal exótico. Los dos se conocían desde hacía tiempo. Raquel había recurrido a él con frecuencia para producciones del trabajo cuando estaba en Delaunay. En su salón había siempre una larguísima lista de espera, incluidas muchas *celebrities*. Era el mejor en lo suyo.

—Hazte a la idea de que será una especie de modelo —responde Raquel—. Tiene que estar impresionante y, claro, del rollo macarra tenemos que pasar a otro nivel, ya sabes...

—Impresionante ya es, cariño —le dice Fran al oído—, ¿de dónde has sacado a este chulazo? ¿Es el sustituto del soso ese que tenías por marido?

—¿Qué dices? Es solo trabajo. Le saqué de mi piscina, lo creas o no —responde ella en voz baja—. Es el socorrista. Luego te cuento. Después de lo que pasó con Fer, he terminado con los hombres. Ahora lo que me importa es la pasta. El amor ya lo tuve y la cagué, huyo de él como de la peste.

—Aclararemos un poco la base y quizá le demos algún reflejo, unos brochazos que le den luz... Le cortaremos esa coleta, pero dejándolo semilargo, ¿te parece bien? —dice Fran, buscando el visto bueno de Raquel—. Pero una cosa te digo, Raquel: a este chico le explotaría el lado macarra y la pinta de empotrador que tiene. Si tratas de cambiarlo con peinaditos o trajecitos de pijo, te lo cargas. Explota su lado cani, te lo digo yo. Más tatus, hazle un par de dilataciones en las orejas, algún anillo, botas de macarra, chupa de cuero... ya sabes.

—Hey, parad el carro, que yo también estoy aquí. ¿Hola? ¿A mí nadie me pregunta? —protesta Maxi, visiblemente molesto—. Porque el pelo es mío. Tendré que estar de acuerdo, digo yo. Llevo con la coleta toda mi vida y no pienso ponerme ningún anillo, eso es de gais. Y no voy a dilatarme las orejas ni de coña. Me da una grima que te cagas.

—Si quieres, puedes dar tu opinión, pero no es vinculante —le

responde Raquel—. Fíate de mí, estarás mucho más guapo sin la coleta, ¿no es verdad, Fran?

—Vas a estar divino con el pelo corto. La coleta es muy noventas, y con lo machacadas que llevas las puntas, no queda bonita. Confía en Raquel, que tiene mucho ojo y sabe lo que se hace. Y menos mal que te sacó de esa piscina, porque madre mía, qué desperdicio tú en una piscina, como no sea nadando desnudo… y, por cierto, querida —dice esta vez mirando a Raquel—, tú ¿qué pasa? ¿Que ya solo te arreglas los pelos del pubis? Porque los de la cabeza los llevas de pena, cariño. Tienes las mechas en los pies…

Maxi piensa que esa conversación con su peluquero o estilista o como sea que se llame es la única ocasión en la que Raquel hace referencia a su vida privada desde que se conocen. «El amor ya lo tuve y ya la cagué… Huyo del amor como de la peste… Después de lo de Fer, he terminado con los hombres.» Eso significaba que la rubita había tenido pareja hacía poco y las cosas no habían ido bien; o había dejado a alguien o la habían dejado. A Maxi le parece más lo segundo, por lo poco que la conoce. Se pregunta quién será el gilipollas que ha dejado escapar a una piba así. «Pues otro pijo, eso seguro. Pero un pijo gilipollas.»

Pero lo cierto es que Maxi está en otras cosas en ese momento. Piensa en cómo le va a explicar a Isa su corte de pelo. Con su madre será más fácil, incluso le alegrará. Lleva años dándole la brasa para que se lo corte, pero ¿a Isa? ¿Qué le va a decir? Es de las cosas que más le gustan de él y no para de señalárselo: que le pone mogollón su pelo largo, que aún le mola más cuando se lo ve suelto, que le encanta que le haga cosquillas con la melena cuando follan… ¿Cómo coño va a explicarle a su novia todo eso? Conociéndola, se va a pillar un rebote de cojones.

Raquel le deja solo en la peluquería y le dice que luego se pasará a ver el resultado, que lo que le tienen que hacer requerirá al menos un par de horas.

Maxi se encuentra extrañado y perdido en esa peluquería de mujeres: no entiende por qué Raquel no le ha llevado a un sitio de tíos a cortarse el pelo. La cosa ya empieza del revés. Mira con pena su coleta tirada en el suelo, cómo la ayudante la barre con soltura y acaba en un recogedor. Pregunta si se la puede quedar…

—Si la quieres… —contesta la chica, encogiéndose de hombros.

—Pues sí —dice Maxi—, pónmela en una bolsa, no vaya a ser. ¿Esto se puede volver a pegar luego o algo?

—Sí se puede, pero tendrías que gastarte mucho dinero en

transformar tu pelo en extensiones. No te valdría la pena.

—Pónmela, pónmela para llevar en una bolsa —insiste—. Nunca se sabe lo que puede pasar. Más vale prevenir.

Fran había dicho que a la una ya habrían acabado y más valía que fuese así. Aquel día la Isa hacía un pequeño aperitivo en su estudio para celebrar con los amigos y la familia, incluida la madre de Maxi, la inauguración de su negocio. Pero a la una Maxi aún tiene la cabeza llena de trozos de plástico y ni por asomo le va a dar tiempo de estar en Hortaleza a la hora que empieza el sarao, por mucha moto que tenga. El hecho de llegar tarde a algo tan importante para su novia, y además con un aspecto completamente diferente, le hace arrepentirse de haber aceptado la propuesta de Raquel. De pronto, lo ve todo completamente absurdo y le dan ganas de escapar corriendo, pero ya es tarde. Su coleta ya ha desaparecido y, con ella, parte de su antigua vida.

Raquel había dado también la orden de que le depilaran las cejas y le hicieran la manicura, dos cosas que él no había hecho en su vida. Por lo que él sabe, eso son cosas de tía. Fran intenta convencerle, sin demasiado éxito.

—No sabía yo que querer estar guapo era cosa de tías, cariño. Solo te digo una cosa: entraste normal en este salón y te vas a ir impresionante. Eso se lo tienes que agradecer a Raquel; bueno, y a mí, claro. Eres un gusano de seda que se va a transformar en mariposa. ¿No estás emocionado?

—Pues no mucho —contestó Maxi—. Solo sé que a estas horas ya debería estar en Canillas, en una fiesta que hace mi novia en su estudio de tatuaje… ¿Cuándo me quitas el tinte?

—No es tinte, es *balayage*, californianas. Aquí no hacemos tintes, que son muy agresivos para el cabello —respondió Fran—. ¿Así que tu novia es tatuadora? Ahora lo entiendo todo. Todo lo que llevas en el brazo, me refiero. Casi no se te ve la carne; pero bueno, mola. Para lo que me ha dicho Raquel que vas a hacer, pega mucho. A las tías les gusta lo rudo, lo macarra, sobre todo a las que van de finas. Yo por eso me hice gay. Vi que con ellas no me iba a comer nada de nada. Lo mío no fue salir del armario, fue más bien ser listo.

Cuando cuatro horas más tarde Fran le quitó a Maxi los plásticos de la cabeza, le lavó y le secó el pelo… Él, al verse prácticamente rubio, casi se cae de la silla…

—No estás rubio, tesoro; estás caramelo. No es lo mismo. Es un *toffee* muy sutil; llevas tres tonos distintos: *toffee*, avellana y *capuccino*, ¿no lo aprecias? Me ha llevado toda la mañana hacer esta

combinación; es absolutamente personalizada para ti. Te aporta calidez, luz… Te da un rollo completamente distinto.

—Yo me veo rubio. Ni *toffee* ni caramelo ni café con leche ni hostias. Esto es ser rubio aquí y en la China, por muy personal que sea y mucha luz que tenga —contestó Maxi cabreado—. ¿A mí alguien me preguntó si quería ser rubio?

Una hora y media más tarde y sin haber esperado a que Raquel llegara a la peluquería para dar el visto bueno, Maxi entra apurado en Magic Tattoo, intentando localizar a Isa entre la gente. Su novia apenas le reconoce cuando le ve.

—Pero Maxi, tío, ¿qué te has hecho? —pregunta Isa, fulminándole con la mirada—. Pero por Dios bendito, ¿por qué te has hecho esto? ¿Tú lo ves normal, aparecer casi al final y encima así, con todo cambiado? ¡Si estás rubio!

—No es todo cambiado, Isa, solo me he cortado el pelo y me han dado unos reflejos o no sé qué. Quería darte una sorpresa, pero han tardado más de la cuenta. Pensé que te gustaría, nena. Llevaba toda la vida con la coleta, desde que nos conocimos; de todas formas, me la han dado en una bolsa. Si quieres, te la puedes quedar de recuerdo…

—¿Que me gustaría? Que me gustaría, ¿qué? ¿Que tuvieras pinta de niño pijo de La Moraleja…? Maxi, por Dios. Y si así fuera, aunque me gustara, ¿no sabes que hoy es mi día? Me cago en la puta, tío, ¿es que siempre tienes que ser el puñetero centro de atención? —pregunta ella al notar cómo las mujeres que hay en el local miran con curiosidad a Maxi—. Llegas hora y media tarde, ya no queda nada de comer…

—Pero di, nena, ¿te gusta sí o no?

—No es cuestión de si me gusta o no, Maxi. Esas cosas se preguntan antes, tío. Soy tu novia, es como si yo me rapo el pelo al uno y no te digo nada antes.

—Me gustarías igual calva. La que está buena está buena y por mucho que se haga va a seguir estando buena. Es así.

Isa no pudo evitar reírse, aunque con la boca pequeña. Maxi la desarmaba por completo. Su chico tenía el don de hacerse perdonar hiciera lo que hiciera y, la verdad, y por mucho que le costara reconocerlo, era cierto: el nuevo corte de pelo le había gustado, aunque le cabreaba que no le hubiera pedido su aprobación para hacerlo. Pero sí, estaba aún más guapo que antes. Si las tías se lo comían con los ojos por lo general, ahora ya iba a ser la leche. Sin embargo, no era celosa, no tenía miedo de que ninguna otra le robara

a su novio porque él nunca le había dado motivos. Ella también se sabía guapa y, en realidad, lo era.

Estaba claro que Maxi solo tenía ojos para ella, que las demás tías eran transparentes. Sencillamente, él no las veía.

18
Volver

—Fernando me ha llamado hace un rato. Ha dicho que tu móvil no funcionaba y me ha preguntado si habías cambiado de número —le dijo la Tata a Raquel por teléfono.

—¿Fernando? ¿Qué Fernando?

—¿A ti qué te parece? —le contestó la mujer, que, como buena gallega, muchas veces respondía con preguntas—. ¿Uno que era tu marido?

—¿Y le diste el nuevo? —le preguntó—. ¿Qué querrá ese hijo de puta?

—No, no se lo di, *filla*... Quería preguntarte antes, ¿hice bien?

—Sí, hiciste bien. ¿Y qué te dijo?

—Que quería hablar contigo, nada más.

—Pues que espere sentado. No creo que sea de vida o muerte, así que ya le llamaré cuando me salga a mí del moño.

—¿No querrá volver? —preguntó la Tata—. Lo mismo ya se ha cansado de esa ordinaria.

—Si quiere volver, que no creo, ya puede esperar sentado.

Volver. Vaya una palabra. A veces había fantaseado con eso, con que su ex le pidiera volver, pero a menudo volver suponía regresar a lo mismo, a los mismos errores, a idénticas rutinas. Era agradable y fácil pensar en el cuerpo conocido, en las cosas compartidas que hacían tener un pasado común, en lo *nuestro*, recuperar el *nosotros*. Pero lo que había pasado pasaría otra vez tras un breve período de reenamoramiento en el que todo parecería fabuloso. Sería falso, solo una ilusión; la ilusión de recuperar lo que ya estaba arrasado.

No. Volver no era la solución. Fer había traicionado su confianza, la había decepcionado. No ya por irse con otra, sino, en realidad, por no haberla querido lo bastante... o no haberla querido durante el tiempo que ella esperaba. Dormimos con gente al lado de la que no sabemos nada, que urde las traiciones mientras nos acaricia la espalda, que piensa en cómo abandonarnos mientras nos prepara el desayuno.

Pero Raquel tampoco había sido una santa. También ella le había traicionado al no contarle lo del embarazo; quizá, de haberlo sabido, él no la habría abandonado. A lo mejor era verdad que Fer sí la había querido, pero luego se le había pasado, como una varicela. Le costaba pensar que una persona puede salir a la calle queriéndote y volver queriendo librarse de ti horas más tarde. El amor solo dependía de

quién se te cruzara por delante un día cualquiera. Dependía por completo de la casualidad. No valía la pena construir nada sólido porque todo, lo débil y lo sólido, se destruía de idéntica manera, de un plumazo.

La llamada de su ex era extraña y, desde luego, la dejó inquieta. Fernando jamás había intentado hablar con ella después de abandonarla, a no ser cuatro cosas referentes a la casa de Zurbano. Ni siquiera se habían divorciado todavía. Y si era verdad que quería volver, que no creía, y ella le aceptaba, tendría que contarle todo y no podría seguir con la idea de su negocio. Él jamás aprobaría algo así.

Raquel pensó en palabras como *permitir*, *aprobar*, esas cosas que se suponía que hacían las parejas, y, de pronto, le pareció maravilloso no tener que pedirle permiso a nadie salvo a ella misma. Por primera vez desde que Fer la dejó, se sintió libre en lugar de sola y abandonada; libre de hacer y deshacer a su antojo, libre y ligera.

Como Maxi. Él también dependía de ella. El futuro de aquel chico con el que fantaseaba al masturbarse también estaba en sus manos y eso la ilusionaba y preocupaba a partes iguales. Maxi era a sus ojos como un cachorro, alguien virgen, que aún no había sido vapuleado por la vida. Le daban unas ganas inmensas de protegerle, de que todo fuera bien, de que hacer sexo por dinero no le pasara luego factura.

Sin embargo, la llamada de Fer, aun sin hablar con él, había removido cosas en su interior que permanecían quietas desde hacía tiempo. Raquel sabía lo que tenía que hacer para sentirse mejor y, desde luego, ninguna de esas cosas era devolverle la llamada a su ex. Lo primero era tomarse un vino. Después, cogió el móvil y buscó el número de Omar. Le daba igual que fuera persa o marroquí; era calor, era sexo, era olvidarse de todo durante unas horas...

Cuando estaba marcando ya el teléfono, se dio cuenta de que tenía un wasap sin leer. Era de Maxi, con la foto que le había hecho Fran al salir de la peluquería con su nuevo aspecto. Había bastado un simple corte de pelo para que su chico cambiara por completo. Ahora se le veía la cara más despejada; la sonrisa, con aquellos dientes separados, aún más radiante; los ojos más grandes y verdes, con las cejas arregladas... Aquel tío era guapísimo, pero iba a hacer todo lo posible para que tardara en darse cuenta de ello. Por un segundo, pensó en la posibilidad de llamarle a él en vez de a Omar e invitarle a cenar con la excusa de ver su nuevo aspecto. Sabía que él también se sentía un poco atraído por ella... pero no, no podía arruinar su negocio antes de empezar.

Cualquier cosa que fuera trabajo era mejor tenerla bajo control y

necesitaba a Maxi para poner a funcionar la agencia. Las tías iban a pelearse por él, estaba segura; solo le faltaba averiguar una cosa: saber cómo follaba... Pero con ese aspecto y la seguridad en sí mismo que irradiaba, era imposible que lo hiciera mal.

Después de contestar a Maxi con un distante *me encanta, estás mucho mejor*, Raquel marcó por fin el número de Omar. Con él no le importaba cagarla; si no trabajaba para ella, ya se buscaría otro. Era guapo, pero guapos sin más había a patadas.

—Te invito a cenar algo en casa —le dijo ella— y así hablamos un poco más de lo de septiembre.

—¿No dijiste que si quería ser uno de tus chicos no podíamos volver a liarnos? —preguntó Omar.

—Yo te he invitado a cenar para hablar de trabajo —contestó Raquel—, aquí nadie ha hablado de liarse, que yo sepa.

—Vale, pero si voy, que sepas que te voy a matar a polvos, guapísima —respondió él.

Al otro lado de la ciudad, Maxi escuchaba un disco de Joaquín Sabina mientras se fumaba un porro por la ventana, intentando que su madre no lo oliera, justo como cuando tenía quince años. Oyó el sonido del WhatsApp; era la contestación de Raquel. Se fijó en que había cambiado su foto de perfil y no pudo evitar ampliarla. Llevaba el mismo bañador rojo con el que la vio el segundo día en la piscina; estaba en la orilla del mar, con sombrero, morena y sonriente, más feliz de lo que él la había visto desde que la conocía. De repente, le entraron ganas de volver a escribirle y preguntarle si le apetecía que se acercara hasta su casa para ver su cambio de *look* en persona. Pero no, mejor no liarla; lo cierto era que le gustaba estar a su alrededor, ser el centro de atención de esa pijita, pero por encima de todo estaba Isa. Una cosa era encontrarse con las cosas de golpe y porrazo y otra muy distinta salir a buscarlas.

Cerró la foto de Raquel y llamó a su novia.

—Nena, ¿te vienes a dormir? Ya sabes que a mi madre no le importa. Tendrás que probar a tu nuevo novio. ¿Se me habrá ido la fuerza de la polla con el pelo, como a aquel tío de la Biblia? ¿Tú qué crees?

19
Planes de trabajo

La noche con Omar, en la que el persa volvió a desplegar todas sus habilidades sexuales, sumió de nuevo a Raquel en un mar de dudas; no podía utilizar a su futuro empleado como paño de lágrimas cada vez que se sintiera mal o que su exmarido la puteara. Era verdad que follaba como los ángeles, pero su instinto le decía que se estaba metiendo en un terreno peligroso del que quizá luego le costara salir. No sabía absolutamente nada de él ni siquiera dónde vivía, si tenía familia o amigos en España. Las veces en las que había intentado averiguar algo sobre su vida privada, se había escurrido como un pez de forma bastante hábil. Su instinto le decía que Omar escondía algo; estaba interesado en ser gigoló, sí, pero Raquel creía que lo que en realidad le interesaba era ella.

Y Omar, desde luego, no era de los que se conformaban con poco. Con dos polvos ya trataba a Raquel como si fuera su novia, dando por hecho que ella se moría por estar con él. Era el típico hombre que creía que para conseguir a una mujer lo único que había que hacer era utilizar sus habilidades sexuales y hablar con acento exótico. Aquello funcionaría con el resto de las tías, pero, desde luego, no con ella.

Una de dos: o ponía fin a esa historia o no podría contar con él para la agencia, y sería una pena, porque verdaderamente sabía lo que se hacía en la cama.

Raquel también estaba preocupada porque no encontraba nombre para su agencia. Sabía que llamar «agencia» a lo que iba a montar era un eufemismo; la casa de putos, tal y como se refería a ella la Tata, era mucho más aproximado, pero había que mantener las formas, hacer algo tan *chic* que pareciera que no era lo que era, que no se trataba de sexo, sino de compañía. Había que conseguir que sus futuras clientas reservaran una hora con uno de sus gigolós con la misma facilidad y naturalidad con la que pedían cita para un tratamiento de belleza. Eso precisamente iba a ser lo más complicado, convencer a las mujeres con dinero de que era mejor gastar trescientos euros en una cita de ensueño que en un pinchazo de bótox o un bolso.

Su principal arma de trabajo, además de las habilidades de sus chicos, que aún estaban por demostrarse, era la base de datos de clientas que se había llevado de su antiguo trabajo. Nada más anunciar su decisión de marcharse, tuvo la astucia de guardarse aquella base de datos en un disco duro portátil sin que a nadie le llamara la atención. Ahora todos aquellos contactos estaban en su

Mac, una de las cosas que Fer había decidido no llevarse. Se trataba de las clientas habituales de Delaunay, aquellas que suministraron sus datos amablemente pensando que nadie los iba a utilizar.

Raquel pensaba usar a todas aquellas mujeres para hacer *mailings* de forma anónima con la información sobre su negocio y sus chicos, y además lo haría con tacto. Ella sabía cómo. Tal y como le había dicho a su madre, vendería a sus gigolós como antes le vendía a la prensa los perfumes y cremas de Delaunay.

Además de la base de datos de clientas, estaba su propia agenda personal de trabajo. A lo largo de aquellos años se había relacionado con todo tipo de ejecutivas del mundo del marketing, las relaciones públicas y la prensa, la mayoría con alto poder adquisitivo y algunas de muy buen ver. Ya pensaría en formas de tentar a esas mujeres: quien más o quien menos tendría una crisis en su matrimonio, mal sexo, necesitaría compañía, una cena con revolcón en un viaje de trabajo o un hombre guapo para lucir en alguna fiesta y demostrar que eran mujeres de éxito en lo profesional y en lo personal.

Raquel atraería a todas aquellas mujeres a su negocio; aún no sabía cómo, pero lo haría. Y en eso se diferenciaría de las otras agencias de Madrid. Ella no esperaría a que las clientas llamaran pidiendo sexo; si era necesario, iría a buscarlas con sus gigolós debajo del brazo.

Para no tener problemas legales, daría de alta el negocio como agencia de contactos. En realidad, eso es lo que iba a ser. Lo que hicieran los chicos y las clientas cuando quedaran sería asunto suyo como adultos responsables que eran... En ningún caso se vendería sexo explícitamente, sino compañía, una conversación agradable, una velada perfecta.

Pero antes de preocuparse de cómo iba a vender lo que tenía, había que ocuparse de lo que iba a vender, es decir, de sus chicos, y muy principalmente, de Maxi, aunque tampoco debía descuidar a Telmo, Randy y Omar.

Omar no tenía ningún problema; más bien era fantástico. El único inconveniente era su carácter, demasiado impetuoso y quizá invasivo, algo que un buen gigoló no se podía permitir. Eso sería lo que tendría que limar.

Con Maxi estaba el problema de su novia; tenían una relación demasiado cercana para que no se acabara enterando; además, su situación familiar no parecía la ideal, y la evidente tensión sexual que había entre ellos tampoco ayudaba mucho.

Sobre Telmo, solo por ser argentino ya sabía que iba a funcionar. Era el que menos le preocupaba de los tres, y en cuanto a Randy, no le convencía mucho, aunque estaba segura de que el tipo espiritual por

dentro armario ropero por fuera tendría su público.

Con aquellos mimbres tan precarios iba a construir su pequeño imperio del sexo.

20
You got the look

Raquel llevaba tres o cuatro días sin hablar con Maxi, al que solo veía de vez en cuando desde la terraza cumpliendo con sus labores de socorrista. En pocos días la piscina cerraría y él tendría que volver al gimnasio. Habían acordado que mantendría su trabajo como monitor de boxeo siempre que no interfiriera con las citas de las futuras clientas. Raquel creía que casi todas se producirían por la tarde o noche, con lo cual Maxi tendría las mañanas libres para ocuparse de su otro trabajo. Le envió un wasap:

> Mañana voy a jugar a las muñecas contigo. Nos vamos a probarte ropa al *showroom* de un amigo. Estate disponible cuando salgas de la piscina. Cogeremos un taxi.

Al día siguiente, a la hora convenida, Maxi esperaba a Raquel sentado en el sofá del portal. Por primera vez desde que le conocía, llevaba pantalones largos, unos vaqueros gastados y una sencilla camiseta negra. Estaba irresistible, las cosas como eran. No le hacían falta demasiados estilismos para que cualquier tía con dos dedos de frente se lo quisiera llevar puesto a casa. El pelo corto y más claro le hacía infinitamente más sexy, le quitaba el aspecto de macarra que tenía hacía tan solo unas semanas, cuando le conoció.

—Te queda genial el pelo y me encanta el color —le dijo Raquel—; es verdad, que no te había visto desde entonces. Estás mucho mejor, ¿le gustó a tu novia?

—Al principio se cogió un rebote de cojones por no habérselo dicho, pero ahora parece que sí; la que está encantada es mi madre.

—Pues ahora vamos con la ropa, a ver qué tal. Nos espera Josen; es un amigo mío estilista con el que he trabajado a menudo. Tiene montones de ropa de todo tipo en su estudio, así que podemos probarte cosas y a ver si damos con el estilo que mejor te encaja. Cogeremos un taxi.

—Si quieres, podemos ir en mi moto —dijo Maxi—. He traído un casco de sobra; así no tengo que volver aquí a por ella cuando

terminemos.

—¿En moto? —preguntó Raquel—. Creo que no subo en una desde que tenía dieciséis años, pero vale. Será divertido. Lo único que con el vestido que llevo no voy muy para motos.

El estudio de Josen estaba en el paseo de las Acacias, así que el trayecto duró un buen rato. Tras ponerse el casco que le dio Maxi y hacer virguerías para que no se le vieran las bragas al subirse, Raquel se agarró muy digna al sillín.

—Mejor, cógete a mí —le dijo Maxi—; no estás acostumbrada a ir en moto, no vaya a ser que te caigas.

Y ella obedeció. Intentó posar las manos en la cintura agarrándole la camiseta para no tocar mucha carne.

—A la camiseta no —le dijo—, agárrate a mí, que no muerdo, mujer. Si no, te vas a caer.

Cuando le ciñó las manos a la cintura y él arrancó a toda velocidad por la Castellana, una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo y el corazón empezó a latirle con fuerza. La velocidad y la novedad de ir en moto sintiendo la proximidad de Maxi y el aire cálido de aquella tarde de verano en la cara hizo que la embargara una leve sensación de felicidad y plenitud, algo que hacía mucho que no sentía.

Se fijó en los brazos de él, morenos y fuertes, agarrados al manillar, y en su espalda, cuyos contornos se perfilaban a través de la camiseta. Cuando reducía la velocidad, la inercia hacía que su cuerpo se fuera hacia delante, quedando literalmente pegada a él. La cara contra su espalda, sintiendo su olor, su vestido moviéndose con la brisa... Hasta podía notar que su sexo, instintivamente, se acercaba cada vez más a la cintura del chico, que sus bragas se mojaban más y más a cada nuevo acelerón que la empujaba de nuevo contra él. ¿Y si se corría allí mismo, en aquella moto? Desde luego, estaba muy cerca de hacerlo. ¿Y si al levantarse dejaba el sillín mojado y él se daba cuenta?

Fueron veinte minutos de trayecto, pero Raquel habría deseado que aquel viaje no acabara nunca. Supo que aquella misma noche se volvería a masturbar pensando en él.

Cuando subieron al estudio de Josen, el estilista ya había preparado varios lotes de ropa siguiendo las indicaciones que le había dado Raquel.

—Hola, loquita del coño —la saludó—. Pasad y haced lo que queráis en la habitación, pero no arméis escándalo, ¿eh? Nada de follar. Ahí te he dejado toda la ropa. Este es el famoso Maxi, supongo.

Te quedaste corta cuando me lo describiste, zorrezna... Si me necesitas, silba. Estaré aquí haciendo un *fitting* a una actriz famosa que no os puedo desvelar quién es porque está paranoica, la pobre. Se cree Julia Roberts y solo ha hecho una serie de *merde* para Neox.

Entraron en una habitación amplia y luminosa en la que había un gran sofá y, sobre él, varios conjuntos completos de ropa, con sus correspondientes complementos. Raquel los revisó con cara de satisfacción.

—Creo que Josen ha elegido lo que te puede ir mejor y parece que la talla es la tuya. Si quieres, puedes empezar a probarte y vamos viendo —le dijo a Maxi mientras se sentaba en una de las butacas antiguas que había en la habitación.

—¿Y tú te vas a quedar ahí plantada? No contaba con eso, la verdad...

—¿Y qué problema hay? —preguntó Raquel—. ¿No te he visto ya en bañador un montón de veces?

—Es que, verás... No llevo calzoncillos. En verano nunca me los pongo. Ya sé que hoy debería llevarlos, pero ya estoy acostumbrado y ni me di cuenta. No es que tenga nada que esconder —le dijo—, yo por mí me quedo en bolas tan contento; lo digo por ti, para que no te sientas incómoda.

Raquel se rio.

—Vale, cierro los ojos y cuando te hayas puesto los pantalones me dices, ¿okey?

Mientras se cambiaba y ella le oía trajinar con la ropa, no pudo evitar entreabrir un poco los ojos, como una niña pequeña. Quería ver qué había ahí, lo que Maxi tenía que esconder, pero no pudo distinguir nada, apenas una sombra y un gesto rápido de él subiéndose los pantalones.

—Ya puedes abrir —dijo Maxi—. Mola. Nunca me había puesto traje, solo en las bodas, pero este es distinto.

—Y tanto que es distinto. Es de Armani —dijo Raquel levantándose y estudiándole de arriba abajo—. Te queda bien y es tu talla. Estás guapísimo, pero este estilo no te va. Tendrás que tener uno así para ocasiones especiales: teatro, óperas... Pero no te veo así vestido para las citas.

Raquel volvió a cerrar los ojos para que Maxi se pusiera el segundo de los estilismos. Cuando estaba esperando a que acabara, oyó un berrido que le hizo abrir los ojos como platos.

—Perdón perdón perdón. Qué barbaridad, madre mía. Perdón. No sabía que estabas desnudo.

Era Josen, que entraba para ver cómo iban las pruebas. Raquel vio

a Maxi de espaldas subiéndose los vaqueros a toda velocidad.

—¿Cómo va la cosa? ¿Dais con el estilo? Perdona, cariño, por la intromisión, y enhorabuena. No se puede decir otra cosa.

—¿Enhorabuena por qué? —preguntó Raquel.

—Por nada, monina. Cosas entre este chico y yo. Tú a por uvas, como siempre. *Looking for grapes*. Te digo una cosa, Raquel: no te enteras ni del Nodo, pero desde luego sabes elegir. Tienes una suerte, hija de puta... Y a ti te visto cuando quieras, cariño —dijo dirigiéndose a Maxi.

El segundo de los conjuntos tampoco les gustó ni a Maxi ni a Raquel. La combinación pantalón chino y camisa pija no le iba para nada...

—A este chico le pega un rollo más cañero —dijo Josen—, un estilo roquero, como de macarra, pero cuidado, con cosas buenas y caras, a lo Johnny Depp...

Al rato volvió con un montón de ropa que dejó esparcida por el sofá.

—Pruébate esto, corazón, a ver si tengo o no tengo razón.

Cuando Raquel abrió los ojos y le vio con aquella ropa, supo que su gigoló estaba allí. Camiseta blanca desgastada con el cuello algo desbocado, vaqueros negros bastante ceñidos, cinturón de cuero *vintage*, botines camperos negros y chupa de cuero de motorista.

—Con algunos anillos, un pañuelo en el pelo, un collar y un par de tatuajes más, ya tienes el *look*. *You got the look*, zorra.

—Pero ¿no crees que asustará a las clientas así vestido? —preguntó Raquel—. ¿No lo ves un *look* demasiado agresivo?

—No, cariño. ¡Lo que va a asustar a las clientas es la polla que tiene, eso es lo que va a ser agresivo, cabrona! Lo de la ropa es lo menos peligroso que tiene este chico —exclamó Josen.

21
Cumpleaños fatal

A los dos días del asunto de la ropa, Maxi recibe una nueva llamada de Raquel...

—Este viernes celebraré mi cumpleaños con mi grupo de amigas. Vamos a cenar a un restaurante muy chulo del centro, un sitio de comida asiática que está muy de moda. He pensado que sería una buena prueba que me acompañases. Te puedo presentar como mi nuevo ligue y así vemos cómo te desenvuelves con ellas. No voy a darte instrucciones ni a explicarte nada, porque quiero que seas tú mismo; así vemos lo que hay que pulir de cara a las clientas, ¿te parece? Voy a conseguirte alguna ropa y te la dejo en la portería. Por cierto, ellas no saben nada de mi nuevo negocio y, de momento, no quiero que lo sepan. Te lo digo para que no te vayas de la lengua.

Maxi le dice que vale, pero nada más colgar se pregunta cómo va a salir del paso con Isa. Los viernes por la noche son sagrados, siempre quedan. Después del tema del pelo ha de tener cuidado de no dar mucho el cante con ella. Le dirá que su madre ha quedado con las amigas para ir al bingo y se tiene que quedar cuidando de su padre...; eso será lo mejor. Recoge la ropa que le ha dejado Raquel y se cambia en los mismos vestuarios de la piscina. Ella le pide que esté listo a las nueve y la espere como la vez anterior en el portal. Escucha el ruido del ascensor que baja y la ve salir subida a unos altos tacones y con un mono de color rojo tan escotado que solo le tapa lo justo sus pequeñas tetas. La espalda al aire, la melena rubia suelta, salvaje como la de una leona. Por un momento fantasea con la idea de que sus colegas del barrio le vieran con un pibón así. Se pregunta si podrá tocarla, si tendrá que hacerlo. Ella no se lo va a decir, está claro.

—Estás guapísimo —le dice ella con soltura—. Me he gastado una pasta en esa ropa de Zadig y Voltaire, así que cuídala bien. Te lo descontaré de tu primera cita; de hecho, no creo que te llegue.

—Tú también estás guapa —dice él—. Para ser mi novia de hoy, puedes pasar. Feliz cumpleaños, por cierto. ¿Cuántos cumples, veintitrés?

—Ahórrate las zalamerías —contesta ella sonriendo—. Soy tu futura jefa, tesoro.

—Hoy no. Hoy eres mi piba —le contesta Maxi—. Mejor dicho, mi pibón.

—Solo durante unas horas... y por una buena causa. Y no utilices la palabra *piba*, es de mal gusto.

—Será de mal gusto, pero te pone —dice él sonriendo.

El restaurante es otro de esos sitios pijos de estilo Raquel, pero no le intimida tanto como el japonés de la primera vez; el ambiente parece más relajado y menos formal. Sus amigas esperan ya sentadas a la mesa, bebiendo cócteles. Maxi está aterrorizado, pero intenta que Raquel no se dé cuenta. «No puede ser tan difícil. Aunque pijas, son tías, y las tías se manejan de la misma forma, todas están cortadas por el mismo patrón. Si sabes tratar a la Isa, a tu madre y a las tías del gimnasio, sabes tratar a este grupo de pijas», es lo que piensa antes de enfrentarse a lo que le parece una jauría de lobas. Algún capítulo había visto con Isa de *Sexo en Nueva York*. La escena le recuerda justo a las protagonistas de aquella serie.

—Chicas, este es Maxi, ya os he hablado de él. Portaos bien, que es el único chico de la mesa y además es bastante tímido, así que nada de interrogatorios —advierte Raquel—. ¿Qué quieres tomar, mi amor? ¿Te apetece un cóctel?

—Yo voto por una botella de champán —dice él con soltura—. Habrá que brindar por la cumpleañera, ¿no? A ver, ¿quién quiere champán, señoritas?

Las amigas aprueban por unanimidad la idea mientras estudian a Maxi con una mezcla de curiosidad, admiración y envidia. Sin duda, se preguntan de dónde diablos ha sacado Raquel un tío así de bueno y que además parece bastante más joven que ella.

—¿Y dónde os conocisteis? —pregunta Patri, una de ellas.

—En el Mercadona —contesta Maxi con naturalidad—. Estábamos en la cola de la caja. Yo solo llevaba una caja de condones y quise pasar delante, pero ella no me dejó, se puso de lo más borde… Empezamos de muy mal rollo, pero luego, ya veis. *Love is in the air* —dice apretando levemente la mano de Raquel.

—¿Tú también vienes del mundo del marketing, como Raquel? —pregunta otra de las amigas.

—Qué va, tengo un club de boxeo; cuando queráis, podéis venir. Os daré personalmente una clase de prueba —contesta Maxi con la más encantadora de sus sonrisas.

—Andaaa, Raquel, qué calladito te lo tenías. ¡Un boxeador! Tú sí que sabes, guapi…

La cena transcurre sin sobresaltos y aunque Maxi permanece alerta, la expresión de Raquel da a entender que todo está saliendo bien. De vez en cuando, ambos se intercambian miradas y sonrisas de complicidad falsas que no lo son tanto, y en un determinado momento en que Maxi intenta besar a Raquel, ella aparta la cara instintivamente, casi sin darse cuenta.

—Tía, no mires —le dice a Raquel una de las amigas—, pero acaba de entrar tu exmarido con una tía.

Raquel se pone blanca, el corazón se le sube a la boca y mira con mal disimulo hacia la mesa a la que acababan de sentarse Fer y la guapa morena que le acompaña. Está casi segura de que la chica es la de la foto de México.

Se hace el silencio en la mesa. Las amigas no saben qué decir y Maxi tampoco; ni siquiera sabía que Raquel había estado casada. Pronto llega el camarero con los entrantes y todos empiezan a comer, pero Raquel apenas prueba bocado, aunque trata de seguir las conversaciones de los demás y poner buena cara. Continúa mirando a la mesa hasta que su ex por fin advierte su presencia. Sus miradas se cruzan como si fueran las de dos viejos conocidos que parecen reconocerse de repente. Raquel intenta mantener el tipo, pero nota que las lágrimas le empañan los ojos y se ve al borde del llanto.

Esa persona, ese de ahí que ahora se sienta en otra mesa como si no la conociera, era con el que compartía el cepillo de dientes, su compañero de cama y de vida, su amor, su confidente, su todo; el que la cuidaba cuando estaba enferma, el que le decía que jamás se separaría de ella, que estarían siempre juntos.

No esperaba que verle con otra fuera a dolerle tanto. Era una sensación difícil de explicar; no era dolor, era como si todas sus vísceras estuvieran estallándole al mismo tiempo.

¿Por qué de todos los sitios de Madrid ha tenido que ir a ese?, se pregunta. ¿Por qué tras casi un año sin verse tenía que encontrárselo en la noche de su puñetero cumpleaños? Pero no va a hacer nada, ella es una señora; mejor dicho, una señorita. Una señorita que está celebrando su cumpleaños con sus amigas y su nuevo novio, eso es lo que es. Si estuvieran en una película, se levantaría y montaría un numerito a la altura de las circunstancias, pero no. Eso sería de mujer herida y despechada, y antes muerta que darle a entender a su exmarido que todavía le importaba. Era, simplemente, un pequeño *shock*, otra cosa más de la que se recuperaría, como siempre hacía.

Cogió la mano de Maxi; necesitaba sujetarse a algo, porque sentía que la tierra se abría bajo sus pies. Apoyó la cabeza en su hombro y, de inmediato, se sintió mejor. No lo hizo para que la viera Fer, lo hizo porque en realidad necesitaba un hombro en el que apoyarse. De pronto, él la besó con suavidad, como si fuera lo más natural del mundo, como si de verdad ella fuera su chica. Y durante los pocos segundos que duró aquel beso, todas las amigas, el exmarido y su novia, el restaurante... todo desapareció y se quedó en suspenso, y cuando Maxi despegó los labios de los suyos, aún le parecía que el

mundo iba a cámara lenta.

—Vamos a pedir unas copas y me dais los regalos —dice Raquel con naturalidad, como rompiendo aquel hechizo—. Supongo que habréis traído regalos, ¿no?

—Claro que sí —responde Maxi tendiéndole un paquete alargado adornado con un lazo. Raquel le mira con cara de verdadero asombro. Desenvuelve con cuidado el regalo, abre el estuche y descubre dentro una preciosa pulsera de oro que parece de anticuario.

Pese a que está auténticamente sorprendida, Raquel tiene que hacer como si fuera lo más normal del mundo; Maxi sabe que ha dado un golpe maestro.

—Gracias, tesoro. Esto sí que ha sido una sorpresa —dice Raquel dándole un beso y poniéndose inmediatamente la pulsera—. Qué preciosidad. Me queda perfecta. ¿Es *vintage*?

—Es antigua —contesta él—. Perteneció a mi abuela, pensé que te gustaría.

Las amigas miran alucinadas a Maxi, pero la escena de felicidad dura poco. El exmarido de Raquel se aproxima hacia la mesa con gesto serio.

—Hola, Raquel. Vaya coincidencia, ¿podemos salir un momentito para hablar? —pregunta sin saludar a nadie pese a que conocía de sobra a todas sus amigas.

—Claro, ¿por qué no? ¿Te importa, mi amor? —le pregunta ella a Maxi—. Este es mi novio, Maxi... Maxi, este es mi exmarido, Fernando...

Maxi le saluda con normalidad, sin darle importancia; mientras tanto, la novia de Fer permanece con cara de fastidio sentada sola a la mesa.

Salen juntos a la calle y, tras estar fuera unos diez minutos, el ex es el primero en entrar con gesto serio. Después lo hace Raquel. Maxi se da cuenta de que tiene los ojos llorosos y de que intenta, de nuevo, hacer como que no pasa nada...

—¿Todo bien, Raquel? —le pregunta.

—Sí, amor. Todo fantástico. Mi ex me acaba de decir que necesita el divorcio de inmediato porque su novia, que es esa chica de ahí, está embarazada de cuatro meses y quieren casarse cuanto antes. Ahora entiendo por qué quería hablar conmigo con tanta urgencia. Pero no me importa. Lo mío con Fer ya es agua pasada y más ahora que estoy contigo —le explica Raquel.

En la mesa no se oye ni una mosca. Las amigas miran a Raquel sin saber muy bien qué decir.

Ella misma rompe el silencio llamando al camarero:

—Pónganos otra botella de champán, que tenemos que celebrar mi cumpleaños, ahora más que nunca.

Tras la nueva botella de champán vienen varios gin-tonics bebidos como si fueran agua del grifo. Maxi ve que Raquel se emborracha por momentos, embargada por una falsa euforia que muy pronto podía convertirse en drama. Quiere pararlo, decirle que deje de beber, pero no sabe muy bien cómo hacerlo. En cuanto a sus amigas, no resultan de mucha ayuda; todas están casi tan borrachas como ella.

—¿Qué te parece si te llevo a casa? —le pregunta Maxi—. Está claro que el tema de tu ex te ha afectado bastante y más con el alcohol que llevas encima. Mañana será otro día y lo verás todo distinto.

—Eso es una frase hecha. Mañana será todo igual —dice Raquel—, solo que con el añadido de que tendré un año más. Pero no quiero irme a casa. Es mi cumpleaños y pienso celebrarlo como Dios manda. Fer ya me ha amargado la vida lo bastante en este último año, ya es hora de superarlo. Que sea feliz. Que todo el mundo sea feliz. Me apetece hacer algo divertido, ¿por qué no nos llevas a todas a algún sitio que conozcas donde podamos bailar?

—Yo de sitios como estos no sabré, pero conozco algún bar que otro de Vallecas en donde al menos escucharemos buena música. ¿Os apetece, chicas? —pregunta Maxi al grupo.

—Síííííí, a Vallecas —dice Raquel completamente desatada—. Chicas, ¿os venís a Vallecas? Seguro que nunca habéis estado allí.

Pero las amigas no parecen muy por la labor de ir tan lejos, y menos a Vallecas. Proponen quedarse en el *lounge* que tiene el restaurante en la parte de abajo tomando un cóctel.

—¿Qué quieres hacer tú, Raquel? ¿Te vienes conmigo, te quedas aquí con tus amigas, te llevo a casa? —pregunta Maxi.

—Contigo, quiero ir contigo. Vámonos a Vallecas y pasemos la noche de nuestra vida. Te lo mando como futura jefa tuya que soy —dice en voz baja, para que no la escuchen sus amigas.

—Te veo demasiado borracha para pasar la noche de nuestra vida —dice Maxi—, pero bueno, al menos lo intentaremos.

Raquel paga la cuenta y, tras despedirse de sus amigas, sale a la calle con Maxi en busca de un taxi. Pretende mantener el tipo, pero se le hace difícil guardar el equilibrio encima de sus altos tacones. Aun así, Maxi la ve guapísima. Tiene las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—¿No crees que esa con la que iba mi marido era mucho más fea y vulgar que yo? Los hombres vais a peor en vuestras segundas parejas; es lo que dice siempre mi madre. Y ahora, ¿adónde vamos? ¿Era Vallecas o Moratalaz? Nunca voy al extrarradio. En realidad, creo que

nunca he salido del contorno de la M-30. ¿Se dice contorno? —le pregunta ella.

Maxi está agobiado; Raquel está bastante borracha y no sabe muy bien cómo tratarla, qué debe hacer. Intenta procesar toda la información que ha recabado esa noche. De repente, parece saberlo todo sobre ella, y eso, lejos de restarle atractivo, la hace aún más interesante. Parece que ha vivido lo suyo a pesar de todo, no ha llevado la vida entre algodones que él había supuesto.

—Cojamos un Uber y vayamos al Hebe, en Vallecas —propone Maxi—. Es un garito de rock que te gustará, aunque imagino que en tu vida habrás ido a un sitio igual. ¿Crees que estás en condiciones? Desde luego, vestida así vas a dar la campanada.

—Genial —contesta Raquel, apoyándose en el hombro de Maxi—. Me encanta llamar la atención y hace un montón que no la llamo... Y, además, ya estoy harta de sitios de pijos. Oye, Maxi, ¿tú me ves muy pija?

—Hombre, bastante pija eres, Raquel —le contesta—, pero molas igual. Se te perdona.

Cuando media hora después llegan al Hebe, Raquel se convierte en la sensación del bar, aunque está demasiado borracha para darse cuenta de ello. Tras beberse un mini de cerveza prácticamente de un trago, quitarse los tacones y quedarse descalza, se pasa buena parte de las dos horas que están allí dentro bailando rock duro como una loca encima de una tarima, con todos los heavies y roqueros que se le ponen por delante mientras Maxi la vigila estoico desde la barra bebiendo coca colas. Piensa que está viendo otra versión de Raquel, una Raquel que aún no conoce y que todavía le gusta más. Ver a una persona que era puro control como ella completamente desmelenada resulta bastante curioso.

A eso de las cuatro, Maxi decide arrancarla de allí y acercarla a su casa; dejarla en aquel estado volver sola a casa sería una imprudencia. Podría acabar durmiendo en un banco.

Cuando coge el móvil para llamar a un Uber que les lleve a Chamberí, ve que tiene un mensaje de Isa enviado hace una hora.

La Mayka te ha visto esta noche en el Hebe con esta tía. ¿Así es como cuidas a tu padre? No puedo creerlo. Eres un hijo de puta.

También recibe una foto que, a todas luces, debió de haber sacado la amiga de Isa, un *robado* en toda regla. En ella se ve bastante borrosa a Raquel colgada del cuello de Maxi en la barra del bar. Los dos aparecen felices y sonrientes, como si fueran novios.

22
La resaca

—Raquel, Raqueliña. Despierta, que van a ser las dos. Te he dejado dormir toda la mañana, pero digo yo que tendrás cosas que hacer para lo del burdel.

Raquel abrió los ojos, reconoció los contornos de su habitación, vio la cara regordeta de la Tata y deseó desaparecer en ese mismo momento. ¿Estaría muerta y habría resucitado? Se palpó el cuerpo y notó con alivio que llevaba las bragas puestas. Las pocas ráfagas de la noche anterior de las que se acordó fugazmente le hicieron taparse la cabeza con la almohada.

—Me encuentro fatal, Tata, no puedo levantarme. Vamos a tener que llamar al médico, porque me siento morir.

—Qué médicos ni qué médicas. Lo que tienes es resaca. Sé que anoche te pasaste de rosca festejando el cumpleaños. Tenías toda la ropa vomitada en el baño, como casi todas las veces que sales.

—Ay, Tata, no sé. Es que no me acuerdo de mucho. Ni siquiera sé muy bien cómo llegué aquí a casa. El último recuerdo nítido que tengo es el de Fer diciéndome que su novia estaba embarazada y que quería el divorcio para casarse cuanto antes, de eso sí me acuerdo. Estaba en nuestro mismo restaurante. Es fea y vulgar.

—Chica, qué fatalidad. Por eso te buscaba tanto. Bueno, *filla*, tú déjale. Que le vaya bien en la vida, pero ya lo dicen en mi pueblo: a cada cerdo le llega su san Martiño. El daño que hizo bien lo ha de pagar.

Raquel se miró la muñeca. Tenía una pulsera nueva. De repente, se acordó de Maxi y de algunos fragmentos sueltos de la noche anterior, como si fueran fotogramas a los que les faltaran algunos pedazos. Recordó que había estado bailando en un bar al que habían ido en taxi, algún sitio por Vallecas.

—Por cierto —dijo la Tata—, ha subido el chico ese de la piscina a preguntar por ti. Maxi, creo que dijo. Quería saber cómo estabas. Es muy buen mozo, el rapaz.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que estabas durmiendo la mona, ¿qué iba a decirle?

—Mira a ver si encuentras mi móvil, que debo de tenerlo petado de mensajes. Por favor, tráemelo a la cama y hazme algo de comer. Tata bonita, ¿me haces una tortillita de patata que me asiente la tripa? Y baja a por una cerveza, anda. Será lo mejor.

—Ya te la he hecho, hija. Bien sé lo que tú necesitas, te conozco

como si te hubiera parido. Y lo de la cerveza, ni lo pienses. Yo de ese tema ya no te digo nada, que bastante tienes ya, pero bebes como un cosaco y no es de hoy la cosa. Llevas así mucho, Raquel. Te vas a destrozar el hígado.

Cuando Raquel cogió el móvil, efectivamente, tenía bastantes wasaps sin leer. Varios del grupo de sus amigas, mostrando preocupación y preguntando si había llegado bien. Todas alababan a Maxi:

> Tu Maxi, encantador, guapo, simpático, sexy... Le da mil vueltas a Fer, así que pasa de él ya de una vez.

> ¿De dónde has sacado al tal Maxi? Nos hemos quedado todas alucinadas. Hacéis una pareja genial.

> Puedes traer a Maxi a la boda sin problema. Es un amor. Hablaré con la *wedding planner* para decírselo.

Eso, lo que le faltaba. Ahora a ver cómo hacía para decirles que en realidad Maxi no era su novio, sino un socorrista al que ella misma iba a convertir en gigoló. Y encima Fani le invitaba a su boda, que para colmo se celebraría en Santorini dentro de dos meses. Ya se le ocurriría algo. Pero había que mirarlo por el lado bueno: su futuro *escort* había pasado la prueba del algodón con sus amigas, o eso parecía, aunque Raquel no se acordaba de mucho.

A primera hora de la tarde, después de una ducha, dos ibuprofenos y la tortilla de patata sin cuajar de la Tata, Raquel se armó de valor y decidió bajar a hablar con Maxi a la piscina. Antes de hacerlo, se puso unas gafas gigantescas y un caftán marroquí bastante bonito que le había regalado su madre en su viaje a Marrakech.

—Hola, reina mora —le dijo con una gran sonrisa cuando la vio aparecer—. ¿Cómo te encuentras? Anoche la liaste bien parda, ¿eh?

—Por Dios, no me lo cuentes —respondió apurada—. No hay cosa más terrible que oír las barbaridades que haces cuando has bebido. No recuerdo casi nada. Lo último es lo de mi exmarido; a partir de ahí, tengo la mente en blanco. Me pasa desde adolescente. Cuando bebo demasiado, pierdo bastante la memoria.

—Pues mira estas fotos, ya verás —le dijo Maxi tendiéndole el

móvil—. Así se celebra un cumpleaños y lo demás son tonterías.

Raquel empezó a pasar las fotos y se vio a sí misma descalza y desmelenada, bailando encima de la tarima de un local del que apenas tenía algún recuerdo, y también en la barra, sonriente, sujeta a un mini de cerveza; un selfi con Maxi, colgada de su cuello con cara de borrachera...

—Pero si yo nunca bebo cerveza —dijo Raquel.

—Pues ayer parece que te animaste —rio Maxi—. No te preocupes, no tienes nada de lo que arrepentirte. Lo diste todo bailando. Lo pasaste como una enana, claro que te caías del pedo. Creo que tienes que salir más por Vallecas.

—¿Me trajiste tú a casa, entonces?

—¿A ti qué te parece? —le contestó—. Por cierto, no quiero ser cortarrollos, pero la pulsera me la tienes que devolver. Se la robé a mi madre, era de mi abuela, y como se cosque de que ha desaparecido se monta la de Dios en mi casa. No podía ir a tu cena sin regalo de cumpleaños y no tengo un pavo.

—Claro, sí... aquí tienes —dijo Raquel quitándosela y devolviéndosela a Maxi—, es preciosa. Ojalá alguien me regale una así de bonita alguna vez.

—Si fuese mía, está claro que te la regalaba, Raquel. Debía llevar algo para dar el pego con tus amigas y no se me ocurrió nada. Por cierto, son muy majas. Pijas, pero majas. ¿Te dijeron algo?

—Se quedaron encantadas contigo. Superaste la prueba de sobra. Al menos, estoy contenta por eso, a pesar de la borrachera... Una última pregunta, Maxi. ¿Fuiste tú quien me metió en la cama?

—Sí, después de vomitarlo todo te quedaste semiinconsciente en el baño; no podía dejarte así.

—¿Y la ropa?

—La ropa estaba perdida, tuve que desnudarte. ¿Qué iba a hacer? ¿Meterte en la cama toda vomitada?

—No, claro —contestó con una risita nerviosa—. Era solo por saberlo...

—Pues sí. Te quité la ropa, pero cerré los ojos —dijo él con su encantadora sonrisa—. Porque no quise, que en el estado en el que estabas podría haberte echado cinco polvos que no te acordarías.

—Entonces me habría despertado desnuda —respondió algo tímida.

—Depende... A lo mejor te puse la ropa interior después. Tú no te acuerdas de nada, así que...

—Tengo el leve recuerdo de estar tumbada contigo en la cama, ¿puede ser? ¿Es que te quedaste conmigo a dormir?

—Puede ser —contestó Maxi sonriendo.

—¿Cómo que puede ser? ¿Te quedaste o no te quedaste?

—Sí, estaba tan agotado que me eché un rato contigo para vigilar que estabas bien y me quedé sopa. Me desperté cuando amanecía y me largué.

—¿Ronqué? —le preguntó.

—Roncabas muchísimo, por eso me desperté.

—¿En serio ronqué?

—Sí, sí; no entiendo cómo de esa boca de muñequita podían salir esos gruñidos —dijo riéndose—. Pero no te preocupes, será nuestro secreto.

—También me acuerdo del beso que me diste en el restaurante…

—Bueno, te vi tan mal con lo de tu ex que algo había que hacer, ¿no? Espero que no te molestara; al fin y al cabo, fui tu novio anoche. Tengo que decirte que me gustó mucho besarte.

—No sé… Tengo algunos *flashes* de anoche contigo en mi casa, pero no sé si son reales o los soñé —dijo Raquel.

—¿Y ya te encuentras mejor del tema de tu ex? —le preguntó cambiando de tema—. No sabía nada de tu vida y me quedé un poco en *shock*… Algo intuía de que habías roto con un tío hacía poco, pero no sabía que estuvieras casada.

—No hay mucho que saber. Me abandonó hace algo más de un año de golpe y porrazo, sin ni siquiera esperarlo. No le había vuelto a ver hasta ayer. No es que siga enamorada de él, pero de alguna forma fue como si se abriera de nuevo una herida que acaba de cerrar, ¿me comprendes?

—Supongo que debe de doler, sí. Yo la verdad es que nunca he sufrido por amor… de momento.

—Tarde o temprano te tocará —contestó Raquel—, es parte del juego. Pero mejor vivirlo y sufrir que no vivir nada, ¿no te parece? Por lo menos, nos habrán pasado cosas por el camino. Pero dejémonos ya de dramas —le dijo sonriendo— y hablemos de lo nuestro. Dentro de una semana viene alguien que he contratado para daros una pequeña formación. Lo haremos en mi casa.

—¿Qué será, en plan «Aprende a ser un gigoló en dos días»? —preguntó Maxi.

—Más o menos podría resumirse así… Es alguien que lo sabe todo de este negocio y os dará en primera persona consejos que os serán bastante útiles. Además, aprovecharé para que os conozcáis los cuatro.

—¿Somos ya cuatro?

—Sí —dijo Raquel—, esto es ya un pequeño imperio del sexo. Está Omar, que es persa, o eso dice; Telmo, que es argentino; Randy, un

profe de yoga dominicano, y tú...

—Te falta un chino, Raquel. Joder, la has liado parda con los países. Parece un chiste: un moro, un negro, un argentino y yo. ¿Lo ves? Falta un chino.

—Bueno, pues cuando el negocio funcione, yo misma me encargaré de buscar al chino. De momento, te dejo. Me subo a casa. Creo que necesito una siesta con urgencia.

Se hizo un breve silencio y los dos se miraron sin decirse nada, como sabiendo que algo había cambiado desde la noche anterior. Ninguno sabía muy bien qué, pero ambos lo podían sentir en las tripas.

Raquel necesitaba esa siesta, pero al despedirse de él en la piscina, ya le echó de menos. Deseó que esa siesta fuese con él. Sabía que él también lo deseaba; lo podía ver en sus ojos cuando la miraba y lo notaba en el tono de su voz cuando le hablaba. Ella también pensaba en eso desde la primera vez que lo vio sentado en la piscina, y algo había pasado la noche anterior. Su cuerpo lo sabía. Quizá Maxi y ella se habían liado y no lo recordaba; la posibilidad de haber tenido algo con él la excitó aún más.

Le entraron unas enormes ganas de darse la vuelta y proponerle algo, de atreverse a hacerlo. Sería muy fácil decirle *te espero para echarme la siesta contigo* o *venga, los dos lo sabemos. Hagámoslo una vez y nada más*.

Mientras subía a su casa, imaginó las manos de Maxi quitándole la ropa con cuidado, como quizá habría hecho la noche anterior, descubriendo poco a poco cada rincón de su cuerpo, oliendo el leve sudor, su aliento cargado de alcohol. Le imaginó llevándola en brazos a la cama quedándose quieto mirándola un rato mientras ella, inconsciente y en un lugar muy lejano, dormía la mona. Su mano rozándole la cintura, colándose quizá por entre sus dos pechos, acariciándole el pelo, el cuello. Pensó en las manos de Maxi tocándole las piernas, la cara interior de los muslos, donde su piel era más suave... Después, quizá le habría pasado la lengua por el vientre, rozando el encaje de sus bragas, pensando en la posibilidad de seguir más abajo o pararse allí. Entonces, ella habría hecho el amago de despertarse y él se habría apartado, asustado. La habría tapado con la sábana y se habría marchado sin hacer ruido.

23
Una noche con Maxi

Maxi había decidido no darle a Raquel demasiados detalles de la noche que había pasado en su casa; quizá ella no se acordara de mucho, así que, ¿para qué? Esperaría a ver cómo respiraba ella.

Recuperar la pulsera de su madre era otro de los temas que tenía que solucionar. Lo que no tenía tan fácil arreglo era lo de Isa. Llevaba toda la mañana sin pillarle el teléfono. Se había metido en un buen lío y no hacía más que darle vueltas a la cabeza pensando en una explicación que pudiera resultar convincente. Al final, decidió decirle que era un asunto del gimnasio, que la hermana del dueño había venido desde Londres a pasar el fin de semana y varios del curro, incluido el jefe, la habían sacado por ahí. Que no se lo había dicho porque sabía que pondría mala cara porque la tía era guapa y creía que ella se pondría celosa, que ya la conocía. Que era verdad que le había mentido con lo de su padre y que se sentía fatal por ello. Pero que en realidad su trabajo pendía de un hilo y no había podido decirle que no a su jefe. Que la tía estaba pirada y había acabado borrachísima.

Más o menos era lo que le había escrito en los al menos diez wasaps que le había enviado desde la noche de autos.

Se sentía culpable. Había mentido a Isa dos veces. Primero, al decirle lo de que tenía que quedarse cuidando a su padre, y después en los wasaps con aquellas absurdas disculpas. Pasó todo el día inquieto y con taquicardia, como un niño al que han pillado en una falta grave.

Pero tampoco podía quitarse de la cabeza su noche con Raquel. Recordaba cada momento como si fuera un cortometraje al que volvía una y otra vez. Al llegar a su casa, ella ni siquiera era capaz de abrir el portal con la llave de lo borracha que iba. Tuvo que acompañarla hasta el ático y meterla en la cama, pero tampoco fue tan fácil. Ella lloriqueaba, decía que estaba mareada, que tenía ganas de vomitar. Entraron en la casa y Maxi esperó a que ella terminara de vomitar en el baño, la desvistió evitando mirarla mucho y la metió en la cama. Luego la arropó como a una niña pequeña y, cuando ya se disponía a salir del cuarto y marcharse a su casa, ella le llamó...

—Maxi, Maxi. No me dejes sola... No te vayas. Quédate a dormir conmigo. No haremos nada, te lo prometo. Solo quiero dormir contigo. Estoy fatal después de lo que ha pasado con mi ex. No quiero estar sola. Solo quiero que me abraces.

Y Maxi dudó. Dudó, pero al final las ganas y lo que le tiraba aquella tía pudieron más que pensar en Isa. Ya vería cómo solucionaba aquello. Se tendió a su lado, vestido, encima de la sábana. Al principio, ella permanecía inerte, durmiendo la borrachera, pero con un rápido movimiento como de animal al acecho, de pronto se le colgó del cuello y empezó a besarle exactamente de la misma manera en la que lo había hecho en el restaurante unas horas antes. Se pegó a él como un animalillo y después sus manos buscaron casi inmediatamente su bragueta, a punto de estallar por la presión.

Pero él, pese a que se moría de ganas de acostarse con aquella tía, no quería que fuera así. Le retiró la mano y la abrazó fuerte, dejándola prácticamente inmovilizada.

—¿No quieres follarme? —preguntó Raquel.

—Lo quiero más que nada, Raquel, pero no así. Descansa, duerme… Estoy aquí contigo. Estamos juntos esta noche —dijo mientras le acariciaba el pelo—. Me quedaré aquí. Sé buena y duérmete.

Recordó la canción que le cantaba su madre de niño y empezó a tarareársela.

—Había una vez un lobito bueno al que maltrataban todos los corderos, y había también un príncipe malo, una bruja hermosa y un pirata honrado. Todas estas cosas había una vez cuando yo soñaba un mundo al revés.

Pronto oyó unos ligeros ronquidos y supo que ella, por fin, descansaba después de su agitada noche. Sin darse cuenta, se quedó también dormido. Cuando despertó, aún continuaba agarrado a ella. Miró el móvil y eran ya las siete de la mañana; Raquel seguía durmiendo profundamente, no se había movido en toda la noche. Se incorporó de la cama y la miró por última vez en la penumbra de la habitación. Estuvo tentado de besarla, pero no lo hizo.

Mientras iba en metro de vuelta a casa para ducharse y cambiarse, Maxi pensaba si aquello era engañar. No había pasado nada, él y Raquel no se habían acostado y, sin embargo, sentía que estaba engañando a Isa, que no estaba siendo sincero con ella. Se dio cuenta de que no estaba luchando para salvar su relación; estaba luchando contra él mismo para no enamorarse de aquella tía. Pero sentía que todas las vísceras le arrastraban hacia Raquel con la fuerza de un ciclón, con una urgencia que nunca antes había sentido.

Tenía sueño. Se quedaba dormido en el metro. El recuerdo más vivo que tenía de la noche anterior era el olor a suavizante del pelo de Raquel.

24
Malo será

Al día siguiente de su charla posborrachera en la piscina, Raquel recibió una inesperada visita de Maxi.

—Perdona que suba sin avisar, Raquel. Hoy es mi último día en la pisci y supongo que ya no nos veremos hasta que empiece lo del curso la semana que viene, pero no he venido exactamente a despedirme. La noche contigo del otro día me ha supuesto un problema del copón con mi chica y necesito consejo. Mi madre no me vale de mucho, es más bruta que un arado y además quiere mucho a Isa, siempre la está defendiendo.

Raquel le hizo pasar al salón. Le fastidió un poco que Maxi hubiera subido para hablarle de su novia...

—Resulta que una amiga de Isa nos vio el otro día en el Hebe y nos sacó una foto que le mandó a ella con bastante mala leche. El tema es que para poder salir contigo y tus amigas, tuve que mentirle. Le dije que tenía que cuidar a mi padre. Ella es muy celosa y no lo habría entendido, sobre todo siendo tú el pibón que eres.

Raquel hizo como que no se enteraba de su comentario, pero se agarró a él como una lapa y lo saboreó como un caramelo...

—Llevo dos días friéndola por WhatsApp y no me responde ni me coge el teléfono. No sé qué hacer, me da hasta miedo presentarme en su estudio.

—Vaya, siento que por mi culpa se haya organizado todo este lío —mintió—. Me imagino que cosas como enviarle flores y eso no servirán de mucho, ¿no?

—Me parece que está tan cabreada que las tiraría a la basura —le respondió—. Isa no es cualquier tía, es de armas tomar.

—Se me ha ocurrido una idea. Déjame que hable con una amiga que tiene un pisazo de lujo que alquila a turistas millonarios y luego te cuento, ¿vale? Recuerda que el lunes a las nueve empezamos aquí las clases... ¿Cómo vas a organizarte en el gimnasio?

—De momento, tengo que seguir, al menos hasta que empiece a ganar dinero. Lo que no sé es lo que me voy a inventar de cara a mi familia —dijo el chico.

—No te preocupes, este fin de semana también pensaré algo que resulte creíble y no te traiga problemas con tu familia ni con tu novia, que ya bastante tienes —le contestó.

—¿Y tú qué tal estás del asunto de tu ex?

—Si no te importa, prefiero no hablar del tema. En condiciones

normales, tú jamás te habrías enterado de nada de eso. No me siento orgullosa de mi estado del otro día y te agradezco un montón que me cuidaras, que te quedaras conmigo, pero tenemos que mantener cierta distancia, Maxi. Espero que lo entiendas. Nos hemos acercado demasiado y es peligroso.

—Vale, jefa, tú mandas, pero que sepas que, si me necesitas para que le parta la cara a ese cabrón, cuenta con ello. Menudo gilipollas dejar a una tía como tú.

—Maxi, por favor, deja el tema, no insistas. Luego te doy un toque para ver si puedo ayudarte a solucionar lo de tu novia. Me siento responsable, la verdad.

Se daba cuenta de que no estaba actuando bien con Maxi, le alejaba y le acercaba a su antojo. Tanto intentar poner distancia y al final estaba metiéndose de lleno en su vida, y ahora, encima, su novia se cabreaba con él por su culpa. Una chispa maligna en su mente le hizo desear que Isa no le perdonara. Por un momento, deseó que rompieran.

«Calla, Raquel, ya estás con tus tonterías —se dijo a sí misma—. Ponte a trabajar en tu chiringuito, que es lo que tienes que hacer, y deja de pensar en chorradas absurdas.»

Pero pensaba, claro que pensaba. Maxi se había referido a ella como «pibón» y a su exmarido como «un gilipollas» por haberla dejado. ¿Lo había dicho o se lo había imaginado? No podía evitar sentir un extraño cosquilleo en la boca del estómago cuando le veía, esa era la verdad. Al menos, seguía atrayendo a los tíos. La vida no acababa con Fer y ya habría tiempo de pensar en los críos; al fin y al cabo, tenía cuarenta y un años, tampoco era tan vieja. Y si no le daba tiempo a encontrar una pareja, ya buscaría un poco de esperma por ahí para inseminarse. Como decía la Tata, con aquella expresión tan gallega, «malo será».

Así que sí, las cosas estaban bastante mal, pero no tanto. Claro que afrontar el divorcio con Fer no iba a ser moco de pavo y además coincidiría con el comienzo de su negocio.

—Tata, ¿en Cedeira hay curanderos y esas cosas? —le preguntó a la mujer.

—Haberlos haylos —respondió—. ¿En qué andas, Raquel, que te veo venir?

—Algo habrá que hacer para que mi ex pague por lo que ha hecho, ¿no? Él va a tener un hijo y yo no... La vida es injusta. ¿No podemos hacerle algo que no sea muy malo?

—¿Como qué? ¿Como un poco de daño? Pues no, Raquel. Andar con esas cosas es peligroso. No se juega con eso. ¿A ti te gustaría acaso

que te echasen un *meigallo*?

—Yo creo que ya me lo han echado hace tiempo, pero bueno —respondió.

—Mira, *filla*. No ofendas a Dios. La magia vale si es buena. Si es mala, es hacer el mal, y con el mal no se juega.

—Vale, vale, Tata. Me tomaré un Lexatin cada vez que tenga que vérmelas con el hijo de puta de mi ex y, si puedo sacarle algo de pasta, lo haré. Ganaba mucha y, al fin y al cabo, me dejó él, y además por otra. No fue culpa mía.

—Más tonta fuiste tú de hacer lo que hiciste. Entonces sí podrías desplumarle, pero ahora... Confórmate con que no te haya quitado el piso.

—Ya se me ocurrirá algo... ¿Y algo para atraer el amor no hay? ¿Unas hierbas o semillas o algo?

—Cosas se hacen en las aldeas, pero no te las digo, que ya bastante tengo contigo. ¿Es que te gusta alguien?

—No, qué va. Es en general. Anda, Tata, bonita, que te regalo unas cremitas y el bolso de Loewe ese que tanto te gusta, llama a tu pueblo y pregunta por un amarre de amor. Necesito amor en mi vida y no sé de dónde coño lo voy a sacar. Todo el mundo a mi alrededor está casado o comprometido o con novia.

«Bueno, todos no», pensó Raquel; aún le quedaba Omar. Todavía estaba él. Iba a trabajar para ella, pero técnicamente aún no era su empleado. Quedaban aún algunas semanas.

Decidió escribirle para ir a probarse ropa con él al estudio de Josen, tal y como había hecho con Maxi. Tampoco es que pudiera dejar de lado a sus otros gigolós. Aunque sabía que Maxi iba a ser la estrella de su agencia, no había que descuidar al resto, y menos provocar celos entre los cuatro. Bajo ningún concepto quería que su negocio se convirtiera en un corral de gallitos. Después de Omar, llevaría también a Telmo y a Randy.

Omar se mostró tan encantador como de costumbre y contento con su llamada. Siempre parecía estar desocupado, viviendo la vida, sin más. Le pareció estupendo quedar; así luego podría enseñarle a Raquel algo que había aprendido aquella semana y que sería de mucha utilidad para su nuevo trabajo. Al parecer, necesitaba enseñárselo personalmente. Raquel se preguntó qué sería, pero, en fin, todo lo que fuera bueno para el negocio era, por extensión, bueno para ella.

El resto del día lo pasó sin pensar ni en Maxi ni en su ex, enfrascada en su base de datos robada del trabajo, cogiendo los *mails* de las clientas potenciales e introduciéndolos uno a uno en su agenda de contactos. Eran más de cinco mil, así que le llevaría buena parte de

la semana hacer la selección por edades, profesiones, *etc.* La segmentación de las clientas era básica para poder afinar luego con los chicos y la manera de vendérselos a cada una. Había que hacer una web impecable, eso también era importante. Por suerte, conocía gente hasta en el infierno. El tema de los contactos le recordó que le había prometido a Maxi ayuda para arreglar lo de Isa.

De bastante mala gana, se puso manos a la obra para echarle un cable.

Cuando estaba precisamente haciendo las gestiones con su amiga, recibió un wasap de Randy, el chico dominicano...

Mijita, no creo que pueda aceptar el trabajo como prostituto. Ha sucedido que mi papá se ha puesto malo y tengo que regresarme a Santo Domingo. Siento avisarte de este modo. Estaba muy ilusionado, aunque con algunas dudas de moralidad, no te voy a mentir, porque yo en estos últimos años me he vuelto muy espiritual, muy creyente... Pero si tú me pagas el billete, en quince días me tienes aquí de vuelta, yo te lo juro a ti por Dios. Lo único que tienes que darme un pequeño adelanto para que yo resuelva mis cosas allá en Dominicana, ya tú sabes. Podemos firmar un papel o lo que quieras para que tengas una promesa de que yo me voy a regresar. Porque contrato tú no haces, ¿no? También quisiera saber el tema de vacaciones cómo va. Vacaciones, pagas extraordinarias, nocturnidad... y olvidé preguntar también si vas a incluir ropa, móvil de empresa, una ayudita para la comida y el abono transporte. Ya tú me dices algo, ¿okey?

25
Reconciliaciones y descubrimientos

Un Uber te recogerá a las nueve en tu estudio para llevarte a un sitio. Es una sorpresa. Te va a encantar. Dame una oportunidad. No soporto estar más tiempo así. Te quiero.

Maxi no solía hacer cosas así, no era para nada su estilo, pero Raquel le había dicho que era imposible que eso no funcionara, por muy guerrera que fuera Isa. Después del cumpleaños de Raquel, Maxi había tomado una decisión: lo único que quería era solucionar las cosas con Isa y sacarse de la cabeza su extraña noche con Raquel. Extraña, pero que le tenía sorbido el seso. No dejaba de pensar en ella y, sin embargo, debía olvidarla cuanto antes e iba a poner todo de su parte para lograrlo.

Isa no le había contestado al mensaje, pero aun así, Maxi tenía la esperanza, o más bien estaba casi seguro, de que ella aparecería.

Cuando entra en el piso para esperarla, casi se le caen los pantalones. Era un ático en la calle Ayala, en pleno barrio de Salamanca, pero no cualquiera. Por lo visto, la amiga de Raquel se dedicaba a comprar y decorar casoplones para multimillonarios que se alquilaban como apartamentos turísticos de ultralujo cuando ellos no los usaban. Un apartamento que Raquel había conseguido que fuera para Maxi e Isa por una noche.

—Así te vas acostumbrando al lujo, tesoro, porque será en esos ambientes en los que te moverás a partir de ahora. Ten cuidado con los muebles, alfombras y adornos; todo son piezas de arte únicas —le había advertido Raquel.

Aquello superaba todo lo que Maxi había visto y quizá imaginado en su vida. Estaba tan aturdido que exploraba habitación por habitación, torpemente, un poco tímido, como si se estuviera colando en la casa de alguien o invadiendo la intimidad de una familia.

Pensó que el salón tenía pocos muebles. Las casas de los ricos, según se veían en las series y en las pelis, siempre tenían o pocas cosas o muchísimas. Las paredes estaban pintadas de negro. Había una enorme mesa de cristal con sillas que parecían también de cristal y un sofá blanco inmaculado en forma de ele. También grandes esculturas a las que no se atrevía ni a acercarse, por miedo a tropezar y tirarlas.

Sospechaba que un gran panel con una cristalera era una de esas chimeneas modernas. En las paredes había pinturas raras y el parquet relucía tanto que parecía mojado.

Lo que más le gustó fue el jacuzzi de la habitación principal. Se encontraba no dentro del cuarto de baño, sino justo al lado de la cama. Pensó que aquella, aunque rara, era una idea de puta madre. Salir de la bañera y meterse en la cama, sí señor. Esa gente lo tenía todo pensado. Seguro que a la Isa le iba a flipar. Como para no. Aquello valía por todos los hoteles a los que no la había llevado nunca.

La cocina no tenía ningún interés; en realidad, no parecía una cocina, sino una especie de nave espacial en la que no había cajones ni muebles para guardar los platos, ni nada que hiciera pensar que allí se cocinara. Lo que sí había era una nevera gigantesca. La abrió y encontró agua con gas Perrier y una botella de champán de la misma marca del que tomaron en el cumpleaños de Raquel: Moët & Chandon.

El timbre sonó, tenía que ser Isa. Maxi cruzó los dedos.

—¿Qué coño es todo esto? —preguntó ella, sin siquiera atreverse a pasar.

—Es una sorpresa. Pasa, mujer, que no hay nadie...

—¿De quién leches es esta casa? ¿Para qué me has dicho que viniera?

—Nos la han dejado para que pasemos aquí la noche tú y yo. Una noche romántica. Quería pedirte perdón por la mentirijilla del otro día y organizarte una sorpresa; como nunca vamos a hoteles ni a ningún lado...

—¿Una noche romántica? ¿En este sitio? ¡Estarás de coña! —dijo Isa, que ya estaba dentro y husmeaba por las habitaciones—. No paso aquí la noche ni de blas. Antes me voy a pasar la noche romántica al tanatorio de la M-30. Este sitio me da dentera. ¡Si parece la casa de Julio Iglesias, colega! Pero ¿tú te has fijado qué horterada? —dijo Isa señalando las esculturas gigantescas del salón—. ¿Qué leches será eso?

—¿Has visto el jacuzzi? —le preguntó Maxi—. ¿Por qué no nos metemos dentro con una botella de champán que hay en la nevera y arreglamos nuestras cositas?

—Yo aquí no me quedo ni muerta; además, tengo la regla. Si pensaste que ibas a follar, va a ser que no; además, lo pondría todo perdido. Ay Maxi, Maxi, que parece que me has conocido ayer, tío. Si quieres, pilla la botella de champán, pero nos vamos a beberla a un parque.

—Joder, Isa. Menuda aguafiestas que estás hecha. Lo mismo es mejor tu casa o la mía, ¿no? ¿Vamos a desaprovechar esta

oportunidad? Además, ¿a qué parque quieres ir? Aquí no hay ningún parque cerca.

—¿Ah, no? ¿Y el Retiro qué coño es? Cómo se nota que no sales de Canillas, chiqui. Que hay que pasearse más...

Maxi estaba confundido. Muy en el fondo, ya sabía que aquella casa no le gustaría a Isa. A él tampoco le acababa de convencer.

Los ricos tenían un poco la idea de que todos los que no eran ricos querían vivir como ellos, y eso no era del todo cierto. Querían su pasta, pero no vivir como ellos. El apartamento era flipante, sí, pero feo, eso era así.

Bajaron a la calle y fueron recorriendo las cuadrículas del barrio de Salamanca en dirección al Retiro, con la botella de Moët metida en el bolso de Isa. De vez en cuando, alguna señora de esas con cara de envaradas se les quedaba mirando; no a Maxi, sino a Isa. Minifalda vaquera, tacones rojos, camiseta de tirantes y los dos brazos completamente tatuados. No era el estilo de chica que se veía por el barrio.

—¿Y de dónde ha salido la casa? Porque últimamente no gano para sorpresas contigo: primero lo del pelo, después lo de anoche con la rubia misteriosa en el Hebe, ahora la casa de *Falcon Crest*... ¿Te has hecho camello o algo parecido?

—La casa la alquilé para darte una sorpresa —mintió Maxi muy serio—. Me ha costado el sueldo de medio mes.

—Coño, chiqui, haberlo dicho... Pero ¿cómo haces eso? Vamos a volver y dormiremos allí aunque no follemos. Tienes razón.

—Ya no podemos volver, Isa. He dejado las llaves dentro. No hay remedio y no pasa nada. Lo de menos son los trescientos pavos; yo lo que quiero es que tú estés bien conmigo.

—Si yo sabes que te quiero siempre, Maxi, pero me tienes despistada. Últimamente andas muy raro.

—No es nada raro, Isa. Estoy moviendo todo para lo de mi padre y para que podamos comprarnos el piso, al menos para dar la señal. Igual me sale un curro nuevo...

—¿Qué curro?

—No te lo puedo decir aún, no hasta que no sea nada en firme. Estoy hasta las pelotas del gimnasio y de la miseria que me pagan, tengo que buscar otra cosa que lo complemente.

Llegaron al Retiro cuando ya estaba anocheciendo y se estaban encendiendo las farolas. Antes pararon en un Rodilla y compraron unos sándwiches, y pillaron un paquete de tabaco en un estanco abierto. Había poca gente, si acaso algunos corredores tardíos. El parque ya olía un poco al otoño que se aproximaba. Isa quería ir al

Palacio de Cristal, no iba desde pequeña. Maxi nunca había estado o, al menos, no se acordaba. Era complicado salir del barrio. Todo empezaba y acababa en el barrio. Quizá entonces, con su nuevo trabajo pudiera conocer algo mejor la ciudad.

—Mola más el palacio este que la casa, ¿eh, Isa? ¿Cuánto costará una noche romántica aquí? Lo malo es que nos vería todo el mundo, pero no iba a estar guay ni nada…

Ambos se rieron. Se hicieron un par de selfis con el móvil con el edificio de fondo y luego se sentaron en las escaleras del estanque, abrieron la botella de Moët y la bebieron a morro, mientras se comían los sándwiches y miraban a los patos. También había varios cisnes. Al verlos tan flacos y larguiruchos, Maxi se acordó de Raquel.

Recordó el olor delicioso a suavizante de su pelo y deseó estar con ella en vez de allí con su novia, y se sintió fatal por ello. También notó una gran erección e hizo lo posible por que Isa no se diera cuenta.

—Voy a empezar a mirar pisos, Máximo —le dijo de pronto Isa—. Si no te quieres venir, no te vengas. Yo ya no aguanto más. Tú verás.

No demasiado lejos del Retiro, en Chamberí, Raquel le abría la puerta de su casa a Omar. Le pareció aún más moreno y seductor que de costumbre. Se le había olvidado lo bueno que estaba.

Le miró como una cordera a punto de ir al matadero, sabiendo perfectamente que en diez minutos o quince como mucho los dos estarían follando en algún rincón de la casa. Lo deseaba y a la vez lo temía. Le gustaba sentirse su jefa fuera de la cama, pero perder el control por completo cuando follaban, estar a su merced. Y que eso le gustaba era algo que Raquel había descubierto después de que Fer la dejara; en realidad, los polvos que más cachonda la ponían eran aquellos en los que ella era claramente dominada. Y seguro que no le pasaba solo a ella.

Siempre había pensado que el sexo con Fer era bueno, pero al final a ver si iba a resultar que no lo era tanto. Él sabía cómo funcionaba su cuerpo, qué botones había que pulsar, pero lo hacía todo con la precisión de un relojero suizo, siguiendo una secuencia perfecta que raras veces cambiaba. No había pasión alguna en él. Siempre dormía en pijama, aunque ella lo hiciera desnuda. Cuando le abrazaba, notaba el tacto del algodón de su pijama en vez de la piel caliente que ella deseaba. Ahora que sabía cómo era el sexo con Omar o recordaba aquel polvo con el gigoló, el sexo con Fer le parecía sexo adolescente. En realidad, ya no sabía qué la había enamorado de él. Quizá que había sido el primero en quererla y ella se había agarrado a esa sensación como una garrapata.

—¿Qué es eso que querías enseñarme que era bueno para el negocio? —preguntó Raquel de forma bastante inocente.

—Vaya —dijo Omar—, pensé que me ofrecerías algo de beber antes, pero no hay problema en ir al grano. Verás, se trata de unos descubrimientos que he hecho. He estado informándome, leyendo cosas en Internet, mirando vídeos, ya sabes, y también practicando un poco. Estoy aprendiendo por mi cuenta técnicas sexuales para ser el mejor en mi nueva profesión.

Mientras continuaba explicando sus avances en la materia, Omar se acercó a Raquel y la empujó hasta apoyarla contra una de las paredes del salón. Le levantó el ligero vestido que llevaba y le metió la mano dentro de las bragas sin ningún preámbulo. A ella le molestó su brusquedad, pero también la excitó de inmediato. Los dedos de él buscaron su vagina y se instalaron dentro más fácilmente de lo que Raquel habría pensado.

Omar empezó a hacer un movimiento extraño dentro de ella, cada vez más rápido, cada vez más adentro, hasta alcanzar una velocidad realmente asombrosa. Había que estar muy en forma para hacer aquello. Raquel se derretía literalmente de placer. Luego Omar introdujo otro dedo más y continuó haciendo ese movimiento que ella no sabía muy bien qué era; le parecía que le estaban masturbando las entrañas y a la vez le provocaba unas espantosas ganas de hacer pis... Los dedos de Omar continuaban moviéndose dentro de ella a una velocidad pasmosa y cuando el placer le resultaba tan intenso que casi ya no podía soportarlo, entonces él le apretó el vientre contra la pared, rozándole a la vez el clítoris. Lo siguiente que notó fue un gran espasmo y un líquido chorreándole por las piernas hasta formar un pequeño charco en el suelo. Todo había sucedido en apenas un par de minutos.

—Parece que me ha salido bien —dijo Omar satisfecho.

Raquel, aún jadeando, apenas podía articular palabra. Miraba el pequeño charco en el suelo como si realmente no hubiera salido de ella...

—¿Dónde me has tocado? ¿Qué ha pasado aquí?

—Aquí ha pasado que te has corrido como Dios manda. ¿Crees que a tus clientas les gustará? ¿Saber hacer esto hará que suba mi tarifa?

26
Madre no hay más que una

Ya me he inventado un trabajo para ti; por cierto, ¿cómo fue tu noche romántica en el ático?

Genial. Muchísimas gracias. Follamos como locos en todas las habitaciones, pero no manchamos ni estropeamos nada.

Te comento, Maxi, que vas a tener que hacer como los futbolistas; a partir de ahora, modérate con el sexo o no rendirás cuando tengas que trabajar.

No hay problema, jefa. Creo que tengo capacidad de sobra para producir extra en caso de necesidad. ¿Cuál es el trabajo que me has inventado?

Pues verás, se me ha ocurrido un poco a raíz de lo del apartamento. Estaba pensando en profesiones en las que pudieras estar trabajando a horas raras, incluso de noche, y lo ideal es lo del apartamento turístico. Dirás que has encontrado trabajo recibiendo y despidiendo huéspedes en apartamentos turísticos de lujo. Eso explicará tus ausencias y también tu cambio de estilo, de forma de

vestir. Resulta totalmente creíble. Tus clientas serán, efectivamente, como las turistas. Podrán llegar a cualquier hora. De cara a tu círculo creo que es una buena excusa, ¿qué te parece?

Que eres muy lista, a mí eso no se me habría ocurrido ni de coña.

Claro, por eso la jefa soy yo, tesoro. Por cierto, antes de lo del curso necesito que os reservéis un día para hacer la sesión de fotos. Será en el estudio de unas amigas fotógrafas y quizá busquemos alguna localización exterior. Vendrá también Josen, que se encargará de todo el lío de la ropa.

¿Sesión de fotos para qué? La última vez que posé para un fotógrafo creo que fue en primero de BUP para la foto de clase.

Pues fotos para vuestros perfiles en la web de la agencia. ¿Cómo quieres que os conozcan las clientas si no?

¿En pelotas?

No, desnudos no, pero sí sexis. Sexis, pero sin enseñar demasiado. He estado mirando otras páginas en el extranjero y las fotos de los chicos dan vergüenza ajena, todo musculitos, poses cutres y tabletas de abdominales. Yo quiero algo más natural, de otro rollo, que parezcáis chicos normales.

Puedes hacernos fotos en la gasolinera, en el súper, en una terraza leyendo el Marca, corriendo por la calle, en el gym, jugando al pádel, haciéndonos una paja... En fin, las

cosas normales que hacemos los tíos... Por cierto, ¿mis compañeros están tan buenos como yo? 😂.

Raquel le envió una foto que ella misma le había hecho a Omar un día en su casa:

Este es Omar. De Telmo no tengo foto y Randy al final se ha apeado del carro. ¿A que Omar es impresionantemente guapo?

Raquel se lo preguntó sabiendo que a Maxi le dolería el comentario.

Seguro que es un gilipollas. Tiene pinta. ¿De dónde dices que es? ¿Marroquí?

No, es de Irán... Es persa.

¿Y yo qué soy? ¿Tu macarra de barrio?

Tú eres mi favorito.

Y Maxi, al otro lado del teléfono, sintió que un leve estremecimiento le recorría el cuerpo.

Los días siguientes, Raquel los dedicó a organizar y preparar los detalles de la sesión de fotos y continuar trabajando en su base de datos de futuras clientas. Ya tenía más de trescientas a las que atacar. Tan pronto como un par de ellas quedaran contentas con sus chicos, la voz se correría entre los círculos de amigas. Sería como un maravilloso efecto dominó, o al menos eso preveía ella.

El quid de la cuestión era no vender sexo, eso resultaba demasiado evidente y vulgar para el tipo de mujer al que quería dirigirse. Había que vender *experiencias*: compañía, diversión, lujo, risas, conversación, una cita romántica perfecta y de película de Hollywood. Todo lo que aquellas mujeres forradas de pasta justamente no tenían. Todo lo que ella tampoco tenía.

Dividió su lista entre casadas y no casadas. A las casadas las

atacaría igualmente, bien ofreciéndoles aventuras esporádicas o bien para jugar un poco con sus mariditos. La discreción sería la marca de la casa. Y hablando de marca, Raquel seguía sin tener nombre para la agencia, y sin nombre no había web ni cuenta en Instagram ni nada. Podría llamarla The Boyfriend Experience. Había una serie americana que había visto que se llamaba *The girlfriend experience* que justo iba de *escorts* de lujo. Era una especie de sucedáneo, pero a la vez era claro, efectivo y resumía perfectamente la idea del negocio. «Alquílate un novio por trescientos euros la hora, que te folle como nunca nadie antes lo ha hecho y que esté más bueno que nadie que hayas conocido jamás, y encima te lleve a cenar y te dé conversación.» ¿Se atrevería a poner eso o tendría que vender a sus gigolós utilizando conceptos de marketing algo más sutiles?

Había que jugar con ideas más abstractas: experiencia única, una vez en la vida, excitante secreto, satisfacer tus deseos más íntimos, siempre disponible para ti, siéntete como una diosa, sin complicaciones, olvídate de todo, un lujo que sí merece la pena, te hará sentirte joven y llena de vida... Apuntó todo aquello en su cuaderno.

Mientras estaba en esas, Raquel prácticamente no hacía nada más. Se había olvidado hasta de comer. Ni se molestaba en salir de casa, mucho menos para ir a buscar comida al supermercado.

Era de esas personas a las que comer no les interesaba en exceso. Si comía, bien, y si no comía, bien también. Lo mejor de todo aquello era que estaba tan centrada en su negocio y sus chicos que apenas había tenido tiempo para pensar en lo de Fer. No había ocupado ni un minuto de su mente. ¿O sería que ya le daba igual? En algún momento la cabeza hace clic y las personas que antes te importaban se convierten en fantasmas, en entes que no existen. Así era Fer ahora para ella.

Estaba tranquila e ilusionada con su negocio y lo demás le importaba muy poco. Ni siquiera los hombres. Pero esa paz interior se vio sacudida de repente por una llamada inesperada de su madre desde Marrakech. Al parecer, las cosas con Amed no estaban bien y había decidido pasar algunas semanas en Madrid y, de paso, hacer un curso de cocina española que le serviría para darle un toque más exótico a su riad marroquí. Dijo algo así como:

—Hija mía, dar en un riad marroquí cocina marroquí no tiene ningún sentido. Ahora la moda es jugar a los contrastes. Nadie viene a Marrakech a comer cuscús. ¿Te crees que los turistas son imbéciles? Además, así te ayudaré con los trámites del divorcio, ¿para qué está una madre si no es para apoyar a su hija en los momentos difíciles de

su vida? Vamos a ver si le sacamos los higadillos a ese pelagatos. No le vamos a dejar ni para comprar pañales de Lidl, fíjate lo que te digo... Y luego nos lo gastamos todo en bótox. Nos hacemos una Bótox Party, pero eso sí, aquí en Marrakech, que es más barato.

»Y claro está, te ayudaré con el negocio, porque tú negocios no has tenido antes y yo tengo mucha experiencia en gestión de recursos y cosas, y si son hombres lo que hay que gestionar, más aún. Te ayudo en lo que pueda, hija mía.

Raquel tuvo que aceptar a regañadientes la futura visita de su madre, entre otras cosas porque le había dejado treinta mil euros hacía un mes y probablemente necesitaría pedirle algo más de dinero muy pronto. La idea de tenerla en casa le puso, sin embargo, los pelos de punta, pero fue ella misma quien la sacó de su angustia.

—No, hija, no, no estaré en tu casa. Solo de visita. Por suerte, aún me puedo permitir vivir quince días en un hotel si me da la gana, o cogeré un apartamento de esos de alquiler turístico... Así podré pensar largo y tendido en Amed y en el mundo árabe. Por cierto —continuó—, ¿cómo piensas convertir a esos chicos, que por lo que me has contado son todos bastante de barrio, en perfectos seductores? Hace falta mucho pero que mucho trabajo para eso, ¿no lo has pensado? —preguntó la madre—. Serán majos y guapos, pero para convertirse en gigolós de lujo hace falta bastante más que eso.

—Bueno —respondió Raquel—, de momento he organizado una especie de clases con el gigoló que me dio la idea del negocio. Él les contará lo que necesiten saber...

—Pero, Raquel, hijita mía, parece que has nacido ayer. A esos chicos no les va a bastar con lo que les cuente ese gigoló. Lo que necesitan son clases intensivas de protocolo, de saber estar, de cultura general y de cómo tratar a las mujeres. Hay que convertirlos en dandis. Tengo al hombre que necesitas y le tengo de milagro, porque le conocí hace pocas semanas. Vino al riad a pasar un fin de semana acompañado de una rusa impresionante. Se llama Juan Salvador Seducción y me parece que es el hombre que necesitas. Es *coach* o como se diga eso y hace seminarios de seducción por el mundo entero, y por lo que contó, no le va nada mal.

27
Academia de gigolós

Por fin llegó el día en el que los tres futuros gigolós iban a encontrarse. Hacía ya varias semanas que Raquel había contactado con Mateo, el *escort* de la despedida de soltera que le había dado la idea inicial para el negocio. Durante una intensa mañana en casa de Raquel, Mateo les explicaría a sus chicos el abecé de la profesión de acompañante de lujo y les daría sus mejores consejos. A Raquel aquella broma le había costado un ojo de la cara, ya que Mateo cobraba lo mismo como maestro de gigolós que como gigoló, pero creía importante que Maxi, Omar y Telmo escucharan las experiencias de alguien que verdaderamente supiera del negocio en primera persona. Ella, desde luego, también estaría en el curso tomando buena nota de todo y controlando que sus chicos no se distrajeran.

Omar fue el primero en llegar a la casa con su aire de sultán habitual... Después lo hicieron Telmo y Maxi; se habían encontrado en el ascensor. Maxi estaba tan sexy como de costumbre o incluso más. En cuanto a Telmo, no le había visto desde el día de su primera entrevista y no le recordaba tan guapo. Llevaba el pelo largo, con media melena, y estaba muy bronceado. Si Maxi tenía pinta de macarra y Omar era el exótico, Telmo resultaba un poco del estilo de Ken el de Barbie: rubio, vistoso y bastante creído. A Raquel le hizo gracia comprobar que sus tres chicos eran completamente distintos pero a la vez absolutamente complementarios. Como los tres Reyes Magos.

Maxi saludó a Omar con mirada recelosa. Lo percibió de inmediato como un rival; advirtió algo raro en él, quizá fuera por su acento extraño.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—Soy persa —contestó Omar.

—Anda, como los gatos —se rio Maxi—. ¿Y persa dónde es?

—Es Irán...

—Ahhh, allí hubo una guerra o algo, ¿no? Me suena de eso.

—Sí, pero yo era muy pequeño... ¿Y tú? —le preguntó Omar—. ¿De dónde eres?

—Yo de Hortaleza, de aquí al lado... hortalecí.

De repente, Telmo, que se había quedado descolgado, se sumó a la conversación sin esperar a ser invitado.

—Pues yo soy porteño, chicos, de Buenos Aires, la ciudad más hermosa del mundo. ¿Y ustedes esto de acompañante lo han hecho

antes o es la primera vez? Porque yo algo hice, aunque poco. La verdad es que en la Argentina a mí me pagaban, pero de otro modo. Conocí a una señora de dinero en el gym con la que me acostaba, pero nunca me pagó en *cash*. Me compraba ropa cara, me llevaba a cenar a restorantes de postín, íbamos de viaje a Punta del Este a todo plan... Me pregunto si eso vale como gigoló.

—Pues claro que sí, eso es cobrar en *especias* —dijo Maxi recordando la expresión de Raquel al poco de conocerse.

—Será en especie —corrigió Omar—. Yo nunca lo he hecho, pero como estaba harto en el trabajo, se me da muy bien el sexo y estoy bien dotado, no me pareció mala idea. El caso es ganar dinero...

Maxi le fulminó con la mirada. Así que el tal Omar iba de chulito. ¿Conque se le daba bien el sexo y estaba bien dotado? Dotado de gilipollez, no te jode, de eso sí que estaba bien dotado. Y ya se vería quién tenía allí la polla más grande.

Raquel interrumpió la conversación para llevar a los futuros gigolós al comedor. Había montado una especie de sala de reuniones con libretas y bolis, jarras con agua y refrescos, e incluso un proyector con pantalla que había alquilado el día anterior, aunque dudaba mucho de que Mateo hubiera preparado una presentación. La verdad era que al verlos allí tan guapos y tan formalitos, fantaseó con la idea de hacerlo con los tres a la vez. Eso estaría pero que muy bien. Lástima que las fantasías fueran justo eso: fantasías.

—En breve llegará vuestro profesor de hoy —les explicó—. Es un acompañante profesional. Está en el negocio desde hace años y, por cierto, lo hace muy bien; tiene muchas clientas. Os explicará lo básico a lo largo de la mañana.

Cuando por fin llegó Mateo, Maxi, Omar y Telmo le miraron recelosos y con cierta envidia. Era guapo, quizá más guapo que ellos y, además, él ya sabía de qué iba el rollo mientras que ellos no tenían ni idea.

—Raquel ya me ha comentado que os quiere convertir en acompañantes de primera. Yo llevo ya varios años como *escort* y os voy a explicar todo lo que sé de este mundo. Seguramente no es todo lo que hay, pero al menos os contaré lo que yo he vivido. ¿Me dejas un portátil y enchufas el proyector? —le preguntó a una sorprendida Raquel. Cobraba trescientos euros la hora por aquello, pero al menos se lo había currado. Estaba impresionada—. He traído un pequeño documento en un *pendrive* que creo que después podré publicar como un manual para los chicos que se quieran dedicar a esto. Quién sabe. Lo he llamado *El libro rojo del gigoló*.

Raquel bajó la persiana del salón y, mientras lo hacía, se encontró

con los ojos de Maxi clavados de ella…

—Lo primero que debéis saber es que para ser un buen acompañante no hay que ser guapo ni estar necesariamente musculado ni tampoco especialmente bien dotado. Para tener éxito en esto hay que tener dos cosas: intuición y sensibilidad. Intuición para saber en cada momento qué quiere una tía y anticiparse a ello, y sensibilidad porque, aunque folles como un dios, las mujeres valoran a los tipos sensibles y que son capaces de entenderlas y escucharlas, ¿está claro? Diríamos que hay que ser casi tan psicólogo como buen amante.

—Pero ¿esta profesión va de follar o de hablar? —preguntó Omar mirando a Raquel con una sonrisita.

—Pues va de las dos cosas y tienes que ser bueno en ambas. Otra de las cuestiones clave, además de vestir impecablemente e ir siempre aseados y oliendo bien, es la educación. Vuestros modales han de ser exquisitos fuera de la cama… dentro ya es otro cantar. Nada de tacos ni palabras malsonantes, nada de fumar ni de chicles. Os recomiendo que veáis la película de Richard Gere *American Gigoló*. Yo aprendí mucho de ella —continuó Mateo—. Debéis tener un puntito chulo, pero a la vez ser encantadores; a las tías les gustan los canallas, pero eso ya lo sabéis, supongo.

—No es verdad —saltó Raquel de repente—, a las tías nos gustan los canallas en la cama, pero buenas personas y educados en la vida real. No te confundas.

—¿Y qué pasa si la tía que nos toca no nos pone nada? ¿Cómo hacemos para empalmarnos? —preguntó Maxi—. ¿Qué pasa si no se nos pone dura?

—Como en todo, es cuestión de entrenamiento. Tú deberías saberlo que trabajas como monitor en un gimnasio, ¿no? Pero si tú en tu casa, haciéndote una paja, eres capaz de empalmarte solo, aquí tienes que aplicar la misma técnica: imaginación, proyección. Hay que buscar lo mejor de cada clienta y quedarse con eso. Ese es mi truco. Si, por ejemplo, una mujer tiene mal cuerpo pero una sonrisa bonita, trato de centrarme en eso, en lo positivo. Lo importante es tratar a las tías como si fueran tu novia; esa sería la idea, follárselas, pero con cariño y respeto, y, por supuesto, hacer caso de lo que ellas te pidan y dejar que sean ellas las que marquen los tiempos. La clienta siempre tiene razón; ya sabéis —sonrió Mateo—. Y si todo eso falla, pensad en los trescientos euros que cobraréis por hora. Tenéis que hacer que se sientan únicas, especiales, como verdaderas diosas…

»Otro aspecto: cuerpos trabajados y alimentación sana. Si queréis ser buenos gigolós, deberéis tener una disciplina férrea con vuestro

cuerpo. Eso quiere decir entrenar en el gimnasio de dos a tres horas diarias, sin excepciones ni excusas. No olvidéis que vuestro cuerpo es vuestro instrumento de trabajo. Sed también cuidadosos con la alimentación. Fuera hidratos, fritos, dulces y alcohol cuando no estéis trabajando y, por supuesto, nada de tabaco.

»Más cosas —continuó Mateo mientras pasaba las diapositivas—: cuidado con el alcohol. Un *escort* de lujo debe beber mientras trabaja si lo hace su acompañante, pero nunca emborracharse.

»Obviamente, hay que acompañar a la mujer si ella bebe, pero nunca jamás ir pasado de vueltas. Se hace bebiendo a sorbos pequeños, poco y pidiendo las copas cortas. Algo importante —continuó—: las tías de esa clase no quieren analfabetos a su lado, así que si lo sois —dijo mirándolos a los tres— ya podéis disimularlo. Hoy en día es fácil salir de cualquier apuro gracias a los móviles. Si no sabéis seguir una conversación, os vais al baño con un móvil y punto. Tratad siempre de que Raquel os cuente algo sobre las clientas, así podréis preparar todo con algo de antelación.

—¿Cuánta pasta te levantas tú en un año? —preguntó Maxi.

—Pues me saco unos doscientos mil ya limpios, quitando la comisión de mi agencia.

Pensó que si aquello era como Mateo decía, en un año de curro ya habría juntado lo bastante para pagar la entrada de un piso y resolver lo de la residencia para su padre.

Tras explicar las generalidades sobre el negocio, Mateo les contó también cómo controlar el tiempo con ayuda de las canciones del móvil y las frases o expresiones que nunca fallaban con una clienta.

—A las tías que veáis que son del tipo ejecutivas, siempre preguntadles por su trabajo, por cómo les ha ido el día e interesaos verdaderamente por el negocio en el que están; tratad de que se sientan relajadas, de que olviden sus problemas. Hay algunas que necesitan desahogarse con alguien más que echar un polvo. Anotadlo siempre todo acerca de vuestras clientas, sobre todo si os llaman más de dos veces. Si se convierten en habituales, deberéis saber dónde está su oficina, cómo se llaman sus hijos o cuál es su bebida favorita. Pensad que seréis *escorts* de alto nivel y no de medio pelo; ese tipo de detalles son importantísimos. Tenéis que establecer un vínculo afectivo con ellas. Pero ojo: de cariño y compresión, no de amor. Haceos a la idea de que seréis sus amantes. Pero amantes de pago, eso lo cambia todo.

—¿Y qué pasa si nos pillamos de alguna clienta? —preguntó Maxi.

Raquel saltó de repente:

—Bueno, Maxi, eso no creo que te pase, menos a ti que tienes

pareja.

—Nunca se sabe —contestó Maxi—. Todo puede pasar, y más en un trabajo así. Vamos, digo yo. Esas tías puede que estén buenas, con pasta, alguna hasta follará bien y todo. Uno no es de piedra. ¿Es que eso nunca pasa? —preguntó mirando a Mateo.

—Yo no he conocido a ningún *escort* que haya acabado liándose en serio con una clienta. Debéis mantener vuestros sentimientos al margen si queréis ser los mejores en esto. Lo que sí puede pasar es que alguna clienta se cuelgue de vosotros, eso sí es más frecuente.

—¿Tendremos que hacer posturas muy raras? —preguntó Telmo, que casi no había abierto la boca—. ¿Qué cosas pueden llegar a pedirnos que hagamos?

—Os aconsejo que tengáis un buen repertorio de posturas, sí. No es que tengáis que conocer el *Kamasutra*, aunque yo sí lo hice, pero sí deberéis tener un repertorio de digamos diez o quince posturas distintas, y probadlas antes, si podéis, con alguien de confianza. Cuando una tía va a pagar tanto dinero por acostarse con vosotros no espera que hagáis un misionero, así que poneos las pilas. La clienta manda y os puede pedir de todo; habrá cosas que os parecerán normales y otras que no. Si tienen algún requerimiento especial, lo suelen especificar a la hora de contratar el servicio, por lo que podéis hablar con Raquel sobre qué hacer o cómo solucionarlo. Piden de todo, a veces lo vais a flipar y otras no piden absolutamente nada y dejarán que seáis vosotros los que toméis la iniciativa. Eso, aunque no lo parezca, es lo más complicado.

—Una cosa que me pregunto —saltó Omar—. Bueno, yo la verdad es que no tengo problema en hacer el amor varias veces al día, pero hay mucha gente que no puede —dijo mirando a Maxi—. ¿Es aconsejable tomar Viagra? Raquel —le preguntó a ella—, ¿nos vas a chutar de Viagras para que estemos todo el día empalmados como conejitos de Duracell?

—No debéis usar Viagra porque eso va en contra de vuestra salud —contestó Mateo—. Si por algún motivo os es imposible conseguir una erección y teméis molestar a la clienta, debéis llevar el encuentro por otros derroteros: practicar sexo oral, decir que queréis probar algún juego... Lo que sea, lo que se os ocurra para ganar tiempo. En cuanto a vuestras parejas, si las tenéis, sabed que vuestra vida sexual personal se va a resentir un poco, al menos hasta que os acostumbréis.

En ese momento Omar miró a Raquel y le guiñó un ojo como diciéndole *no te preocupes, que eso no me va a pasar a mí*. Ella fingió no darse cuenta. El persa cada vez le resultaba más cargante. Lo soportaba porque no tenía a nadie más y le hacía falta para el negocio,

más ahora que ya no contaba con Randy; no era momento de reemplazarle ni en su cama ni en la agencia. Ya habría tiempo más adelante.

Maxi, por su parte, pensó en Isa, en cómo se las iba a apañar si empezaba a tener gatillazos con ella cada dos por tres por follar demasiado con las clientas. Se tendría que inventar una enfermedad: estrés, ansiedad por el nuevo trabajo o lo que fuera. Y tampoco es que pudiera empezar a ensayar todo el *Kamasutra* con ella; sospecharía que había algo raro.

Y Telmo, por su parte, no pensaba en nada. Lo único que le interesaba era la pasta y ver cuánto beneficio podía obtener de todo aquel berenjenal. En realidad no se fiaba mucho de que una tía como Raquel pudiera sacar un negocio tan complicado como aquel adelante.

Una vez que Mateo acabó con las generalidades, empezó el capítulo específicamente dedicado a lo que él consideraba más importante: la seducción y el acercamiento a las clientas.

—A las clientas siempre sostenedles la mirada. Deben sentirse sexis, únicas, especiales. Utilizad el lenguaje gestual, tocadlas de vez en cuando y, sobre todo, mostrad seguridad y fortaleza. Generad confianza.

»Raquel, ¿podemos hacer un experimento? —continuó Mateo—. Vamos a ver cómo se desenvuelven tus chicos. Tú siéntate aquí, en el sofá —le indicó—; harás el papel de una clienta un poco tímida que no sabe muy bien por dónde empezar. Maxi, comenzaremos contigo —le indicó con un gesto—. Acércate a Raquel. Imagínate que es tu clienta, acabas de llegar a su casa y ella se muestra un poco tensa. Intenta romper el hielo, a ver cómo lo haces. Y recuerda: actitud segura y decidida... pero a la vez seductora.

Raquel parecía divertida con la situación. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, como le había pedido Mateo. Maxi se acomodó a su lado un poco torpemente. Los dos estaban algo cortados. De pronto, se acercó a ella un poco más y, mirándola a los ojos con una sonrisa, le apartó el pelo de la cara y se lo colocó detrás de las orejas.

—Me encanta tu pelo —le dijo susurrando—. Tienes un pelo precioso, me fijé nada más entrar, y hueles genial, pero no sabría decir si es perfume o es tu olor... Lo único que sé es que me vuelve loco.

Raquel se quedó como paralizada, no sabía qué decir. El corazón empezó a latirle con fuerza y solo acertó a emitir una risita estúpida.

—Gracias, tú también hueles muy bien —dijo.

—Desde que entré en esta casa me muero por besarte, eres tan sexy que no creo que pueda soportar mucho más tiempo sin hacerlo —susurró. Ella continuaba como alelada, aunque sus bragas ya estaban

empapadas desde hacía tiempo—. ¿Te importa… puedo? —siguió Maxi, y de pronto, sin darle tiempo a contestar, la atrajo hacia él sujetándola por la nuca y comenzó a besarla apasionadamente mientras le hundía las manos en el pelo y su lengua se fundía con la de Raquel en un apasionado baile. Después, con un movimiento muy suave, la recostó en el sofá y continuó besándola con más ganas aún, mientras sus manos se colaban debajo de su jersey.

—Muy bien, muy bien. Ya es suficiente —ordenó Mateo.

Maxi se apartó de Raquel; ambos volvieron a sentarse, un poco turbados. Los demás, sobre todo Omar, que echaba fuego por los ojos, los miraban con atención, como si aquello fuera una obra de teatro cuya trama se hubiera alterado de repente.

—Lo has hecho muy bien, Maxi —dijo Mateo—. Has adivinado lo que ella quería oír, has conseguido relajarla y tu acercamiento ha sido el correcto. Si Raquel fuera tu clienta, a estas alturas ya estaría completamente rendida a tus pies. ¿A ti qué te parece, Raquel?

—No podría decir —contestó ella—. Ha sido muy de repente. No ha estado mal, no me ha dado tiempo ni a reaccionar; en cuanto me quise dar cuenta ya le tenía encima.

—Ahí está el quid de la cuestión, chicos —dijo Mateo—: la clienta debe perder el control y quedar por completo a merced del *escort*… Y cuando eso pasa, ya está todo hecho. Excelente, Maxi. Así es como se hace.

Maxi volvió a su sitio en la mesa intentando que nadie se percatara de su enorme erección. Estaba tan apurado que no se le ocurrió más que comerse un trozo de empanada para disimular su desconcierto. Raquel se disculpó un momento para ir al baño y cuando estuvo dentro, se sujetó a la pila del lavabo para no caerse.

Le temblaban las piernas y su cara estaba colorada como la de una adolescente.

28
Juan Salvador Seducción

Su madre tenía razón. Aunque la sesión con Mateo había resultado bastante productiva, Raquel se dio cuenta de que con aquello no llegaba ni para empezar. A sus tres chicos les hacía falta mucho más que una charla de unas horas para convertirse en los perfectos seductores que tenían que ser en poco más de un mes. Raquel empezó a devanarse los sesos pensando en cómo iba a organizar su formación.

Tendría que contratar a alguien que les diera clases de protocolo, cultura general, reglas de seducción, idiomas, pero ¿de dónde iba a sacar a toda esa gente? Se iba a gastar un dineral. Además, les tendría que explicar el motivo, el propósito de la agencia, y todo eso le daba una enorme pereza.

Recordó lo que le había dicho Pilar de aquel tipo que podía ayudarla, Juan Salvador Seducción. La madre le había mandado un wasap con su página web, así que decidió echarle un vistazo previendo ya que sería otra de sus ideas peregrinas y que no serviría de mucho.

Lo que se encontró superó sus ya nefastas expectativas. Juan Salvador Seducción se autodenominaba a sí mismo gurú de la seducción, el sexo y las relaciones y guía en el camino para «convertirse en un macho alfa y dejar de ser un *pussy*». Era lo que él denominaba «El camino del alfa». Con un vistazo a algunos de sus posts le dio la sensación de que aquello era un despropósito, pero, por otro lado, parecía justo el tipo que necesitaba, una especie de «todo en uno». Aunque muchos de sus escritos tenían alguna falta de ortografía y rayaban en el machismo más retrógrado, el tipo tenía gracia en lo que contaba, muchos seguidores en las redes sociales y, desde luego, parecía hablar de primera mano.

Se metió en el apartado de contacto. Parecía un tío corriente, bajito y poco agraciado; desde luego no tenía el físico de un casanova. Se definía a sí mismo como «de signo de fuego, latino, apasionado por las mujeres hermosas y el arte». No especificaba de dónde era, pero a todas luces y por los giros del lenguaje, parecía mexicano. Su perfil decía así:

> Como podrás comprobar por mis fotos, no soy el típico güey imponente que pasa horas en el gimnasio, tampoco soy una enciclopedia ambulante y mido 1,70. Soy un hombre normal, pero sí sé una cosa: tengo mucha más experiencia que tú con las mujeres y todo porque dejé de ser un Gollum, un beta mediocre para

convertirme en un alfa poderoso. He estado con cientos de féminas hermosas y sé cómo funcionan.

Conozco todos los trucos para que ellas te vean como un hombre que sabe lo que se hace, como el hombre protector, carismático, exitoso y seguro de sí mismo que ellas desean, como el perfecto caballero con el que sueñan. Simplemente compartiré contigo mis experiencias y lo que he aprendido. Si yo he podido cambiar mi vida y transformarme en un seductor que vuelve locas a las mujeres, tú también puedes. Es lo que yo llamo *forjar hierro*. Si yo he pasado de ser un tímido asustadizo, incapaz de cruzar una palabra con una mujer atractiva, a un tipo que puede hablar de cualquier cosa con soltura con una mujer, tú también puedes. Si yo aprendí a crear tensión sexual en todos mis encuentros con mujeres, tú también puedes. Mediante mis artículos, seminarios, tutoriales de sexo y seducción, mi canal de YouTube y mis redes sociales te enseñaré a desarrollar habilidades y *tips* que te ayudarán a superar las barreras que te impiden ser el verdadero hombre seductor que quieres ser y salir de la eterna *friendzone* y vibración beta con las mujeres, vengan de donde vengan, sean como sean.

Te preguntarás cómo he llegado hasta aquí, cómo me llaman para seminarios en todo el mundo y cómo me he llegado a ganar la vida como *coach* y gurú de la seducción, y te diré cómo: fue por casualidad. Unos amigos me convencieron para que abriera mi propia web después de ayudarlos exitosamente a mejorar sus técnicas de ligue y seducción con algunas chicas. A partir de ahí, vinieron los cursos que imparto por todo el mundo y mi canal de YouTube, que suma millones de visualizaciones.

Raquel estaba alucinando con aquel tipo. Se metió en su canal de YouTube y era cierto. Cada una de sus charlas sobre seducción, que estaban grabadas de forma bastante rústica en lo que parecía ser su habitación, tenían miles de visualizaciones. Además, vio que tenía varios libros autoeditados: *Libro para ser el mejor amante de una mujer*, *Camino del alfa*, *Seducción subliminal para atraerla sin que ella se dé cuenta*, *Hazla tuya*, *Libro para atraer desconocidas*, *Cómo provocar orgasmos*.

También ofrecía retiros y seminarios de seducción a medida y, en el apartado de prensa, Raquel encontró distintas apariciones en varios canales de televisión de Latinoamérica. Juan Salvador Seducción, con aquel ridículo nombre, era el hombre que podía ayudarla; estaba segura.

Decidió escribirle para comentarle lo que necesitaba de manera clara y directa, explicándole con brevedad el verdadero propósito de la agencia que estaba montando. La respuesta apenas tardó un par de horas en llegar: Juan Salvador Seducción confirmó que era mexicano, aunque apenas paraba en su país de origen. Pasaba el tiempo viajando dando sus cursos de seducción y haciendo retiros por Latinoamérica y Europa, sobre todo. En aquel momento se encontraba en Londres, asesorando a un multimillonario que tenía problemas a la hora de ligar. Le comentó que tenía cinco días libres hasta su siguiente

compromiso, que sería en Buenos Aires.

Raquel decidió tirarse a la piscina como había hecho desde el comienzo. Ya de hacer barbaridades, una más no le costaba demasiado trabajo. Juan Salvador puso sus condiciones: billete de avión en *business*, mil euros al día y un chalet de más de cien metros cuadrados con un chef para celebrar un retiro de seducción de tres días, en el cual los alumnos aprenderían a ser hombres alfa. «Los resultados están garantizados… Y si no, le devuelvo el dinero. Incluyen también experiencias prácticas, expertos “invitados” y clases vivenciales por la ciudad. Yo me encargo de todo», le escribió en un correo.

Raquel tenía la cuenta bancaria temblando, pero pensó en la regla de cualquier negocio que se preciara: para sacar pasta siempre siempre había que invertirla primero.

29
Escuela de seducción

Un par de días antes de la llegada del gurú, Raquel ya había encontrado por Airbnb una casa en Guadarrama que satisfacía las exigencias de Juan Salvador Seducción. Lo del chef había costado algo más de trabajo, pero consiguió uno relativamente barato en una escuela de hostelería que encontró por Internet.

Juan Salvador envió una serie de requisitos previos a su llegada: la comida que debía haber en la nevera, los dispositivos que necesitaba, también la manera en que los chicos debían prepararse. Quería que llegaran con suficientes prendas de varios estilos como para cambiarse varias veces, artículos de aseo personal, ropa deportiva, *etc*. Incluía también una lista de juguetes eróticos, aceites de masaje, lubricantes. Raquel iba a tener trabajo preparando todo aquello.

Lo primero era avisar a sus chicos de que debían estar disponibles tres días para el retiro. Omar y Telmo aceptaron sin chistar, pero Maxi fue el que, para variar, tenía problemas. Debía buscar un motivo de peso para ausentarse durante esos días de sus clases de boxeo, de su casa y de su novia. Raquel le dijo que pusiera la excusa de que tenía que ir a un cursillo de formación de su nueva empresa.

Juan Salvador accedió a que Raquel estuviera presente en el curso y le pasó el *planning* de actividades del primer día.

DÍA 1: INTRODUCCIÓN AL MUNDO DE LA CLASE Y LA SEDUCCIÓN
9:00. Recibimiento de los candidatos a seductores y *welcome breakfast*
10:00. Aspecto y aseo personal (parte 1)
11:00-13:00. Cómo ser un perfecto caballero (parte 1)
13:00-14:00. El camino del alfa
13:00-15:00. Almuerzo y sesión práctica sobre maneras y educación en la mesa
16:00-17:00. Sesión de meditación o siesta (a elegir por los candidatos)
17:00-19:00. Cultura general (parte 1)
19:00-20:00. Psicología femenina
20:00-21:00. Técnicas de masaje
21:00-24:00. Cena-taller de buenos modales

Juan Salvador llegó la noche previa al comienzo del retiro, como estaba previsto, y se instaló en la casa. Raquel se ofreció para ser ella misma la que condujera en su coche a Maxi, Omar y Telmo hasta Guadarrama a primera hora de la mañana siguiente. Los tres estaban de lo más intrigados por las cosas que iban a hacer durante el retiro. Mientras Omar y Telmo iban detrás, era Maxi quien ocupaba el asiento del copiloto, vestido con un cómodo chándal. De vez en cuando, miraba a Raquel por el rabillo del ojo; no podía evitarlo. Le intimidaba estar en un espacio tan reducido con ella, compartiendo el mismo aire. Sabía que ella era consciente de su turbación e incluso un par de veces se miraron y se sonrieron. Los dos recordaban el apasionado beso del día de la clase de Mateo. En realidad, se habían dado ya unos cuantos, casi todos ficticios, pero que no lo eran tanto. Raquel llevaba una falda vaquera corta que se le subía al conducir y Maxi se fijó en sus piernas de alambre embutidas en unas medias negras. Ojalá aquellos dos se esfumaran y pudiera quedarse a solas con ella, haciendo lo que no habían hecho el otro día en su casa. Menudo gilipollas estaba hecho. Cualquiera se habría aprovechado de la situación. Cualquiera menos él, que era un tontolaba.

Raquel se quedó pasmada cuando vio a Juan Salvador Seducción en vivo y en directo. No llegaba ni al 1,70, tenía escaso pelo y un ridículo bigotito. Vestía una especie de túnica africana por la que asomaban unos *leggings* marrones y unas chanclas hawaianas. Le pareció altamente improbable que aquel tipo fuese el gurú de la seducción tan aclamado en el mundo; es más, le parecía mentira que hubiera podido seducir jamás a alguna mujer con aquel aspecto.

—Buen día a todos —saludó él con aire dinámico—. Juan Salvador le ha pedido al chef que prepare un pequeño desayuno de bienvenida y gratitud, así que si gustan pasar... Quizá antes quieran explorar lo que será su jaula dorada durante tres días. O de este chalet salen tres seductores hombres alfa o no saldrán de aquí, ¿okey? Palabra de Juan Salvador. Esto va a ser un curso intensivo de masculinidad 2.0. Tómenselo como una especie de *reload* vivencial —explicó—-. De eso se trata: de reformarlos, masculinizarlos y transformarlos con ayuda de Dios para que se puedan ganar la vida como *sex-workers*, porque ese va a ser su trabajo muy pronto, ¿okey?

Omar, Telmo y Maxi asintieron asustados mientras miraban a Raquel alucinados, como preguntándole de qué coño iba todo aquello con aquel tipo hablando de él mismo en tercera persona, pero Juan Salvador no dio tregua. Tenía prisa por empezar su formación cuanto antes...

—Lo primero que desea Juan Salvador es que le entreguen sus

celulares. Esta mujer bondadosa, Dios la cuide muchos años, ha pagado por su *workshop* mil euros al día. Cada minuto aquí cuesta mucha lana. El gurú no quiere distracciones de ningún tipo, por lo tanto, cuando me entreguen sus aparatos, los introduciré en la caja de seguridad de la casa, si es que la hay. Si no, se quedarán en mi maleta bajo código de seguridad, que viene siendo lo mismo.

Los tres chicos le tendieron los móviles con cara de fastidio.

—Usted también, Raquel. Esto es un espacio *free* de dispositivos, interferencias y malas vibraciones. Si va a formar parte de este *team*, debe asumir también las reglas del juego. Y ahora vayan sentándose a la mesa y pasemos a la fase inicial de la jornada de hoy: Juan Salvador quiere que todos ustedes se presenten.

Los chicos y Raquel se acomodaron a la mesa bastante tensos, como si fueran espectadores de una *performance* que no sabían muy bien adónde iba a llevarlos. Nada más sentarse, Maxi, echó mano a uno de los pequeños cruasanes que había en una bandeja...

—Regla número uno para el candidato del chándal: nadie empieza a comer hasta que todos lo hacen. Imagine usted que está con una bella mujer en un hotel y viene el desayuno, ¿va usted a abalanzarse sobre al cruasán antes que sobre la dama? Estaría chido eso, ¿verdad? Aquí estamos para aprender. A cada uno de ustedes le voy a dar 20 *tokens*, que son estas monedas que tengo aquí, que como verán son como las fichas de una ruleta. Cada vez que hagan algo mal o inconveniente, me tendrán que dar un *token*. Si los pierden todos, estarán expulsados del curso y recibirán el correspondiente castigo; créanme que puedo llegar a ser muy duro. A Juan Salvador Seducción le pagan rebién para eso. El aspirante a seductor que acumule más *tokens* a lo largo del día podrá usar el celular media hora por la noche. El que se quede sin *tokens*, dormirá al raso como un *doggy*, y les aseguro que empieza a hacer ya frío por aquí. Pueden comprobar que es verdad. Observen la casa de campaña y el saco de dormir que he traído —dijo señalando unos bultos en una de las esquinas del salón —. Ahora quiero que cada uno de ustedes se introduzca a los demás. Deseo ver cómo se expresan y platican ustedes. Nadie que se exprese mal puede conquistar a ninguna mujer por tonta que sea. Órale —dijo señalando a Maxi.

—Mi nombre es Máximo, pero todos me llaman Maxi. Soy monitor de boxeo en un gimnasio de Madrid. Me calificaría de normal, amigo de mis amigos, un buen tío, un chico sencillo y poco más.

—¿Cómo poco más, güey? ¿Qué significa un chico sencillo? ¿Usted cree que una mujer que va a pagar trescientos euros por una hora con usted quiere un chico sencillo, y lo que es peor, normal? ¿Y qué es eso

de amigo de sus amigos? Normal que sea así, no va a ser enemigo de sus amigos —exclamó, molesto, Juan Salvador—. ¿Cree que con ese desparpajo y ese aire superbeta que se gasta se va a comer un rosco? Negativo, Máximo. A pesar de esa pinta de *handsome* no se va a comer un solo coño con esa actitud de moscardón muerto, y menos a cobrar por ello. Una anotación importante, caballeros: Juan Salvador emplea un lenguaje directo, claro y soez que en ningún caso pueden ustedes usar. Solo él puede hacerlo para que sus mensajes calen más profundo en mentes duras como las suyas.

»A ver, el turno de usted —dijo señalando a Telmo.

—Me llamo Telmo y soy de Buenos Aires, aunque llevo mucho en Madrid. Trabajo como modelo y gogó algunas veces...

—Muy bien, Telmo, pero no nos interesa una chingada lo que hace. Gogó y modelo no son profesiones con mucha clase ni mucho de nada. Un hombre de mundo ni es gogó ni es modelo, ¿estamos? Eso es barato... *supercheap*.

—Pero si lo soy, ¿qué voy a hacerle? —contestó Telmo, contrariado por la reprimenda.

—Mentir, con la ayuda de Dios nuestro Señor, cabrón... Eso es lo que va usted a hacer. Juan Salvador Seducción también les enseñará a eso. Están ustedes en el camino del alfa, no se olviden. Por eso le he puesto a este seminario el nombre de «Forjando hierro». De momento, son ustedes mantequilla derretida, pero en tres días serán hierro, créanme.

»Ahora usted —le espetó a Omar—, su turno.

—Me llamo Omar y soy persa. En mi país de origen era historiador, pero mi último trabajo fue en una empresa de logística aquí en Madrid. Estoy separado y no tengo hijos.

—Está chingón eso que dice, pero no se lo cree ni usted. A mí no me da el gatazo —le contestó—. Usted miente más que habla. Lo único que sí creo es que está divorciado. Tengo algunos poderes que no llegan a ser mágicos, pero veo la mentira en la gente. La mentira es contraria a la seducción...

»A Juan Salvador le parece que aquí hay un trabajo ingente que hacer, sita Raquel —continuó—. Yo no sé con seguridad si este *workshop* de dos días será suficiente para sacar algo que valga la pena de aquí. Requerirá, desde luego, toda la energía del gurú, y para más inri, es que se supone que van a vivir de esto. Pero díganme, ¿cuál es su experiencia con las mujeres? ¿Con cuántas se han acostado?

—Solo con una —dijo Maxi.

—Yo queriendo también, solo con una —contestó Telmo.

—Yo con unas cien más o menos —contestó Omar.

—Vaya, menos mal que hay alguien que sabe de qué va una mujer, alabado sea el Señor. ¿Y a ustedes qué les ha pasado? ¿Han estado impedidos? ¿Acaso no tienen verga? Y la última pregunta es para la señorita, ¿cómo selecciona usted para un negocio de prostitución a hombres de este calibre, que no es que sean vulgares, que lo son, sino que además carecen de conocimiento sobre las mujeres y el sexo? Juan Salvador ha dormido con más de mil mujeres. Por eso, y no por su físico, como comprenderán, es un gurú de la seducción.

Raquel se encogió de hombros; ni ella misma sabía responder a esa pregunta.

—Yo es que solo he tenido relaciones con mi novia —respondió Maxi tímidamente—. Llevo con ella toda la vida...

—A mí no me interesa mucho el sexo —dijo Telmo—. Tuve solo una mina de adolescente y el resto de veces que practiqué fue por sacar beneficio.

—Vaya por Dios —dijo Juan Salvador—, uno que solo ha probado un panal y el otro que parece puñal. ¿No será puñal, usted?

—¿Puñal? ¿Eso qué es? —preguntó Telmo.

—Pues marica, güey, ¿qué va a ser?

—Pues no sé... —contestó Telmo, mirando con miedo a Raquel—. Me parece que no. Igual soy bisexual....

—¿Qué onda? ¿Cómo que le parece que no? Es decir, que sí, que es maricón. Me han traído un gay para que haga de él un seductor de mujeres y un macho alfa. Pues lo hago. A Juan Salvador le fascinan los retos... Otro apunte que Juan Salvador necesita saber, ¿todos ustedes practican el *cunnilingus* o el término les suena a nombre de serpiente de río?

Los tres se miraron sin saber muy bien qué decir, hasta Raquel parecía pensar *tierra, trágame*.

—Entiendo que sí, puesto que no dicen nada, cabrones —continuó el gurú—. Tres son las claves para que a las mujeres se les caigan los chones, es decir, las bragas cuando ustedes digan *hola*: ir aseados y bien olidos, saber hablar y ser los mejores haciendo *cunnilingus*. Juan Salvador también les enseñará eso. Ganarán la medalla olímpica de los comedores de panales, ¿okey? ¿Sí o no?

Los tres asintieron bastante poco convencidos...

—A continuación, el gurú va a empezar con la clase de aseo y aspecto personal. Primeramente, vayan a cambiarse y, sencillamente, sigan este *mandatory*: vístanse como se vestirían para una cita con alguna mujer a la que quisieran impresionar; arréglense, acicálense, perfúmense, péinense, sorpréndanme a mí y a la señorita Raquel. Y después les haré ver que están equivocados en todo.

Resultaba difícil que Juan Salvador pudiera darles a los chicos lecciones de estilo embutido en aquellas mallas y con esa túnica africana, pero, desde luego, parecía seguro de sí mismo.

Los chicos subieron a cambiarse y pocos minutos después bajaban amedrentados las escaleras, como tres niños de la misma pandilla que esperaran una reprimenda del profesor. Raquel se temió lo peor.

—Acérquense, candidatos a seductores —ordenó—, empezaremos por el mentiroso que dice que se ha chingado a cien mujeres y que viene de un país árabe; un poco extraño eso. Le llamaremos Sultán Picha Loca. Vamos a ver qué ha escogido el caballero como vestimenta ideal para conquistar a una dama. Debí decir para conquistar a una dama con cierta clase, porque usted se ha vestido para conquistar a una dama de un arrabal, por lo menos, ¿no es así?

—A mí me gusta —respondió Omar altivo—, y hasta ahora nunca nadie se quejó de mi forma de vestir. Me veo favorecido y elegante.

—Hasta ahora no era usted aspirante a seductor y no había conocido al gurú ni había tenido la dicha de que un maestro alfa compartiera sus *tips* de seducción con usted. Vamos por partes: esos *jeans* que lleva usted, ¿los lleva al cuello o a la cintura? ¿No ve usted que de lo altos que los luce la costura le parte los huevos en dos? Mire, sita Raquel —dijo el gurú mirando a Raquel—. ¿Es o no es verdad?

—Pues no sé decir —contestó Raquel con timidez—. La verdad es que no me fijo en eso.

—La sita miente —señaló Juan Salvador—, miente como una bellaca y ella lo sabe. Una hembra en edad de procrear lo primero que mira de un hombre es la cara y después, el garrote, la negra, la verga, el paquete, como dicen ustedes. Todas las mujeres se fijan en el bulto del pantalón y acto seguido se imaginan lo que habrá debajo. No se fíen ni un pelo cuando les digan que las mujeres se fijan en la sonrisa, en los ojos y mucho menos en los zapatos... Pero ¿cómo saber qué hay en una bragueta? Es el gran misterio que a toda hembra le gustaría adivinar. A veces hay un misil nuclear y a veces una mierda... pero todos pueden chingar igual. Todos son criaturas de Dios: los del pollón y los de la pollita, ¿estamos? Todo es cuestión de actitud. Sin embargo, Juan Salvador ha patentado ya un aparato capaz de medir por infrarrojos el tamaño del miembro viril con ropa, de manera que las mujeres lo puedan saber con antelación y decidir así si el tamaño satisface sus gustos y aficiones. Próximamente saldrá al mercado a través de mi página web. Pero ahora no es tiempo para el *merchandising* —dijo Juan Salvador—, continuemos sin más dilación... *show must go on*. Además de los pantalones en el sobaco, ¿qué otro

problema presenta la vestimenta del candidato a seductor Omar, sita Raquel? ¿Qué piensa usted como mujer que sin duda es?

—Yo creo que lleva la camisa demasiado ajustada, y la americana con los vaqueros y la camisa tan justa y esos zapatos de punta le dan un poco la imagen de italiano chulo, no sé si me entiende. Tiene un aspecto un poco vulgar —contestó ella.

Omar miró a Raquel con cara de asesino en serie...

—A la perfección la entiendo, sita —contestó el gurú—, y estoy de acuerdo 180 grados con usted. Deme dos *tokens* —le dijo a Omar—. Ya ha oído nuestro veredicto. Es usted ordinario y eso le pesa como una losa. Su enseñanza para este seminario será esta: la clase no se vende ni se compra, sino que se adquiere, o mejor dicho, se transforma. Ya no me acuerdo muy bien cómo era.

»Órale, continuemos —siguió Juan Salvador—, que se aproxime el candidato de la camiseta de pico y los pantalones tres tallas por debajo, *come to me*, güey —dijo señalando a Maxi—. No me importa cómo ha conseguido meterse usted en esos *skinny jeans* tan estrechos en tan poco tiempo, seguramente con mucha dificultad y ayuda de algún instrumento tipo pala o calzador, pero ¿puede usted imaginarse a una clienta que tenga que quitárselos? ¿O el ridículo que hará mientras se contorsiona para deshacerse de ellos en el momento del amor? ¿Qué otro problema presenta la vestimenta del muchacho, sita?

—Se le marcan los pezones a través de la camiseta —dijo Raquel, aunque la visión no le desagradaba en absoluto.

—¿Lo ve? Luego dicen que Juan Salvador Seducción es un nazi, pero es la propia sita la que está viendo todos sus errores. Usted, aspirante Máximo, parece salido de un poblado de la droga. Y usted, aspirante Máximo, tiene que parecer un hombre de mundo aunque no lo haya visto, ¿estamos? Su enseñanza para este seminario será... cosmopolitismo. ¿Sabe lo que es eso? Claro que no lo sabe. ¿Cómo lo va a saber con ese aspecto? Ha perdido dos *tokens*. Antes de que se me olvide: quítese usted los zapatos y los calcetines.

Maxi obedeció suponiendo por dónde iba la cosa...

—¿Cuándo se recortó usted las uñas de los pies por última vez? ¿El año pasado?

—No lo recuerdo, pero creo que la semana pasada —contestó él, avergonzado.

—Estas uñas le dan dos vueltas de campana, eso es de *creepy* —le espetó Juan Salvador—. ¿Pretende clavárselas a sus citas cuando les esté haciendo el amor? ¿Se imagina usted si se quita los zapatos y aparece con un agujero en el calcetín? Ay, ay, ay. Vaya a hacerse la pedicura. Tengo entendido que los negocios chinos lo hacen por seis

euros. Serán los seis euros que mejor haya invertido usted en toda su vida, ¿estamos?

—No veo que los pies sean tan importantes —replicó Maxi.

—Pues sepa usted que a muchas señoras les da por chupar pies, pero claro está que a su chava de usted no —zanjó Juan Salvador—. Y ahorita, el tercer aspirante a seductor, míster *me gustan los culos pero quiero ser gigoló* —dijo mofándose de Telmo—. Tengo que comentar que es el mejor de los tres. Está chido, sin pasarse, pero correcto. Ahora bien —dijo Juan Salvador—, ¿qué significan esos pelos que le salen de la nariz? —preguntó acercándose peligrosamente a la cara de Telmo—. ¿Es usted el hombre lobo? También los tiene en las orejas. Definitivamente, parece haber salido de una manada de animales salvajes. Enséñeme los dientes, si tiene la bondad... ándele, no se me achicopale ahora...

—Usted me está insultando. Yo quiero aprender, pero con respeto... Raquel, no deberías permitir que nos tratasen como a reses —protestó Telmo, al borde de las lágrimas.

—Uy, uy, uy, que la damita se me ofende —le espetó Juan Salvador—. Perdona, preciosita porteña. No quiero que llores, que se te estropea esa carita de ángel. ¿Me enseñas tu linda dentadura?

Telmo intentó fingir una sonrisa falsa que dejase ver toda su dentadura.

—Aquí falta higiene, falta aseo, falta colutorio e hilo dental. Algunos de sus dientes están negros como cucarachas, güey. ¿Pagaría usted trescientos euros para besar a una señorita con los dientes negros de sarro? Deme tres *tokens* y pida cita con su odontólogo de confianza, a ver si se apiada de usted y le hace una buena higiene dental.

»Otro tema peliaguado o peliagudo como dicen ustedes —continuó el gurú—, es el de los tatuajes. Están superpadre en la cárcel, pero no para seducir mujeres. Díganme que no tienen ustedes ninguno, por amorcito de Dios.

—Yo sí tengo —confesó Maxi—. Es que mi novia es tatuadora y claro, me salen bien de precio, además de que me gustan. No veo dónde está lo malo...

—Los tatuajes son lo más vulgar que ha inventado el hombre después de la goma de mascar. Enséñeme a ver lo que lleva —le ordenó Juan Salvador—. Ya me lo veo venir.

Maxi se quitó la camiseta y se quedó con el torso desnudo y todos los tatuajes a la vista: los mismos que habían seducido a Raquel en la piscina no parecieron hacerle ninguna gracia al gurú.

—Serpiente, dragón, corazón, un ancla... No le falta de nada. ¿No

tiene uno dedicado a su mamá también?

—Sí —contestó Maxi—, pero está en la pierna. Si lo quiere ver…

—Lleva usted tantos y con tanta acumulación que ya da lo mismo. Es usted un caso perdido, amigo mío. Parece salido del penal de Alcatraz en sus mejores tiempos. Ya puede aprender usted a tener clase vestido, porque lo que es desnudo…

Juan Salvador se dirigió con indignación a una pizarra Veleda que había instalado en un caballete en medio del salón.

—Ninguno de ustedes ha pasado esta prueba con éxito. El gurú va a escribir aquí las claves del aspecto personal de todo caballero. Quiero que todos copien esta lista diez veces en su cuaderno con buena letra y luego me la repitan de memoria. El que falle en algo me dará un *token*, y tengan en cuenta que ya han perdido ustedes bastantes y este retiro solo ha hecho que comenzar.

EL ASEO PERSONAL = LA CLAVE NÚMERO UNO DE LA SEDUCCIÓN

- Buen gusto en el vestir.

Prohibiciones: cualquier tipo de prenda ajustada, pantalones que no se puedan quitar, jerséis con cuello de pico, colores estridentes, estampados, prendas de mala calidad, zapatos de punta, calcetines de colores, deportivas, pijamas, sudaderas, calzoncillos ceñidos o de colores chillones, joyas o bisutería, relojes de plástico o deportivos, abrigos tipo plumas, gorros de lana.

- Aseo personal.

Prohibiciones: pelo mal arreglado, barba descuidada, uñas poco cuidadas o sucias, pelos en cualquier parte del cuerpo, dientes sucios, mal aliento, olor corporal, genitales sin depilar, uñas de los pies largas, cera en las orejas, espinillas, pústulas o verrugas, *etc.*

Una vez que los tres aprendices a seductores hubieron recitado de memoria las reglas del aseo personal, con bastante cara de fastidio, Juan Salvador les permitió por fin desayunar y pasear veinte minutos por el jardín, como si fueran presos antes de comenzar con la siguiente lección.

Tras el descanso, les anunció que en unos minutos aparecería para dar una *master class* el famoso experto en buenos modales y caballerosidad Tobías Carrera, uno de sus colaboradores habituales en España, del que echaba mano en casos muy difíciles, como los suyos.

—Durante las próximas dos horas el señor Carrera les dará las

claves para ser unos caballeros, pero no de los de ahora, no, que son una mierda, sino unos caballeros de la vieja escuela. Este señor viene de una estirpe nobiliaria de las más antiguas de su país. Lleva la educación en la sangre y, como muchos vástagos de familias nobles, está arruinado y vive apenas de esta ayuda que yo le ofrezco para civilizar a personajes como ustedes, que de caballeros no tienen ni la huella dactilar.

Efectivamente, el tal Tobías Carrera no tardó ni diez minutos en llegar a la casa de Guadarrama. Pese a que conducía un coche modesto, iba vestido como un lord inglés. Rondaba los setenta años: pelo blanco impecablemente peinado hacia atrás, traje cruzado de estampado príncipe de Gales, pañuelo de cachemir al cuello y zapatos de cordones con unos llamativos calcetines rojos. Se presentó muy galante a Raquel.

—*Mademoiselle* Raquel, imagino. Tobías Carrera a su servicio —dijo besándole la mano—. Querido Juan Salvador, muy agradecido de acompañarle en esta formación. Me congratulo de que haya contado nuevamente con un servidor.

Tobías Carrera hizo sentar a todo el mundo en los dos sofás que había alrededor de la chimenea en la que desde primera hora de la mañana ardía un buen fuego. Le pidió a Juan Salvador que le ordenase al chef que preparara té para todos. Se sentó como un dandi en un sillón orejero con las piernas cruzadas y comenzó a hablar…

—¿Qué es ser un caballero hoy en día? —dijo de manera grandilocuente, mirando a Maxi, Omar y Telmo—. ¿Cómo mantener la exquisitez y las formas en un mundo en el que se han perdido hasta las más sencillas reglas de la urbanidad? Parece tarea ardua, ¿verdad? Y, sin embargo, no hay nada más sencillo. Caballeros, deseo que a lo largo de las dos horas siguientes escuchen ustedes mis indicaciones y no las olviden nunca, porque serán la base para obtener cualquier cosa que deseen de una mujer, ya sea dinero, sexo, amor o un abrigo nuevo. Ya sé que ahora está muy en boga el grave problema del feminismo, pero aquí han de aprender a ser caballeros, y para un caballero no existe tal cosa como la igualdad mal entendida de ahora. Un hombre como es debido ha de proteger y halagar a su dama, y a todas las damas les gusta sentirse protegidas y reconfortadas por la seguridad y masculinidad de un hombre, créanme.

»Por ejemplo, usted —dijo el señor Tobías Carrera haciéndole un gesto a Maxi—, ¿alguna vez le ha abierto a su acompañante la puerta de su coche o de un taxi para dejarla entrar y se la ha cerrado después?

—Pues no, en la vida… Lo primero, que yo tengo moto.

—Pruebe usted a hacerlo y verá los resultados.

—Si me compra usted el coche... —respondió Maxi encogiéndose de hombros.

—Y usted —dijo mirando a Omar, que se encontraba repantigado en el sofá con las piernas abiertas—, ¿cree que ese es modo de sentarse, exhibiendo con un gesto tan obsceno todo lo que Dios le ha dado? ¿No conoce usted lo que es el decoro? Las piernas cerradas o cruzadas, por amor de Dios; la espalda recta, el torso erguido. ¿Cuántas veces le ha acercado la silla a una dama en un restaurante?

—En mi país nos sentamos en el suelo, así que no hay muchas sillas que acercar —replicó Omar—. Como no les acerque un cojín...

—¿Y usted? —dijo mirando a Telmo—. ¿Se ha desprendido alguna vez usted de su abrigo para dejárselo a una señorita cuando ve que la noche está fría?

—Pues si ella no me lo pide, no —contestó Telmo—. Si la mina tiene frío, yo también seguramente. Son muy cómodas, lo que no quieren es ir cargando...

—Las cosas que les acabo de exponer son algunas de las que tendrán que hacer a partir de ahora si quieren complacer a damas exigentes y con clase como las que van a tratar, y hay otras muchas que les explicaré a continuación. Si no les importa, voy a pasar a leerles un decálogo del *Manual del perfecto caballero que gusta a las damas* que escribí hace unos años, concretamente en 1965... Ahora no me lo editan más por esta lacra del feminismo, pero lo pueden descargar a través de mi Facebook personal o poniéndose en contacto con mi asistente, que no asistenta.

En ese momento, el cocinero de la escuela de hostelería, que aún no se había presentado, apareció algo torpe con el servicio del té en un carrito...

—Déjelo aquí, si tiene la bondad —ordenó Tobías Carrera—. ¿Cómo toman ustedes el té? ¿La señorita cómo lo desea?

—Con una nube de leche y un terrón de azúcar —contestó Raquel, maravillada con aquel señor de modales tan exquisitos.

—Yo no quiero té, gracias. No me gusta —contestó Maxi cuando le llegó su turno.

—Ha de beber té para ser un caballero, le guste o no; a ser posible, Earl Grey o Lapsan Souchong, un poco más fuertes y masculinos que los demás. Las normas de la etiqueta dicen que los hombres lo han de tomar sin azúcar ni leche y beberlo a pequeños sorbos y de manera pausada. Un caballero bebe té o whisky escocés solo o con soda. Alguna copa de champán o vino de calidad, a ser posible Jerez u Oporto, pero nunca jamás combinados ni cerveza.

—Pues yo es lo que bebo, cerveza —respondió Omar con el tono desafiante de costumbre—. Ahora me va usted a decir que tengo que pasarme al whisky o al té para ser un caballero. No me fastidie, hombre.

—Usted quiere ser un acompañante con clase y estilo y yo le digo lo que debería hacer. Si no quiere observar mis normas, allá usted, pero no le vendrían mal a raíz de lo que he visto hasta el momento. Tenía entendido que los musulmanes no bebían alcohol de ningún tipo, ya que está prohibido por el Corán, como usted bien sabe.

—Ocúpese de sus creencias que yo me ocuparé de las mías, señor —contestó agresivo Omar.

Juan Salvador, que había permanecido callado durante toda la intervención de Tobías, interrumpió de repente la conversación mirando a Omar con severidad.

—El gurú quiere que le dé dos *tokens* más por su actitud chulesca y desafiante que raya en la falta de respeto. Son apenas las doce de la mañana y ya ha perdido usted cuatro fichas. Le recuerdo que son ocho las que tiene cada candidato y queda mucho día por delante. Le diré al cocinero que vaya poniendo la casa de campaña y esta noche se presenta fría. Olvidé comentar que el que pierde las fichas duerme al raso y tampoco cena, y que por la mañana es el encargado de limpiar y arreglar la casa y todas las habitaciones.

—Señorita Raquel —dijo Tobías intentando cortar la tensión reinante—, ¿puede hacerme el favor de leer usted misma las diez reglas del perfecto caballero que gusta a las damas? Una voz femenina es más agradable que esta de caballero gastado que tengo el infortunio de padecer. Hágame la gentileza...

Y Raquel, que la verdad es que se estaba divirtiendo de lo lindo, pasó a leer con voz clara y enérgica unas reglas que a ella misma le parecieron lo más ridículo que había leído en mucho tiempo y que sonaron extrañas saliendo de su boca:

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL CABALLERO DE AYER, DE HOY Y DE SIEMPRE

- Un caballero, cuando entra en una sala, estrecha la mano enérgicamente mirando a los ojos con un apretón franco. Con las damas hará lo mismo o bien si tiene una mayor familiaridad con ellas les dará un beso sutil en ambas mejillas o en la mano.
- Cuando camine por una calle con una dama, el caballero deberá estar siempre del lado de la circulación para, en caso de que un coche se salga de la vía, el coche le arrolle a él primero y no a la dama.

Raquel tuvo que parar en este punto por las carcajadas de los chicos, pero el gurú los amenazó con la pérdida de un *token* si seguían por ese camino.

- Un caballero debe abrir la puerta del coche para una dama y cerrársela también, acercar su silla a la mesa cuando se siente en un restaurante, debe abrirle la puerta para que pase ella primero (pero solo a su dama, no a todas las demás; si no, sería excesivo y parecería un botones), levantarse de la mesa cuando ella se ausente para ir al tocador, abrir la puerta del portal con la llave de ella si la acompaña a casa.
- Un caballero debe siempre ayudar a la dama a ponerse su abrigo o chaqueta. Si ella tiene frío, se le debe ofrecer el abrigo sin insistir, ya que la dama podría molestarse.
- Debe impedir que la mujer cargue ningún tipo de peso y, si lo hace, ofrecerse siempre a llevárselo.
- En la medida de lo posible, debe encargarse de las cuentas de los restaurantes y las propinas.
- En la conversación, un caballero debe evitar hablar o posicionarse sobre cualquier tema incómodo como el dinero, la política o la religión, y evitar la confrontación o discusión sea del tipo que sea.
- Nunca ha de hablar de otras mujeres delante de la dama, es de pésimo gusto.
- Siempre ha de respetar la más exquisita puntualidad.
- Ha de mantener las distancias y no resultar invasivo ni hacer gestos de familiaridad tales como dar palmadas en el hombro, reírse a carcajadas o de forma exagerada. - Se sabe comportar con soltura y discreción en cualquier evento social, estando en todo momento pendiente de la dama a la que acompaña (yendo a por bebidas, asegurándose de su bienestar, etc.).
- En las conversaciones, un caballero debe escuchar sin interrumpir y mostrar sincero interés por las palabras de sus interlocutores.
- No debe sonreír falsamente ni debe mirar continuamente el reloj o su teléfono móvil. Es de mal gusto.
- Debe poseer exquisitas maneras en la mesa. Un caballero lo es por cómo se comporta a la mesa.
- Un caballero debe...

Pero Raquel no pudo seguir leyendo porque unos ronquidos de la sonoridad de los de un oso interrumpieron de pronto su concentración. Juan Salvador Seducción dormía a pierna suelta con la

boca abierta en uno de los sillones mientras los demás, incluido el propio Tobías Carrera, hacían por controlar la risa.

30
Por el camino del alfa

Tras la exposición de Tobías Carrera, que duró sus buenas dos horas, los chicos hicieron el descanso para la comida. Juan Salvador había ordenado al chef preparar un bufé para incrementar los niveles de testosterona y aumentar la masculinidad de los aprendices, así que la dieta de aquellos días estaría basada fundamentalmente en carne, huevos, nueces, aguacates, plátanos, frijoles y brócoli.

Mientras tanto, el gurú se preparaba ya para dar su primera lección de cultura general. Juan Salvador Seducción contaba con la herramienta definitiva para comprobar el nivel cultural de los tres: un Trivial Pursuit última edición. Tras media hora de juego en la que solo Telmo se hizo con un quesito (y fue el de los deportes), el gurú se dio cuenta de que el nivel de los futuros aspirantes a gigolós estaba por los suelos.

—Tal y como veo su nivel cultural, ustedes no tienen conversación de ningún tipo, no saben de nada. Parecería que llevan años habitando en una cueva. Sita Raquel —dijo dirigiéndose a ella—, ¿usted no tuvo en cuenta un aspecto tan importante como este? ¿Qué conversación se supone que van a dar estos tres a las damas si no saben ni quién preside este su país prácticamente?

»A ver… —continuó—, ¿pueden ustedes nombrar un artista español?

—Picasso —contestaron Maxi y Telmo a la vez.

—¿Y otro que no sea ese, que hasta un niño de seis años lo conoce?

—No sé —dijo Maxi—, el de *Las meninas*… ¿cómo se llamaba? ¡Goya, eso!

—¿Y de libros saben ustedes algo? ¿Han leído alguno? —les preguntó.

—Yo los del colegio —respondió Maxi—: *Viaje a la Alcarria*, *La celestina*, *La venganza de Don Mendo*…

—Yo solo leo en árabe —dijo Omar—; aunque se los diga, no los va usted a reconocer. Y el Corán, claro. También leí *50 sombras de Grey* —dijo mirando a Raquel con una sonrisilla libidinosa.

—Señorita Raquel —dijo el gurú—, me enfrento a tres casos perdidos como nunca en mi vida he tenido delante. Esto no tiene solución —exclamó con desesperación mesándose los pelos—. Lo que van a hacer es lo siguiente, güeys: van ustedes a leerse todas estas tarjetas de Trivial con sus respuestas durante toda la tarde y retengan bien los conceptos, por amor de Dios. Las preguntas de deportes las

pueden dejar ustedes de lado. Esta noche, después de la cena, volveremos a jugar y el que no consiga al menos dos quesitos perderá todos sus *tokens*; así se lo digo, *brothers*.

»En cualquier caso, el gurú les dará algunas reglas para salir del paso… y les recomiendo un libro: *Cómo tener cultura general en una hora*. Creo que lo tienen en las librerías de aquí. Es un *bestseller* y ahora Juan Salvador entiende el motivo.

»También les comento que a partir de que salgan del retiro sería padrísimo que empezaran ustedes a leer los periódicos.

—Pero ¿todos los días o solo los domingos? —preguntó Maxi.

—Pues claro que todos los días, santo Dios. Deberá parecer que se interesan por el mundo en el que viven, aunque no sea así. Hasta el gurú tiene que hacerlo. Son pequeños sacrificios para llevarse a las mujeres a la cama. Ninguna querrá estar con un analfabeto, ¿lo entienden? La ignorancia no excita a las damas, aunque ellas mismas sean ignorantes muchas veces… Además de los periódicos —continuó —, deben estar ustedes al tanto de los libros, estrenos de cine y la música que se lleva. Lo *top* tendencia. Lo más normal es que sus citas quieran hablar de algo antes de acostarse con ustedes, ¿de qué les van ustedes a hablar? ¿De fútbol?

—¿Cuál es el problema? —replicó Telmo.

—Que eso les importa una chingada a las mujeres, más las que pagarán tanta lana por su compañía. Ustedes tienen que saber lo *top*, lo que está de moda, y eso se hace muy fácil mirando algunas páginas de Internet. Yo no les digo que se culturicen, que ya sé que no va a ser posible; les digo que al menos aparenten no ser los zopencos que realmente son.

»Cuando una mujer les empiece a hablar de algún tema que desconozcan, excúsense para ir al baño y allí lo consultan en su teléfono rápidamente

—Yo no tengo datos —contestó Maxi.

—Virgencita, virgencita. Me tienen hasta la madre… ¡¡¡Pues tendrá usted que hacerse otro contrato!!! —dijo el gurú ya gritando y visiblemente enfadado—. ¿Qué va a estar usted, buscando wifi como un *teenager* cuando esté acompañando, pongo por caso, a una *general manager*? Pero señor, señor, ¿qué habrá hecho Juan Salvador para merecer esto?

»Además, piensen que las mujeres son distintas, pero pueden usar los mismos recursos con todas. Con que se sepan cuatro *bestsellers*, las tres exposiciones de moda y musicales que haya en la ciudad y un par de películas, les sirve para todas. Háganse a la idea de que es como cuando mandan ustedes una postal: no hace falta que escriban cosas

distintas en cada una, ¿correcto? Pueden usar el mismo texto en todas ya que van a personas distintas. Pues esto igual.

—Una preguntilla —dijo Telmo—, a nivel político, ¿qué nos recomienda usted, ser de izquierdas o de derechas?

—¡De nada! El gurú jamás ha hablado de política con una mujer y se ha acostado con más de mil. Eso no es necesario. Si surgiera el tema, deberán decir que están decepcionados con la política, que antes les interesaba pero ahora ya no, y que todos los políticos son iguales. Ustedes son apolíticos, ni de izquierdas ni de derechas; como mucho, de centro, moderados... Pero detestan a Donald Trump, eso sí. Todo el mundo le odia y, por consiguiente, ustedes también deben odiarle, ¿está claro?

—¿Y al papa también hay que odiarle? —preguntó Telmo—. Porque el papa es argentino...

—Nooo —contestó desesperado Juan Salvador—. Al papa ni mentarlo. La religión no se toca.

—Entonces, ¿es mejor decir que no creemos en Dios?

—No creo que ninguna señora quiera ir a misa con ustedes precisamente, pero si sale el tema en la conversación, ustedes digan que son católicos, pero no practicantes —respondió Juan Salvador.

—¿Yo también digo que soy católico? —preguntó Omar—. No creo que sea muy lógico siendo yo persa... Usted me dirá.

—Lo primero —dijo el gurú, visiblemente enfadado—, habría que ver si es usted realmente persa, y lo segundo, puede usted decir que es musulmán pero no practicante, lógicamente. Ningún musulmán practicante sería gigoló, ¿no le parece?

—No crea. Mientras no seamos homosexuales, todo vale —contestó Omar.

—Por otra parte —continuó el gurú, cambiando de tema—, sobre todas las cosas tienen ustedes que temer la siguiente pregunta que les haga una mujer, a saber: ¿Cuáles son tus intereses? ¿Y qué te gusta hacer? Cuando una mujer pregunta eso, es muy fácil pifiarla, amigos míos. Por eso les voy a decir cómo resolver esta tesitura. Por ejemplo, usted, Máximo, ¿qué le gusta hacer a usted, si es que le gusta algo?

—No sé... Tomar cañas con mis colegas, estar con mi novia, ir de conciertos. Lo normal.

—Lo suponía —respondió—, pero usted no le va a decir eso a una de sus clientas, ¿verdad?, mucho menos hablarle de su morra. A la hora de hablar de sus intereses, ustedes tienen que mentir. ¿Correcto? Hay que mencionar cosas que parezcan especiales, que no haga todo el mundo. Como, por ejemplo, toco la batería en una banda de rock. Esto sería un *hobby* adecuado; sin embargo, tienen que añadir un plus

de entusiasmo, como de que les apasiona de verdad: toco la batería en una banda de rock, es fantástico, realmente es una vía de escape para mí y creo que se me da muy bien. Si quieres, un día podrías venir a vernos. ¿Ven la diferencia? —remarcó el gurú—. Entusiasmo es la palabra...

»A ver, usted —le preguntó a Omar—. Imaginemos que su *hobby* es el submarinismo. Según esto que les acabo de contar, ¿cómo le explicaría a su hipotética clienta ese *hobby*?

—Mi gran pasión es el buceo —dijo Omar, ya un poco más aplicado—. Empecé hace pocos años, pero la verdad es que se ha convertido en una adicción. Es mágico ver lo que hay ahí abajo. Si te decides a aprender, un día podríamos ir juntos. Yo te puedo recomendar algún curso, si quieres.

Juan Salvador Seducción miró a Omar ojiplático, como si realmente no diera crédito a lo que acababa de escuchar.

—Está chido, amigo Omar. Me congratula ver cómo los consejos del gurú les sirven de algo. No ha podido usted hacerlo mejor. Quédese ya con ese *hobby* para sus futuras clientas y retenga bien esa *sentence*, porque está perfecta.

—¿Y si alguna clienta bucea de verdad? —preguntó Omar.

—Pues le sigue usted el hilo —respondió Juan Salvador—, un pez es un pez, lo haya visto usted o no. Todos son iguales. Cómprese un tomo de submarinismo y santas pascuas. El gurú ha acabado sabiendo de todos los falsos *hobbies* que se ha inventado. A fuerza de repetirlos tanto, al final he terminado sabiendo más de ellos que muchos de los que los practican en realidad. No importa hacerlo, amigos míos, sino parecerlo; en su profesión de ustedes y en cualquier cosa en general. El amigo Omar ya tiene su *hobby*. Ahora habrá que pensar uno para Máximo y otro para Telmo... Órale, usen su imaginación, aspirantes a seductores.

—Pues a mí —dijo Maxi— me encanta cocinar. Me viene de mi abuela, que era cocinera. Ella me enseñó a amar la comida y desde entonces voy a cursos y aprendo yo solo por Internet. Mi especialidad son los platos orientales. Mi familia me dice que no lo hago nada mal —siguió Maxi ante la mirada aprobatoria de Juan Salvador.

—¿Y usted, Telmo? ¿A usted qué le gusta hacer?

—Pues yo soy un apasionado de la fotografía. Siempre que puedo me pierdo con mi cámara por ahí y me encanta editar, hacer retoques. Sobre todo, disfruto de ello en los viajes. A veces las vendo a alguna revista o web y muchos me dicen que debería dedicarme a ello... Si querés, algún día te puedo sacar algún retrato. Vos tenés que salir genial en las fotos.

—¡Bravo! ¡Padrísimo! —exclamó Juan Salvador—; además, cuantito más argentino pueda usted hablar, más padre. A ellas las vuelve locas. El gurú es lo que hace en los casos complicados: fingir el acento de ustedes aunque tenga que traicionar a su patria.

Mientras presenciaba todo aquello como si estuviera en el cine o en algún tipo de representación teatral, Raquel pensaba si aquellas locas clases servirían para algo, si los tres mil euros que iba a costarle aquella broma darían de algún modo sus frutos y si realmente los chicos aplicarían los consejos de Juan Salvador Seducción, que, aunque políticamente incorrectos, no iban del todo desencaminados. Y sí, estaba deprimida y tenía ganas de llorar. Hasta ese momento no se había dado cuenta de la poca preparación que tenían los chicos. Había pensado que con el físico y ser buenos en la cama bastaría para su éxito como gigolós. ¿Cómo iba un *escort* de lujo a no saberse el nombre del presidente de su propio país? Uno normal, quizá, pero no uno de primera clase. ¿Dónde demonios se había metido? Pero ahora ya era demasiado tarde para pararlo. Se había gastado demasiado dinero como para mandarlo todo al diablo.

La siguiente clase se llamaba «Despierta tu alfa interior». Según sostenía Juan Salvador, a las mujeres les gustaban los hombres masculinos y poderosos, que transmiten seguridad, confianza y que no titubean ante ninguna situación.

—Muchas de las mujeres con las que se acostarán podrían hacerlo con muchos otros gratis, pero no lo harán, ¿y saben por qué? Pues porque ya están hartas de blandengues hombres beta y de gelatinas temblorosas. Una mujer quiere tres cosas: fortaleza, seguridad y protección, ¿okey? Y ustedes serán los encargados de dárselas, al menos las horas que pasen con ellas. Por eso les van a pagar, no solo por chingar. Ustedes no van a ser un beta más, un *creepy* que titubea... Y díganme, cabrones —preguntó—, ¿cómo se acerca un hombre alfa a una mujer a la que quiere seducir?

—Yo no entiendo lo que es de alfa y de beta —dijo Omar.

—Quédese con que alfa es lo que tiene usted que ser y beta lo que no tiene que ser, ¿okey? Con los griegos no vamos a meternos por ahora, ya lo que nos faltaba —contestó Juan Salvador—. Y como iba diciendo... Si quieren tener éxito con las mujeres, deberán ser seres desapegados e independientes y tener una vida *fun*. ¿Y qué es una vida *fun*? Distracciones, cosas divertidas, *hobbies*, aficiones, una vida rica, experiencias que compartir. Además, y ustedes más que ninguno, deberán establecer el clima propicio para crear una tensión sexual con sus clientas. ¿Alguien sabe cómo hacer eso?

—¿Haciéndoles algún halago?

—Noooo, querido Maxi, eso es superbeta. La mujer no es un ser al que haya que adorar. Ellas odian eso y más ahora que quieren ser iguales en todo. Lo vamos a hacer con el lenguaje no verbal: con nuestros gestos, modulando bien nuestro tono de voz, con la forma en la que caminamos, con la manera en la que nos paramos... Y lo más importante de todo: con la mirada. Un beta se siente intimidado mirando hacia todas partes ante una mujer a la que quiere seducir. Un alfa mira a los ojos directamente sin titubear. Hay que mirar con intención, con potencia, con masculinidad, con una mirada que yo llamo «la mirada láser», y no solo a los ojos... Hay que mirar también a la boca de la mujer, ir alternando miradas a los ojos y la boca, ¿okey? Un beta se angustia y se pone nervioso cuando no sabe qué decir y hay un silencio en la conversación. En cambio, un alfa aprovecha ese silencio para atacar...

Después de los alfas y betas, el día concluyó con la clase de «Psicología femenina». Raquel tuvo que escuchar de la boca del gurú cosas que hicieron que le retumbara la cabeza y casi se desmayara; sin embargo, creyó más oportuno no quejarse, ya que bastante caldeados estaban los ánimos.

Sobre las mujeres dijo que eran unas cochinas y nada románticas, sino todo lo contrario.

—En realidad, la mujer no es romántica, pero pretende serlo, y el hombre lo es, pero pretende no serlo, y las mujeres son mucho peores que los hombres en cuanto al sexo se trata, seres que quieren caballeros en la calle pero animales salvajes en la cama, que son volubles, cambiantes de opinión y no se entienden ni ellas mismas.

La barbaridad más grande vino, sin duda, al final de la exposición, cuando el gurú les recitó a los chicos un refrán argentino que, según él, demostraba a la perfección el modo de ser de las hembras:

— Las mujeres son como la gata Flora: si se la metes, chilla, y si se la sacas, llora.

También les dijo que delante de una mujer «las otras mujeres no existen, a no ser que a ellas les excite en un momento dado ver cómo seducen ustedes a otras mujeres para luego ser ellas las que se lleven el gato al agua».

—Está terminantemente prohibido mirar siquiera de reojo a otra mujer cuando estén con una clienta. Eso es algo que el gurú aprendió muy rápido. Una máxima: si miran a otra, no los volverán a llamar, ni las clientas ni ninguna otra mujer. Nadie... Y, por supuesto, a las mujeres que paguen por su compañía no se les habla ni de novias ni de otras clientas ni de relaciones pasadas. Que parezca que solo ellas

son lo importante para ustedes, al menos que lo parezca durante las horas que pasan con ustedes. No se les olvide que no solo les van a pagar por sexo. Han de poseer un tacto y unos modales exquisitos. Han de ser caballeros, amantes, psicólogos, *entertainers*... Pero, sobre todo, han de resultar masculinos.

»En cuanto a los halagos y las observaciones que les hagan a las mujeres —explicó— han de ser ustedes cautelosos y jamás vulgares, y, por supuesto, no hacer referencia a partes del cuerpo de clara connotación sexual: pechos, nalgas, piernas... Por ejemplo, y para verlo con mayor claridad, háganle ustedes un cumplido respetuoso a la sita Raquel, aquí presente...

—Eres como una princesa de *Las mil y una noches* —dijo Omar.

—Sos una divinidad —dijo Telmo.

—Tienes unos ojos que dicen muchas cosas con solo mirar —le dijo Maxi.

Solo en el caso de Maxi a Raquel se le escapó una leve sonrisa...

—Vaya, vaya, amigo Máximo. El aspirante a seductor nos ha salido todo un trovador. El gurú se congratula, porque parece que los pedazos de concreto que eran ustedes esta mañana van moldeándose un poco... Bien... Bien. Y como gesto de buena voluntad, les anuncio que esta noche nadie de ustedes dormirá en la casa de campaña. Juan Salvador parece estricto, pero ya ven que al final se ablanda como la plastilina...

»Les diré algunos dichos que usamos en mi país cuando queremos halagar a una hembrita... Se los voy a recitar a la sita Raquel para hacerlo más veraz. Ustedes pueden tomar notas si quieren...

»Quisiera ser el sol para darte todas las mañanas —le dijo a Raquel—. Este es un poco fuerte, ya para cuando tengan algo más de confianza.

»Estás bien sabrosa.

»¿Te dolió cuando te caíste del cielo, mi ángel?

»Eres mucho jamón para este par de huevos.

»No seré Benedetti, no seré Neruda, pero tú sí me la pones bien dura.

Raquel y los chicos no pudieron evitar reírse a carcajadas mientras el gurú les recitaba toda aquella retahíla de insensateces.

—Bueno, como verán, se trata de una pequeña broma... Juan Salvador también sabe relajar el ambiente y soltar chanzas cuando es necesario. Espero que la sita me disculpe el atrevimiento. Ahora cenaremos algo frugal y jugaremos un poco más al Trivial, a ver si consigo que puedan salir a la calle sin avergonzarse de ustedes mismos.

31
Ruidos en la noche

A Maxi le costó dormirse. Le había tocado a suertes compartir habitación con Omar y resultó que el persa roncaba bastante. Juan Salvador dormía con el pobre Telmo, y Raquel, como era lógico, era la única que tenía una habitación para ella sola. Aquella noche Maxi se despertó sobre las cuatro de la mañana y se dio cuenta de que Omar no estaba en su cama.

Se levantó para ir al baño, que estaba al final del pasillo. Hacía frío e iba descalzo. Al pasar por la habitación de Raquel, un haz de luz se colaba por debajo de la puerta. Le pareció raro que ella estuviera despierta a aquella hora tan intempestiva y se dio cuenta de que la puerta no estaba del todo cerrada, sino algo entornada. Creyó escuchar susurros desde fuera y pegó la oreja a sabiendas de que no debía hacerlo y corriendo además el riesgo de que alguien le viera, pero era superior a sus fuerzas; tenía que hacerlo, y más tratándose de Raquel. Todo lo suyo le interesaba.

—Te advertí claramente antes de venir que mantuvieras las distancias. Estamos en un curso, no de copas. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo? —le oyó decir con una voz apenas audible, pero de forma bastante nerviosa.

—Es que me pones muy cachondo, Raquel. No soporto estar en la habitación de al lado de la tuya, saber que estás aquí sola y no hacer nada. —Maxi reconoció la voz de Omar—. En tu lugar, me ponen a dormir con tu bebé favorito...

—Quita, no me toques —le respondió ella—. Nos van a oír. Esto es un retiro, no puedes colarte en mi habitación así como así, como si fuéramos pareja. ¿Sabes cómo me vas a hacer quedar delante de los demás si esto llega a saberse?

—Nadie nos va a oír. Necesito comerte ese coño y hacer que te corras mil veces... Vamos, nena, un poco de rock and roll después del día coñazo que hemos pasado hoy. ¿Cómo le puedes pagar a ese payaso mil euros al día por sus estúpidas clases? ¿Crees que nos van a servir de algo? Lo que yo tengo de especial está aquí, en la punta de mi lengua, lista para jugar con tu clítoris. ¿Quieres comprobarlo una vez más? Mira cómo me pones. ¿Has visto cómo tengo la polla? Pues ahora la vas a hacer crecer más para que esté como una roca cuando te subas encima, ¿quieres? Así, tócame así, nena. Hazme una paja como tú sabes. Mmm, dices que no, pero seguro que estás empapada, y tienes una cara de zorra que no puedes con ella. Me encanta la

carita que pones cuando estás cachonda. Ojalá pudieras verte, porque ibas a alucinar.

Maxi ya no oyó hablar más a Raquel. A partir de aquel momento, solo escuchó suspiros y gemidos. Los jadeos de Raquel, que iban ganando en intensidad, le provocaron al instante una enorme erección. Se la imaginaba abierta de piernas ofreciéndole su coño a aquel gilipollas de Omar y, aunque rechazaba el pensamiento y odiaba a ese estúpido por ello, el imaginarla de aquella manera también le ponía extremadamente cachondo.

¿Y si entraba en la habitación y se unía a ellos como si fuera lo más natural del mundo? A Omar estaba claro que no le tocaría, pero ¿y si a Raquel no le importaba hacérselo con los dos? Maxi nunca había probado nada parecido, aunque a veces, cuando follaba con Isa, fantaseaba con eso. Cualquier tío soñaba con hacer un trío, claro que mucho mejor si era con dos tías... Por ejemplo, con Isa y con Raquel. Le daba vergüenza hasta pensarlo, pero lo cierto es que ya se lo había imaginado varias veces desde que conocía a Raquel e incluso se había masturbado con esa fantasía.

Maxi sentía la polla a punto de estallar y, sin embargo, quería evitar tocarse por todos los medios, aunque la mano se le iba sola y jugueteaba ya con la goma de su pijama, como intentando aproximarse a la zona peligrosa. Los gemidos de Raquel iban ganando en intensidad y se parecían cada vez más a gritos ahogados. Aquel chulo imbécil debía de estar dándolo todo entre sus piernas.

De repente, le oyó decir una frase que le habría encantado que le dijese a él:

—Cómeme el coño.

Entonces ya no pudo más. Empujó apenas un milímetro la puerta de la habitación; tenía que ver aquello, daba igual cuáles fueran las consecuencias. Se arriesgaría. La excitación era tan fuerte que le latían las sienes y la cabeza parecía que iba a estallarle por la intensidad y los nervios del momento. Lo que vio por esa mínima rendijita fue la cama revuelta y a Raquel y Omar desnudos haciendo lo que le pareció un 69 en toda regla, cada uno muy concentrado en comerse al otro. Era todo un espectáculo, como una peli porno en vivo y en directo para un único espectador: él. Lo malo era que le habría gustado ser él mismo el que representase el papel de Omar; al fin y al cabo, él era el favorito de Raquel, la persona por la que se le había ocurrido todo aquel tinglado.

Raquel solo apartaba la boca de la polla de Omar para gemir más fuerte, lamer o decir obscenidades que a Maxi le resultaban aún más chocantes al salir de la boca de una muñequita como ella. El papel de

exmujer abandonada y herida que había representado tan bien delante de él parecía que no era el mismo con Omar.

Nunca se habría imaginado a Raquel así, de aquella manera. Le pegaba tan poco que una tía con tal pinta de no haber roto un plato se convirtiera en aquella fiera en la cama que no daba crédito a lo que veían sus ojos, pero, por otro lado, también le gustó descubrirlo. Era la señal de que no se había equivocado con ella. Ya le veía algo distinto, y ahora Maxi sabía lo que era ese algo.

Omar hizo que Raquel se sentara en la cama con las piernas abiertas y después se colocó detrás de ella. Con el cambio de postura, Maxi aún tenía una visión más clara y frontal de Raquel desnuda y completamente expuesta. La cara de placer de la que hablaba Omar no era mentira, estaba más guapa y sexy que nunca. Por algún motivo no se fijaba más que en su cara, como si le diera vergüenza mirarla desnuda, como si fuese una especie de traición.

Omar empezó a acariciar a Raquel bastante bruscamente, cosa que a ella no parecía desagradarle en absoluto; es más, cada vez gemía más fuerte, tanto que tuvo que taparle la boca con la mano para que no se le escapasen los gritos.

—Chsss, ¿quieres despertar a los otros con tus gemidos? ¡Cállate! —le ordenó Omar.

Pero cuanto más la hacía callar y más la increpaba, más le parecía a Maxi que disfrutaba ella...

—Aunque quizá es lo que querrías, ¿verdad? Que todos tus gigolós vinieran aquí a follarte uno detrás de otro en fila, ¿no es así?... Imagínate a Telmo espiándonos detrás de la puerta mientras yo te como el coño, ¿te gusta pensar eso para correrte mejor?

—Telmo no. Él no me gusta —contestó Raquel.

—Ahhh, ¿así que Telmo no te pone? Quizá te gustaría que fuese Maxi el que estuviera espiándote, ¿verdad? Eso ya te gusta más, ¿eh? Que te estuviera viendo abierta de piernas como estás ahora, completamente empapada. ¿Eso te gustaría?

—Pues sí —contestó Raquel—, me gustaría bastante que lo estuviera viendo todo.

Maxi estaba ya a punto de estallar. ¿Así que a Raquel le gustaría que él estuviera allí viéndolo todo? Pues mira por dónde, estaba allí, aunque ella no lo supiera. La excitación hacía que le flaquearan las piernas. Tenía que tocarse. No quería, pero no había otra salida. Las manos ya no obedecían las órdenes del cerebro; más bien iban solas. Se agarró la polla y empezó a masturbarse con fuerza. Ya todo le daba igual; era como si estuviese haciéndolo con ella de lo cerca que la tenía. Estaba a punto de correrse y deseando hacerlo. No quería

admitirlo, pero aquella era una de las situaciones más excitantes de su vida.

—¿Y qué te gustaría que te hiciese tu niñito mimado? ¿Que te comiese el coño como yo lo hago? ¿Crees que lo haría tan bien? —preguntó Omar.

—No, me gustaría que me follara como un loco, que me matara a polvos y que tú nos mirases mientras tanto.

Entonces Maxi ya no pudo más y se corrió casi al mismo tiempo que Raquel.

A terminar se sintió ridículo y desamparado, y fue rápidamente a acostarse para evitar que Omar le viera al salir…

Cuando este entró en la habitación diez minutos después, se acercó a la cama donde Maxi hacía que dormía y exclamó:

—¿Qué? Estabas espiándonos, ¿eh?

Maxi no contestó. Ni siquiera se atrevió a respirar.

32
Clases prácticas

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Maxi apenas se atrevía a mirar a Raquel. Haberla espiado mientras lo hacía con Omar no era algo de lo que sentirse orgulloso y además estaba celoso y también algo decepcionado y triste. El persa, sin embargo, parecía relajado y tranquilo, como si lo de la noche anterior hubiera sido lo más normal del mundo. Maxi se preguntaba cuánto tiempo él y Raquel llevarían haciendo aquello.

En un momento en que se estaba sirviendo un zumo de naranja, Omar se acercó a él...

—De lo que viste ayer, calladito. Nada de chivarte a la profe. Está muy mal eso de espiar detrás de las puertas, debería darte vergüenza. Seguro que te pajeaste y todo. Se te ve en la carita.

—No sé de qué vas, tío; ni idea de lo que me hablas —le contestó Maxi poniéndose rojo.

—Sí, claro, seguro que no —continuó—. Eres un zorrito, eso es lo que eres. Ten cuidado conmigo, porque si me buscas, me vas a encontrar.

Juan Salvador apareció en el salón esta vez luciendo otra túnica como la del día anterior, pero con estampado de aves. Se había peinado el pelo hacia atrás y llevaba una especie de cola de caballo.

—El gurú les va a explicar el orden del día para hoy con permiso de la sita —dijo buscando la aprobación de Raquel—. Esta mañana recibiremos la visita de Rita Love, amiga de un servidor, dueña de un *sex-shop* y organizadora de talleres de sexo y erotismo *on line*. Ella les explicará los ingredientes de un buen encuentro sexual, con todas las cosas que ustedes han de hacer y su orden correcto. Lo hará en inglés, para así matar dos pájaros de un tiro y comprobar cuál es su nivel. También repasará con ustedes las posturas del *Kamasutra* que valen la pena. Ustedes se creerán que lo saben todo, pero, una vez más, se darán cuenta de que están equivocados. El gurú podía haber sido quien les hubiera dado el curso, como gran maestro seductor que es, pero ha pensado que sería mejor que lo oyeran de boca de una mujer, que les hablará de lo que les gusta a las mujeres, que viene siendo casi todo. También les hará una serie de demostraciones prácticas con algunos de los juguetes más novedosos del mercado. Ustedes no deben nunca llevarlos, pero sí saber cómo funcionan en caso de que den con alguna perversa, que las hay, muchas más de las que imaginan.

»El gurú ha tenido la bondad de prestarse él mismo para que

ustedes practiquen con él, vestido, por supuesto, los nudos básicos del *bondage*: cómo amordazar, poner y quitar unas esposas y algunas técnicas de dominación y sumisión que les serán de utilidad en caso de necesidad. También se les dará un *workshop* de masaje, que después deberán hacerse unos a otros o al gurú o a la señorita Raquel para ver si han retenido la técnica. Los masajes son fundamentales para relajar a las mujeres y hacer después con ellas lo que les dé la gana.

—Juan Salvador, yo no creo que esa sea una frase muy afortunada. No se trata de hacer con las mujeres lo que a ellos les dé la gana, sino precisamente lo que a ellas les dé la gana. Hay una diferencia abismal —corrigió Raquel.

—No, sita, no. Si enfoca su negocio de usted así, estará profundamente equivocada. Ellas pagan, pero han de ser ellos los que lleven el control de la situación. Eso hace un seductor y es con ese tipo de hombre con el que se quieren acostar las mujeres. Créame, sita, sé de lo que hablo, no es el primer negocio de este tipo al que asesoro y hay dos que recurrieron a mí que en la actualidad ya cotizan en Bolsa.

Raquel pensó que sería mejor callarse. Todo aquel seminario o retiro o lo que coño fuera le estaba pareciendo cada vez más un despropósito. Con ayuda de aquel tipo no estaba formando a futuros seductores ni gigolós ni nada, sino fabricando una especie de cromañones machistas muy lejos del tipo de hombres cultos y refinados que ella tenía pensado ofrecerles a sus clientas.

La clase de la señorita Love, que apareció vestida como uno esperaría de la dueña de un *sex-shop*, fue de lo más didáctica. Tras explicar efectivamente cómo atar y desatar manos y pies y enseñarles a los chicos el funcionamiento de todo tipo de artilugios con y sin pilas y por dónde introducirlos, hizo una demostración práctica de cómo hacer un *cunnilingus* con ayuda de un pomelo partido por la mitad.

Juan Salvador hizo después que los chicos repitieran todo aquello con sendos pomelos. Media hora después, el gurú certificó que ya estaban preparados para hacerle bien el amor a una mujer:

—... porque donde hay una buena lengua y una buena técnica, hay un buen amante. Vigilen, pues, su lengua, que no le pase nada, no se la quemen ni hagan nada raro con ella, porque entonces estarán perdidos, güeys. La lengua sirve, lo primero, para hacer *cunnilingus*, y luego, para todo lo demás. Una mujer perdonaría a un mudo, pero jamás a un hombre que no sepa comer bien una concha, con perdón de usted, sita Raquel.

—¿La clase esta de técnicas no se suponía que iba a ser en inglés, señor? —preguntó Maxi.

—¡No mames! —exclamó Juan Salvador—. Me he olvidado de pedírselo a la señorita Rita cuando ha llegado… y ahora ya se ha marchado ¡Maldición! *I tell you what*, yo mismo les daré una clase *express* de inglés y listo. ¿Alguno de ustedes, güeys, sabe inglés?

—Yo para manejarme —contestó Telmo.

—¿Para manejarse en la cama también? —preguntó Juan Salvador —. A ver, diga usted *teta* en inglés.

—*Breast*, creo —contestó Telmo.

—Órale, órale… *Breast* se utiliza para referirse a las pechugas de pollo, porteñita, como las del Kentucky Fried Chicken. Para las de las mujeres se dice *tits*. Ya veo que no tienen ustedes ni idea; raro sería que supiesen inglés cuando ni siquiera saben manejarse en el idioma de ustedes, cabrones.

»Apunten en su cuaderno los siguientes términos y frases, y luego me las repetirán ustedes para corregir su pronunciación. Con estos términos podrán ustedes salir airosos de cualquier situación… ¿Ustedes se saben la lista de los verbos irregulares en idioma inglés? —preguntó Juan Salvador—. Utilizando estas expresiones y algunos de esos verbos, ustedes pueden construir las frases básicas que van a necesitar con las mujeres.

»*Dick*: polla.
»*Pussy*: coño.
»*Tits*: tetas.
»*I want you*: te deseo.
»*Come to me*: ven a mí.
»*Come here*: ven aquí.
»*Come with daddy*: ven con papito.
»*Fuck me*: fóllame.
»*Suck my dick*: cómeme la polla.
»*Give it to me*: dámelo… Pero no dame ese libro —aclaró—, sino más bien dámelo todo, ya saben ustedes.
»*I think I am gonna come*: creo que me voy a correr.
»*Oh, it's so good*: qué bien me lo paso.
»*You are so beautiful*: eres tan hermosa.
»*You are so sexy*: eres tan sexy.
»*Oh my God*: oh, Dios mío.
»*Yes, yes, yes*: sí, sí, sí.
»*O yeah, oh yeah, o yeah*: ídem.
»*You make me crazy*: me vuelves loco.
»*Do you like it like that*?: ¿te gusta así?
»*Don't stop now*: no te pares ahora.
»*I am very hot, baby*: estoy muy caliente, guapa.
»*You make me feel so good*: me haces sentir tan bien.
»*Sorry, but I dont understand*: perdona, pero no te entiendo.

Los chicos repitieron varias veces todas las frases después de apuntarlas cuidadosamente en el cuaderno hasta que el gurú decidió que ya estaban preparados para decir que sabían entenderse en inglés a la perfección con cualquier señora que se les pusiese por delante.

Tras una breve pausa para un tentempié rico en testosterona, es decir, unos saquitos con nueces peladas y un batido de plátano, vino el taller de «Maneras y comportamiento en la mesa». Juan Salvador les explicó de qué forma debían usar todos los utensilios, cubiertos y copas, y cómo se comían todas las cosas comestibles que pudieran llevarse a la boca en una cena o evento de categoría.

—Muchas veces se creerán ustedes que todo lo que les pongan en un plato será comestible, pero la pinche verdad es que no. Ahora es bien padre mezclar por ejemplo cosas de comer con piedras y adornos variados o al revés, hacer comestibles cosas que parece que no se comen, como una cuchara. Miren bien, no se vayan a comer ningún adorno de la mesa. Hasta Juan Salvador mete la pata a veces. Hace unos meses estaba yo cenando con una congresista en New York y cuando trajeron los aperitivos me di cuenta de que me había metido una piedra en la boca que estaba mezclada con los aperitivos y tenía la misma forma redonda. Sí, cabrones, no se rían —dijo mirando a los chicos—, Juan Salvador se tuvo que tragar la piedra, no la iba a escupir delante de la señora. Lo malo es que no la volví a ver, ya me entienden. Se me quedó dentro y sabe Dios dónde la tengo. Imagino que en el riñón, que es donde se suelen quedar las piedras, ¿no, sita Raquel?

Juan Salvador les recomendó también no expresar sorpresa o entusiasmo por nada de comer; eso era de pueblerinos.

—Y por supuesto coman con la boca cerrada, no hablen mientras están comiendo, no se sorban los mocos ni hagan ruidos bizarros, codos fuera de la mesa… No acerquen la boca a la comida sino la comida a la boca, la espalda erguida, la servilleta en el regazo y no encima de la mesa llena de churretes, no arrojen los cubiertos de cualquier manera sobre el plato… Un hombre demuestra su clase y su educación por sus modales en la mesa. Recuerden: solo en la cama les está permitido ser unos cerdos. En la mesa deben tener maneras de reyes.

»Que no parezca que es la primera vez que van a un restaurante, güeys. Disimulen. Que dé la impresión de que todo es normal para ustedes, de que están de vuelta de todo, ¿comprenden? Aunque les traigan un pinche lechón cubierto de oro macizo ustedes ni se inmuten… O digan que ya han probado otro lechoncito de oro, que

está padrísimo y lo comen continuamente.

»Ante la duda, no se lo coman. —Esa fue la regla de oro que les dio—. Si no saben comer algo, dejen que lo pruebe primero la dama y luego la copian. La copa de la dama, siempre llena; la suya, siempre a medio llenar. Siempre dejen comida en el plato por muy buena que esté, que no parezcan unos muertos de hambre. No coman del plato de nadie, no rebañen, no coman pan a mordiscos, límpiense la boca siempre antes de beber, no vayan a dejar un cerco, o si dudan en un menú, digan siempre: tomaré lo mismo que tú. A la hora de elegir los vinos y para no verse en un apuro, escojan siempre el vino más caro o, mejor, el segundo más caro, y hagan siempre que lo pruebe la señora, nunca ustedes, y si lo tienen que probar ustedes, agiten la copa, huélanlo, den un pequeño sorbo, pásenselo por la boca como un enjuague bucal, esperen unos segundos y digan: está perfecto, gracias. No coman ni marisco con cáscara ni fruta ni nada que haya que pelar con cuchillo y tenedor, y si se ven en un apuro muy grande, excúsense para ir al baño y consulten en Google cómo se sale del paso. Hoy en día ustedes tienen la suerte de tener una enciclopedia en los bolsillos; Juan Salvador no tuvo ese chance y aun así llegó a lo más alto. ¿Cómo lo hizo? Ayudándose de su intuición y con la ayuda de Dios.

»Cuando llegue la nota en el restaurant, ustedes deben hacer como si no existiera —continuó el gurú—; no se den por aludidos. Si hacen el amago de pagar como unos beta, están perdidos, y además acabarán pagando. Ustedes no manejan dinero ni entienden de eso. Ustedes manejan testosterona, masculinidad, potencia. Ustedes funcionan con *tokens*, recuérdenlo, menos cuando tengan que cobrar por sus servicios, que lo harán en euros o dólares. No acepten otras monedas, que con la crisis que hay todas se pueden desplomar. Oro, si acaso.

Ante tal acumulación de información sobre buenas maneras en la mesa, los tres chicos estaban medio aturdidos; demasiados datos para ser procesados todos de una vez, demasiadas cosas nuevas... Y por si todo lo que llevaban del retiro no hubiera sido suficiente, al final de aquella clase el gurú los informó de que aquella noche habría una sorpresa de fin de fiesta.

—Esta noche, y como colofón a esta serie de *master classes* de seducción y masculinidad, cada uno de ustedes experimentará en la práctica todo aquello que el gurú y sus colaboradores les han explicado estos días. Lo que les suceda a cada uno será una sorpresa para ustedes, pero se tratará de situaciones muy reales de las que deberán salir airosos. Los aspirantes a seductores pasarán fuera gran parte de la noche afrontando su primer taller práctico. La sita Raquel y un servidor los esperaremos aquí, en la casa, aunque estaremos muy

alerta del desarrollo de sus veladas.

»A las ocho en punto de la tarde, el gurú les dará a elegir tres tarjetones con las instrucciones de lo que deberán hacer. Todo se echará a suertes para evitar favoritismos, no habrá preguntas ni podrán decirle a nadie lo que ponga en la tarjeta que hayan elegido. Juan Salvador ha previsto y preparado la ropa que deben ustedes lucir para una ocasión tan especial. Un coche los vendrá a buscar para depositarlos a cada uno de ustedes frente a su prueba definitiva de seducción. *Alea jacta est*, o como se diga. Vamos, que se la juegan ustedes y, por extensión, la señorita y yo —terminó Juan Salvador—. Estarán ustedes solos ante el peligro, güeys.

33
Ballet y migas con chorizo

A las ocho de aquella noche, Juan Salvador les dio a elegir a Maxi, Telmo y Omar tres sobres cerrados con gran ceremonial. Ni siquiera Raquel sabía cuál era el plan.

Maxi estaba inquieto. Deseó marcharse, estar a salvo en su casa, con su novia, cuidando a su padre como siempre... Se preguntaba quién demonios le había mandado meterse en un embolado así. Hacía apenas unos meses su vida era apacible, normal; sin un duro, pero normal... Y ahora seguía sin un duro, pero se había complicado increíblemente. Todo por culpa de Raquel. Maldita piscina de Zurbano.

La miró y comprobó que tenía el mismo aspecto de siempre: el de niñata pija a la deriva. Pensó en sus gemidos de la noche anterior, en su cara de placer cuando estaba con Omar y aún le costaba creerlo. Ella se dio cuenta de la insistencia de su mirada y por un momento Maxi pensó que lo sabía, que ella también se había dado cuenta de su presencia tras la puerta. Quizá todo aquello había sido una representación que Raquel había hecho especialmente para él. Prefería pensar eso. Al menos era mejor que la realidad.

—Caballeros, una vez que hayan leído sus tarjetones con las instrucciones —dijo ceremoniosamente Juan Salvador— disponen de una hora para asearse y vestirse antes de que el coche los pase a buscar. Hay ropa de sobra para los tres en el *closet* de la habitación principal. Escojan lo que les parezca pinche para la situación y según el *dress code* que indique la tarjeta. Juan Salvador ha tenido la precaución de elegir prendas de su talla, así que no será necesario pelearse por nada.

»Como verán, no habrá demasiadas indicaciones, porque en eso consiste precisamente la prueba, en que sepan salir del paso con las armas de seducción y las habilidades que ustedes han aprendido estos días. Esto es como un examen final. Ni Juan Salvador ni la señorita Raquel les darán ningún tipo de explicación. Se las tendrán que apañar ustedes solos. Únicamente en caso de extrema necesidad o urgencia podrán ustedes mandarle un mensaje al gurú, pero eso será como recurrir a su mamá para que los defienda. Les hará perder puntos.

»Por supuesto, antes de la prueba se les entregarán sus celulares.

Maxi sacó su tarjeta del sobre con impaciencia.

Una dama con mucha clase que ya sabe quién es usted le estará esperando a las puertas del Teatro Real de Madrid. La acompañará usted a una representación del ballet clásico *El cascanueces*. A continuación, se servirá un cóctel de pie en el propio teatro con motivo del estreno. Después, y según se desenvuelva usted en la velada, la dama le podrá llevar a un hotel, a su apartamento o a ningún sitio. En la tarjeta tiene el número del chófer para llamarle cuando termine la velada y desee usted regresar al chalet.

Dress code: ELEGANTE

ELEGANTE. Lo primero era saber qué coño significaba aquello. En lo del ballet prefería no pensar por el momento; no tenía ni puñetera idea de ballet. Es más; siempre le había parecido ridículo. Seguro que a los otros les habían tocado cosas más divertidas, pero no, él al ballet, a ver tíos en mallas con calcetines metidos en el paquete. Esa sería su gran prueba.

Fue el primero en ir a coger la ropa. La situación le recordó un poco a *Masterchef*, cuando los concursantes tenían tres minutos para pillar los ingredientes del supermercado. Esto era igual. El gurú les ordenó que lo escogieran todo en cinco minutos.

—Muchas veces tendrán citas imprevistas y habrán de tener claro lo que van ponerse en dos minutos —dijo Juan Salvador—. No es tan difícil.

Maxi pensó por un segundo si Juan Salvador iría a sus citas vestido con aquellas túnicas y en mallas, y en qué radicaría exactamente la clave de su éxito.

Abrió el armario. Había colgados varios trajes oscuros y también un esmoquin. A Maxi le pareció que lo de elegante significaría más bien ir de esmoquin. Jamás se había puesto uno y pensó en el ridículo que haría si aparecía así vestido y los demás iban de traje y corbata o incluso de *sport*. Sopesó los pros y los contras. ¿Qué era mejor, pasarse de elegante o no llegar? Según las enseñanzas del gurú, lo mejor era pasarse, así que optó por el esmoquin. Se lo probó rápidamente; le estaba bien: la chaqueta, un poco justa, le marcaba perfectamente los hombros. Se puso la pajarita, no sabía si la había colocado bien o no. Se veía distinto, como si fuese una versión de película de sí mismo. Cogió también un abrigo negro y una bufanda, aunque no sabía si con esmoquin se podía llevar bufanda, pero le pareció que sí... «Además, así si soy el único que lleva pajarita me podré tapar con la bufanda», pensó.

Salió del cuarto con el esmoquin y la camisa en la percha, rumbo a la ducha. Siguió a rajatabla los consejos del gurú en cuanto a pelo y uñas; se afeitó la barba de dos días que llevaba, y se peinó el cabello hacia atrás con ayuda de un gel que llevaba en el neceser. Los tíos

siempre llevaban el pelo peinado hacia atrás cuando iban de esmoquin, al menos en las pelis. El problema era el perfume, que se le había olvidado en casa. Bastaría con el desodorante, y si no bastaba, era lo que había. Juan Salvador también les había dicho que las mujeres preferían a los hombres que olían a macho.

Cuando bajó al salón, no había rastro de los demás o aún se estarían arreglando. Juan Salvador y Raquel le miraron sin decir nada, pero al menos no había una expresión de horror en su cara, así que significaría que iba bien. Notó la mirada de Raquel posándose en él con interés y algo de sorpresa, como mirando una buena yegua que se hubiera agenciado en un mercado, satisfecha con su compra. Se sintió un poco como un objeto, pero bueno; al fin y al cabo, eso iba a ser a partir de aquel día: un hombre objeto al servicio de las mujeres.

—Buena suerte, Maxi —le deseó Juan Salvador—. Dé usted lo mejor de sí mismo. Si ha tomado buena nota de los consejos de estos días, saldrá exitoso de su cita, se lo puedo asegurar; las enseñanzas del gurú nunca fallan.

En el coche solo iba él; los demás irían en otros para así evitar que hablaran entre ellos y se pudiesen ayudar. En los cuarenta y cinco minutos largos que le separaban del centro de Madrid, habría tiempo más que suficiente para mirar algo sobre el puñetero ballet. Vio un mensaje de Isa quejándose de su falta de noticias, pero eran demasiados agobios; ya le contestaría después si tenía un momento. También tenía un wasap de Raquel de hacía pocos minutos:

Tu carrera hacia el estrellato empieza esta noche. No me decepciones.

«No me decepciones tú a mí, hijaputa, que dices que no puedes intimar con tus empleados y te zumbas a ese gilipollas», pensó. Aquella noche odiaba bastante a Raquel, así que tampoco le importaba decepcionarla.

Cuando iban ya por Torrelodones, comprobó algo imperdonable: la batería de su móvil estaba al quince por ciento. Se había olvidado de cargarlo justo en un momento crucial como aquel. No podía creerlo. El chófer solo tenía cargador de iPhone. Por un instante, se le ocurrió que podría pedirle que parara en cualquier sitio para comprar un cargador, aun a costa de llegar tarde, pero reparó en otro error imperdonable: tampoco llevaba dinero, ni tarjetas… nada. Como decía

su madre, iba a cuerpo. Con un par. Sin móvil y sin dinero. A ver cómo salía de aquella. No le parecía que fueran cosas que un caballero pudiera olvidar; además, con todo aquello, los nervios le harían sudar y no podía permitirse sudar; la falta de perfume haría el olor demasiado evidente. La iba a cagar. Si a las mujeres les gustaba el olor a macho cabrío, aquella noche, desde luego, iba a triunfar.

Puso «Casca nueces ballet» en Google y se enteró vagamente de lo que iba el percal. Al parecer, era un espectáculo muy famoso, si es que se le podía llamar espectáculo. Y comprobó que se escribía junto, no separado. Vaya nombre para un ballet. ¿Por qué no *sacacorchos* o *abrelatas*?

Cuando llegaron a Moncloa, su móvil había muerto ya. Si la señora no le localizaba al llegar, iba a estar bien jodido; no podría ni siquiera llamar a Raquel ni a Juan Salvador. Iba agobiado no, lo siguiente.

El coche le dejó al lado del teatro. En la entrada había una buena multitud y lo primero que vio fue que todos iban de esmoquin. Parecía que no la había cagado del todo; por lo menos, había hecho algo a derechas. El gentío iba a impedir que la dama le localizara. Él no sabía nada de ella, ni siquiera su nombre, su edad ni cómo era.

De pronto, notó que le agarraban del brazo...

—¿Eres Maxi? Soy Fabiola. Te estaba esperando. Eres más guapo que en la foto que me enviaron. Te das un aire a Richard Gere. ¿No te lo han dicho antes? Vamos entrando, que esto se pone imposible. Está aquí medio Madrid y parte del extrarradio.

Maxi la miró de refilón, por los nervios. Rondaría los cincuenta y tantos, menuda y delgada, ni guapa ni no; sencillamente, normal. Llevaba un vestido negro muy elegante y tacones altos. Tenía buenas piernas, era lo único que llamaba la atención... Eso y que parecía bastante alterada o, al menos, hablaba atropelladamente.

—Vayamos a dejar los abrigos al guardarropa —dijo ella—; si no, es un lío llevarlos encima durante la representación. ¿Te gusta *Cascanueces*? Yo lo adoro. Es raro verlo en Madrid, ¿verdad? En ballet somos de las peores capitales europeas, ¿no te parece? ¿Cuál es tu ballet favorito?

Por suerte, Fabiola iba tan acelerada que a Maxi no le daba tiempo ni a contestar a sus preguntas.

Cuando llegaron al guardarropa, le tendió los abrigos a la chica:

—Cinco euros, por favor.

Maxi se puso a rebuscar en los bolsillos, como haciendo el amago de sacar el dinero.

—Deja, que ya tengo yo —dijo ella salvando la situación.

—Charlaremos en el palco antes de que empiece el ballet, así nos

conocemos un poco más —le dijo Fabiola—. Por aquí andará mi expareja, es fanático del ballet. Sería genial que nos viese juntos; ya sabes cómo somos las mujeres, no soportamos que nos dejen y como tú eres tan guapo me apetece lucirte, presumir de ti. Esta noche seré la envidia de todas. ¿Hace mucho que trabajas como acompañante?

—Algún tiempo —mintió Maxi.

—¿Y a qué te dedicabas antes? —preguntó Fabiola.

—A dar clases de boxeo y también a la cocina. Soy chef aficionado. Mi abuela tenía un restaurante y lo aprendí todo de ella, y dicen que no se me da nada mal. Algún día me gustaría abrir un negocio de *catering* —dijo Maxi recordando la retahíla que le había soltado el día anterior a Juan Salvador.

—¡Qué monada! —dijo Fabiola—. Encima cocinas. Eres encantador, Maxi… Por cierto, ¿no te huele a algo raro? El ballet ya no es lo que era —continuó Fabiola—. Huele a humanidad, como el metro en hora punta, ¿no lo notas?

Y sí, a Maxi le parecía, efectivamente, que los nervios le estaban jugando una mala pasada y la falta de perfume estaba empezando a hacerse notar.

—¿Me excusas un momento, Fabiola? Necesito ir al tocador antes de que empiece el ballet…

—¿Al tocador? Pero qué encanto eres, Maxi. Utilizas un lenguaje muy gracioso. Okey; te espero aquí, pero no tardes. No me gustaría perderme el principio y aún tenemos que buscar nuestro palco, querido…

Maxi entró al baño. Por suerte no había nadie, así que se quitó la chaqueta, la camisa e intentó lavarse las axilas rápidamente en el baño. Al menos eso mejoraría algo la situación.

Cuando salió, Fabiola esperaba ya bastante impaciente:

—Pensé que habías ido a por palomitas, querido. Has tardado tanto…

—No, pero si quieres las pillo ahora —se disculpó Maxi, aunque no llevaba dinero ni tampoco sabía si en el ballet se comían palomitas.

—Eres hilarante, querido. Me encantas… tan naif —señaló ella—. Vamos, que llegaremos tarde. Aquí tienes las entradas. Yo me oriento fatal.

Si Fabiola no se orientaba en el Real, Maxi todavía menos. Empezó a sudar de nuevo cuando comprobó que no tenía ni puñetera idea de cómo llegar al palco. No comprendía las indicaciones ni las gradas ni las letras ni nada. Iba a quedar como un payaso.

—Veo que la orientación no es tu fuerte, amor —dijo Fabiola—. Llamaremos a un acomodador que nos indique el camino; que se

ganen el sueldo. No nos pongamos nerviosos, que todo tiene solución.

Finalmente, el acomodador los llevó hasta su palco. Era uno lateral en la parte de arriba, solo para ellos. Maxi intentó acercarle la silla a Fabiola con bastante torpeza para ayudarla a sentarse.

—Eres exquisito, querido, pero me vas a hacer caer. Ya me siento yo sola —dijo.

Él se acomodó a su lado respetando una distancia prudencial, ni siquiera pensaba en que quizá tuviera que acostarse con ella. Eso era lo de menos. Lo importante era salir de aquella pesadilla dignamente y no parecer un paleto. Se acordó de cruzar las piernas, tal y como había dicho Tobías Carrera.

El ballet comenzó y a pesar de lo ridículo que le parecía ver a aquella gente dando saltitos, concentrar la atención en el escenario consiguió relajarle un poco. Los bailarines le resultaban patéticos, pero la música no estaba mal; era bastante agradable, parecida a la del cedé que él y su madre le ponían a su padre cuando querían que se durmiera. No sabía si se tenía que estar quieto o tenía que cogerle la mano a aquella mujer o hacer algún gesto de acercamiento. En el cine era lo que se hacía, claro que nunca había estado en una situación como aquella. Decidió jugársela acariciándole levemente la mano a Fabiola. Ella no se la apartó y sonrió pícaramente, aunque no desvió la vista del escenario. En realidad, no era nada fea. Tenía una cara muy agradable y una sonrisa bastante bonita para su edad. Se preguntó cuántos años tendría. Menos que su madre, pero no muchos menos. Le calculó unos cincuenta largos.

Parecía que todo iba bien, pero en realidad no era del todo así. Cuando ya creía que tenía la situación controlada, a Maxi comenzaron a rugirle las tripas incontroladamente. Entre los nervios y que casi no había probado bocado al mediodía, su tripa era como un instrumento más de la orquesta. Maxi rezaba para que los rugidos de su estómago no coincidieran con los momentos más tranquilos de la representación. Confiaba en que Fabiola estuviera tan concentrada en el ballet que no se diera cuenta.

—Querido… Creo que necesitas comer algo, ¿no es así? No sé si llevo un after-eight o alguna golosina en el bolso. Déjame ver.

—No tengo hambre; estoy bien, gracias. Es que tengo un poco de hernia de hiato y tengo que comer muchas veces —dijo Maxi recordando a su madre—. Me está encantando *Cascanueces*. Es brutal.

—¿No es cierto que sí? La primera bailarina está soberbia. Luego iremos al camerino a saludarla. ¿Qué obra de Tchaikovski te gusta más?

—*El lago de los cisnes* —contestó Maxi, acordándose de repente de

lo que había leído en Google mientras llegaba—. Me fascinan los cisnes, sobre todo los negros.

—Yo lo que estoy es fascinada contigo, *darling* —señaló Fabiola—, qué sentido del humor tan magnífico el tuyo. La última vez que vi *El lago* fue en el Metropolitan…

De repente, la música y los bailarines pararon, el telón descendió y todo el mundo comenzó a aplaudir a rabiar.

—Ha sido genial, Fabiola. Me ha encantado, mil gracias por traerme —dijo Maxi aplaudiendo con no menos entusiasmo.

—Tranquilo, querido, aún nos queda una hora y pico más. No pensarías que se había acabado tan pronto, ¿verdad? Vamos al ambigú, tomaremos una copa de champán.

En el intermedio todo el mundo se arremolinó alrededor de la barra donde se servían las bebidas. La mayor parte de la gente bebía champán. A Maxi no le extrañó; para soportar aquello había que estar con un buen pedo. Mientras esperaban, Fabiola se puso de pronto visiblemente nerviosa y tensa.

—¿Ves ese de ahí? ¿El jovencito del bigote ese ridículo? Era mi pareja hasta hace dos meses. Con esa pinta de galán que tiene, ahí donde le ves, es un muerto de hambre. Ahora ya tendrá a otra a la que sacarle los cuartos. Será esa que va con él. Pues está peor que yo, la pobre, y mira, vaya color de pelo lleva… Debe de tener más dinero. Darío no daba puntadas sin hilo; eso sí, era soberbio como amante. Magistral. Me alegro de que hayas venido, porque creo que ya nos ha visto. Le habría encantado que me hubiera cortado las venas en la bañera cuando me dejó hace dos meses. Lo que he hecho es ahorrarme un dineral, eso sí. Los hombres guapos y con clase son muy aprovechados. Espero que tú no seas así, querido, pareces un buen chico, un chico sin corromper. Me gustaría regalarte algo por lo bien que lo estoy pasando esta noche. Anda, sé bueno y pídeme una copa de Moët, aunque no debería por los tranquilizantes. Tengo la boca seca de tanto que hablo. Deberías pararme…

Maxi, que efectivamente estaba abrumado por la verborrea de Fabiola, se abrió camino hacia la barra y pidió dos copas de lo que suponía que era champán. Fabiola había dicho Moët y él se lo repitió al camarero tal cual. Sabía que no tenía dinero, pero era mejor arriesgarse a hacer un *simpa* que admitir que estaba sin blanca. Pedirle dinero sería demasiado humillante y confiaba en poder escabullirse fácilmente gracias a la cantidad de gente que había alrededor. Una vez que consiguió las copas, le dijo al camarero: «Ahora mismo le pago, que mi señora es la que lleva la cartera», y si te he visto no me acuerdo. Los camareros estaban tan agobiados que a los diez segundos

ni se acordarían. Si fuese en un bar de su barrio, no veas si se iban a acordar, pero los ricos eran así. Todos confiaban en todos y el dinero no tenía importancia. Un camarero no pensaría ni loco que alguno de aquellos caballeros le iba a tangar. A Maxi le dio por pensar que quizá por ese motivo los ricos robasen un montón, porque sabían que todo el mundo confiaba en ellos.

La copa de Moët se le subió a la cabeza. Parecía gaseosa, pero no lo era, y él no estaba acostumbrado al champán. Volvieron al palco de nuevo y durante la segunda parte Maxi tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos por no quedarse dormido. Los párpados le pesaban como losas y la cabeza se le iba hacia los lados. Temía caer en cualquier momento sobre el hombro de Fabiola. La oscuridad del palco tampoco ayudaba mucho.

—Maxi, Maxi —oyó que le decía Fabiola—. Querido, te quedas dormido. Estoy de acuerdo con que esta parte es la peor, la más aburrida, pero, *darling*, estamos en el Real. Dormirse no es adecuado. ¿No has descansado esta noche?

—Estaba meditando —mintió Maxi—, siento mejor la música con los ojos cerrados; no estaba durmiendo. Mucha gente lo piensa cuando me ve, pero no. Es mi manera de conectar con la música...

—Pero, sin embargo, te pierdes el ballet, que es magnífico.

—Ya, pero mi gurú me ha dicho que cada media hora he de meditar unos segundos, esté donde esté. Si no, acumulo mal kármico.

—Será mal karma, querido... Me fascina la meditación —dijo Fabiola—. Deberías enseñarme, porque me cuesta horrores concentrarme en mi respiración; yo creo que no la tengo normal. Me gustaría ser budista, pero no sé por dónde empezar y me pongo nerviosísima. ¿Tú eres budista?

—Tanto como budista puro, no, no te voy a engañar. Soy budista, pero no practicante —dijo Maxi recordando lo que había dicho Juan Salvador.

—Bueno, chsss... Ya me explicarás qué es eso. Estamos hablando tanto que nos van a echar y no queremos eso, ¿verdad? —dijo ella con una risita de niña pequeña.

Por un momento, Maxi se preguntó si Juan Salvador y Raquel no le estarían espiando de alguna manera, pero ¿cómo? Quizá estaban camuflados entre el público o algo así. Le pareció imposible, puesto que por esa regla de tres, también tendrían que espiar a Telmo y a Omar...

—¿Tú conoces a Juan Salvador Seducción? —preguntó de repente Maxi.

—Chsss —le ordenó callar ella—. ¿Tú crees que yo podría conocer

a alguien que tuviera un nombre tan ridículo?

Tras la representación llegó un cóctel solo para los VIP. Los mismos que habían visto el ballet se repartían ahora en un salón grande, tratando de pillar al vuelo canapés y copas de champán y vino. Maxi pensó que las fiestas de los ricos, al fin y al cabo, eran como todas. Todo el mundo, ricos y pobres, se lanzaban a la comida y la bebida como buitres.

Fabiola quería más champán e insistió en que Maxi la acompañara, pero él recordó una de las máximas del gigoló: no emborracharse. Como había bebido champán muy pocas veces, no controlaba muy bien las cantidades que podía soportar. Si de cerveza aguantaba bien dos o tres litros, era imposible que con tres copas de eso pudiera perder la cabeza. Parecía mucho más suave, como el Sprite pero algo más amargo.

Cada dos por tres llegaban camareros con cosas raras de comer, que a veces le resultaban complicadas de identificar, ya que todo venía presentado en cucharitas, en vasitos, enroscado en colines o en forma de bolitas empanadas. Se acordó de lo que había dicho Juan Salvador. En realidad, Maxi no sabía lo que estaba comiendo, así que decidió no preguntar y, simplemente, comérselo en vez de no comérselo como mandaba el gurú. Tenía demasiada hambre. Al menos no tenía que vérselas con los cubiertos. Mientras pudiese usar los dedos, todo estaba controlado.

En un momento dado. Fabiola se ausentó para ir al baño. Al quedarse solo, Maxi vio que un grupo de chicas bastante guapas reían y cuchicheaban mientras le miraban desde un rincón cercano. Se sintió halagado; eso indicaba que les resultaba atractivo, que no desentonaba en aquel ambiente. Una de ellas, la más guapa, se acercó a él muerta de la risa...

—Perdona, esto... A ver, es un poco embarazoso, pero tienes la etiqueta del precio colgando de la chaqueta. Supongo que ha sido un despiste.

Maxi quiso morirse en aquel momento, pero aparentó desenvoltura.

—Lo hice a propósito solo para que tú te dieras cuenta y vinieras a decírmelo. Soy Maxi, ¿y tú? Por cierto, ¿me ayudas a quitármela?

La chica lo hizo y ambos se rieron.

—Me gustaría apuntar tu teléfono, pero voy sin batería en el móvil y además estoy acompañado, pero ha sido un placer... Por cierto, una sonrisa preciosa.

En aquel momento, Maxi pensó que Juan Salvador habría estado orgulloso de él, ya que, pese a lo embarazoso de la situación, había

aplicado a rajatabla los consejos de seducción para ser un macho alfa y encima parecía que le había salido bien.

Fabiola no tardó mucho en volver del baño...

—Querido mío, estoy harta de pelearme por estos canapés baratos y los tacones me están matando. Como dices que eres cocinero, ¿qué te parece si vamos a mi casa y me preparas algo de cenar especialmente para mí? Los hombres que cocinan me resultan tan sexis... Suelo tener provisiones en la nevera, pero si no hay lo que necesitas, mandaremos a Nancy a buscarlas a un supermercado cerca de casa de esos que abren toda la noche, ¿qué dices? ¡Qué divertido va a ser!

Maxi asintió aterrado mientras pensaba cómo demonios iba a salir de aquella situación. No sabía hacer absolutamente nada de comer, tan solo las migas que había visto hacer ochenta mil veces a su madre, pero ¿cómo le iba a cocinar migas a una señora como aquella? Eso no podía ser...

Llegaron en taxi a la casa de Fabiola, que estaba por el barrio de Salamanca. Maxi no sabía dónde exactamente, pero no le pareció lejos del casoplón que les había dejado Raquel a él y a Isa. Era elegante, pero no como aquella casa; al menos, no se sintió intimidado ni había tantas cosas que pudieran romperse.

Nada más entrar en el piso, Fabiola se descalzó e hizo pasar a Maxi al salón.

—Bueno, querido, ¿y qué has decidido prepararme? Te advierto que tengo un paladar muy fino. Estoy deseando ver cómo te desenvuelves entre fogones; además, me encantan los hombres con delantal y, a ser posible, desnudos —dijo con una sonrisa pícara.

«Me cago en la leche —pensó Maxi—. Ahí vamos: que sea lo que Dios quiera.»

No solo iba a tener que hacerle la cena a Fabiola sin tener ni idea de cocinar, sino que, además, era evidente que ella quería algo más que cenar. Estaba esperando también el postre. Trató de ordenar sus pensamientos muy rápidamente para ver lo que debía hacer, qué opciones tenía y con cuál de ellas la cagaría menos, pero no podía decidirse. Hacer las migas era una salvajada, pero reconocer que había mentido y no tenía ni idea de cocinar le pareció aún peor. Estaba claro: Operación Migas.

—¿Tienes pan, aceite, ajo, huevos y un poco de chorizo? —le preguntó.

—Yo no sé de eso, bombón. Espera, que le preguntamos a Nancy...

Fabiola tocó una campanilla que tenía encima de una de las mesitas del salón y Nancy apareció como un duende, sin que se

supiera muy bien de dónde salía. Era mona de cara y menudita; parecía sudamericana.

—Este caballero pregunta si tenemos pan, ajo, chorizo, huevos y no sé qué más...

Nancy dijo que sí, que le parecía que tenían todo aquello y que lo dejaría preparado encima de la mesa de la cocina.

—Te voy a hacer unas migas extremeñas con huevos fritos —dijo Maxi—. Son mi especialidad.

—Okey, querido. Como tú veas. Nunca las he comido, pero solo con ese nombre, migas, dan la sensación de ser un plato algo fuerte y rústico para la noche. Creo que eso es lo que comían los pastores antaño, ¿no podría ser una *delicatessen*? Algo más *light*, un *pica-pica*...

—No creas —dijo Maxi—, solo es pan, como la pizza; si lo miras, todo es pan. Esta receta de migas es especial de mi abuela y lo primero que aprendí a cocinar, por eso tiene un valor sentimental muy grande para mí. Mi abuela decía que había que cocinar las migas con amor, y así es como yo te las voy a hacer, con amor, para demostrarte lo especial que eres. Además, con todo el champán que has bebido hay que hacer *cama* en el estómago con algo contundente, ¿no te parece?

—Sí, eso es cierto —contestó ella—. Pero qué monada eres, qué cuidadoso... Vales un potosí. Bueno, yo las pruebo, solo un poquitín. Mañana no comeré y ya está. Me haré un enema de café por la mañana. En estos momentos de mi metabolismo, solo puedo permitirme comer una vez al día o uno de cada dos. La menopausia es peor que la muerte, y desde luego engorda más... Y una cosa —añadió Fabiola—: me encantaría que te pusieras el delantal y me cocinaras sin nada debajo. Eso me resulta muy excitante. ¿Podrás hacerlo por mí, tesoro?

—Sí, claro, como desees —contestó Maxi recordando aquella frase de *La princesa prometida*—, si me dices dónde puedo cambiarme. ¿Me quedo con la camisa o me lo quito todo excepto el delantal?

—Quítatelo todo, querido —contestó ella—. Le pediré a Nancy que suba la calefacción.

A los cinco minutos, Maxi estaba desnudo con apenas el delantal comenzando a preparar las migas en la cocina de Fabiola. Lo que más le violentaba era estar con el culo completamente al aire, pero al rato, y una vez que ella le hubo dado más champán, acabó por olvidarse.

De vez en cuando, Fabiola, que estaba detrás, sentada en el sofá agarrada a la botella de Moët, se acercaba a él para supervisar la preparación de las migas. En uno de aquellos momentos, le dio un cachete en el culo, un azote bastante fuerte que a él le pilló por sorpresa.

—Perdona, querido, pero tienes un culo que sería imperdonable no pellizcar. Me encantan los culos de los hombres jóvenes, yo creo que por eso los mantengo. ¿A ti te gustaría ser mi *protegé*?

—¿Tu qué? —preguntó Maxi perplejo—. No te comprendo muy bien, se me ha subido algo el champán a la cabeza.

—Mi protegido, cariño. Mi niño mimado. Podrías venir a cocinarme de vez en cuando, dejar que te pellizque ese hermoso culo, y no te faltaría de nada: ropa bonita, viajes, todos los caprichos. Sé que soy una mujer de edad, pero podría enseñarte muchas cosas. Tengo mucho mundo… y también mucho dinero.

—Pues sí, ya lo vamos viendo —respondió Maxi bastante desconcertado—. Tú no eres una mujer de edad, Fabiola, eres una chica mayor. Y, además, eres encantadora.

—¿No ves como eres un absoluto muñeco? —dijo ella satisfecha, pellizcándole de nuevo el culo—. ¿Le falta mucho al pan en migas? Me muero de hambre y huele estupendamente. La grasa es lo que tiene; siempre huele bien.

Una vez que estuvieron las migas hechas y los huevos fritos encima, Maxi colocó la sartén encima de una tabla en la mesa, con dos tenedores.

—Lo que hacemos en casa es comerlas así, directamente de la sartén —le explicó a Fabiola.

—Claro, querido, en plan bohemio. Me parece estupendo. ¿Y qué bebida crees que marida con esto?

Maxi no sabía qué era maridar, pero hizo una asociación de ideas rápida entre marido y mujer, juntos, pareja e imaginó lo que era. Pensó en el vino con casera que tomaban en casa cuando comían migas, pero era evidente que no podía sugerirlo.

—Pues no sé… quizá podíamos seguir con el champán. Mi abuela decía que migas y champán eran la pareja perfecta —mintió él.

—Qué barbaridad, querido. Veo que para vivir en La Mancha, que debe de ser todo tan rústico, tu abuela fue una auténtica *avant-garde*…

—¿Una qué? —preguntó Maxi.

—Una mujer adelantada a su tiempo, tesoro. Me pregunto de dónde sacaban el Moët en aquella época en la que solo se bebía vino de porrón en los pueblos.

Maxi había medio superado la prueba, pero estaba tan tenso que apenas pudo probar bocado. Sin embargo, Fabiola se comió prácticamente toda la sartén de migas con chorizo y los dos huevos sin apenas decir una palabra, tan solo distraída por los sorbos que de vez en cuando le daba a su copa de champán.

—Están divinas, di-vi-nas. A la altura de una divinidad como tú —

le espetó Fabiola—. Ahora, vayamos al sofá a descansar un poco, que me encuentro un poco tensa. Debe de ser el tiempo, que está cambiando. Quizá debería tomar unas sales de frutas, porque me noto algo pesada, ¿tú qué crees?

Maxi no dijo nada, pero Fabiola se había comido un plato de migas para cuatro ella sola y junto con las dos botellas de champán que ya llevaban, auguraba que el desastre estaba próximo.

—Vamos a ver una película, querido… Tengo muchas. ¿Qué tipo de cine te gusta?

—Lo que te guste a ti está bien —dijo Maxi, pensando que, si eso valía para la comida, valdría también para las pelis.

—Qué monada. Pondremos entonces *Casablanca*. ¿Te gusta *Casablanca*?

—Sí, sí, es de mis favoritas.

—¿Qué escena te gusta más? —preguntó ella.

—La del final —dijo Maxi sin tener ni idea.

—Sí, querido, coincido contigo; es la mejor. «Este es el comienzo de una gran amistad»… Como la tuya y la mía, ¿verdad? ¿Crees que este es el comienzo de una bonita amistad? —le preguntó mientras recostaba la cabeza en su hombro.

Maxi se temía lo peor y así, desnudo como estaba, tan solo con el mandilón, aquella señora no tardaría mucho en empezar a meterle mano o pedirle a él que lo hiciera… Empezó la película; se sorprendió de que fuera en blanco y negro, pero claro, debía de ser de su época. Le sonaba mucho. Diez minutos después de empezar, Fabiola roncaba plácidamente en el hombro de Maxi y no parecía que tuviera muchas ganas ni de despertarse ni de abandonar su postura. ¿Y entonces? ¿Qué se suponía que debía hacer entonces? ¿Marcharse? ¿Esperar a que se despertara para despedirse de ella?

Se la quitó de encima con delicadeza y dejó que siguiera durmiendo, recolocándola como pudo en el sofá. Se había quedado profundamente dormida. Le dio cierta pena; las personas con dinero no eran las más felices, a menudo estaban solas y la gente solo se pegaba a ellas por el interés. Decidió que, si algún día se hacía rico, no se lo diría a nadie. Lo mantendría en secreto.

Tapó con delicadeza a Fabiola con una manta que había en el brazo del sofá y fue a vestirse. Después, retiró los platos, fregó y recogió la cocina procurando no hacer ruido.

Buscó papel y boli, que encontró en una mesa del salón, y le escribió una nota.

Gracias por una velada especial, eres una mujer excepcional. Espero que no te moleste no encontrarme cuando despiertes, pero creo que necesitas descansar. Llámame. Nos vemos pronto. Besos, Maxi.

Después, desde el teléfono de la casa, llamó al chófer para pedirle que pasara a recogerle y salió cerrando la puerta con cuidado para no despertar a Fabiola.

34
Pruebas superadas

A la mañana siguiente, durante el desayuno, los tres futuros gigolós estaban impacientes por intercambiar sus aventuras de la noche anterior. Ninguno sabía lo que le había tocado al resto. Todos se encontraron en el salón antes de que Raquel y el gurú bajaran a desayunar, así que tuvieron tiempo para cotillear un poco.

A Omar le había tocado acompañar a una mujer de unos cuarenta y cinco a una fiesta de empresa y hacer de su pareja. Según explicó, era una fiesta llena de gilipollas estirados en la que no había nadie normal. Después, ella le llevó a su casa, le dijo que nunca se había corrido en su vida, pese a que había tenido marido muchos años, que creía que era imposible y que ya había tirado la toalla. Que nadie le había provocado un orgasmo.

—¿Y al final se corrió? —preguntó Maxi.

—Vamos que si se corrió. La tía no paraba, no quería dejarme marchar. Dijo que encontrarse conmigo había sido una revelación. Yo valgo para esto, tengo mano... Y estaba buena, ¿eh? A mí no me ponía, pero buena estaba...

Telmo contó su parte.

—Pues a mí me metieron en un quilombo impresionante. Me citaron a cenar en un restaurante elegante, una señora, pero cuando llegué, la mina estaba con su marido. Cenamos los tres, aunque casi no me hablaban y luego me llevaron a un hotel...

—¿Y qué? —preguntó Omar.

—¿Pues qué? Que me tuve que chingar a la mujer mientras el marido miraba, y a mí no se me ponía dura con esa situación. Me puse un poco nervioso.

—¿Y cómo saliste del paso?

—Pues dije que no podía hacerlo y me excusé y me fui.

—No debiste hacer eso. Tendrías que haberles propuesto alguna alternativa. El gurú te va a echar una bronca de cojones —dijo Maxi.

Cuando él contó su experiencia, los otros le odiaron bastante porque la suya había sido, de lejos, la más fácil y ni siquiera había habido sexo de por medio. Otra vez el niño mimado se había llevado el gato al agua.

La conversación se interrumpió cuando Raquel y Juan Salvador hicieron su aparición en el salón... Raquel parecía contenta de verlos a

los tres, como si hubiera temido que se escaparan después de aquello y la dejaran tirada, y Juan Salvador apareció tan ridículo como de costumbre, luciendo una tercera túnica aún más extraña que las anteriores, esta vez tipo oriental, con dragones y unas deportivas con plataforma.

—Buenos días, caballeros. Tengo que decirles algo: ante todo, enhorabuena, porque ninguna de las pruebas a las que ustedes se enfrentaban anoche eran fáciles. Dos de ustedes las superaron con éxito y uno fracasó del todo, y ahora veremos por qué. La señorita Raquel y yo tenemos ya *feedback* de sus actuaciones de ayer y en cuanto terminen su desayuno pasarán ustedes uno a uno por el *living*, donde se les dará su nota y se les dirá en privado qué han hecho ustedes bien y en qué han fallado.

»Como ya habrán supuesto, las citas de ustedes fueron programadas y diseñadas específicamente por el gurú para poner a prueba sus conocimientos de seducción, de masculinidad y sexuales. Para ello, he recurrido a mi extensa red de contactos. Todo ha sido diseñado milimétricamente para poner a prueba sus capacidades.

»Empezaremos por el aspirante a seductor Máximo. Si tiene usted la bondad de acompañarnos...

Maxi subió al saloncito que había en el piso de arriba acompañado por Juan Salvador y Raquel. El gurú iba delante...

—Te vi ayer, Raquel.

—¿Cómo?

—Que te vi cepillándote a Omar, así que no me vengas con que no quieres nada con tus empleados, porque es mentira. No pensé que fueras así...

—¿Así cómo?

—Así... Que te acuestas con el primero que se te pone a tiro.

—Pues sí, soy así —contestó secamente Raquel—. ¿Me viste o me oíste?

—Te vi y también te oí, claro. Era imposible no oírte.

—¿Qué pretendes, Maxi?

—Quiero que me folles de la misma manera y me digas las mismas cosas que le decías a Omar.

—Eso no va a pasar.

—¿Es para hoy o para mañana, pichoncitos? —les recriminó el gurú desde arriba—. Juan Salvador no está para perder el tiempo. Charlen ustedes de sus cosas en otro momento.

Cuando Maxi entró en la salita acompañado de Raquel y Juan Salvador, le esperaba una sorpresa. Fabiola, con un aspecto completamente distinto al de la noche anterior, los aguardaba sentada

a una mesa. Vestía vaqueros, un jersey grueso y coleta. Parecía otra persona, incluso más joven.

—Maxi, aunque ya la conoces, te presento a Paula Borrás, actriz y profesora de teatro en la Escuela de Teatro de Cristina Ríos.

—¿Actriz? —preguntó Maxi con la boca abierta.

—Sí, querido, actriz… También hay actrices de 55 años. Ya te dije que Juan Salvador había diseñado al milímetro esta prueba. Paula te dirá ahora lo que nos ha comentado a nosotros con anterioridad.

—Hola, Maxi —dijo ella—, comprendo tu sorpresa. Lo cierto es que, aunque actuando, ayer me lo pasé bárbaro contigo. La cita fue bien y te comportaste como un caballero pese a que te lo puse bastante difícil. Fue muy divertido todo.

Maxi aún permanecía a cuadros.

—¿Tú lo sabías, Raquel?

Ella asintió.

—Era necesario, Maxi. No pasa nada.

—Parecen ustedes novios —interrumpió Juan Salvador—, no paran de discutir. ¿Podemos dejar a la señorita Paula que termine sus comentarios sobre la actuación de Maxi de anoche? Primero diga usted lo malo, como se hace siempre…

—Desodorante —dijo Paula mirando a Maxi con una risita—. Lo siento, pero olías un poco fuerte. Lo noté en cuanto llegaste. Sé que es normal por los nervios, pero tienes que controlar eso. Eché de menos algo de perfume.

»Tampoco llevabas dinero; tuve que pagar yo el guardarropa y me di cuenta cuando dejaste las bebidas sin pagar en el intermedio. Eso fue un poco arriesgado; te podías haber puesto en un aprieto serio.

»Otra cosa, corríjame, Juan Salvador, si me equivoco, es que ni en el ballet ni en la ópera se habla, y tú no parabas de hablarme. Y asegúrate de que comes algo antes de tus citas, por lo que pueda pasar. Lo de los rugidos de tu tripa a mí me hizo gracia, pero a otra más estirada puede no hacérsela. Por lo demás, todo perfecto. Estuviste pendiente de mí en todo momento y te comportaste como un caballero, aunque habría preferido que no me hubieras cogido la mano en el palco; resultó un poco violento e inesperado, era algo pronto para eso. Creer que el ballet acababa en el intermedio fue muy gracioso, pero ahora ya sabes que no es así. Tampoco se comen palomitas. Ten ojo con esas cosas. Cuando hablaste de la meditación también dijiste algunas absurdeces: yo medito… Mejor no hables si no sabes de un tema, la puedes pifiar a la mínima.

—¿Y lo bueno, señorita Paula? —preguntó el gurú.

—Lo bueno fue casi todo: él es encantador, sencillo y dulce; su

compañía es reconfortante y su comportamiento en la casa fue exquisito. Salió bien del paso con lo de las migas, a pesar de que me di cuenta de que mentía cuando me dijo que era experto cocinero… Eso se nota rápido. Pero cedió en el tema del mandilón sin chistar y lo hizo con clase y naturalidad, y el final fue excelente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Juan Salvador.

—A cuando simulé que me había quedado dormida y él me colocó con delicadeza en el salón y me tapó con la manta; a recoger la cocina; a la nota de despedida, que era educada y correcta… Si yo le hubiera llamado para acompañante de una noche, perfectamente me lo habría creído en el papel. Además, es muy guapo, eso salta a la vista y fue en lo primero que me fijé, claro.

Raquel miró a Maxi. Ella pensaba justo lo mismo, que era dulce, guapo, encantador y sexy, y también que estaba celoso. Se preguntó cómo demonios la habría visto con Omar aquella noche y si la habría escuchado cuando se refería a él. Se preguntó si la habría visto desnuda y qué sensación le habría provocado verla en brazos de Omar.

—Debería estar contento con los comentarios de la señorita Paula, Máximo. Parece que salga de un funeral… —dijo el gurú cuando salían del salón.

—Es que aún estoy sorprendido de que todo haya sido una farsa —contestó Maxi.

—Ay, amigo mío —exclamó Juan Salvador—. ¿Y qué es la vida, sino una enorme farsa?

35
Rent a Boyfriend

Pasaron las semanas. Un suave otoño acariciaba Madrid y las hojas de los árboles comenzaron a caer en el barrio de Hortaleza. Maxi no tenía la cabeza en el Rocky 2, el gimnasio donde pasaba la mayor parte del día, sino en su nuevo trabajo como *escort*, que comenzaría muy pronto. Estaba muerto de miedo, aunque, a decir verdad, no tanto como al principio. Al menos ahora, tras el retiro de Juan Salvador, se sentía algo más preparado, listo para enfrentarse a todo lo que se le pusiera por delante, dispuesto a cambiar de vida.

Procuraba seguir con sus rutinas: entrenar duro en su propio gimnasio las tres horas que había dicho Raquel, atender a su padre, ver a Isa, bajar al bar de siempre… Todo con tal de no pensar en lo que se le venía encima.

Hacía días que les había dicho a Isa y a su familia que había encontrado otro trabajo gestionando apartamentos turísticos de lujo:

—Ganaré mucha pasta, pero lo malo es que esa gente podrá llegar a cualquier hora y yo tendré que ir. No tendré horarios. Será día y noche; es más, no sé si podré compatibilizarlo con el trabajo en el gimnasio. Ya lo iré viendo.

En casa de sus padres, medio escondido en bolsas dentro del armario, tenía también lo que sería su vestuario básico para comenzar: varios vaqueros de marca, camisetas básicas en blanco, negro y gris, un par de chupas de cuero, un traje de vestir, un par de camisas, diez calzoncillos de Calvin Klein, zapatos, botas y deportivas de varios tipos, un par de perfumes, un buen reloj. Todo se lo había comprado Raquel. Le había dicho que era como un préstamo, que ya le devolvería poco a poco los dos mil euros que se había gastado en todo aquello. Además, también le había comprado un iPhone último modelo; eso sí, de segunda mano. Raquel pensaba que su Huawei con la pantalla reventada y sin datos no era el móvil idóneo para un acompañante de lujo.

Maxi se preguntaba si a los otros dos chicos también les habría comprado todo aquello. Era algo que no iba a preguntarle a ella ni tampoco a sus compañeros; a pesar de lo que había visto en la sierra, le gustaba pensar que era su favorito, que a Raquel se le había ocurrido aquel negocio por haberle conocido a él, pero lo cierto era que desde la pillada en la casa de Guadarrama no veía a Raquel de la

misma manera; era como si ella, de alguna forma, le hubiera traicionado. A partir de aquel momento se centraría en Isa; ella era la única mujer de su vida.

En sus siguientes encuentros sexuales con Isa, Maxi empezó a poner en práctica y de manera disimulada las posturas del *Kamasutra* siguiendo el consejo que les había dado Mateo. Era verdad que no se podía ser gigoló con el misionero, el perrito y poco más; era necesario tener algún repertorio, así que tendría que ensayar cuantas más posturas mejor. A Isa no pareció extrañarle demasiado que Maxi propusiera animar un poco su vida sexual, que había sido prácticamente inexistente durante aquellos meses. Prefería follar haciendo contorsiones antes que no follar en absoluto, y, de alguna manera, pensó que estaba recuperando de nuevo a su Maxi.

Por su parte, hacía varios días que Raquel ultimaba con ayuda de un diseñador la página web de Rent a Boyfriend, el nombre que al final había decidido ponerle a la agencia. Le pareció claro, gracioso y descriptivo.

En el apartado «Los acompañantes» estaban las fichas de los tres gigolós con sus fotos y tarifas. Eran pocos chicos para empezar, pero ya habría más. Tiempo al tiempo. Raquel le pidió a Maxi que comprobara su ficha para ver si todo le parecía bien.

> Maxi. 32 años, 1,85 metros, 76 kilos, ojos verdes. Maxi es seductor por naturaleza. Natural, sencillo, encantador, de carácter alegre y sociable, uno de sus muchos atractivos es el sentido del humor y su capacidad para hacer sentir cómodas a sus citas. Sexy, seguro de sí mismo, masculino y atlético, Maxi es profesor de boxeo en un exclusivo club y aficionado al arte, al cine y la lectura. Sus verdaderas pasiones son las motos y la música. También adora la cocina y es un excelente chef aficionado.
>
> Apasionado, culto y con un toque canalla, será la cita perfecta para las mujeres que buscan intensidad y emociones fuertes.
>
> Solo mujeres y parejas.
> Una hora: 300 euros.
> Dos horas: 500 euros.
> Noche completa: 1.500 euros.
> *Consultar tarifas de jornadas completas, fines de semana y viajes.

En cuanto a las fotos, al final Raquel se inspiró en la idea que Maxi había propuesto. Los chicos, aunque en actitud sexy, posaban en situaciones naturales, como si los hubieran pillado desprevenidos por la calle. Para simular las fotos en la playa se desplazaron al pantano de San Juan, que daba el pego de cala de Baleares en algunos sitios. En aquella sesión se hicieron las únicas fotos en las que se les veía en bañador; el resto de las imágenes de la web eran más bien sugerentes.

Raquel pensaba que las mujeres preferirían ver una sonrisa radiante y seductora antes que una tableta de abdominales, y que había que sugerir más que enseñar. Maxi no estaba tan seguro de eso; al menos, a Isa y al resto de las tías que conocía les volvían locas los musculitos.

Debajo de la foto de cada uno de los chicos, las clientas podrían dejar valoraciones anónimas, como si fuera un Airbnb o un Uber... También se había programado un sistema de puntuación mediante estrellas.

Raquel les explicó a los chicos cuál sería el *modus operandi* de Rent a Boyfriend: ella lo manejaría todo desde su casa y los chicos deberían estar localizables prácticamente las veinticuatro horas del día a través del móvil. Mediante llamada o WhatsApp, los informaría de las citas que fuesen surgiendo con toda la antelación posible, además de los requisitos de cada clienta. Ella siempre estaría disponible para cualquier consulta o incidencia. Todas las transacciones con las clientas se harían en efectivo para evitar que los pagos quedaran registrados. Los chicos recibirían los sobres de las clientas al principio de la velada y debían darle a Raquel el veinte por ciento del importe también en efectivo. La labor de Raquel, además de conseguir clientas, sería también el servicio posventa, encargarse de averiguar si las citas habían resultado satisfactorias y hacer todo lo posible para que las clientas repitieran.

Lo cierto era que Maxi se veía guapo en el anuncio. Apenas reconocía como suya la imagen de ese tío encima de aquella moto alquilada y que parecía sacada del fotograma de alguna película. De hecho, no se había visto tan guapo en toda su vida. Ojalá la Isa pudiera verla. Por primera vez era consciente de que el tema iba en serio y de que quizá sí lo consiguiera, quizá sí llegara a ser un *escort* conocido en todo Madrid, ¿y por qué no? Planta tenía, y morro para hacer ese curro, también. Además, gracias al gurú, sabía todo lo que había que saber para ser un auténtico macho alfa. Se preguntó qué pasaría si la Isa o alguna de sus amigas llegaran a ver la web de la agencia, si se destapara todo el pastel. Su madre le perdonaría, que para eso le había parido, pero ¿la Isa? Ella nunca podría entenderlo.

La noche en la que Raquel le envió el anuncio, Maxi, orgulloso, fue a enseñárselo a su padre, que miraba la tele sin verla mientras comía una tortilla francesa o más bien jugaba a comérsela moviendo el tenedor en el aire. Al padre era al único al que podía confiarle sus secretos, el único que no se enteraba de nada. A Maxi, aun así, le parecía que le escuchaba y que, en cierta manera, le comprendía y se sentía orgulloso de él.

—Mira, papa, qué guapo está tu hijo en estas fotos. ¿A que no me conoces ni tú? Ahora voy a ser el puto amo, papa. Me las voy a follar a todas y por un montón de pasta. ¿Qué te parece? Todo para que mi papaíto esté bien; ya verás la residencia tan guapa en la que vas a estar dentro de unos meses. Como un rey vas a estar. Verás qué bien te van a cuidar, ¿eh, mi papichulo?

36
La primera vez

El tatuaje ya casi está terminado. Isa pasa casi toda la tarde de aquel sábado haciéndole la serpiente que quería desde hacía meses en uno de los escasos huecos libres del antebrazo. Al fin se decide para celebrar lo de su nuevo trabajo. Aunque insiste en pagarle el precio normal, Isa solo acepta cobrarle la mitad. Ha quedado chulísima y pega un montón con sus otros tatuajes. Se le ha olvidado comentárselo a Raquel, aunque piensa que tampoco le importará. Mejor aún para su aspecto de canalla.

Cuando están cerrando el estudio para ir a tomar unas cañas con los colegas del barrio, Maxi recibe un wasap inesperado de Raquel. Ya intuye lo que es.

Primera clienta esta noche. Me acaba de llamar. Ponte en contacto conmigo en cuanto veas esto. Urgente.

Maxi se escaquea un momento diciéndole a Isa que tiene una llamada del nuevo trabajo y que tiene que responder.

—La clienta me acaba de llamar ahora mismo —dice Raquel—. Es amiga de alguien con quien trabajé en su día. Ya sé que te aviso con poca antelación, pero es nuestra primera clienta y te ha elegido a ti. No puedo decirle que no estás disponible.

Maxi tiene ganas de vomitar o más bien de salir corriendo, de decirle a Raquel que se echa para atrás, que no va ni de coña. Hace días que está como un preso en el corredor de la muerte, esperando recibir la llamada en cualquier momento. Y el momento ha llegado.

—Es una tía italiana de bastante pasta, de unos cincuenta, pero no te preocupes; por lo que me ha llegado, está de bastante buen ver. No la conozco, así que sé poco de ella. Casada, con hijos, su marido está fuera con los críos. Ha dicho que necesita divertirse. Quiere que primero vayáis a cenar a un sitio que elijas tú. Tienes que pasar a buscarla por su casa a las diez en un taxi. Te daré la dirección.

—Pero no me dejes así —dice él asustado—, cuéntame algo más de ella. Me muero de miedo, Raquel. No sé si voy a ser capaz.

—Maxi, no te puedo contar mucho porque no sé mucho de ella... Solo que es italiana y rica. Acuérdate de todo lo que os explicó Juan

Salvador. Ya pasaste por esto con éxito en tu noche de prueba con la actriz. Sé un macho alfa y, por favor, relájate. Eres el tío más guapo que he visto en mi vida; no sé cómo serás en la cama, pero creo que puedo adivinarlo. Tienes morro, eres encantador, sabes tratar a las tías y eres ambicioso. Este trabajo está hecho para ti, tesoro. Y si dudas, haz lo que hacía Antonio Banderas cuando llegó a Hollywood...

—¿Y qué hacía? —pregunta Maxi, bastante feliz con toda la cera que le está dando Raquel.

—Pues cuando le preguntaban si sabía hacer tal o cual cosa, siempre decía *I can do that* aunque no tuviera ni idea. Así que, cada vez que dudes, repítete a ti mismo *I can do that*. Actitud de comerte el mundo. Actitud de poderoso. Se atrae lo que se proyecta, no te olvides de ello.

—Vale, jefa... En menudo berenjenal me has metido. No sé si me arrepiento o no de haberte conocido en la piscina este verano. Me vas a cambiar la vida —le dice.

—Eso espero, cambiártela —responde Raquel—. Mucha mierda y mándame un mensaje cuando hayas salido para contarme cómo te ha ido.

—¿Cómo que mucha mierda?

—Ay, Maxi, querido, a veces parece que has salido de una cueva. Significa suerte, pero estoy segura de que no te va a hacer falta... Ahora te paso un restaurante al que la puedes llevar y que no fallará.

—Raquel, quería decirte...

—¿Qué?

—Nada, nada, es igual —le contesta.

Tras colgar, Maxi vuelve a la puerta de Magic Tattoo donde su novia le espera con cara de mala leche...

—Verás, nena. Resulta que esta noche empiezo a currar. ¿Recuerdas el apartamento al que te llevé, el de la sorpresa? Pues esta noche llegan a partir de las diez unos americanos de Miami. Dicen que el avión llega a esa hora y que luego no saben lo que tardarán desde el aeropuerto...

—¿Qué me estás contando, Maxi? ¿Vas a trabajar un puto sábado? ¿Ya empezamos?

—¿Y qué quieres que le haga? Ya te dije que esto no iba a tener horarios.

—Ya, tío, pero ¿y yo no cuento? Si nos quitan los pocos ratos que pasamos juntos, ¿entonces qué? No nos veo bien, Maxi. No sé qué coño pasa, que no te veo bien conmigo, algo que no quieres contar. No me vengas con mandangas del curro. Hay cosas que una tía sabe, por

mucho *Kamasutra* de los cojones que hagamos.

—¿Qué quieres decir? ¿No será por lo del otro día? No me jodas…

—Pues sí, es por lo del otro día. Nunca te había pasado. En diecisiete años.

—Pues Isa, qué quieres que te diga, que no soy una puta máquina. Si no puedes admitir que por una vez en la vida no se me ponga dura, entonces vamos de culo.

—No es eso. Es que creo que ya no te molo como antes, es como un pálpito que tengo.

—No digas tonterías, Isabel —contesta él—. Desde que tienes el negocio tú también estás de la olla, creo que andas un poco estresada. Vamos a relajarnos los dos un poco, te lo pido por favor. *Relaxing, please*.

Maxi acerca a Isa hasta su casa con la moto y se marcha a la suya para ducharse y arreglarse para su primera cita como gigoló. Apenas quedan un par de horas para recoger a esa mujer, Bianca. Cuando llega a casa, su madre empieza a importurnarle con sus cosas de siempre; parece angustiada o puede que agotada. Le habla de dinero, de que no llega a fin de mes, de que no tiene para pagar el piso. Él le responde de malas maneras; está nervioso. Le dice bruscamente que no está para charletas, que esa noche empieza el nuevo trabajo y se tiene que marchar.

—Lo hago por vosotros precisamente, mama, para que no tengáis problemas de dinero nunca más. Estoy hasta los huevos de que andemos siempre asfixiados de pasta y tú agotada cuidando a papa. Esto no es vida. Yo os daré una buena vejez… Te lo juro por Dios, mama.

La madre asiente mientras pela las judías verdes que tocaban de cena esa noche.

—Mira, tú que quieres ponerte a dieta y hoy justo que hay judías no cenas en casa.

Maxi se ducha y se quita los pelos con ayuda de una crema depilatoria. Raquel le había pedido que se depilara, pero había olvidado hacerlo. Pensaba que la primera cita tardaría aún algunas semanas en llegar.

Se arregla un poco la barba de dos días y se quita el plástico del nuevo tatuaje; no es plan de aparecer con eso… Revisa su pelo, se pone uno de los diez calzoncillos de Calvin Klein que usará solo para trabajar. Piensa que ese tipo de calzoncillos le hacen un buen paquete, parecía más de lo que ya tenía. Elige vaqueros grises, camiseta blanca y botas moteras. Llevará la chupa de cuero y uno de los fulares. Se mira al espejo y se sorprende con su pinta de macarra, pero bueno, así

es como aparece en las fotos de la web. A las clientas no les sorprenderá su aspecto; es más, seguro que las pondrá más cachondas.

A las diez en punto está dentro de un taxi en la calle Ortega y Gasset esperando a la tal Bianca, mientras se repite a sí mismo que todo saldrá bien. De pronto, la ve saliendo del portal. No es guapa, pero sí atractiva y, como dijo Raquel, de unos cincuenta bien llevados. Lleva el pelo más bien corto, un vestido de niña buena de color vino y unos tacones negros sin medias.

—Hola, tú *devi* de ser Maxi —le dice—. Soy Bianca. He estado *molto* ocupada y no he tenido tiempo de *prenotare niente*. ¿Conoces algún *piccolo* restaurante en el que podamos cenar?

—¿Eres italiana? —le pregunta, para romper el hielo.

—*Bravo, molto* listo. *Sono milanese*, como un filete empanado, ya sabes. ¿Tú *hai* visitado Italia?

—Sí, claro —dice él con seguridad—, he estado varias veces en tu país; me encanta, sobre todo por los helados... Por cierto, conozco un restaurante en el que siempre hay mesa y además me conocen —miente para cambiar de tema—. Abre hasta tarde. ¿Quieres que vayamos?

—Genial. Paga *mio marito*, así que no te preocupes *di niente* por el precio. Hablando de precio, aquí tienes *i tuoi soldi per le tre* horas.

—No me preocupo por nada. *Grazie mille* —contesta él dedicándole una radiante sonrisa y metiéndose el sobre con los novecientos euros en el bolsillo de la chupa.

Sin mirarle, ella le coge de pronto la mano y se la lleva a la entrepierna para luego volver a soltársela. Maxi advierte entonces que no lleva bragas. La situación le pilla por sorpresa, pero su intuición le dice que debe seguirle el juego. Ella manda y desde hace dos minutos le está pagando.

—Eres una chica mala, por lo que veo —le susurra al oído—. ¿No ves que estamos en un taxi? ¿Qué va a pensar el taxista?

—*Signore*, ¿a usted le importa que nos *tocchiamo* un poco durante el trayecto? —pregunta al taxista mientras lleva la mano al paquete de Maxi y lo aprieta como si fuera una pelota antiestrés.

—Por mí mientras no me manchen el coche y me paguen la carrera, hagan lo que quieran —contesta el taxista con resignación.

La italiana mantiene la compostura hasta llegar a la Manduca de Azagra, el restaurante que Maxi ha elegido. Bianca saca la cartera de Chanel para pagar y le tiende al taxista un billete de cincuenta euros.

—Quédese con el cambio, *signore*... Que no me digan *niente* de Uber. Yo estoy siempre a *favore* del taxi. Vivan los *taxisti* de Madrid...

Bravi. Allora, cariño —dice estrujándole el moflete a Maxi—, necesito beberme un dry martini. Vayamos a ese *piccolo* restaurante.

Se da cuenta de que su primera noche va a ser entretenida. Bianca parece todo menos normal.

Al llegar al restaurante, encuentran de milagro una mesa pese a no haber reservado. Maxi respira aliviado. Primera prueba superada. Pasan al comedor repleto de gente que a él le parece estiradísima. Le da la sensación de que todos los miran, el ambiente le resulta hostil. En realidad, jamás ha estado allí. Es el sitio que le ha sugerido Raquel, y menos mal. No habría sabido salir del paso de no ser así. Maxi advierte que la italiana se tambalea un poco sobre los tacones; seguramente ha estado bebiendo antes de encontrarse con él. Mejor si está un poco borracha, así no se dará cuenta si mete la pata en algo.

Bianca se sienta a la mesa y lanza el bolso al suelo con la indolencia que da el dinero, haciéndose notar, como si todo el mundo tuviera que estar a sus órdenes. Pide un dry martini de manera bastante maleducada. El sumiller le dice que el restaurante no tiene servicio de coctelería, pero que le pueden ofrecer champán o cava como aperitivo.

—Alora... *Io voglio* un prosecco —dice.

—Lo siento, señora, prosecco no trabajamos —le contesta el camarero.

—Campari sí, ¿no? *Tutta* Europa bebe Campari.

El camarero niega encogiéndose de hombros.

—*Che vergogna*, ni martini ni prosecco ni Campari... *Che mediocrità*.

Al final, Bianca acepta resignada una copa de cava y pide la comida por los dos sin siquiera preguntarle a Maxi: menestra y merluza al horno para él.

—*E per me* un plato grande con agua *calda e due cetrioli* en rodajas —le ordena al atónito camarero—. *Cetrioli* son pepinos, *signore*.

»Eres un *ragazzo* muy guapo —le dice a Maxi—. Guapo, pero también *molto costoso*. *Non* conocía la agencia, así que me apetecía *provare*. Cuando vi *la tua* foto, pensé que eras como el tiramisú de la *nonna*, muy apetecible, cremoso, rico... Tan apetecible que me gustaría comerte en *questo* momento. *Non perdiamo tempo*.

—¿Ahora mismo? —le pregunta asustado.

—Sí, ahora mismo, *mentre* esperamos por comida. Invéntate algo *come* disculpa con los camareros. *Io ti aspetto* en el aseo de señoras. Vamos, no pongas esa cara de susto —añade—, *sarai* acostumbrado de que te pidan cosas así... y *più strane*, ¿no?

La noche no está resultando fácil para nada. Un despliegue de locura de aquella magnitud no es lo que él había imaginado para su

primera vez como gigoló, pero no queda más remedio que hacer lo que ella dice.; la ve muy capaz de organizar un número si no accede a sus caprichos. Se arrepiente de haberse metido en ese berenjenal. Él no está hecho para aguantar a gente raruna y menos a tías idas de la olla. Él es un tío normal, de barrio, un tío sano.

—Perdone —le dice al camarero que atiende su mesa—, ¿pueden retrasar un poco el servicio? Mi señora se encuentra indispuesta en el baño. Voy a ver qué le sucede.

Al decir mi señora se siente completamente absurdo, con un tono impostado tan evidente que el camarero detecta a la perfección que aquella no es ni mucho menos su señora.

Cuando entra en el lavabo de tías, ve los tacones de Bianca por debajo de la puerta de uno de los aseos. La abre y se la encuentra completamente desnuda, a excepción de los zapatos. Ha dejado la ropa cuidadosamente doblada encima del váter, está de espaldas contra la pared, algo inclinada hacia delante y con las manos apoyadas en los azulejos. Para tener cincuenta años no está nada mal. Tiene un culo generoso y respingón que no tarda ni un minuto en ofrecerle.

—Quiero *provare* por detrás, *mio caro* —dice volviendo la cabeza atrás—. Me encanta *il sesso anale. Io posso farlo solo* pagando. *Mio marito non* quiere nunca, está demasiado *occupato*. Él gana mucha pasta e *io* lo gasto *tutto* en gigolós. Es un dinero *molto bene* invertido.

—¿Cómo? —pregunta Maxi, absolutamente descolocado—. ¿Quieres hacerlo aquí? ¿No prefieres que vayamos a otro sitio? A un hotel, a tu casa...

—Sí, *ragazzo*, aquí, aquí, *che cosa succede? Non* creerías que te iba a pagar casi mil euros para hablar de Dante *e La Divina Commedia*, ¿verdad? Métemela hasta el fondo. No he visto aún lo que tienes entre las piernas, pero no *è necessario*. Me *piacciono* las sorpresas.

Maxi no está lo suficientemente empalmado como para hacer lo que Bianca le pide. No lo está para nada y tampoco es que sea un experto en sexo anal; la Isa nunca le dejaba hacerlo; decía que «eso» a ella no le cabía por detrás. No sabe cómo salir de la situación, pero hay que hacerlo, y rápido. De repente, cierra los ojos, se agarra la polla con firmeza, piensa en Raquel y empieza a masturbarse muy despacio hasta que por fin está listo. Ella le atrae hacia sí sujetándole de las caderas como si fuera una fiera salvaje. Maxi empieza a follarla por detrás, duro, sin pensarlo, como algo mecánico que hay que hacer. Sin embargo, y aunque la situación no le desagrada en absoluto y el culo de Bianca es suave y de lo más receptivo, está demasiado tenso para poder acabar.

Ella, por el contrario, parece estar pasándoselo en grande. Le pide que la folle más fuerte mientras se acaricia el clítoris al tiempo que él la empotra literalmente contra la pared del baño. No tarda mucho en correrse como una loca, gimiendo tanto que Maxi solo puede rezar para que no entre nadie en el baño.

—Bravo, *bravissimo il tuo cazzo*... la polla. Es *meravigliosa* —grita ella contoneándose adelante y atrás—. ¿Tú te *ha* corrido? Te *sei* corrido, ¿verdad, *mio caro*?

Maxi es el primero en salir del baño. Suda del estrés y tiene la boca seca como una alpargata. Por suerte, no se cruza con nadie por las escaleras. Deja a Bianca unos minutos en el baño, recomponiéndose.

—Ahora vamos a cenar, *caro*, que tengo un hambre que muero. *Più* tarde quizá te pida que me folles otra vez, puede ser que en el baño de caballeros —dice ella, volviendo a la mesa tan fresca, como si llegara de empolvarse la nariz.

Maxi piensa que el agua con pepinos que se ha pedido para cenar tampoco es que vaya a llenar mucho a Bianca. No ha estado nunca en Italia, pero esa noche se jura a sí mismo que no irá jamás, ni por los helados.

Durante la cena, Bianca le cuenta un poco de su vida. Se había casado hacía unos años con un banquero español, se dedicaba a sus labores y tenía dos hijos pequeños. Su plato de agua con pepino causa la sorpresa de todos los que están en las mesas próximas. Apenas lo toca. Parece mucho más interesada en beberse la botella de vino tinto que ha pedido. No para de llenarle la copa hasta arriba, pero Maxi recuerda una de las reglas sagradas del gigoló: no beber mucho. Además, debe estar alerta para ver qué es lo siguiente que se le ocurre hacer a Bianca.

—Me siento un poco mal. Pasan cosas raras en el *mio sedere*... digo, culo. *Fa molto male*. *Credo* que es absolutamente necesario ir al aseo otra vez —dice en un tono lo suficientemente alto para que todos la escuchen.

Maxi tiembla de miedo. Parece que la noche no ha acabado aún...

Cuando regresa a la mesa, Bianca está blanca como el papel.

—Tenemos que ir al *pronto soccorso* —le dice—, estoy sangrando. Tengo miedo de haber perdido *il mio bambino*... *Io* no te dije *niente*.

—No te entiendo, ¿cómo que el bambino? —pregunta Maxi, cuyo italiano rudimentario apenas le hace comprender lo que está pasando.

—*Sono incinta di due mesi*. *Non pensavo* que tuviera importancia...

Maxi se queda pasmado. No sabe qué es peor, si lo que han hecho en el baño, que Bianca se haya trasegado una botella de vino estando

embarazada o que haya contratado sus servicios en ese estado. Se ve a sí mismo en una comisaría de policía o directamente asesinado a manos de un sicario contratado por el marido. Piensa en llamar a Raquel, pero no: tiene que salir solo de la situación. No quiere defraudarla, pero si todas las clientas van a ser del pelaje de Bianca, no quiere saber nada más del negocio, por mucha pasta que vaya a ganar.

—*È la prima volta que io pratico sesso anale*, en realidad. *Volevo provare*... me falta poco para *non* poder hacer *niente*... con otro *bambino*. *Io* te pago otra hora o *due* más si me acompañas al *pronto soccorso* —le suplica Bianca.

Maxi accede; no por el dinero, sino más bien porque no le queda otro remedio. Salen de la Manduca de Azagra y cogen un taxi rumbo al Hospital de Madrid, en San Bernardo, el hospital con urgencias que les queda más cerca. Durante una hora o más aguardan pacientemente en la sala de espera.

—Perdona, *caro*. No sabía que la *meravigliosa notte* iba a finalizar en un hospital, pero *sono molto preoccupata*. Es mejor saber si el *mio bambino* está *bene*. *Non ti preoccupare* por el *tempo*. *Pago tutto io*.

Al final, llaman a Bianca para que entre en la zona de observación. Maxi permanece fuera durante casi una hora más, dormitando ya, hasta que un celador aparece a buscarle para llevarle adonde está ella. La encuentra sentada en la mesa de un doctor, con gesto muy serio.

—Su mujer está bien y el bebé, por fortuna, también. La señora me ha dicho que han estado practicando sexo, digamos, inusual. Yo les recomiendo, como ya le he comentado a ella, que eviten estas prácticas violentas sobre todo en el primer trimestre del embarazo. Hay muchas otras prácticas que no son incompatibles con la gestación. La señora se ha llevado más que nada un susto. Ya le he explicado que no tiene por qué afectar, pero es más una cuestión de psicología, usted ya sabe.

Y no, Maxi no tiene idea de nada de aquello, pero le responde al doctor que aquello no volvería a suceder y que en lo sucesivo se cuidarán muy mucho de repetirlo; que lo primero, claro está, es la salud del *bambino*. Sin embargo, no entiende mucho de qué manera puede afectar el sexo anal a un embarazo si los niños no salen por el culo. Pero bueno, daba igual. La italiana no ha perdido al bebé y eso es lo más importante de cara a seguir vivo, más que nada.

—Ya te vale, Bianca —le dice al salir—. ¿Les has dicho que yo era tu marido y que habíamos practicado sexo anal en el baño de un restaurante?

—*No, caro, per lo* menos les dije que lo hicimos en nuestro piso. Y

ahora, acompáñame a casa. *Sono stanca morta… muy cansada*.

A la mañana siguiente, nada más despertarse Maxi recibe un wasap de Raquel…

Me ha escrito la clienta absolutamente entusiasmada. En total estuviste cinco horas con ella. ¿Se puede saber qué le hiciste en todo ese tiempo? ¿Me lo vas a contar?

Cosas que tú y tu persa no os podríais ni imaginar 😃. Le hablé en italiano… Y ya te dije que soy un dios del sexo.

No sabía que hablabas italiano.

Yo tampoco lo sabía hasta anoche. Y parece que sé griego, también.

¿Griego? ¿Cómo griego?

Déjalo, jefa… Nos lo enseñaste tú, ¿recuerdas? ¿No te hace eso tu gato persa?

Ahhh, ¿te referías a eso? 😂😂😂. Veo que has empezado fuerte…

Sí, creo que después de esto las cosas no pueden más que ir a mejor. De todas formas, no voy a contarte nada de lo que haga con las clientas. Tú misma dijiste que lo más importante de este trabajo era la discreción, ¿no?

Desde luego. No tengo el menor interés en conocer los detalles de tus acrobacias sexuales con las clientas. Me basta con saber que la primera ha quedado satisfecha y que tú te has desvirgado, por así decirlo. Ahora, aprovecha el domingo para relajarte y llévate a tu novia por ahí a merendar. Con la pasta que ganaste anoche, me parece que es para celebrarlo. Tu carrera como gigoló acaba de empezar... y, además, a lo grande.

37
El plátano

El negocio había echado a andar, sí, pero parecía que lo había hecho en silla de ruedas. Los *mailings* intensivos con el enlace a la web de Rent a Boyfriend que Raquel llevaba varias semanas enviando no daban de momento los frutos que ella esperaba, pero había que tener paciencia; sabía que tenía que dar tiempo a que la agencia se conociera y se corriera la voz entre las clientas.

Raquel se sentía como en su antiguo trabajo en época de lanzamientos; aquello no era tan diferente. Estaba habituada a vender lo invendible. Lo único malo era que entre la puesta en marcha del negocio y lo que se había fundido en Juan Salvador, prácticamente se había quedado sin dinero. Ya se había gastado lo que le había dejado su madre y estaba sin un duro hasta que la agencia empezara a generar dinero de verdad, cosa que, por lo que parecía, aún iba a tardar en suceder.

Comenzó a pensar en estrategias de marketing que le hicieran ganar clientas más rápido. Lo primero era dar a conocer la agencia; el resto ya llegaría solo. Decidió bajar las tarifas de los chicos a la mitad (ella se haría cargo de la diferencia) a modo de regalo de bienvenida para hacer más fácil que las mujeres probaran y perdieran el miedo a contratar a un gigoló. Lo anunció en la web…

> Prueba ahora a tu acompañante a un precio inmejorable y quédatelo para siempre.
>
> Queridas amigas: experimentar la compañía de un *escort* profesional no está al alcance de cualquiera. Solo las mujeres exigentes saben que los hombres más excitantes no tienen precio. De cualquier forma, y durante un tiempo limitado, tienes la oportunidad de conocer a alguno de los tres acompañantes de alto *standing* de Rent a Boyfriend por la mitad de sus tarifas habituales. Si los pruebas ahora, luego no querrás separarte de ellos. ¿Qué tipo de velada te apetece? ¿Un paseo en moto y por los barrios más canallas de Madrid en compañía de Maxi? ¿Una velada digna de las mil y una noches con Omar, nuestro acompañante persa? ¿O una cena y una noche excitante con Telmo, nuestro modelo recién llegado de la vibrante Buenos Aires? Tú decides. Una cosa es segura: pasarás la velada más sexy de tu vida. Sin incertidumbres, sin sorpresas. Cien por cien segura. Cien por cien en buenas manos…
>
> **Premiamos tu fidelidad con un pasaporte a la felicidad**
>
> Además, las clientas que se conviertan en habituales, tendrán una hora gratis de su acompañante favorito de cada diez horas que contraten. Será su premio a la fidelidad (y su pasaporte a la felicidad).
>
> **Trae a una amiga y disfruta de una hora gratis**
>
> Si ya conoces a nuestros acompañantes y quieres recomendárselos a una

amiga, háznoslo saber y podrás disfrutar de una hora extra en tu próxima cita.

Welcome pack

Para celebrar el comienzo de Rent a Boyfriend, las diez primeras reservas que tengamos este mes serán obsequiadas con un excitante *welcome pack*. Nuestros chicos tendrán para vosotras unos sexis regalos de bienvenida que serán un excitante secreto…

Con estas argucias, Raquel obtuvo algunas peticiones más de cara a las siguientes semanas: dos clientas para Maxi y una para Omar. Más tarde o más temprano seguro que alguna de sus conocidas del trabajo o de la prensa acabaría concertando una cita. Eso le haría gracia, ver cuál de aquellas estiradas era capaz de pagar trescientos euros por un polvo. Lo que hacía con los cientos de *mails* que enviaba era como echarles migas a los peces. Tarde o temprano, muchas de ellas acabarían por comer el pan.

La primera clienta, Bianca, no tardó en dejar un comentario sobre Maxi en la web, desde luego con nombre falso: «Encantador, amante apasionado, pero, sobre todo, atento y persona excelente. Repetiría sin dudarlo. Bravísimo». Además, le había dado la máxima puntuación, cinco estrellas.

Raquel se preguntaba qué habría pasado entre la italiana y Maxi aquella noche para que ella acabara pagando dos horas extra, qué cantidad de cosas podían hacerse en cinco horas, cuántas veces se habría corrido aquella mujer. Veía imposible que un chico como Maxi pudiera tener tanto repertorio sexual. Al fin y al cabo, tal y como le había dicho a Juan Salvador, solo se había acostado con una mujer a lo largo de toda su vida… Maxi empezaba a resultarle una caja de sorpresas y aquella sensación no le desagradaba en absoluto, es más, le estaba empezando a intrigar.

Por otra parte, Raquel pensaba que ya era hora de dejar de acostarse con Omar. Ahora que el negocio había echado a andar no quería tener nada que ver con él y le resultaba un poco pesado. Continuar liándose con él generaría mal clima y más aún desde que Maxi también lo sabía… Pero sería complicado librarse de él; el persa siempre estaba al pie del cañón, mandando wasaps, proponiéndole citas y enviándole mensajes obscenos.

Justo le acababa de llegar uno de aquellos mensajes cuando se encontraba metiendo los textos en la web y rellenando su calendario con las nuevas citas.

Anoche soñé contigo. Soñé que te restregabas mis huevos por la cara como hiciste la última vez y me puse muy cachondo...

El mensaje iba acompañado de una foto con su polla en erección. A los pocos segundos, recibió otro más:

Me encantaría que me enviaras un vídeo masturbándote, bien mojadita, ¿lo harías? Y no uses uno de tus vibradores; estrújate un poco la cabecita, princesa. Una divinidad como tú seguro que tiene otros recursos.

A Raquel le molestó su brusquedad; sin embargo, no tardó en responder...

Tienes tu segunda clienta dentro de dos días. Se llama Patricia. Te ha citado en el Hotel Principal de Gran Vía.

¿Eso qué tiene que ver con lo que te estoy pidiendo?

Que tenemos que dejar de acostarnos.

Vale, pero ¿harás lo que te pido?

Ya veremos. Tengo otras cosas en las que pensar que en los objetos que puedo meterme por la vagina, Omar.

Claro que tienes otras cosas en las que pensar, pero esas no te provocan orgasmos... y a ti te encanta correrte.

Y sí, quizá Raquel lo hiciera más tarde. Ya que iba a dejar de acostarse con él, le daba igual echar toda la carne en el asador. Sería

la última vez. ¿Qué más daba ya todo?

De hecho, lo haría en aquel mismo momento y se quitaría de paso gran parte de la tensión nerviosa que acumulaba aquellos días. Omar le había pedido que fuera original, así que lo sería. Pasó un momento por la cocina y abrió el cajón de las frutas de la nevera. Cogió un plátano. No se le ocurría mucho más, lo de los pepinos y los plátanos siempre era lo más socorrido. Volvió al salón, se sentó en el sofá, se quitó las bragas, se subió el vestido corto que llevaba y puso el móvil frente a ella apoyado en un grueso libro en modo REC…

Le excitó pensar en hacerlo no tanto por mandarle el vídeo a Omar, que seguramente no lo haría, sino para verse ella misma después. Empezó a acariciarse muy rápido, como a ella le gustaba, para no tardar demasiado en terminar y que el vídeo no fuera eterno, moviendo las caderas lentamente arriba y abajo y presionándose el clítoris con el índice cada vez más fuerte. Fantaseó con que era Maxi quien estaba allí abajo, hundido entre sus piernas.

A continuación, se desabrochó la parte de arriba del vestido para enseñarle a la cámara los pezones endurecidos al tiempo que se pasaba la lengua de manera sensual por los labios y entrecerraba los ojos. Se preguntaba si lo estaría haciendo bien, si se le vería la cara y todos aquellos gestos exagerados no resultarían inútiles. Después, sin retirar la mano de la entrepierna, cogió el plátano sin pelar que se había traído y se entretuvo un rato lamiéndolo, hasta que por fin se lo introdujo todo lo que pudo en la boca como si fuera una polla a la que estuviera haciendo una gran felación. Después, empezó a pasárselo por el clítoris, acariciándose con él, moviendo las caderas y gimiendo cada vez más fuerte. El frío del plátano recién sacado de la nevera al contacto con el calor de su sexo le producía una sensación curiosa y placentera, muy excitante. Empezó a moverlo cada vez más rápido y cuando le pareció que faltaba poco para el orgasmo, entonces paró.

Decidió meterse el plátano dentro como si fuera un vibrador, tratando de adaptarse a su curvatura, mientras con la mano libre continuó acariciándose el clítoris. No tardó ni un minuto en correrse.

Le sorprendió el vídeo. Para ser la primera vez que lo hacía, no había quedado nada mal, aunque al final no se le veía la cara. Se excitó tanto al verlo que tuvo que masturbarse de nuevo y ese orgasmo resultó ser aún mejor y más intenso que el anterior. Omar tenía razón: le encantaba correrse. Los orgasmos eran, junto con el vino, lo único verdaderamente liberador.

Decidió que, de momento, no le mandaría el vídeo a Omar; no tenía ningún sentido después de haberle dicho que no quería seguir viéndole. Aquello sería darle alas de nuevo.

Se puso otra vez las bragas y, después de pelar el plátano, que estaba empapado por completo, decidió comérselo. Tampoco era cuestión de andar tirando la comida, tal y como andaba de pasta.

A los cinco minutos y para variar, el móvil empezó a sonar de forma bastante inoportuna. Normalmente no lo hubiera cogido, estaba aún en modo orgasmo, pero en aquellos días estaba muy pendiente de él por si acaso era una posible clienta…

—¿Doña Raquel Márquez Fernández-Cabrera?

—Sí, soy yo —contestó con temor. Cuando alguien te llamaba *doña* significaba que no quería nada bueno.

—Soy el abogado de don Fernando Utrera, su todavía marido. La llamo para comunicarle que el señor Utrera ha interpuesto una demanda de divorcio contra usted. Sería conveniente que me facilitara el nombre de su abogado para discutir los términos y condiciones de la disolución del matrimonio. Según me consta, deben liquidar aún algunos bienes, entre otros el apartamento de la calle Zurbano donde habita usted, propiedad del señor Utrera… Y creo que hay también algunos fondos de inversión que deberían liquidar.

Raquel se temía todo aquello, pero no esperaba que fuera tan pronto. No tenía ningún abogado ni desde luego dinero para pagar a ninguno; en realidad, no poseía absolutamente nada. Lo más valioso que tenía era su armario repleto de ropa cara, cajas llenas de cremas caducadas y algunas joyas heredadas de su abuela.

Raquel solo atesoraba deudas y un negocio dudoso e ilegal con tres tíos sacados de la calle. Eso era lo único que tenía en aquel momento.

38
Las posesiones

—¿Cómo que has vendido los fondos de inversión? ¿Me quieres decir que los vendiste sin pedirle permiso a Fernando? Pero ¿a quién se le ocurre? ¿A quién? Manda carallo —le recriminó la Tata.

—Los necesitaba para empezar el negocio y para vivir este año. Con el paro no me llega para nada, ¿qué querías que hiciera?

—Pues ponerte a trabajar en algo normal, por ejemplo. Fregando portales si hubiera hecho falta, pero no. Tú tan ricamente, gastando un dinero que no es tuyo, ¿y ahora? ¿Cómo piensas devolvérselo?

—Pues se lo devolveré cuando empiece a ganar dinero con la agencia.

—Si solo te han pedido cuatro citas... y el grueso del dinero se lo llevarán tus putos. A este paso, tu comisión no te va a dar ni para ir a Lidl a hacer la compra, churriña. Si es que te metes en cada una... ¿Y esta casa? ¿Qué va a pasar con ella?

—No creo que Fer sea capaz de echarme sabiendo que no tengo un duro.

—Uy, no, qué va... No te olvides de que ya duerme con otra. Hará lo que le diga la otra, más si está esperando.

—No creo. Fer está forrado. Tiene otros pisos alquilados, los que le dejó su padre, y puede vivir en cualquiera de ellos; además, ya sabes que están en mejor zona. Ella preferirá vivir en el dúplex de Castelló que en esta casa.

—Ella querrá joderte, no te engañes, *filla*. Todas quieren lo mismo, matar a las ex, y como no pueden hacerlo, se conforman con joderlas todo y más.

—¿Puedes venir conmigo el día que nos encontremos con el abogado? —le preguntó Raquel—. Tengo que ir sola y no sé qué me da. Todo me sale mal, Tata. No tengo remedio. Incluso ahora que parecía que las cosas podían comenzar a ir bien, zas. Ya me hunden otra vez. No sé qué pasa.

—¿No tienes nada que puedas vender para darle su parte de los fondos?

—Tengo unas pocas joyas, las de la abuela, pero poco valdrán: algunos relojes, los pendientes de brillantes...

—Déjame ver. Trae acá el joyero.

Raquel fue a buscar su joyero, una pequeña cajita de música, a la habitación y se lo tendió a la Tata.

—Esto es todo lo que tengo —le dijo.

—Pues aviadas vamos —le respondió rebuscando en la caja—. Aquí no hay nada de valor, solo morralla. No tienes ni un mísero pendiente.

—¿Qué dices? —exclamó Raquel, arrebatándole la caja a la Tata—. No puede ser. Es imposible.

—¿No las habrás puesto en otra parte?

—Qué va, hace meses que no abro esa caja. Estoy segura de que estaba todo ahí... Alguien tiene que haberlas cogido —respondió Raquel—. Faltan los pendientes de la abuela, unas pulseras y el reloj, el Longines de oro de mi padre.

—Pues en esta casa solo estamos tú y yo. No pensarás que yo te he robado, ¿no?

—¿Cómo voy a pensar eso, Tata? Ha habido más gente que ha entrado en la casa últimamente. Puede haber sido cualquiera, en realidad.

—¿Cualquiera de quiénes, neniña? ¿De los gigolós?

—Pues no sé... Tengo que pensar, pero supongo que no. Ninguno de los tres habría hecho algo así. Ahora no estoy para esto. Creo que son demasiadas cosas para asimilarlas todas juntas. Me voy a tomar un Orfidal y una copa de vino, y ya pensaré en eso mañana.

—Ya verás como aparecen, mujer; con la cabeza que tienes, seguro que las has metido en alguna parte. Estarán escondidas entre tus bragas o sabe Dios... Eso, *muller*, empastíllate, que es lo mejor. Y mézclalo con bebercio. Tú no soluciones, dale a las pastillas, *filla*, di que sí.

—Que no, Tata, que te digo que no van a aparecer. Que alguien me ha cogido las cosas, pero con todos los problemas que tengo, eso es lo que menos me importa. Lo que necesito son clientas y billetes, no joyas. Y si bebo es porque tengo muchos problemas, Tata. El vino siempre está ahí, no es como los hombres, que se largan a las primeras de cambio.

Dos días más tarde, Raquel y la Tata entraban muy dignas en el despacho de abogados Muñoz Beltrán y Asociados, en la calle Orense, donde habían sido citadas. Una pasante las acompañó a una sala de reuniones en donde ya estaban sentados a la mesa el abogado, el tal señor Muñoz, y Fer, su exmarido. Tenían delante un montón de papeles. Raquel y la Tata se sentaron como sucedía en las películas, frente a Fer y al abogado.

Fer miró a Raquel con indiferencia, como si apenas la conociera. Nada parecía indicar que habían compartido doce años de sus vidas. Raquel intentó pensar dónde estaban hacía dos años, justo el 13 de

octubre, y lo recordó. Se acordaba porque fue uno de sus últimos viajes. Se marcharon a Roma por el puente del Pilar. Fer le había dicho que Roma era Amor al revés, de eso también se acordaba

Le vino a la cabeza una escena de ellos dos comiendo un risotto de espárragos en Da Nino, una *osteria* de las más famosas de la ciudad... Pero ahora él la miraba como si fueran dos completos extraños que se reconocieran brevemente en un semáforo.

—Si les parece, vamos a comentar primero el tema del piso de Zurbano, que es lo que más le interesa a mi cliente —comenzó el abogado—. Según parece, el señor Utrera, desde el momento de su separación de facto, no puso ningún impedimento a que usted continuara viviendo en el domicilio, haciéndose incluso cargo de los gastos corrientes de la casa. Dicha situación se ha alargado durante un año y ocho meses porque el señor Utrera estimó que usted tenía ciertas dificultades al haber dejado su trabajo. Pasado ya un tiempo prudencial, mi cliente considera que, dado que dicho inmueble es de su propiedad, usted debe abandonarlo en un plazo breve de tiempo en el que ahora nos pondremos de acuerdo. Además, es necesario que liquiden los fondos de inversión que aún tienen por valor de unos veinte mil euros, así como una cuenta conjunta en la que había otros quince mil a fecha de la separación, ambas cosas en el Banco Santander.

—No me voy a ir de mi casa, Fer —dijo Raquel lanzándole a su ex una mirada asesina—. Tú me abandonaste, me dejaste por otra cuando mejor estábamos, me arruinaste la vida y ¿ahora pretendes echarme de mi casa? Pues vas listo. Ya puedes ir mandando a la Guardia Civil, porque no me pienso ir. Tendrás que sacarme a rastras. Fui yo la que sufrió un abandono de hogar.

—Me temo que tendrá que desalojar el domicilio —continuó el abogado mientras Fer permanecía callado y con la cabeza baja—. Mi cliente tiene todo el derecho a habitar el apartamento en tanto en cuanto es de su propiedad.

—¿Ah, así que encima lo quieres para vivir en él con esa y con tu nuevo hijo? ¿Quieres meter a esa en lo que fue nuestra casa? De verdad, Fernando, que ahora agradezco que me dejaras. No tienes decencia ni moral ni nada. No eres la persona que yo conocí. Realmente no sé quién eres.

—Raquel, por favor, intentemos solucionar las cosas de forma civilizada —habló por primera vez Fer—. Yo te he querido mucho y lo que menos deseo es hacerte daño. Quiero que esto acabe de la mejor manera posible para los dos.

—Pues lo has hecho de puta madre —saltó la Tata—. Lo de no

hacer daño, digo. Eres peor que una bicha, y mira que yo te apreciaba, bien lo sabes que sí, *neniño*... Y cuidaba de ti como de Raquel. Pero no te has portado bien, Fernandiño. Ahora pides, pides lo que es tuyo sin saber que a Raquel también le quitaste lo que era suyo...

—Cállate, Tata —le ordenó Raquel.

—Ahora la quieres echar de su casa para meter a la otra, la que tienes embarazada... Pues que sepas, para que te pese en la conciencia...

—Tata, te prohíbo que lo digas —la cortó Raquel.

—Que sepas que Raquel estaba embarazada cuando tú la dejaste por esa con la que andas ahora, y del disgusto que le diste tuvo un aborto, ¿te enteras? Tenemos todos los papeles de cuando empezó a sangrar y la tuve que acompañar a La Paz, a la pobriña, a hacer un legrado. Y no solo eso, sino que su útero quedó dañado y quizá ya nunca pueda ser madre, ¿me oyes? Nunca... Así que cuídate bien de echarla de su casa o puede que sea ella la que te denuncie por haberle hecho perder un hijo. Yo otra cosa no, pero series veo a porrillo, y en las series americanas esas cosas pasan... Y si pasan en América, digo yo que también pasarán aquí. Así que las cosas claras y el chocolate espeso, ¿*entendiche*? Que yo seré una *pailana* de aldea, pero algo sé y algo entiendo, y más de *merdento*s como tú.

»Y otra cosiña que te voy decir —continuó la Tata—. Los fondos los tuvo que vender Raquel porque como comprenderás necesitó tratamiento psicológico después de perder a su hijo, así que los veinte mil euros de los fondos tampoco cuentes con ellos. Están gastados y bien gastados en daños y perjuicios. He dicho.

—Raquel... —exclamó Fer, desencajado—. Yo no sabía... ¿Cómo no me lo dijiste?

—¿Me dijiste tú que me ibas a abandonar después de que te hubiera dado los mejores años de mi vida, hijo de la gran puta? —respondió levantándose de la mesa—. Vámonos, Tata, que aquí ya no tenemos nada más que hacer.

Y las dos salieron de la habitación igual de dignas que entraron y cogidas del brazo.

39
Lo que nunca he tenido

Las cosas no habían sucedido exactamente como la Tata había contado en el despacho de abogados, al menos no del todo. Raquel no había perdido aquel bebé tras el disgusto de lo de Fer; más bien se había deshecho de él. Le gustaba emplear esa palabra a propósito para castigarse aún más.

—No digas esa palabra, churriña, que es muy fea. No te deshiciste de él, no le permitiste que creciera dentro de ti. No es lo mismo. Y eso no era un bebé, era un feto, un graniño de arroz —protestó la Tata.

—Lo que sea —contestó Raquel—. Me libré de ese grano de arroz y me arrepentiré siempre. No habrá día de mi vida en que no piense en ese bebé. Al menos ahora tendría algo por lo que luchar y por lo que levantarme cada día. No tengo nada, Tata. Estoy perdida.

—¿Y luego? ¿No te tienes a ti? ¿Te parece poco con lo pesada que eres? Si vales por dos. ¿Qué más compañía quieres? —le respondió.

De los episodios que habían sucedido tras el abandono de Fer, el aborto era la herida más grande, la que aún le sangraba a borbotones.

Raquel volvía a aquellos días cuando quería hacerse daño; era como meter el dedo en una llaga, una forma de autodestruirse.

Hacía un par de semanas que Fer se había largado. La regla no le bajaba. Se encontraba revuelta. No podía ser. Llevaban tres años intentándolo. En ese momento no, por Dios. Pero sí. Claro que sí. Por fin había pasado. ¿Non *queres* caldo? Pues toma dos *cuncas*, como decía la Tata.

Él la dejó de forma rara, inesperada y, desde luego, inoportuna, en el peor de los momentos. Estaban cenando en La Tasquita de Enfrente, su restaurante favorito. Ella se iba al día siguiente a Nueva York en un viaje de trabajo. Todo iba bien; la cena resultaba animada, Fer estaba chispeante y cariñoso. Le hizo un cumplido sobre su vestido y le dijo que estaba guapa… Lo recordaba muy bien. Se pasaron la cena charlando, riendo, haciendo planes para las vacaciones de Semana Santa. Pero Fer empezó a beber de más. Además de la botella y media de vino, al terminar la cena se tomó varios chupitos de whisky. Raquel se dio cuenta de que su expresión comenzaba a cambiar, la cara se le ensombreció con un rictus raro… algo no iba bien.

—Raquel, no sé cómo decirte esto, pero creo que ya no estoy comprometido con lo nuestro —le soltó a bocajarro—. Me parece que

me he enamorado de otra persona. Estoy hecho un lío. Lo siento. Quería hacerlo bien y lo he hecho fatal. No sabía cómo manejar todo esto. Llevo un mes angustiado, atormentado, dándole vueltas a la cabeza las veinticuatro horas del día, día y noche pensando en lo mismo sin descanso. No puedo más.

Raquel no comprendía, no le llegaban las palabras. Le parecía que Fer le estaba hablando en chino, que era un ventrílocuo y aquellas frases salían de su boca sin sentido alguno. ¿Estaría borracha y en realidad aquello no estaba pasando?

—Yo te he querido mucho —continuó Fer—, he sido muy feliz contigo, pero creo que ya no estoy enamorado de ti. Te quiero, pero no estoy enamorado de ti, y en realidad tengo que ser fiel a mí mismo, a lo que siento, más que nada por ti, para que no sufras, porque evidentemente tú sientes otra cosa. A la otra persona no la conoces. No te voy a decir quién es, no serviría de nada. ¿Para qué? Sé que tenía un compromiso contigo, una vida de ilusiones compartidas, pero no he podido evitarlo. Verdaderamente, no me siento con fuerzas para continuar con esta relación. Me siento tan agotado y débil por toda esta situación que creo que estoy a punto de enfermar. Tú no sabes qué es estar las veinticuatro horas del día pensando en todo esto… No creas que es una decisión a la ligera. Lo único que lamento es haberlo hecho así, de esta forma —continuó Fer.

Raquel apenas le escuchaba, o sí lo hacía, pero no entendía el significado de sus palabras. Era imposile que aquello le estuviera pasando a ella. Solo pensaba en una cosa: en el avión que tenía que coger a las siete de la mañana del día siguiente. Tenía la maleta sin hacer, todo sin preparar, una presentación importante al llegar, ocho largas horas de vuelo con sus jefes por delante…

—Sé que es el peor de los momentos, pero ¿qué momento es bueno? —continuó Fer—. No hay momento oportuno para hacer esto. Quizá ahora que te vas unos días la distancia te sirva para relativizar las cosas y ponerlo todo en perspectiva. Tú eres fuerte y tienes sentido del humor, te repondrás. En realidad, no necesitas a nadie. Y, de cualquier modo, no es nada que tú hayas hecho; tú no tienes la culpa de nada… Estas cosas pasan, Raquel. Yo no minimizo en nada lo que hemos vivido y tú encontrarás a alguien que te merezca de verdad. Has puesto mucho de tu parte en esta relación, lo sé y lo siento. Lo siento mucho.

De niña, Raquel siempre había soñado con dos momentos que presentía que serían estelares en su vida: el momento de su boda y el instante en el que le dijera a su marido que estaba embarazada de su

primer hijo. Se imaginaba con la prueba de embarazo en la mano de mil maneras: «Cariño, vas a ser papá», «Cariño, vamos a tener un bebé», pero la realidad es muy cabrona. Cariño se había pirado.

Nunca se le ocurrió imaginar cómo sería cuando su marido la abandonara. Pensaba que algún día alguno de los dos se moriría y esa sería la separación. No le entraba en la cabeza que otra variable distinta al orden natural de las cosas pudiera suceder.

El día en que descubrió que estaba embarazada, Raquel estrelló el Predictor contra el suelo mientras se repetía que no podía ser y se daba cabezazos contra la pared.

Durante un par de semanas, pensó, sopesó, se desesperó, lloró, se emborrachó. Las tetas le dolían, tenía todo el día una náusea constante, unas continuas ganas de devolver. Le costó, pero al final decidió dos cosas: no tendría ese hijo y jamás se lo diría a Fer.

Del momento del aborto prefería olvidarse. Recordaba una tarde fría de finales de otoño, la clínica por la calle Cartagena y una ginecóloga muy agradable que no hacía más que repetirle que todo iría bien.

Quince días más tarde, dejó su trabajo y toda su vida se fue a la mierda.

Así que sí, tal y como decía Maxi, las cosas no podían más que ir a mejor. Porque, entre otras cosas, ella ya había tocado fondo.

40
El cuaderno del gigoló

Maxi se compra un cuaderno cuadriculado como los que usaba en el colegio para ir anotando datos y curiosidades de las mujeres con las que se acueste. Todas van a estar locas como Bianca, es lo que piensa. Cree que, si registra todas esas locuras, hará mejor su trabajo, recordará cosas y después, cuando sea famoso, como le ha dicho Raquel, su diario podría convertirse en una serie de Netflix o salir en algún programa de la tele. La gente lista siempre lo apunta todo.

Por mucho gigoló que sea, nada ha cambiado. Sigue haciendo la misma vida. Después del episodio de Bianca, parece que no le sale ninguna clienta más. Quizá le llamen de pascuas a ramos; está visto que no puede contar con ningún ingreso fijo. La idea que le había vendido Raquel de ser el gigoló más famoso de todo Madrid no sucedía más que en las series que ella veía.

Los días de aquel octubre se le hacen eternos, los entrenamientos de boxeo por las mañanas en el gym, cuidar a su padre por la tarde, la Isa con sus tatus y sus movidas, su barrio, sus colegas... Ahora que ha salido de allí, que conoce otros lugares y otra gente, Hortaleza empieza a pesarle como una losa; se siente encarcelado, dentro de un lugar que le asfixia y del que necesita salir. No sabe explicar exactamente qué le pasa, solo sabe que no anda bien.

Las tres horas de entrenamiento diario en el gym hacen que no piense en nada, sus clases también le mantienen entretenido. Son las tardes en casa las que se le hacen más duras: el padre gogó, sin enterarse de nada y a la vez tan enfermo que le parte el corazón; la casa, tan diminuta, oscura y deprimente al lado de la de Raquel; su madre, a gritos con sus cosas, más abrasada que la pipa de un indio... Hasta la Isa le carga estos días, siempre con sus exigencias. También de ella necesita un respiro. No lo quiere ni pensar, pero le parece malhablada y hasta vulgar después de tratar a Raquel y a sus amigas. Pero ¿de qué coño iba? ¿Le sacaban un par de veces al centro y ya renegaba de su vida y de su barrio? Se merecía un par de hostias. A ver si tenía suerte y alguien se las daba.

Pero en realidad está impaciente y desanimado porque las cosas no suceden con la rapidez que Raquel ha previsto. Ella le dice en los pocos wasaps que se envían que hay que tener paciencia, que lo de forjarse una carrera como gigoló no es llegar y besar el santo. También ella está inquieta, se lo puede notar. Seguro que no tiene un pavo y algo se debe de traer con su exmarido.

—Pues sí que estamos buenos, papa. Mira, te he traído un bollo suizo de la pastelería de abajo, que sé que te gustan. Hoy estoy yo mal, padre... Ando jodido. Pero tela de jodido.

El padre, Evaristo, le mira con concentración, una media sonrisa, los ojos un poco líquidos. Parte con los dedos enflaquecidos pedacitos del bollo suizo y se los va comiendo como un pajarito...

—Pues, papa, a mí lo del curro este es lo de menos. Yo lo hago por ti, para que tú puedas irte a una residencia guapa y estar bien cuidado y la mama descanse un poco. Es a la tía esta a la que no me puedo quitar de la mollera, papa. No sé, desde que la conozco mi vida es mejor; más complicada, pero mejor. No sé si me entiendes. Qué vas a entender... Y se me parte el alma, papa, por la Isa. Y quiero que se me pase esto, pero no se va a pasar, que yo sé que no... Y no sé qué hacer, si llamar a la tonta esa y decirle algo o dejarlo estar, que casi es mejor dejarlo estar, porque si no se va a liar muy parda, papa. Que yo soy como una locomotora, voy sin freno y sin nada, ¿qué te parece? Pues así está tu hijo, hecho un gilipollas. Porque encima estoy preocupado porque sé que ella está mal por el cabronazo del ex, que lo está pasando mal... Y no sé de qué me preocupo, si total se está tirando a otro. Que se ocupe de ella el puto gato persa ese de los cojones. Encima es que soy más gilipollas y no nazco, papa, no nazco. Me cago en la leche, el día que esta pava se me puso delante. Puta piscina, quién me mandará a mí ser socorrista. Uno sale a currar y mira lo que pasa, que se convierte en gigoló, pero en gigoló muerto de hambre, y encima se cuelga de la *madame*... no te jode.

Raquel, tal y como pensaba Maxi, se encontraba aquellos días deprimida y asfixiada por sus problemas de dinero. Se veía en la calle, sin sitio adonde ir y con un negocio que hasta ella misma dudaba ya de que pudiera funcionar. Le repateaba que una tía fuerte y resuelta como ella pudiera ser tan dependiente del amor, pero lo cierto es que echaba terriblemente de menos tener a alguien a su lado, una persona a quien coger de la mano y que le diera calor, le infundiera valor y la hiciera sentirse segura. Estaba mal visto, sí, pero le importaba una mierda. Al menos a solas no había que sentirse empoderada y autosuficiente; podía sentirse una mierda insegura dependiente de afecto. Se preguntaba por qué nadie se enamoraba de ella, por qué su marido la dejaba en la estacada, qué tenían las imbéciles de sus amigas para que las quisieran y no las abandonaran como a ella. No lo quería admitir, pero a veces echaba de menos a Fer; no a él, sino la sensación de tener un compañero, alguien con quien caminar por la vida. Se sentía tan abandonada y perdida como una adolescente de

quince años. Se acordó de aquella canción de Marilyn: *When love goes wrong nothing goes right*, y pensó que era bien cierto. Ya puedes tenerlo todo, que como no tengas amor estás bien jodida.

Era lista, atractiva, estaba en lo mejor de la vida, y, sin embargo, tenía la sensación de que el tiempo se le escapaba como los granos de un reloj de arena. Pensaba que cada día sin amor era un día perdido, y ese era el problema, que no veía las cosas con claridad. Sencillamente, creía que la vida la castigaba con la soledad por haber abortado, que ese era el precio que tendría que pagar. Lo único que sabía era que aquella maravillosa y soleada mañana de otoño estaba encerrada en su casa sin nadie a quien llamar, viendo la vida pasar por la ventana en vez de formar parte de ella. Pensó en todas las parejas que estarían en aquel momento paseando por el Retiro, tomando el vermut en La Latina o en los parques infantiles con sus bebés… y se echó a llorar. Si al menos tuviera un rumbo claro… Pero no. Iba a la deriva, ese era el problema. Tenía la sensación de que no manejaba su vida, más bien era la vida la que la manejaba a ella. Pero ya estaba bien de lamentarse. Si quería cambiar su vida, tenía que hacer cosas que propiciaran ese cambio, cosas que la ayudaran a estar bien. No necesitaba a nadie para ser feliz, tan solo a ella misma. Había que ponerse en marcha ya, no perder un minuto más: lo primero sería deshacerse de Omar, una relación que la incomodaba y de la que se tenía que liberar…

—O sea, que me propones un trabajo que, de momento, no da una mierda, dejo mi curro para ayudarte, porque no tienes a nadie, y encima ahora me dices que no quieres ya nada conmigo. ¿Así me agradeces que haya apostado por ti? —le dice enfadado Omar por teléfono.

—Perdona, pero soy yo la que está apostando por ti —contesta Raquel—. Recuerda que nos conocimos en un avión. Fui yo más bien la que se la jugó contigo. El negocio dará dinero, estoy segura; solo hay que esperar. Precisamente, te he conseguido una nueva clienta para este sábado, una directora de marketing que conozco. Si me dices en qué otro trabajo puedes levantarte trescientos euros en una hora… ¿El que tenías en la empresa de logística te daba eso?

—Sí, claro… Trescientos euros por follarme a una tía vieja, con la cara paralizada por el bótox y que apestaba a anís, como la primera vez.

—No sé a qué te refieres. Y las viejas, como tú dices, también tienen derecho a recibir sexo, compañía y cariño, ¿no? El caso es que paguen. Y, de todas formas, si te quieres apear del carro y buscar otro

trabajo, desde luego eres muy libre de hacerlo —le espeta.

—¿Y por qué quieres que dejemos de acostarnos, si te encanta follar conmigo? Reconócelo… —pregunta Omar—. ¿No será por el gilipollas ese de Maxi? ¿Te lo estás follando? Vi perfectamente cómo os hacíais ojitos el día del simulacro y luego en el retiro de Juan Salvador. Tú estás pillada por el tal Maxi.

—Uno: no digas tonterías, y dos: no te consiento que me hables así. Los tres trabajáis para mí. No quiero líos con nadie que trabaje conmigo, y esa y nada más que esa es la razón, Omar. No le busques tres pies al gato. Trabajaré como una loca por conseguirte clientas, como llevo haciendo desde que empezamos esto. Lo nuestro está terminado desde hoy.

—Te vas a arrepentir de esto, Raquel. Que sepas que hasta la fecha tú eres la primera mujer que me ha dejado…

—Yo no te he dejado, no se deja a alguien con el que no se tiene nada —contesta Raquel—. Tú y yo solo follábamos.

—Y ya te has cansado del muñeco árabe, ¿verdad?

—Si lo quieres ver así… Te lo he intentado explicar de mil formas.

—Okey, entendido. Pero no me pongas delante al Maxi ese de los cojones, porque le reviento la cara. Vas a tardar cero coma en cambiarme por él.

La reacción de Omar había sido ni más ni menos que la que Raquel intuía y seguramente acabaría dejándola en la estacada cuando menos lo esperara. Lo veía venir. Con lo celoso que era y el ego de camión que se gastaba, las cosas no iban a quedarse tranquilas. Estaba segura. Pero al menos le había echado de su cama.

Hacía tiempo que el sexo con él ya no le gustaba tanto. Aquellos polvos salvajes estaban bien, sí, pero no siempre. Y con él todo resultaba demasiado brutal. No había afecto ni ternura, ni nada…

Y Omar tenía razón. Raquel pensaba en Maxi, pero más como una ensoñación, como una fantasía adolescente. Sin embargo, algo la empujaba a creer que habría de vivir algo con él, que aquella persona que había llegado a su vida de casualidad y para revolucionarla estaba destinada a jugar algún papel en su vida tarde o temprano. Raquel deseaba ver el futuro, aunque solo fuera como un leve parpadeo… Pero sí, a veces se sorprendía mirando el WhatsApp solo para ver si él estaba en línea. Entonces, abría su foto de WhatsApp y le veía allí, tan sonriente y guapo, con aquella cara de bueno… La ampliaba, la volvía a cerrar. En ocasiones, le entraban ganas de escribirle algo, cualquier cosa, pero ¿qué le iba a decir si no era algo de trabajo?

En cuanto a la agencia, parecía que sus técnicas de marketing iban

poco a poco haciéndole ganar más clientas. A menudo la vía de comunicación era el teléfono, pero muchas veces concertaba las citas a través del *mail* y, efectivamente, en la mayoría de los casos, todas contactaban por amigas o por conocidas que ya habían probado.

Intentaba no hacerlo, pero cuando alguna clienta dudaba o no sabía a cuál de sus tres gigolós escoger, ella siempre favorecía a Maxi. No lo hacía solo por ayudarle; sabía que aquel chico le haría ganar mucho dinero. Las estrellas en su ficha nunca eran menos de cinco. Una de las clientas incluso había puesto «un amante prodigioso, la lengua es la especialidad de la casa». A Raquel todos aquellos comentarios la sacaban de quicio, no podía evitarlo. Telmo también recibía buenas críticas y calificaciones. Sin embargo, era Omar el que no tenía ninguna. Raquel sabía que el persa también estaba rabioso por eso.

—Te crees con mucha clase, Raquel, pero hacer que nos puntúen como si fuéramos un puto restaurante en Trip Advisor es muy pero que muy vulgar —le había dicho Omar—. Menos mal que a mí me da igual, tengo muy claro lo que valgo. Mi autoestima no depende de la opinión de cuatro viejas ricas.

Pero no. Estaba claro que no le daba igual y tarde o temprano se lo haría pagar. Raquel estaba segura de ello.

41
Anna y Sofi

Maxi pilla el metro desde Mar de Cristal a Gran Vía. Debería haber cogido un taxi y cargárselo a Raquel como otras veces, pero intuye que no anda bien de pasta, así que se coge el metro. Esas cosas le traen sin cuidado; lo guay de ser de barrio, que uno no está acostumbrado a lo bueno, sino a lo normal. La clienta le estará esperando en el bar de un hotel de la Gran Vía, el Suecia.

Esa vez no lleva su *look* macarra, Raquel le ha dicho que mejor se ponga traje. Al parecer la tía es medio famosa, alguien de la tele. Su madre le pregunta adónde va tan guapo, de dónde ha salido ese traje.

—Me lo han dado en el trabajo —dice él—. Hay que ir así para recibir a los clientes.

—Debe de ser gente de mucha categoría —responde ella—. Qué orgullosa estoy de ti, hijo mío… Así me gusta, que te codees con personas finas y con clase.

Se siente guapo al estrenar su traje. Es la segunda vez que lleva uno tras la noche con Fabiola en el Real. Le queda de puta madre, como hecho a medida. Huele de miedo, también puede notarlo. Después de aquella vez, ya no se olvidaba nunca del perfume. En el vagón de metro, grupitos de chicas le miran y cuchichean. Llama la atención así vestido. Aprovecha el trayecto para mandarle un wasap a Isa:

Nena, hoy tengo unos huéspedes que llegan a la casa de Castelló a las diez y no sé a qué hora volveré. Nos vemos mañana.

Isa no contesta. Puede que se haya cabreado una vez más.

Maxi piensa al llegar que el sitio mola mucho, como todos a los que va últimamente. Hay espejos por todas partes, botellas centelleantes de colores, luces suaves… Se quedaría a vivir para siempre en sitios como esos. Raquel apenas le ha contado nada sobre la clienta, solo lo de la tele. Echa una rápida visual y se fija en una tía que toma un cóctel en la barra. Debe de ser ella. Lleva un vestido

negro muy sexy y el pelo ni largo ni corto, de color negro intenso, con flequillo. Tiene tipazo, al menos sentada lo parece. No entiende nada. El mundo está loco si una tía como esa necesita pagar por un polvo.

Se presenta seductor, como si llevara toda la vida hablando con desconocidas.

—¿No serás Anna por casualidad? Soy Maxi…

—Oh, sí, Maxi —responde—. Vaya, eres mucho más guapo que en las fotos. ¿Cómo estás? Yo un poco nerviosa —dice dándole un trago largo al cóctel—. Es la primera vez que hago esto, ¿sabes?

—Oye, perdona que te lo diga así, sin más, pero eres guapísima. Me acabo de quedar alucinado cuando te he visto. Me suena tu cara, debe de ser por la tele. Algo me ha comentado mi jefa.

—¿Sorprendido de qué? ¿De que una mujer como yo que encima sale en la tele tenga que pagar a un acompañante? Te lo explico más tarde —le contesta—. Dentro de quince minutos debemos estar en Malasaña. Presento mi primera novela en una librería y quiero que me acompañes como si fueras mi novio.

—Okey —dice Maxi—, yo encantado. Creo que hacemos buena pareja. ¿Y qué tipo de novela has escrito, si puede saberse?

—Una novela erótica —responde Anna—. Lo he hecho para ganar audiencia. Mi programa está flojo y, como siga así, me van a despedir. Ahora las cadenas de televisión no se andan con coñas.

—Ya me dejarás leerla —dice Maxi—. Me muero de curiosidad. Y dime, ¿qué quieres que haga en la librería? ¿Cómo debo actuar?

—Te presentaré a un montón de gente; sé amable con todos y sonríe mucho. De vez en cuando, me agarras del brazo, me besas o me haces algún gesto cariñoso… Bueno, ya sabes: lo que ya habrás hecho mil quinientas veces. Te voy a cambiar el nombre, si no te importa; esta noche serás Bruno, ¿te parece bien?

—Sí, claro, no hay problema. Llámame como tú quieras, para eso estamos —contesta Maxi sonriendo.

Un taxi los deja en la librería Tipos Infames. El lugar está lleno y, cuando entran, todo el mundo hace cola para saludar a Anna. Después, ella se sienta en una mesa junto con otras dos personas mientras el resto ocupa su lugar en las sillas dispuestas para la ocasión. Anna empieza a hablar de su novela. Hay algunos periodistas que se acercan a tomarle fotos mientras ella cuenta cosas sobre el libro y las razones por las que se ha lanzado a escribir la historia. Una actriz lee unos pasajes del libro que a Maxi le resultan bastante eróticos. Está sentado en primera fila, aplaudiendo entusiasmado cuando toca y lanzándole a Anna miradas de complicidad.

Tras la presentación se celebra un pequeño cóctel en la misma

librería. Maxi no se separa de Anna, la agarra discretamente de la cintura. Ella le presenta a un montón de gente como *su chico*, Bruno, entre otros a su editora y al director de la cadena para la que trabaja. Él sonríe continuamente, atiende a las conversaciones, habla poco y, sobre todo, está pendiente de Anna, de cada uno de sus gestos.

En un momento en el que ella está demasiado ocupada rodeada de su corte de admiradores, Maxi se escapa a ver los libros apilados en una mesa. *Lo que no sabía de mí*. Coge uno y lee la solapa donde estaba la biografía de Anna: «Anna Leiva es periodista y desde hace cinco años es presentadora y directora del magazine de Antena 3 "Las tardes de Anna". Colabora también con varios programas de radio y escribe una columna semanal en *El Mundo*». Coño, aquella tía era superfamosa. Lo que era no ver la tele... Y le había elegido a él como acompañante, eso era lo más extraño.

—Te regalo una —le dice Anna, acercándose y tendiéndole una copa de champán—. Luego te la dedico, si quieres.

—Claro. Me hace mucha ilusión. Nunca he conocido a una escritora y menos tan famosa. He leído tu biografía. Creerás que soy un pueblerino por no conocerte, es que yo no veo mucho la tele —le dice disculpándose.

—Haces bien en no verla. Mi programa es una basura, pero lo ve demasiada gente como para tomárselo a broma. ¿Ves a aquella chica de allí del vestido rojo? La jovencita...

—Sí —responde—. Es muy guapa, pero no tanto como tú...

—Es mi pareja, Sofía. En realidad, es la hija del novio de mi madre, un pez gordo del Gobierno, un ministro... Sí, ya sé. Mucho lío. Y además tiene dieciocho años. El mundo de los medios es muy cotilla y bastante conservador, así que en ocasiones como estas recurro a los novios de pega. Para triunfar en una fiesta o presentación solo hay que llevar dos cosas: un vestido negro y un tipo guapo y más alto que tú al lado... Y si eres lesbiana, te jodes y simulas ser hetero durante un rato. Hay que vender libros, hacer crecer la audiencia del programa y quedar mona en las revistas, tú ya me entiendes.

—Sí, me hago cargo —contesta Maxi. En realidad es la primera vez que conoce a una lesbiana, solo las ha visto alguna vez en la tele, en el *First dates*. Ni de coña habría pensado que Anna fuera lesbiana. Tenía la idea de que todas llevaban el pelo corto y pinta de camioneros. Está claro que se equivoca.

—¡Te has quedado de piedra, ¿eh?! Tranquilo, que algo haremos después de la fiesta... En algo coincidiremos, no te preocupes.

Maxi ve que, efectivamente, la tal Sofía no aparta los ojos de Anna. Al final se libra del grupo en el que está en un pequeño corrillo y va

hacia ellos.

—¿Quién coño es este? —le pregunta—. De cerca es guapísima, parece modelo. Rubia, pelo ondulado, piernas largas y delgadas.

—Es mi ligue de pega, Bruno, ¿te gusta? —contesta Anna sonriéndole—. Mi novio ha decidido que eres la más guapa de la fiesta y quiere follarte, pero le gustaría que yo lo viera... Es un poco pervertido, ¿no es eso lo que quieres, novio mío? Es que es muy tímido y no se atreve a proponértelo.

—Anda, Anna, para ya —protesta Sofi—. No estoy para coñas. Ya bastante tengo con no poder estar contigo en toda la noche, con mi padre y tu madre todo el rato pegados al culo. ¿De dónde has sacado a este?

—Vámonos a mi casa con él y te lo cuento —le dice Anna. Después se acerca al oído de Sofía y le dice algo en voz baja. Ella sonríe como una niña pequeña.

«Vaya por Dios —piensa Maxi—, ya me han metido en otro lío. A ver qué se les ocurre a estas dos. Me lo veo venir.»

—Bruno —dice Anna—, como te he contratado por tres horas, ¿te parece bien venir a mi casa con Sofi y conmigo? Vamos a pasarlo bien los tres...

—Yo lo que vosotras digáis —responde Maxi. Mira a las dos mujeres y piensa que cualquier tío mataría por follarse a aquellas dos juntas, y encima él se va a sacar casi mil euros por hacerlo. Había que verlo en positivo.

A los diez minutos están entrando en el ático de Anna en la Gran Vía. Se ve que es la casa de una famosa; hay cuadros y fotos con su cara por todas partes.

—¿Nos tomamos unas copas y un poco de M que tengo por aquí para celebrar lo del libro? —pregunta Anna, besando a Sofi y cogiendo por la cintura a Maxi—. ¿Te gusta mi novia, Maxi?

—Por mí, si —dice Sofi—. La presentación me ha puesto histérica y necesito relajarme un poco. Tener que esconderme me da asco.

—Os vais a reír de mí —confiesa Maxi—, pero es que yo nunca me he metido una pasti. ¿Lo del M qué es? ¿Como un tripi?

—¿Estás de coña? —pregunta Sofi—. Pero ¿de dónde has salido tú, colega? ¿De la prehistoria?

—Hace poco, una amiga me preguntó lo mismo —contesta Maxi, acordándose de Raquel—. No sé, soy un tío sano. Algún porro sí me fumo con mis colegas, pero no muchos; me quedo sopa...

—Pues ya va siendo hora de pervertirte un poco, ¿no? —dice Anna —. Tanta salud no es buena. Luego os acabáis muriendo igual, pero sin haber disfrutado ni la mitad que nosotros, los pervertidos. El

MDMA es la droga del amor, guapo, ya verás cómo mola el sexo con ella. Vas a volar.

Maxi duda en si aceptar o no la propuesta de Anna. Sabe que Raquel jamás aprobaría algo así, que no debe drogarse *de servicio*, pero, por otra parte, la clienta quiere que lo pruebe y ella es la que manda. Anna vuelve con tres vasos de agua y pone los cristales de M encima de la mesa. Las dos se sientan en el sofá, dejando a Maxi en el medio. Él no tiene ni idea de cómo se toma, pero pronto lo descubre. Anna disuelve un poco del M en un vaso de agua y se lo tiende para que beba.

Sofi ha puesto música, una música machacona e hipnótica que a Maxi le resulta desagradable, pero que poco a poco le va calmando y relajando. Empieza a sentirse estupendamente. Todo es paz, armonía y buen rollo a su alrededor. Paz y amor y chicas guapas y famosas, casas bonitas, luces suaves, alfombras mullidas... y dinero. Debería controlar de alguna forma el tiempo, pero le da igual. Se lo regala. Paz y amor. Solo quiere tocar y que le toquen, continuar sintiendo esa música le martillea dulcemente las sienes.

—Bueno, ahora que creo que ya estás casi colocado, podemos ir animándonos un poco —dice Anna—. Quiero que te folles a mi Sofi, pero muy despacio. Yo te diré lo que tienes que hacer, ¿de acuerdo? Vamos a hacerle tocar el cielo —le dice a Maxi al oído.

—¿Qué coño os traéis vosotros dos? —pregunta Sofi.

Maxi asiente partiéndose de la risa. Le parece que el M ya le está empezando a hacer efecto...

—Métele la mano por debajo del vestido y acaríciale las piernas y los muslos mientras la besas —le susurra Anna.

Y Maxi lo hace. Sofi no opone resistencia. Parece entre divertida y curiosa. Maxi juguetea con la lengua mientras escurre la mano por el interior de sus suaves muslos. El efecto del ácido hace que se sienta realmente bien, y claro que le apetece tirarse a esa tía tan guapa. Sería tonto si no le apeteciera. Nota que tiene una enorme erección.

—Más arriba —ordena Anna—. Tócala por encima de las bragas.

Y Maxi llega hasta las bragas de Sofi, que ya se ha recostado en el sofá y abre ligeramente las piernas.

Anna mira la escena con los ojos brillantes de lujuria. Maxi nota el clítoris hinchado de Sofi por encima de sus bragas y empieza a masajearlo ejerciendo una suave presión. Ella comienza a gemir y se abandona por completo. Los ojos de Anna brillan cada vez más...

—Ahora bájale las bragas, quiero que hundas la cabeza entre sus piernas y le comas bien el coño. Haz que se corra. Seguro que sabes cómo hacer que se muera de gusto —le dice al oído, sin que Sofi

pueda oírlo.

Y claro que lo sabe… Esa era precisamente la especialidad de la casa, o al menos eso decía su novia y también en los comentarios de la web. Maxi se pone de rodillas frente a Sofi y le quita con delicadeza las bragas de encaje rosa que lleva, para luego bajar directamente la boca hasta su sexo. Está húmedo, salado y palpita de excitación. Empieza a pasar la lengua en sentido vertical muy suavemente primero y luego más rápido, mientras ella le sujeta la cabeza con las dos manos.

Sofi gime de placer mientras mira de reojo a Anna, que ya se ha desabrochado el pantalón y comienza a masturbarse mientras la mira. Hace tiempo que Anna tiene ganas de ver cómo su dulce Sofi se corre con un hombre, ver cómo le meten una polla de verdad… no los vibradores con arneses que normalmente utilizan.

Cuando Anna nota que Sofi está a punto del orgasmo, se acerca a ella y, levantándole el jersey, le aparta el sujetador y empieza a mordisquear y lamer sus pequeños pezones de ninfa mientras Maxi sigue trabajando su clítoris cada vez con más intensidad.

—¿Te vas a correr, gatita? —le susurra Anna a Sofi al oído—. ¿Serás tan zorra de correrte con un tío? No se te ocurrirá, ¿no? Y menos delante de mí. Vas a hacer que me sienta fatal.

Sofi se excita aún más con los susurros de Anna; también ella está flotando por los efectos del ácido. Sus gemidos van ganando en intensidad, su cuerpo se estremece de placer gracias a la lengua de Maxi, sus caderas se mueven cada vez más rítmicamente… De pronto, es ella la que busca la entrepierna de Anna con la mano y comienza a acariciarla como sabe que a ella le gusta más. A los pocos segundos, las dos se corren al mismo tiempo.

—Ahora quiero que te folles a Sofi, cariño —ordena Anna a Maxi en voz alta—. Y hazlo con delicadeza. Ten en cuenta que nunca se ha acostado con un tío…

—No quiero hacerlo —protesta Sofi—. Quiero contigo.

—Conmigo ya lo haces todo el tiempo, mi amor. ¿No quieres probar una polla de verdad? Verás como te gusta. Anda, hazlo por mí, gatita. Si te va a encantar. Luego quizá no quieras acostarte conmigo. Déjanos ver tu polla, tesoro, deja que mi Sofi juegue un poco con ella…

Maxi está bastante mareado, pero intenta mantener el tipo y hacer lo que le dicen. Sofi se acerca tímida, como estudiando algo que nunca ha visto. La toca, la sopesa, la mira con curiosidad.

—Métetela en la boca, cariño —le pide Anna guiándole la cabeza hacia la polla—. Cómetela toda; así, así… muy bien —exclama

moviéndole la cabeza rítmicamente adelante y atrás.

Maxi está excitado. Estar con esas dos tías no le cuesta ningún trabajo. Las dos están buenísmas. Si le vieran sus colegas, se morirían de la envidia… Y encima una que sale en la tele.

Anna aparta a Sofi de la polla de Maxi y propone seguir en el dormitorio. Se van los tres hacia allí enlazados de la cintura, riéndose, tambaleándose un poco. Hay una enorme cama y unos budas gigantes a modo de cabecero. La habitación está en penumbra, tan solo iluminada por una pequeña lamparita y algunas velas estratégicamente colocadas.

—Ahora, fóllate a mi gatita —le dice a Maxi—. Quiero que la hagas correrse de nuevo, pero esta vez con tu polla dentro.

Maxi está cada vez más mareado, se le va la olla… pero debe mantener el tipo. «Esto es un trabajo, un trabajo —se repite—. El M ese es solo un cristal de nada, una mariconada…»

Cuando se despierta, ya es de día. No se acuerda de mucho. Sofi duerme a su lado en la gran cama. A tomar por saco el recuento de las horas. Raquel le va a matar si llega a enterarse. Se levanta de la cama con las sienes estallándole, la boca seca y un malestar parecido a la resaca. Se pone como puede su ropa, que está dispersa por el suelo de la habitación. Encuentra a Anna en el salón tomando un té y fumando un cigarrillo.

—Te quedaste desmayado y no nos atrevimos a despertarte. Ni siquiera te follaste a Sofi, tuve que hacerlo yo con el arnés, como de costumbre, pero tengo que decirte que nos pusimos muy cachondas viéndote así tan dormidito. No pensaba que los gigolós fueseis tan tiernos. Por cierto, ¿quién es Raquel? ¿Es tu novia? Antes de quedarte KO, intentaste follarte a Sofi y no parabas de repetir: «Raquel, Raquel… quiero a Raquel».

42
Un terremoto llamado Pilar

—Tu madre ha llamado, que llega de Marruecos mañana a las siete —dijo la Tata—. ¿Piensas ir a buscarla al aeropuerto?

—¿Qué pasa? ¿Hay huelga de metro? —respondió Raquel—. Si no quiere coger el metro, tiene pasta de sobra para coger un taxi. Ya bastante tengo con lo que tengo...

—¿Y qué es lo que tienes esta vez? A ver, sorpréndeme. Callos de fregar como yo me parece que no.

—Pues muchos problemas, Tata, eso tengo. Demasiados como para tener ahora que ocuparme de mi madre y sus ocurrencias. Está muerta de aburrimiento y no se le ocurre otra cosa más que venir a darme el coñazo. La pobre se creía que una señora del barrio de Salamanca como ella, que estaba todo el día en el Mallorca de Serrano comiendo ensaimadas con las amigas, se iba a acostumbrar a Marrakech, y ya ves lo que le ha durado el encantamiento. Solo espero que se vaya pronto, Tata, porque como se quede mucho, la que se va a tener que ir a Marrakech voy a ser yo, pero a hacerme el *harakiri*.

—¿Eso no es japonés? Tendríamos que saber de qué manera se suicidan los marroquíes, *filliña*.

—Ay, Tata, déjame en paz. No estoy para tus cosas...

—Yo no es por meterme, que sé de sobra la relación que tenéis, pero ¿no puedes hacer por llevarte bien con ella, hija? Al final es la única familia que tienes. No os tenéis más que la una a la otra...

—La familia está sobrevalorada. Cuando los necesitas, casi nunca están, tarde o temprano se mueren, y luego ¿qué? La familia no es la solución.

—¿Y cuál es la solución?

—No necesitar a nadie y no querer a nadie más que lo indispensable —contestó Raquel—, esa es la solución. Más tarde, cuando pase todo esto, me haré budista. Ya me tienen reservado un cojín con mi nombre allí en el Himalaya.

—Tú antes no eras así, Raqueliña. Desde que te rompieron el corazón, te has vuelto dura como una piedra, pero ya cambiarás. Es cuestión de tiempo que la piedra se ablande —dijo la Tata—. Tu madre no es mala, hija, y te necesita. Dale una oportunidad. Sé lo que me digo...

Pilar desembarcó en el ático de Zurbano el día antes de

Nochebuena como un elefante en una cacharrería, llena de regalos y táperes con pastelitos marroquíes, higos, aceitunas, limones confitados para hacer tagine, y especias. Su hija, como era de esperar, la recibió con la desgana mal disimulada de siempre.

—He reservado en el Hotel Palace para la cena de mañana, hijita. Viviremos una auténtica Nochebuena, nos arreglaremos y nos olvidaremos de todos nuestros problemas. ¿Te acuerdas de la Nochebuena que pasamos una vez en México, allí en Cancún? Qué bien lo pasamos.

—Como para no acordarse —contestó Raquel—. Papá aparecía solo por las noches y tú te pasaste aquella semana anclada en la barra del bar del resort bebiendo margaritas y ligando con los camareros mientras me dejabas todo el día en el club infantil lleno de niños diez años más pequeños, ¿no te acuerdas tú?

—Ay, hija, no, la verdad que no me acuerdo. Contigo todo son reproches, no hay manera. Quiero ayudarte, Raquel. Déjame ayudarte ahora.

—¿Ayudarme a qué, madre?

—A encarrilar tu vida, hija mía. Ya me ha dicho la Tata lo que te quiere hacer Fernando y también me ha dicho que tu agencia no va todo lo bien que esperabas. Le pondremos remedio a eso.

—¿Y cómo se supone que vas a hacerlo? —preguntó Raquel.

—Te ayudaré a buscar clientas mientras esté en Madrid... Y quiero conocer a tus gigolós, ver lo que te traes entre manos —señaló la madre—. Y no debes preocuparte por mí. Solo pasaré un par de noches en tu casa, si me aceptas. Me da lástima ir a un hotel teniendo a mi hija aquí. En dos días me mudaré a un apartamento alquilado que ya he reservado y que está muy cerca; así podremos pasar más tiempo juntas, hijita. Además, no te daré la lata, tengo que hacer muchas cosas en Madrid; estaré atareada y dentro de un mes, si Dios quiere, regresaré a Marrakech. No me fío de que Amed tenga dos dedos de frente para gestionar el riad, es como un niño. Está perdido sin mí. Si le quité de la calle de vender higos por el zoco...

Raquel y su madre consiguieron pasar una Nochebuena más o menos pacífica en el Palace. Aquella noche, mientras se arreglaban juntas en la habitación de Raquel antes de marcharse, hasta parecían una madre y una hija normales, compartiendo confidencias, poniéndose y quitándose ropa, cambiándose de zapatos y de peinado, intercambiándose las barras de labios...

—¿Ves, hija, como en el fondo tú y yo nos llevamos bien? Si es que además somos iguales —dijo la madre—. Bueno, iguales no, porque tú eres monísima y tienes un tipazo y yo mira cómo estoy, hecha una

cacatúa. Mira qué descolgada tengo la cara, qué horror, con lo guapísima que yo he sido. Con la edad, todo se descuelga menos las encías, que se retraen. Es que no somos nada, hijita, y desnudos mucho menos. Yo ya desnuda no quiero ni verme. Cuando salgo de la ducha, cierro los ojos para no verme en el espejo que tengo enfrente; un día me voy a partir la crisma.

Al día siguiente, no parecía que hubiera clientas a la vista. Nadie quería sexo en Navidad, la gente estaba comiendo con sus familias y abriendo regalos. Raquel, su madre y la Tata dedicaron la jornada a enredar frente a la tele, «como antes». La Tata preparó los platos favoritos de Pilar y las tres recordaron tiempos pasados, aunque Raquel, como siempre, a regañadientes y refunfuñando. Cuando notaba que cedía a la risa, se relajaba o simplemente se sentía bien, volvía a ponerse alerta como una gata ante un peligro que la acechara. Pero lo cierto es que sí se sentía bien, protegida por aquellas dos mujeres que, aunque atípicas, eran las únicas madres que conocía.

Algo, sin embargo, turbó la paz de aquel día de Navidad de garrapiñadas, pastelitos marroquíes y conversaciones delante de la tele. Omar decidió presentarse sin previo aviso, como había hecho tantas otras veces.

—Necesito verte, Raquel. Te echo de menos. No me importa que no me des clientas y todas se las des a tu consentido. Lo que quiero es estar contigo como antes. Déjame entrar...

Raquel le impidió el paso.

—Omar, lo que te dije iba en serio. No quiero volver a tener nada que ver contigo. Eres mi empleado. Punto. ¿Qué haces, que no estás celebrando la Navidad como todo el mundo?

—Es por el otro, ¿verdad? Por Maxi.

—Ya te dije que Maxi no tiene que ver en eso. Los tres sois iguales para mí, exactamente iguales. Espero que lo entiendas y lo sepas respetar.

Omar, entonces, quiso atraer a Raquel hacia sí.

—No me toques —le dijo—, no me obligues a prescindir de ti ahora que las cosas empiezan a despegar...

En ese momento, Pilar pasó delante de la puerta...

—¿Quién es este joven tan gallardo? —le preguntó a su hija.

—Es Omar, uno de los chicos que trabajan en la agencia. Ha venido a buscar una cosa que necesita, pero ya se marcha...

—¿Cómo que se va? —preguntó la madre, acercándose con coquetería—. Nada de eso. Estábamos tomando té a la menta con unos dulces, ¿te gustan los pasteles marroquíes, joven? Creo que también hay algo de turrón.

—Claro que me gustan; de hecho, todo lo que me recuerda a mi tierra me gusta —respondió Omar.

—¿Ah, sí? —preguntó la madre—. ¿Y de dónde eres? Pasa y me lo cuentas dentro con un té, hijo mío, que hace un frío que pela para estar en la puerta o es este clima, que ya no me hago a él. Hace un frío helador. Claro que esto es Castilla, qué te vas a esperar.

—Soy persa —contestó Omar como siempre, pasando dentro ante la mirada furiosa de Raquel.

—Persa, qué maravilla, como un sultán de *Las mil y una noches*... *Salam aleikum*. Yo tengo un amante que se parece bastante a ti, ¿no es verdad, Raquel, que Amed se parece un poco a este chico tan guapo?

—Mamá —protestó Raquel—, no líes a Omar. Tiene prisa.

—No es ningún lío, al contrario —replicó él—, me encantaría tomar un té con una persona tan interesante. Se ve que es usted una mujer extraordinaria, aunque, bueno, si es la madre de Raquel, no me extraña.

—¿Y desde hace cuánto vives aquí, Omar el persa? —preguntó Pilar mientras le servía una taza de té ante las miradas de soslayo de la Tata y Raquel.

—Vine hace ya años; me casé con una francesa a la que conocí en Teherán y estuvimos viviendo en varios países, entre ellos Francia y Marruecos. Al final nos separamos. Yo tengo la nacionalidad francesa, así que siendo europeo decidí establecerme en España, donde hay más trabajo que en mi hermosa tierra.

—¡Qué interesante! Yo hablo algo de árabe —dijo la madre—, quizá podamos practicar luego un poco.

—Como quieras... Pero no me gusta hablar árabe en España, no suelo hacerlo. Me causa mucha tristeza. Me recuerda a Irán. Y, además, nuestro árabe es diferente al de Marruecos; es más culto.

—Vaya, qué lástima —respondió la madre—. ¿Ni siquiera un poquito?

—Déjale en paz, mamá —interrumpió Raquel—. Y ahora, Omar, si no te importa dejarnos... Estábamos discutiendo asuntos familiares y tenemos que ir al cementerio a visitar la tumba de mi padre —mintió Raquel—. Lo hacemos todos los años en Navidad.

—¡Qué buena idea! —dijo la madre—. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Voy a cambiarme, hija mía, que no puedo ir así vestida de Sherezade a un cementerio —dijo Pilar señalando su túnica marroquí—. Encantada de conocerte, hijo mío, feliz Navidad, próspero Año Nuevo y espero que te vaya muy bien como prostituto de mi hija. Si yo tuviera veinte años menos...

—Mamá, déjalo ya —protestó Raquel.

Omar se disculpó un momento para ir al baño…

—Qué chico más guapísimo —dijo Pilar en su ausencia—. Pero, sin embargo, no sé… Tiene algo raro. ¿No le veis algo raro?

—Yo de raro no le veo nada, como no sea cómo habla, que parece un gilipollas —contestó la Tata.

Omar tardó varios minutos en regresar del baño y, cuando lo hizo, Raquel se levantó para acompañarle a la salida.

—Como vuelvas a aparecer por aquí sin avisar, estás en la calle, ¿entendido?

—Eso depende —dijo Omar—. Parece que a tu madre le caigo mejor que a ti. Vendré a tomar té con ella de vez en cuando. Seguro que me trata mejor que tú…

—Atrévete —dijo Raquel desafiante—. Ni se te ocurra acercarte a ella, ¿me oyes?

—¿No me digas? —contestó el persa—. Ya que no me puedo follar a la hija, tendré que intentarlo con la madre, ¿no?

Raquel estaba furiosa; aquel tipo ya se estaba pasando de castaño oscuro. No quería verle más que lo imprescindible, es decir, para que le diese su dinero después de cada servicio y punto.

Media hora después, las tres mujeres partían en un taxi camino del cementerio de La Almudena a visitar la tumba del padre de Raquel. Antes pararon en un chino del barrio porque Pilar se empeñó en comprar un ramillete de flores de plástico, después de decir que eran más ecológicas que las naturales.

—Ya sé lo que le veía de raro a ese Omar —dijo de pronto la madre cuando ya caminaban por La Almudena buscando el nicho del padre—. Lo raro era su acento, hija mía. Yo te digo que ese hombre tiene de árabe lo que yo de sueca… es decir, cero patatero. Vivo en un país musulmán y sé reconocer el acento. Ese chico será sevillano o cordobés o sabe Dios de dónde, te lo digo yo.

—No digas chorradas, mamá.

—¿Ah, sí? Eso ya lo veremos. Mira por dónde, he venido a Madrid a resolver un misterio. Si es que donde pongo el pie, me sale una aventura…

43
Todo tiene un precio

Conforme van pasando las semanas, Maxi va llenando poco a poco páginas de su cuaderno con los datos y curiosidades que aprende de sus clientas: preferencias, direcciones de hoteles, nombres de restaurantes y vinos, trucos sexuales, curiosidades, bromas, citas o anécdotas que repetirá con otras. No es que tenga la agenda petada de citas ni sea de lejos el gigoló más buscado de Madrid, pero de momento la cosa le da para una o dos salidas por semana, lo cual son más de mil pavos, teniendo en cuenta que la mayoría de las clientas suele contratar al menos un par de horas. Se pregunta en qué otro trabajo va a sacarse casi cinco mil euros al mes y la respuesta está clara: en ninguno. Ni siquiera el presidente del Gobierno gana tanta pasta.

La verdad es que los consejos aprendidos de Juan Salvador Seducción han resultado ser oro. Por lo que ha visto hasta el momento, el gurú tenía razón: a las mujeres les gustan los machos alfa, los que no titubean ni en la vida ni en la cama, los chicos alegres, simpáticos y galantes. Hasta aquel momento y quitando el día de la cita con Anna en la que se quedó dormido por culpa del M, no recuerda haberla cagado con ninguna clienta. Interpreta de cine el papel de perfecto caballero, como si hubiera nacido en un barrio pijo y hubiese sido educado en los mejores colegios. Además, ellas tampoco son tan exigentes como había pensado en un principio. Solo quieren sentirse deseadas y especiales, un buen revolcón, un tío guapo y con clase que les escuche y las haga correrse unas cuantas veces. El espejismo del amor.

No tiene ni idea de cómo les irá a Omar y Telmo. Raquel se guarda muy mucho de compartir esa información con él. La única vara de medir que tiene son las opiniones que le dejan las clientas en su perfil de la web. Ha tenido mucha suerte, desde luego. Todas las mujeres con las que ha quedado le han dado cinco estrellas y le dedican comentarios halagadores que él lee una y otra vez.

En esas primeras semanas como gigoló descubre dos cosas: que el control da poder y que saberse el rey del mambo puede hacer que te sientas muy pero que muy bien. Estar bueno también da poder, y mucho. Descubre que folla bien, cosa que ya intuía, pero que ahora ya sabe a ciencia cierta y, por último, que el dinero y ver cómo crece y se multiplica es algo que puede resultar bastante excitante. Uno no sale a la calle con la misma actitud cuando tiene cuatro mil euros en su

cuenta que cuando tiene cincuenta.

Las experiencias bizarras con las que empieza su carrera de gigoló se calman un poco y surgen las citas estándar de cena y sexo en cualquier hotel distinguido del centro, incluso sin sexo. Mateo tenía razón; muchas clientas solo quieren hablar, que alguien atractivo les preste toda su atención durante un par de horas. Se da cuenta de otra verdad: la gente está muy sola y esas mujeres le pagan por tener la ilusión de no estarlo. Le hablan como si fuera un viejo amigo: de sus trabajos, de sus problemas, de sus maridos y sus dietas. Los perfiles son bastante parecidos. Lo que no es igual es su aspecto. Maxi pensaba que le costaría más trabajo hacerlo con mujeres que no le excitaran, pero al fin y al cabo es un trabajo y él se siente ya un profesional. Un profesional del sexo y un profesional de la escucha. Le gusta ese término: un profesional. Cuando no se empalma con una tía, piensa en la pasta que va a ganar y entonces lo consigue. Lo flipa. Es como si el dinero, algo que nunca ha tenido, le pusiera cachondo, como si le saliera un Maxi gemelo y un poco peor de la chistera, uno que quiere llegar muy lejos.

Es en esos días en los que aprende con un tutorial de YouTube a correrse sin correrse, a impostar un orgasmo. Finge los orgasmos, finge estar interesado y preocuparse por todas esas mujeres, finge sensaciones que no siente y dice cosas que ni siquiera se para a pensar. Solo sabe que es lo que ellas quieren oír.

Lee los periódicos *on line*, tiene listas de jazz en su Spotify con canciones que jamás se habría parado a escuchar hasta hace unos meses. Ahora le gustan. Es capaz de pelar con destreza un langostino con cuchillo y tenedor. Sabe diferenciar un Rioja de un Ribera y un Rueda de un Albariño. Después del retiro, fue él mismo quien se esforzó en aprender a hacer todas esas cosas. Consulta blogs de moda para inspirarse a la hora de vestirse y se compra ropa de marca en Wallapop. Se machaca en el gimnasio para que se le marquen los oblicuos, algo que a ellas las vuelve locas. Sabe las películas que debe mencionar y las exposiciones que hay en Madrid. Ha elaborado una lista de destinos soñados a los que quiere ir y aprende cosas sobre ellos para contarles a sus clientas... «Mi sueño es conocer África», «El verano que viene iré a recorrer Sri Lanka con la mochila», «Quiero ir a bucear a El Nido, en Filipinas, ¿has oído hablar de ese lugar?».

Con Isa las cosas están calmadas. Ella se va habituando a sus ausencias sin dar mucho la brasa, pero anda con la mosca detrás de la oreja. Algo se huele, aunque él intenta siempre disimular. Cuando queda con ella, se cambia de ropa, vuelve a ser el chico de barrio de siempre, el del chándal y las *zapas*... Los días en los que se ven, ella

pasa el tiempo enseñándole los pisos que marca como favoritos en Idealista. Cuando llegue el momento, ya pensará en eso, en cómo decirle que aún es pronto, que no tienen ni de coña pasta para la entrada... pero ahora le ha dado por proponerle que se vayan de alquiler y no sabe cómo escapar. Aunque está demasiado entretenida preparando su cumpleaños como para darle la murga. Y él sin regalo, y sin ganas, que es lo peor.

Desde hace un par de meses tiene dos vidas y una de ellas ya no le sirve, como si se le hubiera quedado vieja, como si fuera demasiado vulgar para el nuevo Maxi. Si no fuera por su padre, no quiere ni pensar lo que haría. Pero lo piensa y también piensa en ella, en Raquel, aunque no mucho, porque casi no la ve. Su contacto se limita al WhatsApp.

Y es por WhatsApp por donde le llega su último capricho: tiene que ir a la boda de su amiga Fani, que se celebra en Fin de Año en Santorini y quiere que él la acompañe, por supuesto pagándole. Maxi la llama por teléfono, quiere saber más...

—La conociste en la cena, no sé si recuerdas, la rubia de rizos —dice Raquel—. Se ha empeñado en invitarte. Creen que seguimos juntos, claro. Santorini está en Grecia, parece mentira que no lo sepas, es una isla —le explica Raquel—. Si necesito que vayas es por dos motivos: uno, porque ya te he presentado como mi novio y otro, porque mi ex también irá. Es íntimo del hermano de la novia y no sé por qué tengo la sensación de que aún le jode verme con otro. No te estoy pidiendo un favor, es trabajo. Te pagaré tu tarifa de fin de semana y sin sexo, claro. Mi madre me ha dejado otra vez pasta. No te sale tan mal y de paso conoces mundo, Santorini es uno de los lugares más impresionantes de Europa. Lo pasaremos bien; será un bodorrio en toda regla al estilo griego. La familia del novio es griega, por eso la boda se hace allí.

—No puedo —contesta Maxi—, y no pretendas comprarme por mucho que tires de talonario. Soy tu empleado. Llevas dos meses con esa cantinela ¿y ahora quieres que vaya a casa dios a hacer que soy tu novio delante del imbécil de tu ex? Llévate a tu persa, ¿no te lo estás follando? Es el cumpleaños de Isa y ha preparado una fiesta del copón en una casa rural para celebrarlo junto con el Fin de Año. Me molaría mucho ir a Grecia, pero estaré en Segovia. Lo siento mucho, Raquel.

—Maxi, te necesito. No me falles en esto.

—¿No te jode? No me falles en esto y deja a tu novia tirada el día en que cumple treinta años, ¿no? ¿Sabes una cosa, Raquel? Por muy buena que estés y muy lista que te creas, el universo no gira en torno a ti y a los folletines que te montas.

—Te pagaré más por ser Fin de Año... El doble.

—El dinero me toca los cojones —responde—. Lo que me ofende es que quieras comprarme a toda costa.

—Y si las clientas pueden, ¿por qué yo no?

—Porque contigo es distinto, coño, Raquel.

—Pues ya me dirás por qué es distinto. Tú vienes conmigo y yo te pago. Lo pasamos bien. Fin del problema.

—Porque sé que no tienes un duro y paso de que te gastes mil quinientos euros en mi tarifa además del billete de avión. No quiero tener la culpa de la ruina de la agencia.

—Cuando necesite que me salven la vida, ya te avisaré, Maxi. Soy mayorcita para saber qué hacer o no hacer con mi dinero... Y no te preocupes, que la agencia seguirá adelante. Si pierdes la oportunidad de levantarte esa pasta en dos días, más tonto eres tú. De dónde venga el dinero es lo de menos, y además puedes estar seguro de que no tendrás que hacerme el amor, así que menos trabajo para ti.

—Puedes pedirme lo que quieras si vas a pagarme...

—Jamás te pediría eso. Entre tú y yo no hay nada ni va a haberlo, ni en Madrid ni en Santorini ni en ningún lado. Yo soy tu jefa y tú mi empleado.

—De acuerdo —responde Maxi—, entendido. Claro como el agua. Pues mira a ver si puedes llegar a los dos mil, porque tu gran boda griega de los cojones va a hacer que mi relación con Isa peligre pero muy mucho. Ya que corro el riesgo, al menos compénsame por ello. Tienes razón. El trabajo es el trabajo. El imbécil soy yo al preocuparme por ti.

44
Las joyas

—Por suerte, tu madre ya se ha ido al apartamento y no puede ver lo que haces con su dinero —dice la Tata—. Anda que te van a durar los diez mil euros que te ha dado. Si le pagas al rapaz dos mil, más los vuelos, ya me dirás...

Raquel quiere que la Tata se calle ya; no le apetece escuchar las verdades que le dice y además está demasiado concentrada haciendo la maleta. Hace tanto que no viaja que está excitada como una niña pequeña. El vestido que llevará en la boda, un Pucci rosa de manga larga con bordados en pedrería, cuelga de una de las esquinas del armario dentro de una funda. También necesitará otro más, uno de cóctel para la preboda, que será una cena informal. Al final, elige uno negro de Chanel bastante escotado, pero muy elegante. Por fin puede sacarle partido a su armario de ejecutiva. Elige también ropa de *sport* y cómoda para el día y los viajes, un elegante abrigo, zapatos de tacón, sandalias, deportivas y *voilà*. Cuando llega la hora de meter la ropa interior, duda. Al fin escoge un par de conjuntos negros bastante básicos y mete un pijama en la maleta, por si hace frío. Además, tendrá que dormir en la misma habitación que Maxi. Cuando lo piensa le dan ganas de coger alguno de sus camisones o uno de los bodis de encaje con los que salía a sus citas Tinder, pero no. Allí no va a pasar nada. No merece la pena cargar la maleta con ropa que no va a utilizar.

Le harán falta algunas joyas. El brazalete y los anillos de su abuela, que son casi las únicas piezas buenas que tiene, siguen sin aparecer. La Tata ha insistido en que las buscara de nuevo, pero ya ha vaciado todos los cajones de su dormitorio y nada. Seguramente aparecerán tres meses después en el sitio más insospechado, como la caja de medicamentos o la nevera. A falta de joyas, con unos aros de *strass* y un par de cadenitas de oro se conformará. Y su anillo de compromiso, gracias al que había conocido a Maxi en la piscina. Aún le queda eso. Lo llevará también. Da igual que se lo haya regalado Fer; no va a deshacerse de una joya de tres mil euros porque ya no la quieran.

Suena el teléfono. Es Maxi. Como era de esperar, no tiene ni idea de qué meter en la maleta.

—No tengo ropa para esto, Raquel. Me vas a tener que comprar algo...

—Llévate ropa de *sport* y también el traje y un par de camisas, y ya veremos cómo hacemos —contesta ella—. ¿Tienes corbatas? ¿No

puedes cogerle una a tu padre?

—Creo que la última que se compró debió de ser en los años setenta —responde Maxi.

—Entonces servirá. En la moda todo vuelve, ¿no lo sabías? Y si no, una corbata extravagante da un punto muy chic. No te preocupes por eso.

—Una cosa, Raquel —pregunta Maxi—. ¿Dormiremos en la misma habitación?

—Hombre, tú verás... Si somos pareja, no van a ponernos en habitaciones separadas. No sería muy lógico, ¿no? No te preocupes, que no ronco. Por cierto, ¿todo bien para tu cita de esta noche? ¿Alguna duda o cosa que necesites?

—No, jefa. Todo bajo control. El semental de Canillas está listo para el ataque, como de costumbre —bromea él—. Mientras nuestros ingresos dependan de mi polla, todo va bien. Es un valor en alza.

—Eso ya se verá —contesta Raquel—. Aún no estás listo para salir a Bolsa. Todo se andará...

Cuando Raquel termina de hablar con Maxi y se dispone a acabar con su maleta, su madre aparece sin avisar en la casa.

—Vengo a despedirme, hija mía, pero bueno, al fin y al cabo, son solo unos días. Pronto estaremos tranquilas y podremos hacer nuestras cosas.

Raquel se pregunta qué serán «nuestras cosas», pero serán ni más ni menos las que su madre quiera. Cuando te dejan tanto dinero estás vendida. Hasta que regrese a Marruecos, Raquel no tendrá más remedio que hacer lo que a su madre le de la santa gana.

—Una cosa, chiquitina, el otro día dejé en tu baño unas alhajas y debiste de guardarlas, porque luego ya no las vi. Me di cuenta cuando hice el equipaje para marcharme al apartamento. ¿Me las das? Más tarde, seguramente, me olvide de pedírtelas, con la cabeza que tengo...

—¿Qué joyas? Yo no vi ningunas joyas en mi baño...

—Unas pulseras de oro y mis pendientes de perlas y brillantes. No me digas eso, Raquel. Tienen que estar... son regalo de tu difunto padre.

—Tata —llama Raquel—, ¿tú has visto unas joyas que dice mi madre que se dejó el otro día en el baño?

—Yo qué voy a ver —responde la Tata—. ¿Han desaparecido más joyas? No, si al final me vais a echar la culpa a mí, ya lo veréis.

—Que no, Tata, pero yo he perdido las mías y ahora mi madre no encuentra las suyas. Aquí hay algo raro, ¿no?

—Pues no sé —dice la Tata—, será cosa de ver a quién has metido en la casa y preguntarle a todo el mundo.

Raquel intenta tranquilizar a su madre. Seguro que las joyas aparecerán en algún lado; ambas son muy despistadas y no las habrán dejado en el sitio que recuerdan.

La madre la mira con desconfianza...

—Oye, Raquel, de Josefa tú te fías, ¿no? —pregunta en bajo refiriéndose a la Tata—. Con la edad salen tendencias cleptómanas, ya sabes. No es cosa de maldad; es que es como una pulsión. Yo misma robo pequeñas tonterías algunas veces.

—Pongo la mano en el fuego por la Tata —contesta—; es casi la única persona en la que tengo fe incondicional...

—Raquel, no sé cómo lo haces, pero no es necesario que siempre quede de manifiesto que Josefa es más importante que yo en tu vida —dice la madre—. ¿Y en mí qué tienes? ¿Fe condicional?

—No es que la Tata sea más importante que tú, madre; es que ha estado más presente, eso es todo. ¿Y cómo que robas? Cuéntame eso...

—Pues robar robo aquí cuando me apetece, porque en Marruecos no se puede. Me podrían cortar las manos... menudos están hechos. Nada, mujer, son pequeñeces sin importancia, cosas de niñas.

—¿De niñas? —pregunta Raquel.

—De niñas viejas, sí —contesta la madre—. Y, por cierto, ¿vas sola a la boda o con acompañante?

—Con acompañante. Me llevo a uno de mis gigolós, al más guapo de todos.

—¿Más que el príncipe persa de Lora del Río? —pregunta la madre.

—Sí, mucho más... Pero no pongas esa cara, solo viene de acompañante. Me hace ese favor. No pensarías que iba a pagarle, ¿verdad? Nunca ha salido de España, es un chico de barrio. Solo con darse una vuelta y ver mundo ya está encantado de la vida.

El asunto joyas fue pospuesto hasta la vuelta del viaje. Mientras Raquel estaba fuera, la Tata pondría patas arriba la casa buscando las joyas de madre e hija; seguro que tarde o temprano acabarían por aparecer.

Una vez que se fue la madre, Raquel pensó en la gran boda griega, como decía Maxi, que empezaría al día siguiente. Era la primera vez que iba a pasar tiempo largo con su gigoló y, la verdad, lo estaba deseando, aunque para ello tuviera que pagar dos mil euros. Le daban igual las falsas de sus amigas y el hijo de puta de su ex.

La excitaba saber que había ganado, que la pobre Isa tendría que celebrar su cumpleaños sin su guapo novio, que Maxi sería solo para ella durante aquel fin de semana, aunque fuera a la fuerza.

Al fin y al cabo, todo el mundo tenía un precio. Solo era cuestión de la cantidad.

45
Santorini

Maxi mira por el rabillo del ojo a Raquel y aún no puede creer que se haya salido con la suya. Va tan tranquila, leyendo una revista de moda que se ha comprado antes de subir al avión. Ni siquiera se molesta en darle conversación durante las tres horas y pico que dura el vuelo hasta Atenas, y eso que, al llegar, aún les quedará coger otro vuelo interno más hasta Santorini. Está tenso. Cualquier ruido le inquieta, cualquier cambio pequeño de sonido le hace agarrar con fuerza el reposabrazos y dar un respingo en el asiento.

—¿Qué te pasa? —pregunta ella—. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿Quieres relajarte? Ya te he dicho que lo pasaremos bien. Ponte una peli o algo, ¿no quieres?

—No, no es eso… es que…

—¿Es que qué?

—Que nada, que es la primera vez que cojo un avión y estoy acojonado.

—Estarás de coña, ¿no? —pregunta Raquel.

—No, no te lo dije porque no quería parecer un paleto. Nunca he ido a ningún sitio en avión.

—¿No has salido nunca de España?

—No. Es la primera vez —contesta algo avergonzado.

—Eso tú no se lo digas a las clientas, ¿eh? —dice ella barriendo para casa, como de costumbre—. Y por el avión no te preocupes, no tienes nada que temer. Lo sujeta el aire.

—¿Cómo que lo sujeta el aire? —pregunta con perplejidad.

—Sí, ya. Yo tampoco lo entiendo, pero no es cosa mía. Deben de ser leyes físicas o algo… Como te decía, a las clientas ni palabra de esto. Un gigoló ha de tener mundo.

—¿Y qué es tener mundo? —pregunta Maxi.

—Pues eso, haber viajado, haber tenido experiencias vitales de todo tipo…

—¿Y te parece poco esta *experiencia vital* de convertirme en gigoló así de la nada? —pregunta él—. Me conociste de socorrista en tu piscina, ¿recuerdas?

—Chsss, calla, que te van a oír.

—¿Y qué si me oyen? ¿No quieres publicidad?

—Hablando de publicidad… Mira —dice poniéndole en las manos a Maxi un taco de tarjetitas de la agencia. Son negras con las letras en dorado: «Rent a Boyfriend. Agencia de contactos. Solo para mujeres

exigentes. Concierta una cita hoy y recuérdalo toda la vida…». Junto al texto, solo un número de teléfono, el de Raquel.

—¿Y esto? —pregunta él.

—Las dejaré disimuladamente por donde pueda. Probablemente en los baños de señoras de los sitios donde se celebren la cena de esta noche y la boda mañana. Alguna picará. ¿Qué apostamos? Las griegas no, pero las españolas seguro… y más cuando lleven tres ouzos encima.

Está claro que Raquel va a lo suyo, y lo suyo es el negocio. Las personas, incluido él, le importan muy poquito. Pero por estar ahí sentado junto a ella, Maxi se ha metido en un lío de cojones, un lío del que aún no sabe cómo va a salir. Simplemente ha cogido sus cosas, las ha metido en la maleta y se ha ido sin dar mayores explicaciones. A su madre le ha dicho que iba a la casa rural a ayudar a Isa con las cosas de la fiesta, que le han dado libre en el trabajo. A Isa, sencillamente, no le ha dicho nada. No se ha atrevido. Del único que se ha despedido con cariño, como siempre, ha sido de su padre.

Cuando el avión aterriza en Atenas, Maxi quita el modo avión del móvil y ve el wasap de Isa. Ya estaba tardando…

Chiqui, ¿puedes pasarte por el Carrefour a por las bebidas, entonces, como hablamos ayer? Luego las traes a casa de mis padres. Hasta las seis no puedo cerrar el estudio y no me da la vida. Y pilla también algo dulce, unas tartas de esas que tienen empaquetadas. Mi madre dijo que la iba a hacer ella, pero por si acaso…

No va a contestarle, no sabe qué decirle. Es mejor esfumarse y luego ya se verá. Que llamen a la policía. Su madre dirá que ha desaparecido, que tendría que estar en la fiesta de cumpleaños de su novia, le empezarán a buscar…

—¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué tienes esa cara? —pregunta Raquel—. Ya estamos en tierra firme.

—Me pasa que dentro de cinco horas tengo que pasar a recoger a mi novia para irnos a la casa rural donde mañana celebra su cumpleaños… Y mira dónde estoy. Eso me pasa.

—¿Aún no le has dicho nada?

—Pues no, no he podido. Ya sé que a ti te dan igual las personas, pero a mí no.

—¿Por qué dices eso?

—Porque solo te preocupa el dinero y tu agencia; el resto te importa una mierda.

—No es eso. He aprendido a hacer que nada me dañe. No confundas eso con que nada me importa, porque no es verdad. Tú me importas.

—Sí, como tu maleta te importo yo...

—Nooo —ríe Raquel—, la maleta un poco más. Es de Vuitton y vale una pasta. Me la regaló mi querido ex. Tienes que hablar con Isa y decirle algo, no puedes desaparecer así sin más siendo su cumpleaños. No te lo perdonará.

—Ya, Raquel —contesta Maxi—, pero es que igual no quiero que me perdone.

Ella hace que no le escucha. Va con el carrito hacia la cinta de los equipajes a recoger las maletas, con el corazón latiéndole a mil por hora.

Dos horas y un avión después llegan por fin a Santorini. Un taxista con el nombre de ella en un cartel los está esperando en el aeropuerto para llevarlos al hotel, que está en el pueblo de Fira. Es casi de noche. Maxi va con la cara pegada al cristal, mirándolo todo como un niño pequeño. Raquel le aprieta fugazmente la mano.

—Maxi...

—¿Qué? —responde él.

—Gracias por haber venido —dice—. Te lo agradezco de verdad. Sé que te he metido en un buen lío.

—De nada —contesta él—. ¿Cuándo tengo que dejar de ser yo y empezar a ser tu gigoló?

—Ahora, cuando salgamos del taxi —dice ella retirando la mano.

46
La ducha

Raquel oye el sonido de la ducha tras la puerta cerrada del baño mientras descansa tendida indolentemente en la cama, fumando un cigarrillo y sujetando una copa de vino que ha sacado del minibar. Una enorme cristalera da a la pequeña terraza, que a su vez está colgada del acantilado. Sin embargo, no le interesan demasiado las vistas, prefiere concentrarse en el agradable murmullo del agua. Se imagina esa agua cayendo a chorros por el cuerpo desnudo de Maxi, salpicando sobre su espalda, deslizándose por la curva de su culo, mojándole las piernas, los pies, los talones y rebotándole en las rodillas. ¿Cómo le gustará el agua? ¿Se duchará en agua hirviendo, como ella, o lo hará con el agua tibia? ¿Utilizará una esponja para lavarse o hará resbalar las manos por todos los huecos y recovecos de su cuerpo? ¿Se empalmará con la agradable sensación del agua caliente sobre la polla? ¿Se le pondrán los pezones duros? ¿Aprovechará el momento solitario de la ducha para masturbarse? Sin duda esas eran cosas que sí sabría su novia o alguien que le conociera bien, pero no ella; esa información le estaba vedada, por muy *madame* suya que fuera. Solo lo había tomado prestado y a precio de oro, además. Si quisiera tendría todo el derecho a meterse desnuda en esa ducha y hacer que él la follara allí mismo, pero no podía permitírselo.

El agua sigue chorreando sin cesar y de pronto oye algo que la hace reír. Maxi empieza a cantar. Cree identificar una canción de Queen que hace mucho que no escucha, *I want to break free*. Hubo una época en que a ella también le gustaba Queen, no recuerda muy bien cuándo.

«Quien canta en la ducha es porque está contento —piensa Raquel —. Nadie canta si es desgraciado.» Ella también está contenta, pero con una alegría controlada. Sale a la terraza y mira las lucecitas de los otros hoteles, el vertiginoso precipicio de la caldera con el mar abajo. Santorini, la isla del amor, la de los atardeceres más bonitos del mundo. Y allí está ella, intentando conseguir algo a lo que no tiene derecho. Porque, al fin y al cabo, para eso le había pedido a Maxi que fuese, para hacerse la ilusión de que no estaba sola, como cualquier otra clienta. En eso no era muy distinta al resto.

Maxi sale del baño envuelto en un mullido albornoz blanco, oliendo a gel de baño, con el pelo peinado hacia atrás, los ojos verdes y brillantes. Nunca le ha visto tan guapo. Ojalá pudiera acercarse a él y aspirar todo ese olor mientras le desata el cinturón del albornoz y se

lo quita, dejándolo caer al suelo.

—No sé si te habré dejado agua —dice él, con su habitual ingenuidad—. Estaba algo tenso y me he tirado media hora ahí debajo.

—No te preocupes, tesoro, en los hoteles no se acaba el agua, no es como en las casas. Aquí no hay calentadores. Yo también voy a ducharme; en una hora tenemos que estar en el restaurante donde se celebra la cena y aún tengo que arreglarme el pelo.

—No necesitas hacerte nada, tienes un pelo precioso —dice él.

—Sí, eso me dijiste el día en que Mateo nos hizo hacer el ejercicio en el sofá, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —dice Maxi—, y lo dije porque es verdad.

Raquel sonríe mientras cierra la puerta del baño tras de sí. Se despoja de la ropa lentamente mientras se mira en el espejo del lavabo. Mira despacio ese cuerpo que hace tanto que no usa para el amor, esa carne esplendorosa que ella cree desperdiciada, como una tarta de chocolate que se deja sin comer, que nadie quiere y se acaba por pasar... El mismo cuerpo que dentro de unos años quedará arrasado por el paso del tiempo y entonces sí que nadie lo querrá. Sabe que no pasará nada con Maxi, ella no lo va a permitir aunque lo desee con locura, pero al mismo tiempo tampoco lo necesita. Aquello le parecía suficiente... Esa proximidad, saber que él estaba allí, al otro lado de la puerta, que pasarían los dos próximos días juntos, ya le parecía un regalo.

Después, deja que el agua caliente le provoque otro tipo de pensamientos y sensaciones.

Se pregunta si él también se la estará imaginando desnuda bajo el agua. Imagina que sí, se concentra en esos pensamientos, piensa en las manos de Maxi recorriendo su cuerpo, en su polla caliente y dura y, poniendo el chorro de la ducha a toda potencia, lo dirige directamente hacia su clítoris y su vagina y deja que el agua la folle lentamente hasta que nota las sacudidas del orgasmo.

47
Amenaza de tormenta

Muy lejos de Santorini, en el barrio de Hortaleza, Isa está a punto de terminar el último tatuaje del día. Su cliente, que por cierto le parece un cañón del Colorado, va recomendado por Maxi. Le extraña que él no le haya comentado nada y aún más cuando le dice el tatuaje que quiere: una serpiente igual que la que le había hecho a Maxi hacía tan solo unas semanas. Le comenta que es modelo. A ella no le extraña.

Tras cerrar el estudio, va corriendo a casa de sus padres a hacer la bolsa y esperar a que Maxi pase a buscarla para salir hacia la casa rural. Le ha pedido el coche a su primo porque todos los bultos que tienen que llevar les impiden ir en la moto y también por el frío. No es cuestión de pillar una pulmonía.

Le da a Maxi un toque al móvil, pero como no responde, llama a casa de sus padres para ver si ya había salido hacia allá.

—Se marchó con la maleta hoy por la mañana temprano, hija. Dijo que se iba ya a la casa esa adonde vais, que sus jefes le habían dado el día o no sé qué.

Isa no entiende nada, pero bueno, seguro que es algún tipo de sorpresa que él le está preparando. Al fin y al cabo, treinta años no se cumplen todos los días. Está nerviosa por la fiesta, pero aún queda hasta mañana. Hace cábalas sobre lo que él le va a regalar. No puede evitar pensar en que quizá sea lo que ella secretamente espera: un anillo de compromiso. ¿Qué fecha mejor que esa, Fin de Año y la fiesta de su treinta cumpleaños?

Al menos esa noche Maxi y ella estarán solos en aquella preciosa casa antes de que lleguen los demás. Isa fantasea con escenas de sexo tórrido frente a la chimenea, tiene la esperanza de que esos días con él sirvan para arreglar un poco las cosas. En los años que llevan juntos, nunca han pasado una época como esa. Los trabajos de los dos, la falta de dinero, todo parece enfriar su relación. Y en la cama tampoco es lo mismo. Se está empezando a aburrir y esa sensación es rara para ella. ¿Se estaba empezando a aburrir y quería un anillo de compromiso? Realmente no lo sabe. No sabe ni lo que pasa ni lo que quiere que pase. Sencillamente, quiere que las cosas sean como antes.

Pero se hace tarde y Maxi continúa sin dar señales. Isa se empieza a impacientar en serio. Vuelve a llamarle, le envía un par de wasaps. Lo raro es que le ve fugazmente en línea, pero él continúa sin contestarle. Comienza a mosquearse de verdad e incluso se le pasa

fugazmente por la cabeza algo que desecha de inmediato; ya está de nuevo pensando mal. Lo cierto es que todas las cosas raras han empezado con el curro ese de los pisos que tiene ahora, ese trabajo misterioso del que nunca habla y que le hace ir hecho un pincel a trabajar y a horas intempestivas. El trabajo puñetero que hace que verle sea misión imposible y follar con él, más aún. Isa ha llegado a pensar si Maxi no se ha metido en algo de drogas... Eso explicaría que estuviera tan ausente, que hubiera cambiado tanto su comportamiento con ella. ¿Estará con otra? Pero no, eso es imposible. Si no tiene tiempo ni de verla a ella, como para estar con otra...

Y de repente cae la bomba atómica en forma de mensaje:

Lo siento. No sé cómo decirte esto porque no me lo vas a perdonar. Mi jefe me ha mandado de urgencia a un congreso de viviendas turísticas en Grecia que es el día dos. No había más aviones que los que salían hoy. Se me jode tu cumple, el Fin de Año y todo. He tenido que venir. Sabía que si te lo decía te pondrías histérica, que debes

de ya de estar hasta los cojones de mi trabajo, pero lo hago por nosotros. Ve a la casa rural, intenta divertirte con todos y cuando vuelva el martes lo celebramos tú y yo a lo grande. Te compensaré. Te lo prometo.

Isa ni siquiera contesta. En el fondo, ya temía que Maxi no fuera a aparecer.

—Como soy tu clienta este fin de semana, te voy a pedir una cosa —le dice Raquel a Maxi—. Hasta mañana después de la boda mantén, por favor, el móvil apagado. No quiero que pienses en tu novia ni en tus padres ni en los follones que te esperan al llegar. No quiero que pienses más que en el aquí y ahora; de lo contrario, este fin de semana será un desastre. Ya que no vamos a tener sexo y me he gastado una pasta, al menos te pido eso. Y no es una petición, es más bien un regalo que te hago. Libera la cabeza, descansa, olvídate de todo e intenta pasarlo bien. ¿Está claro?

—Sí, jefa... Tan claro como el agua de la fuente, aunque yo

preferiría tener sexo y el móvil encendido —contesta Maxi—; al menos sería más agradable para los dos. No me gusta estar sin móvil por mi padre, pero bueno, supongo que podré aguantar hasta mañana.

Maxi está nervioso. Cambiar de país es algo que le perturba más de lo que esperaba. Todo le parece raro y le genera desconfianza: un lugar que no controla, una situación que no sabe adónde le va a llevar… Depende completamente de Raquel. Menudo gigoló está hecho. Le extraña que Isa no le haya respondido al wasap, aunque ahora, con el móvil apagado, ya no podrá ver su respuesta incendiaria.

Cuando salen del hotel, cogen un taxi en dirección al pueblo de Oia, caminan por las calles empedradas y débilmente iluminadas en dirección al restaurante. Raquel ya sabe dónde es. Cómo no, ha estado en la isla otras veces. Le dice que es una taberna griega al borde del mar dentro de una especie de cueva, que comerán los mejores pescados y mariscos de la zona. Por el camino le va explicando cosas sobre Santorini. Le señala las cúpulas azules de las pequeñas iglesias mientras van bajando hacia el restaurante, le cuenta que la isla es famosa por tener los atardeceres más bonitos del mundo. Él se fija en su espalda, delgada y huesuda, mientras baja las escaleras que los conducen al borde del mar.

En su presencia y, sobre todo, cuando la mira, Maxi tiene la sensación de ser un cero a la izquierda, de que ella le da mil vueltas en todo. En cambio, con las otras, con las clientas, no titubea. Sabe que su poder no está en los sitios adonde ha ido o adonde no ha ido, en lo que sepa o deje de saber. Está en su bragueta. Maxi piensa que es penoso que su autoestima dependa de su polla, pero así es. Al menos, de momento. Ya irá ganando confianza, aprendiendo cosas; desde luego, sabe ahora más que hace dos meses, pero aún no lo suficiente.

Maxi le pregunta a Raquel por qué hay una fiesta antes de la boda, de qué va eso de la preboda. Con los pijos nunca para uno de aprender chorradas nuevas. Le contesta que es algo que se hace para que las familias y los amigos se conozcan e intimen algo más antes de la boda; que es una nueva moda, pero que en este caso tiene todo el sentido, porque entre que unos son griegos y otros españoles, casi nadie se conoce.

Cuando llegan al restaurante, Raquel le coge de la mano y le sonríe:

—Venga, mi amorcito. Ahí vamos. Pórtate como un buen novio.

Al contacto tibio de su piel una oleada de calor sacude el cuerpo de Maxi, pero todo es mentira. Ella le está pagando por cogerle la mano. Se pregunta qué pasaría a la inversa. Se imagina diciéndole a Raquel.

—Te devuelvo tu maldito dinero si dejo de ser tu gigoló y eres tú quien se convierte en mi puta y hace todo lo que yo le diga.

Eso sí estaría bien. Darle la vuelta a la tortilla. Cambiar las tornas. Y, sobre todo, tener el poder, aunque fuera solo durante diez minutos. Pero Maxi no quiere exactamente que Raquel sea su puta; le gusta imaginarla más bien como su chica.

Cuando llegan al restaurante y ve el panorama, Maxi aprieta aún más la mano de Raquel. Ella cree que quiere decir «ahí, vamos, a hacer nuestro teatrillo», pero en realidad quiere decir «gracias por traerme a un lugar así, aunque sea de esta forma; gracias por haberme sacado del barrio, gracias por pedirme que te acompañara, aunque sea cobrando».

El cóctel se celebra en una terraza que da directamente al mar. Pese a ser finales de diciembre, la temperatura es muy agradable; se diría que es una noche de primavera. Hay pequeñas barquitas de pescadores fondeadas con bollas de colores. El agua se ve negra y brillante, apenas iluminada por las luces que hay en la terraza.

Todo está adornado con bombillas y farolillos de colores. Hay algunas mesas con velas y manteles de cuadros en donde los camareros van dejando la comida. Otros se pasean con bandejas ofreciendo vino y champán. El ambiente, al contrario de lo que Maxi había pensado, no es esnob, sino agradable y relajado. Todo el mundo parece estar pasándoselo bien. En realidad da la sensación de estar en una celebración de pueblo, de no ser por lo elegantes que van los invitados.

Invitados que están de pie charlando entre ellos, yendo de un lado para otro con cierto desorden, acoplados en la barra de bebidas charlando y riendo animadamente. Maxi se da cuenta de que los griegos son aún más ruidosos que los españoles y casi hablan igual de rápido, ni siquiera el idioma le parece demasiado distinto al español. Aprende algunas palabras: *efharistó*, «gracias»; *kalispera*, «buenas noches». Le hace gracia ese idioma tan raro que nunca ha escuchado.

Raquel no le suelta y él tampoco tiene mucho interés en que lo haga. Le baja disimuladamente la mano hasta más allá de la cintura, casi donde empieza el culo, y ella no se la aparta. Nota la fina línea de su tanga. Lleva un vestido impresionante, pero no le ha dicho nada. No va a hacer ni a decir nada a no ser que ella se lo pida, mucho menos halagarla. Se hará de rogar, justo porque le está pagando. Las amigas de Raquel le saludan muy cariñosas. Busca al ex con la mirada por la terraza, pero no lo ve; quizá no haya llegado aún. Espera que no se repita el número de su cumpleaños. Los camareros reparten más champán. Esta noche beberá... a tomar por culo. Se saltará a la torera

la regla esa de que los gigolós no deben beber. Al fin y al cabo, Raquel no espera nada de él; puede no empalmarse, no pasaría nada. Lo malo es que ya lleva toda la noche empalmado. Un grupo de música se acopla en un pequeño escenario y empieza a interpretar canciones tradicionales griegas. Si no fuera porque es pleno invierno, aquello se parecería bastante a la noche de verano más romántica de su vida.

Pronto empiezan a sacar cosas de comer bastante raras que Maxi no identifica, cosas griegas, claro. Por algo estaban en Grecia. No iban a poner croquetas, bravas y jamón. Un camarero deja cerca del grupo una enorme bandeja de ostras sobre una base de hielo picado.

—Me encantan las ostras —dice Raquel entusiasmada— y aquí son buenísimas. ¿A ti te gustan?

—Ni idea —contesta Maxi—, no las he probado nunca, pero tienen una pinta bastante asquerosa, como de escupitajo, ¿no?

—¿Qué dices? Es uno de los manjares más exquisitos que existen —explica Raquel—. No te vas de aquí sin probarlas. Además, dicen que son afrodisíacas y saben a mar. Meterse una ostra en la boca es como comerse el mar.

—¿Comiendo ostras te entran ganas de follar? —pregunta Maxi—. A mí me sobran ganas de follar, pero venga, vamos a probarlas. Lo que no mata, engorda.

—Están vivas, ¿lo sabías? Mira cómo se retuercen con el limón —observa Raquel. A continuación, coge la ostra y, sorbiendo, se la mete en la boca de un golpe. Maxi le limpia con la mano el agüilla salada que se le escapa por la comisura de los labios.

No sabe muy bien si está poniéndose cachondo por el champán, que ya se le está empezando a subir a la cabeza, o por ver a Raquel comerse aquellos bichos de esa manera, por sus ojos tan brillantes, por notarla de repente tan contenta y relajada, como si de verdad estuvieran juntos.

—Venga, ahora tú —le dice ella—. Yo te la doy.

Y Maxi la observa otra vez poniendo el limón y llevándole la concha a la boca. Se la traga sin pensarlo mucho y es verdad, sabe a mar. Se comen las seis que quedan en la bandeja mientras continúan con el champán.

—¿No iba a venir tu ex? —pregunta Maxi—. Me parece que no está.

—No, en realidad le he asesinado hace un rato y he echado su cadáver al mar. Se lo están comiendo los peces —contesta Raquel—. Lo cierto es que Fernando no va a venir.

—¿Cómo que no va a venir? Si precisamente me has pedido que viniera para darle celos...

—Bueno, no exactamente, pero es igual. Vamos a por más champán o a bailar. ¿Quieres bailar?

—No, Raquel. Quiero que me digas para qué me has pagado dos mil euros por acompañarte a este festival.

—No me apetecía venir sola... Y, la verdad, no tenía quien me acompañara. Me pareció una buena idea. No quería tener que darles explicaciones a mis amigas trayendo a otra persona.

—¿Una buena idea que me perdiera el cumpleaños de mi novia porque no querías venir sola? Me van a dejar, Raquel, ¿y luego qué?

—Luego serás un gigoló muy importante. Conocerás a otras mujeres que te aportarán más que Isa, con las que conocerás un mundo que nunca has vivido. Sal un poco del cascarón, Maxi, querido.

—Pues perdóname, pero mi novia, si es que todavía puedo considerarla mi novia después de haberla dejado tirada como una colilla, me parece mucho más normal y con bastante más que ofrecer que algunas de las clientas chaladas con las que me he encontrado...

—Solo acabas de empezar, Maxi. Date tiempo. Eso me recuerda que tengo que ir al baño de señoras a dejar las tarjetas de la agencia —dice Raquel—. Ahora mismo vuelvo.

Maxi la ve alejarse yendo hacia al baño y recuerda la escena de la italiana loca en el restaurante. Está tentado de seguir a Raquel y follársela allí mismo, en el baño. ¿Por qué no lo hace? El deseo hace que la sangre le hierva, pero, a la vez, está bastante cabreado por ser su perrito faldero, por acabar haciendo siempre lo que ella quiere.

Una de las amigas de Raquel se acerca a él aprovechando su soledad...

—Hola, guapo, ¿cómo es que Raquel ha dejado solo en una fiesta a un bombón como tú? Este sitio está lleno de mujeres que estarían encantadas de tener a un tío como tú al lado. ¿Te apetecería que nos viéramos algún día en Madrid?

—No te entiendo —contesta Maxi, un poco cortado—. Estoy con Raquel... Eres muy guapa, Paula, pero me parece que eso va a ser imposible. No le sentaría nada bien, ¿no crees?

—¿Ah, no? —pregunta ella—. ¿Y sabe ya tu novia a lo que te dedicas? Quiero decir, aparte de lo del boxeo. Porque da la casualidad de que sales en una web que no es precisamente de boxeo... O eres tú o desde luego es alguien que se parece mucho a ti y además se llama igual. Lo único que vaya tarifas, ¿eh? Tendré que ponerme a ahorrar, porque no eres precisamente barato, ¿no?

Maxi palidece. No sabe cómo salir de la situación. Providencialmente, Raquel regresa del baño y le salva interrumpiendo la conversación de golpe. La amiga disimula como una arpía hablando

de cualquier cosa y dedicándole a Maxi miradas de complicidad.

—Raquel, le estaba diciendo a tu chico que a ver si al volver a Madrid organizamos una cenita de parejas en mi casa… Así conoce a Pablo, ya que no ha podido venir esta vez, ¿qué te parece? ¿Te apetece?

—Me parece genial siempre que no cocines tú, Paula —contesta secamente Raquel. Aún recuerda lo de la foto de Instagram de su ex en México con la otra que le mandó por WhatsApp. Envidiosa y mala como ella sola.

Maxi le pide a Raquel que vayan a bailar, aunque en realidad él no tiene ni idea de bailar, pero quiere librarse cuanto antes de Paula.

—Tu amiga me ha visto en la web de la agencia —le dice ya en la pista de baile—. En realidad, fue eso lo que vino a decirme en plan hija de puta, nada de cenas… Me ha enseñado mis fotos desde su móvil y me ha propuesto quedar en Madrid. También me ha preguntado si mi novia, o sea, tú, sabe a lo que me dedico…

—Qué hija de la gran puta —dice ella furiosa—. Esa zorra me las va a pagar. Ahora verá. Ven conmigo, por favor.

Le arrastra literalmente de la mano hasta donde está Paula, que ya se ha sumado a otro corrillo. Maxi intenta impedirlo, pero no puede; la verdad es que no se encuentra muy bien: los nervios y la tensión hacen que se sienta de repente fatal del estómago, tan mal que tiene unas horribles ganas de vomitar. Pero a ella no parece importarle demasiado.

Y de pronto estalla el tsunami. La amiga está de espaldas y Raquel le da un toque en el hombro que más parece un empujón en toda regla:

—Oye, Paula, ¿así que ahora quieres tirarte a mi chico? ¿Cómo tienes tan poca vergüenza? ¿Es que tu Pablito no te funciona y quieres quitarnos el novio a las demás?

—Solo estaba bromeando —contesta ella apurada—. Vi en una web de *escorts* de lujo a un chico que se le parecía bastante, de ahí la confusión. Creí que sería gracioso comentárselo, eso es todo.

—Ah —señala—, ¿así que ahora frecuentas las webs de *escorts*? ¿Pagas por tener sexo? Es interesante eso, aunque, a decir verdad, no me extraña. La rabia te llega hasta el suelo y eso se nota en la cara.

—Ha sido un malentendido, Raquel —insiste la amiga, visiblemente molesta—. No la líes.

—No, malentendido ninguno. Maxi es el chico de las fotos, y sí, se gana muy bien la vida follándose a tías como tú, aunque la mayoría son mejores personas, y sí, yo ya lo sé y no tengo ningún problema. Hay que ser más liberal, bonita. Así son las relaciones del siglo XXI,

solo que conmigo lo hace gratis, claro, y a ti no se acercaría aunque le pagases cinco mil euros por hacerle una mamada. ¿Verdad que no, tesoro?

—Pues no —contesta él, siguiéndole el juego—, la verdad es que no.

—Te aconsejo que si quieres un *escort* busques uno más de tu nivel, más barato, como tú...

—Estás chiflada —le dice la amiga—. Me das pena, Raquel. Desde que Fernando te dejó has enloquecido por completo.

—Habré enloquecido, sí, pero al menos estoy bien follada, ¿verdad, mi amor? —dice mirando de nuevo a Maxi, que ya está pálido como la cera—. Cuídate muy mucho de volver a molestarnos o te arranco los ojos, pedazo de mugrienta.

—Raquel, me estoy encontrando fatal —anuncia Maxi interrumpiendo la pelea, más o menos al mismo tiempo que vomita sin control y aparatosamente encima de Paula y su precioso vestido...

—Lo siento mucho, Paula —dice disculpándose—, me han debido de sentar mal las ostras, Raquel. Joder, menudo, número; lo siento de verdad, te he arruinado el traje —añade esta vez mirando a Paula.

—Vámonos, mi amor; llamaremos a un médico desde el hotel. ¿Ves como no se puede ser tan mala, Paula? ¿Ahora qué vas a hacer así? Estás hecha un cuadro. Espero que tengas vestido de repuesto, porque, si no, dudo mucho de que ligues esta noche. Apestas a vómito.

48
Peligrosamente juntos

A Raquel le puede la rabia cuando salen del restaurante, pero ahora debe tranquilizarse. Maxi está realmente mal. Mientras esperan que el taxi los vaya a buscar, él vomita varias veces en la calle. Está blanco como la cera y tiembla como un niño.

—Raquel, no me moriré, ¿verdad? Dime que los bichos estos no son venenosos...

—Sí, lo son —contesta Raquel—, y el antídoto está en Kuala-Lumpur, a miles de kilómetros de distancia. No seas bobo, es una intoxicación. Quizá seas alérgico y no te hayas enterado; como nunca las habías comido, no podías saberlo. No te preocupes. Llamaremos al médico para que te eche un vistazo y seguramente pasarás la noche vomitando y mañana ya estés bien. Y yo que te había pagado dos mil euros por que fueras mi gigoló este fin de semana. Menudo desperdicio. Pediré que me devuelvan el dinero, pero claro, no sé a quién —dice Raquel riendo—; la jefa soy yo.

—No seas mala. Has sido tú la que me ha traído aquí y me ha hecho comer esos bichos asquerosos que parecían escupitajos de mono. Si es que ya lo veía venir. Yo debía estar ahora en mi casa rural, tan feliz, con mi novia, con todo controlado. Esto fijo que en Segovia no me habría pasado.

—En Segovia no puede pasar nada excitante —replica ella—, a no ser que se derrumbe el acueducto o que todos los cochinillos que se ha comido allí la gente regresen en forma de espíritus malignos.

Cuando por fin llegan al hotel, le obliga a meterse en la cama. Está sudando y su cuerpo tiembla con escalofríos.

—Deja que te ayude —le dice, quitándole despacio la ropa. Al verlo tan indefenso y tan enfermo, le dan unas irrefrenables ganas de abrazarle... y, además, parece que él lo esté pidiendo a gritos.

Raquel cree que se hace más enfermo de lo que está para atraer aún más su atención. No sabe que no le hace falta, que desde que están allí ella es otra solo por estar con él, alejada de Madrid, del negocio, de sus líos con Fernando, de su madre y de la Tata. Raquel le desabrocha poco a poco los botones de la camisa y aunque apenas hace unos minutos que ha vomitado, un olor delicioso se desprende de su cuerpo...

—Qué bien hueles —le dice ella—. ¿Tú ni vomitado hueles mal o qué?

—Sigo a rajatabla lo que nos dijo el profe de gigolós: siempre hay

que oler bien. Deja, deja... no te aproveches —dice sonriendo, con la cara pálida—. Creo que los pantalones me los quitaré yo. Te veo muy lanzada esta noche, Raquel.

—Intento cuidarte, pero es por el puro interés —contesta ella.

—Soy como la gallina de los huevos de oro, claro.

Y sí, claro que lo será, pero también lo quiere para ella. Le gusta estar a su lado y no sabe explicar la razón. Porque sí. Pero él no debe saberlo; en teoría nunca se hubiese sentido atraída por un tío como aquel, pero Maxi es diferente. Ve la vida con ojos nuevos e ilusionados, como un niño que descubre el mundo por primera vez; todo le entusiasma... y a la vez su cuerpo tiembla cada vez que él se le acerca, como si fueran viejos conocidos que ya se hubieran probado, dos polos opuestos que se atrajeran irresistiblemente. Maxi tiene algo que casi nadie tiene, ni siquiera su ex: tiene alegría. Quizá esa alegría, esa energía contagiosa y esas ganas de comerse el mundo sean más valiosas que todas las cosas que ella ha buscado siempre en los hombres: seguridad, estabilidad, familia, dinero...

El médico griego llega y, como es de esperar, confirma la intoxicación por ostras. Maxi debe descansar y pasar el día siguiente en reposo y tomando solo suero fisiológico.

—¿Cómo? —protesta él mientras Raquel le traduce lo que el médico le dice en inglés—. ¿Que no podré ir a la boda después de todo el pifostio que hemos montado? No puedo creerlo.

—Me temo que no, tesoro. Tendrás que quedarte aquí aburrido y mirando la tele griega mientras yo me enfrento sola a esa tribu de víboras que son mis queridas amigas. Me emborracharé, que es lo que suelo hacer en este tipo de acontecimientos, y puede que monte algún otro número... Pero ya no estarás tú para sacarme de él... Y ahora métete en la cama, te arroparé como a un niño bueno.

—¿Y tú dónde vas a dormir? —pregunta con una débil sonrisa—. Si me das un rato que se me asiente la tripa, igual puedo cumplir con mis funciones de gigoló. Sé que lo estás deseando, no puedes resistirte a mis encantos.

—Tus funciones son descansar y procurar no vomitarme encima —le responde—. Dormiré a tu lado, pero a una distancia prudencial, para no tropezarme con tus encantos, y además me pondré un pijama de cuadros muy sexy que he traído. Si tú no pareces un gigoló, desde luego yo tampoco parezco una *madame*. Menudo par de dos que estamos hechos.

—Tú nunca estás fea, Raquel, ni queriendo. Estás para darte, y lo sabes —le dice antes de quedarse completamente grogui.

Raquel se va al baño a desmaquillarse, lavarse los dientes y cuando

regresa, Maxi ocupa casi la totalidad de la cama y duerme a pierna suelta. Se quita el vestido despacio, luego las bragas y el sujetador, y anda un buen rato desnuda por la habitación, disfrutando del momento de estar así delante de él, aunque no pueda verla. Se imagina que son dos amantes después de haber hecho el amor, ese momento de complicidad en que uno se levanta al baño para hacer pis y lavarse los dientes, asearse un poco después del sexo; ese instante de mejillas encendidas y pelo revuelto. Añora esos momentos de calma después de la tempestad que hace tanto que no vive; casi no recuerda ya ni cómo son, porque para compartir esos momentos hay que querer a alguien o por lo menos sentir cierto afecto o ternura, algo que no había tenido ni con su sexo desesperado del Tinder ni con Omar. Y tampoco iba a tenerlos ahora.

Con el pijama ya puesto, se sienta en un lado de la cama con cuidado y se acerca a Maxi para olisquear un poco más su delicioso aroma. Incluso levanta un poco las sábanas con cuidado, por curiosidad. Quiere verle bien, ahora que él está abandonado al sueño, que no se da cuenta, ahora que ella no tiene que fingir ni hacerse la dura; en realidad, no quiere ser su jefa, sino su amante.

Ve su tripa morena recubierta por un fino vello, el suave movimiento de su respiración, la camiseta subida, un poco retorcida, sus calzoncillos de cuadros de niño bueno. Le posa una mano sobre el costado y él se revuelve un poco; parece que va a despertarse... le toca despacio el pelo, casi sin rozarlo, y hunde sin querer la cara en el hueco de su cuello; siente su carne tibia al alcance de la boca, al alcance de la lengua... y le pasa la lengua juguetona por la oreja, apenas la puntita, para que él no lo note siquiera. La lengua da con el duro cartílago de su oreja y le dan ganas de comérsela entera, a la oreja y a él.

Ahora que él no la ve, estudia los tatuajes que quedan a la vista gracias a la camiseta de manga corta, que deja ver parte de sus brazos. Se entretiene mirando la serpiente retorcida, de la cual solo se ve una parte; el corazón rojo atravesado por fechas... Todo aquello que le parecía tan hortera, tan macarra, en él resulta tremendamente sexy. Ve también una fina marca en el codo, como de una operación que quizá se hiciera hace años, y varios lunares en la pierna. Se fija en la mano derecha, que reposa en la cama abandonada al sueño; la mano no demasiado grande, de dedos delgados y huesudos, pero fuertes. Se imagina esa mano dentro de sus bragas, acariciando su pelo.

Tiene ganas de despertarle, de decirle «fóllame, que para eso te he pagado. Al final he cambiado de idea y sí quiero; total, no perdemos nada. Será nuestro secreto». Quizá si él no estuviera tan enfermo se

habría atrevido a hacerlo. Lo mejor sería acostarse y olvidarse de que estaba allí, a su lado; pensar que estaba sola, como todos los días.

Se mete en la cama por el otro lado, con mucho cuidado para no despertarle, y deja una distancia inmensa entre ambos, acomodándose casi en el filo de la cama. No quiere notar el calor de su carne demasiado cerca, no vaya a ser que se pegue como una lapa y ya no se quiera despegar jamás.

De repente, él se mueve, cambia de postura y, como si fuese lo más natural del mundo, se agarra de su cintura y se acomoda en su costado. Ella no es capaz de moverse, ni aun cuando nota que su polla crece y roza contra su espalda es capaz de moverse. Se queda muy quieta para que aquel momento no termine nunca y acaba por quedarse dormida. Cuando se despierta en medio de la noche, le parece que Maxi no está a su lado y ve encendida la luz del baño, pero mientras espera a que regrese, se vuelve a rendir al sueño.

Deben de ser las seis o las siete de la mañana cuando se despierta de nuevo sintiéndose morir. Unas fuertes náuseas la obligan a saltar corriendo de la cama en dirección al baño. Maxi duerme mientras ella vomita como si estuviera echando la vida por aquel váter. De repente, nota que alguien le sujeta la cabeza y le aparta el pelo.

—Tranquila, tranquila… Ya va a pasar. Venga. Échalo todo. Menuda pareja de filfa que estamos hechos. Esos bichos estaban caducados, fijo. A quién se le ocurre…

A Raquel le resbalan lagrimones por las mejillas por el esfuerzo.

—Ufff, qué asco. Vete de aquí. No quiero que me veas así.

—No seas gilipollas, Raquel —dice Maxi—. Por esa regla de tres, los maridos jamás verían a sus mujeres pariendo.

—Está claro que tú nunca me verás pariendo, tesoro, pierde cuidado.

—Eso no se sabe, Raquel. Ni lo sabes tú ni yo ni nadie. Nunca digas nunca.

—Anda, cállate… Que me parece que voy a seguir. Déjame sola y vuelve a la cama. Podemos hacer nuestra Vomitona Party en Santorini. Para eso hemos venido aquí, ¿no?

—Bueno, lo que está claro es una cosa: tú y yo no iremos a ninguna boda. Vamos a pasar el día de Fin de Año juntitos en la cama.

—Eso parece —contesta Raquel—. Me pido *primer* para vomitar.

49
Dos fines de año

Necesito hacerme otro tatuaje urgentemente. Si todas las tatuadoras son como tú, me voy a hacer adicto. ¿Qué haces esta noche?

El wasap que Isa recibe en el móvil justo después de soplar las velas de su treinta cumpleaños es toda una sorpresa. El tipo del día anterior, el modelo, había conseguido sacarle su teléfono por si se decidía a hacerse más tatuajes. Y ahora le manda ese mensaje y lo que es peor, a ella le hace hasta gracia. Pero es que además es un conocido de Maxi, ¿cómo se atreve entonces a enviarle un wasap como aquel? Todo el asunto es un poco raro.

Pero Isa está borracha o empieza a estarlo y le incomoda darle demasiadas vueltas a las cosas. Un tío bueno le está tirando los trastos, su novio ya no la quiere y está a cuatro mil kilómetros de distancia, ¿cuál es el problema exactamente? La ecuación parece perfecta.

Isa y sus amigas han decidido celebrar primero el cumpleaños con una comida en la casa rural y después empalmar con el Fin de Año. Toda la tarde de pedo y risas, justo como lo han planeado.

Algunos de los novios subirán más tarde a la casa para tomar las uvas, excepto el suyo, claro. El suyo está en Grecia no se sabe muy bien haciendo qué. Eso si es que de verdad está en Grecia y no de traficante llevando drogas a sabe Dios dónde o follándose a otra. Decide relajarse un poco y, por una vez, no pensar en Maxi. A Maxi que le jodan. No piensa perdonarle.

Solo le hace falta un gin-tonic más para responder al mensaje:

Pasaremos esta noche en Segovia en una casa rural, si te apetece subirte, eres bien recibido.

¿Con novio o sin novio?

Sin. Te mando la ubicación.

Si yo tuviera una chica así, no la dejaría sola un solo minuto. ¿No ves lo que puede pasar? 😃😃😃

Llega a la casa pasada la medianoche, después de las uvas y cuando Isa está ya completamente desatada. Sus amigas alucinan un poco con que haya invitado a un tío prácticamente desconocido a la fiesta, pero todas saben de sobra lo que está sufriendo con Maxi. Si Isa quería echar un polvazo de Fin de Año, se lo había ganado.

Al verle de nuevo, a Isa le parece aún más guapo que el día anterior en su estudio...

—Déjame ver cómo tienes el tatu —le dice nada más llegar—. ¿Te ha dado algún problema?

—Sí, uno muy gordo —responde él—. Me quedé prendado de la tatuadora, tanto que llevo un día entero sin sacármela de la cabeza.

Isa sonríe. Es agradable sentirse halagada y más por un tío como ese, que, para ser objetivas, está mucho más bueno que Maxi.

—Has tenido suerte de que mi novio no esté aquí. Y, por cierto, ¿de qué le conoces? Me dijiste que era del trabajo. ¿Algo de los pisos turísticos? ¿Tú también estás en eso? —le pregunta.

—Sí, justo —responde él—. De ahí nos conocemos. Pero solo conocidos. No se puede decir que seamos amigos; si no, no habría conducido cien kilómetros para verte esta noche, ¿no crees?

—Supongo que no... Por cierto, tienes como pinta de extranjero y ayer ya te noté un acento algo raro. ¿No eres de aquí?

—No, en realidad soy persa.

—¿Persa? Anda, como los gatos —se ríe Isa—, qué exótico. Ya lo decía yo...

—Dicen que somos los mejores amantes del mundo —añade él—, ¿quieres comprobarlo? —le pregunta mientras se acerca a ella peligrosamente y la agarra por la cintura—. Si me dejas, te lo demuestro ahora mismo —le dice mientras sus manos hacen ya el

intento de meterse por debajo de su falda.

—Déjame, estamos delante de todo el mundo. Nos van a ver mis amigos y, además, no te conozco de nada —protesta Isa.

—No, pero seguro que desde ayer ya me has imaginado comiéndote ese precioso coño que debes de tener, ¿me equivoco? Apuesto a que eso es lo que más te gusta: una lengua jugueteando en tu clítoris y chupándolo todo.

Isa no está acostumbrada a nada de aquello y menos a que le hablen así, de esa forma tan sexual y directa. Le asusta y la violenta enormemente, pero, a la vez, la pone muy cachonda por lo que tiene de desconocido. Tiene la sensación de estar asomándose a un abismo.

—Pues sí. Te equivocas mucho —miente notándose las bragas ya completamente empapadas y los pezones duros. La sensación de saber que no debe hacer aquello la excita aún más. En realidad nunca se ha acostado con nadie que no fuera Maxi y a veces ha fantaseado sobre cómo sería hacerlo con otros, solo por curiosidad. Pero ahora está cachonda perdida y también despechada, un cóctel fulminante. Además, Fin de Año. Todo está permitido.

—Supongo que no me has invitado a venir aquí para tirar cuatro serpentinas y tomar una copa. Sé que quieres algo más, algo que no tienes. Aventura —dice él.

Isa traga saliva; sabe que el camino que ha tomado ya no tiene vuelta atrás. Ella y Omar permanecen delante de la chimenea mientras los otros dan vueltas por el salón o bailan en una pista improvisada, todos ya bastante borrachos. A nadie parece preocuparle demasiado la presencia de Omar...

—Te vas a correr sin que te toque un pelo y entonces serás tú la que me supliques que te folle —le susurra al oído—. Solo haz lo que te digo. Cruza las piernas y apriétalas muy fuerte una contra la otra. Llevas falda, así que no te preocupes, nadie se va a dar cuenta.

—Sí —dice Isa obediente, dejándose llevar.

—Ahora quiero que empieces a contraer tu precioso coñito, apriétalo y relájalo. Lo importante es que tengas las piernas bien cerradas, ¿me oyes? ¿Lo estás haciendo? Quiero que te corras de esa manera. No te preocupes, nadie se dará cuenta. ¿Estás notando ya la presión del clítoris contra los muslos? ¿Estás apretando bien?

—Sí, lo estoy haciendo... y me estoy poniendo fatal —responde ella.

—Pues ahora quiero que lo hagas muy muy rápido, que empieces a apretar y soltar ese coño muy muy deprisa, pensando en mi polla, que está a punto de estallar dentro de mis vaqueros y que esta noche será toda para ti. ¿Te está gustando? —le pregunta al oído—. Piensa en mi

polla, en lo dura y caliente que está y en las ganas que tienes de sentirla dentro. Quiero que te concentres en la sensación de mi polla entrando en tu coño y partiéndote en dos.

—Tócame, por Dios. Necesito correrme ya. Estoy muy cachonda... por favor.

—¿Aquí, delante de todos tus amigos? ¿No te da vergüenza?

—No, no me da vergüenza. Lo que quiero es correrme. Dime qué hago...

—Ponte un cojín sobre el regazo y agárrate a él; nadie se dará cuenta, todos están a su rollo.

Sin decir nada, Isa agarra uno de los grandes cojines que hay en el sofá y se lo pone en el regazo, tal y como él le ha dicho.

Omar mete la mano por un lado, debajo del cojín, y hurga por debajo de su falda hasta dar con sus bragas.

Con la simple presión de sus dedos sobre el clítoris, Isa ya piensa que se va a correr, pero, a la vez, quiere hacerlo durar. No quiere un orgasmo cualquiera, necesita uno brutal. Esa situación, con todo el mundo alrededor, es de las más excitantes que ha vivido nunca.

—Voy a dejar la mano quieta —dice Omar— y quiero que seas tú la que se frote contra ella como una gatita en celo. Muévete muy despacio y rózate tú misma con mis dedos —añade introduciéndole la mano dentro de las bragas y dejando los dedos índice y anular justo encima de su clítoris.

Isa empieza entonces a mover las caderas muy levemente arriba y abajo para frotarse contra los dedos de Omar, que permanecen muy quietos. Aprieta el cojín contra su regazo con fuerza y se mueve más y más rítmicamente sin siquiera mirarle. El placer es casi insoportable; le falta el aire, pero a la vez siente cierto reparo por sus amigas, que tampoco son tontas y saben que algo se está cociendo en ese sofá. Aquel peligro y el estar siéndole infiel a Maxi hacen que el morbo se multiplique por diez.

De repente, él hace una leve presión sobre su clítoris y ella no puede más y, con la mano, empuja la suya con fuerza y empieza a movérsela de modo nada disimulado, abriendo más las piernas y recostándose un poco en el sofá, aún con el cojín encima.

Cuando está a punto de correrse... él se para de repente.

—Ponte encima de mí —le ordena— en mi regazo, como una niña buena, mirando para la chimenea, y mantén el cojín encima de ti. Nadie se dará cuenta, y si se dan, que se den.

Isa hace lo que él le dice. Se sienta sobre él, se levanta la falda de vuelo que lleva y siente toda su erección contra ella. Ya no puede más.

—Ahora quiero que abras un poco las piernas y te dejes caer hacia

atrás, solo un poco —le susurra Omar, introduciéndole de nuevo las manos dentro de las bragas—. Voy a meter mi dedo entre los labios de tu vagina y quiero que te muevas como antes, pero esta vez, además, te concentres en el bulto de mi polla, que estás notado perfectamente bajo tu coño. ¿La notas? —dice moviéndose hacia arriba—. Quiero que te abrases, nena.

Isa empieza a retorcerse de manera bastante frenética. Ya no puede más. Nota la erección de Omar debajo de su culo, su mano sobre el clítoris. Aquello es superior a ella; le da igual todo. Lo único que quiere en la vida es correrse. Vuelve a apretar la mano de Omar contra su entrepierna, esta vez no en el clítoris, sino algo más abajo... Al mismo tiempo, le dirige la otra mano a una de sus tetas y así, con una mano en las tetas y otra masajeándole el clítoris, nota una ola de placer inmensa que se acerca imparable.

Entonces él, que lo advierte de sobra por sus jadeos, empieza a mover, esta vez sí, los dedos con pericia, muy rápidamente y en movimientos circulares, hasta que ella se corre como loca sin poder ahogar los gemidos de placer, chillando sin importarle que aquel salón esté lleno de gente, con el cojín ya arrojado al suelo y la falda levantada.

—Ahora vayamos arriba —ordena—, te voy a follar en condiciones, que para eso he venido hasta aquí.

Raquel y Maxi se despiertan a las diez, o más bien es Maxi el que despierta a Raquel para ver cómo se encuentra. Es la hora de desayunar, pero, obviamente, no van a poder hacerlo.

—¿Le pedimos unos Aquarius al servicio de habitaciones? —pregunta Raquel—, así tenemos la ilusión de que desayunamos algo.

Los dos se miran y sonríen. Es una sensación extraña estar allí, compartiendo la misma cama, a miles de kilómetros de casa, pálidos y ojerosos, apestando a vómito. La jefa y el empleado. El gigoló y su *madame*. El chico y la chica de aquella loca película de hacía apenas seis meses.

—Será mejor que llame a la novia para decirle que no iremos a la boda; de lo contrario, esas arpías creerán que me he largado porque Paula ha descubierto que mi novio es un gigoló. Ha sido un accidente, pero la verdad es que me encanta que lo sepan. Eleva mi caché. Creo que mis amigas me han debido de tener pena a lo largo de estos meses. Ahora lo que van a tener es envidia.

—¿Tú crees? —dice Maxi—. A nadie le gustaría tener un novio que se follase a otras tías. No creo que ninguna de tus amigas pijas aspire a eso.

—No creo que piensen eso, pensarán en la cantidad de cosas que sabrá hacer en la cama un gigoló y me tendrán envidia porque creerán que estoy follando más y mejor que en toda mi vida. Nada más lejos de la realidad, claro.

—¿Ya no te tiras a Omar? —le pregunta.

—Eso no es asunto tuyo, Maxi, pero no, ya no me acuesto con él. No quiero líos en el trabajo y esto es un trabajo, aunque sea raro. Para eso me meto en Tinder y santas pascuas.

—¿Es eso lo que hacías antes? ¿Meterte en Tinder?

—Sí, claro, ¿qué hay de malo? ¿Tengo que pedirle permiso a alguien?

—No, solo que no creo que seas del tipo de persona a la que le va el sexo por el sexo, eso es todo. Me da la sensación de que lo que buscas es encontrar a alguien que te quiera, pese a toda la fachada esa de dura que te gastas.

—Ni de coña quiero eso. Eso ya lo tuve y me salió el tiro por la culata. Quería a mi marido, quería niños, tener una familia y mira...

—No se tiene por qué volver a repetir lo mismo. Encontrarás a otra persona que te haga verdaderamente feliz, que te folle bien, que te haga reír hasta que te duelan las costillas.

—Ese tío no existe, no hay nadie que lo reúna todo —responde Raquel.

—Entonces quizá debes dejar de esperarlo todo de un tío, ¿no?, y ver lo bueno de la gente, aunque no lo tengan todo.

—No sé. Me parece que yo merezco algo bueno, algo muy bueno, porque no estoy mal, soy lista, creo que tengo talento. No soy cualquier tía. No me voy a juntar con un tío cualquiera.

—Eso ya lo vi en cuanto te conocí... y por eso estoy aquí.

—No. Estás aquí para ganar dinero, seamos claros. Solo en este fin de semana te vas a embolsar dos mil euros. No está nada mal.

—No solo, Raquel... El dinero no es lo que más me importa, aunque lo necesito, eso está claro. Me has pagado dos mil euros, sí, pero quizá haya perdido para siempre a la persona con la que llevaba toda la vida. No creo que lo esté haciendo solo por dinero.

—¿Y si no, por qué?

—No sé, Raquel, dímelo tú, ya que lo sabes todo siempre —responde Maxi.

—Pues yo creo que estás hasta las narices de ser un chico de barrio y te tienta lo que hay más allá: las luces, el brillibrilli, las atenciones de las clientas, tener ropa bonita, que babeen contigo, ¿y a quién no?

—No te enteras de nada, Raquel, pero sí, será eso —le contesta—. Y estoy orgulloso de ser un chico de barrio. No me creo más que nadie

y por lo menos no soy un gilipollas como tu ex, que ni se entera de lo que tiene delante.

—Tienes razón. Tengo bastantes prejuicios en la cabeza con los que tendría que acabar... y eso que no sabes lo último de mi ex...

La conversación se interrumpe cuando llaman a la puerta y llega el camarero con los Aquarius, un poco de arroz hervido y unas manzanas que Raquel ha pedido al servicio de habitaciones. Ese será el miserable menú que ambos tendrán para comer aquel último día del año.

—¿Qué quieres primero, la manzana o el arroz? —pregunta ella cerrando la puerta con la bandeja en la mano.

—Lo que quiero es que vuelvas a la cama; estamos bien aquí juntitos, ¿no es verdad? Estamos de lujo.

—No sé, no lo he pensado —miente—, pero sí, estoy contenta de no ir a la boda. Prefiero este plan, aunque me gustaría sentirme mejor y al menos salir a pasear un poco. Además, es Fin de Año. Otra vez me están dando unas náuseas... Oye, Maxi, ahora que estamos de confidencias, ¿qué pasó el día de mi cumpleaños, aquella noche en mi casa? ¿Me lo vas a contar?

—Te lo cuento con una condición —dice él—. Que repitas ahora todo lo que hiciste paso por paso. Si quieres saberlo, has de correr el riesgo. Tranquila, puede que solo durmieras.

—No lo creo —contesta Raquel—, pero vale, acepto el trato.

—Lo primero que hiciste fue tirarte en el suelo de tu cuarto de baño vestida... Eso no te lo voy a hacer repetir —dice Maxi—. Como estabas toda vomitada, más o menos como ahora, tuve que quitarte la ropa... Te desabroché los botones del mono que llevabas, con el que estabas muy sexy, por cierto —dijo desabrochando lentamente los botones del pijama de Raquel.

—Creía que era yo la que tenía que hacer la representación, no tú.

—Chsss, somos los dos; si no, no tiene gracia —dice Maxi mientras desabrocha los últimos botones.

Raquel no lleva nada debajo, así que sus pequeñas tetas emergen como dos montículos blancos con sus preciosos pezones rosados.

—Aquel día tampoco llevabas sujetador, así que yo me quedé embobado mirando tus tetas —le dice—, justo como ahora. Son pequeñas, pero perfectas, las más bonitas que he visto en mi vida...

Ella se ríe. Está con la guardia baja, el juego le divierte y no le da ningún pudor estar casi desnuda al lado de Maxi. Se siente cómoda y muy muy sexy, casi diría que se siente hasta feliz. Hay una extraña intimidad entre ellos que ni ella misma sabe de dónde sale.

—Luego —continúa— te tuve que quitar el mono por completo, porque también tenías los pantalones vomitados —dice Maxi, bajando

con cuidado el pantalón del pijama de Raquel—. Te quedaste como ahora, en bragas. Aquella noche creo recordar que llevabas un tanga, un tanga de encaje negro —añade acariciándole la tripa con suavidad.

—Caray —dice Raquel ya con la carne de gallina—, vaya memoria.

—Igual que otros nunca olvidan una cara, yo nunca olvido un tanga —contesta tocando el elástico de sus bragas—. Después te metí en la cama y te arropé, y siento decepcionarte, pero creo que te quedaste dormida.

—¿Y no levantaste la sábana para mirarme ni si siquiera un poco? No te lo crees ni tú —dice ella.

—No, Raquel. Me temo que eso es algo que solo haces tú.

—¿Yo? No sé a qué te refieres...

—No, ya veo. Tú nunca pareces saber nada, todo se te olvida. Ayer te pusiste las botas pensando que yo estaba dormido.

—No sé de qué me hablas —dice muerta de vergüenza—. Continúa con tu historia. Después de quedarme yo dormida ¿qué pasó?

—La verdad es que yo también levanté la sábana para poder mirarte bien como hiciste tú anoche. ¿Qué hay mejor que ver desnuda a tu propia jefa? Estabas tan borracha que no había peligro de que te despertaras. Te acaricié un poco los brazos —dice tocándoselos—. No se te puso la carne de gallina como ahora, porque estabas dormida como un cesto, claro. Después tracé un círculo con el dedo alrededor de tus pezones, pero casi en el aire, para que tú no te despertaras —dice rozándole los pezones, que al momento se pusieron como dos piedras—. También se te pusieron duros, como ahora... Después te acaricié las piernas muy despacio y metí la mano entre tus muslos y la dejé allí un buen rato. Estaban calentitos, como ahora. Tengo que reconocer que se iban un poco las manos, llegué incluso a rozar la tela de tu tanga y me sentí tentado a avanzar hasta otros territorios, la verdad...

—¿Y luego? —pregunta Raquel, que ya está muerta de excitación —. ¿Qué pasó luego?

Quiere que Maxi siga, que no pare, que se abalance sobre ella y deje de hablar de una puñetera vez... Al fin va a pasar. Está a punto de pasar.

—Luego te dejé en paz porque temía despertarte. Me quité los calzoncillos y los dejé debajo de tu cama para despistarte y que no supieses lo que había pasado, justo como sucedió. Creía que de esa forma pensarías que nos habíamos liado y me divertía la situación. Como lo crees tenerlo todo siempre bajo control, me apetecía descontrolarte un poco.

—No puedo creerlo —dice Raquel—. La verdad es que lo

conseguiste. Pensé que habíamos llegado algo más lejos…

—Antes de irme, de todas formas, intenté besarte —dice Maxi acercando su boca peligrosamente a la de Raquel, tan cerca que ella puede notar el calor de su aliento—. Te empecé a pasar la lengua por los labios como si fuesen un caramelo, aspiré el aroma de tu pelo, que ese día olía mejor que ahora…

—Maxi… ¡para, para, para! No sé si esto pasaba en la historia, pero creo que voy a vomitar otra vez —dice ella saliendo disparada, tan solo con las bragas, en dirección al cuarto de baño, arruinando el mejor momento que había tenido en el último año y medio.

50
La vuelta

Maxi tiene las tres horas y media que dura el vuelo de Atenas a Madrid para pensar en los problemas que le esperan al llegar. Le dan ganas de romper la ventanilla con un martillo, colarse por ella y quedarse ahí, entre las nubes. El más gordo, el asunto de Isa. Va a ser complicado retomar la relación después de lo que le ha hecho, pero lo malo es que tampoco tiene muy claro si quiere retomarla. Sabía que con Raquel no pasaría nada, pero ha estado cerca, muy cerca. Para él, aquellos dos accidentados días en esa isla habían resultado como un oasis, aunque no hubieran visto Santorini y pese al incidente de las ostras, aunque no hubieran hecho el amor. Lo de su madre iba a ser otro percal; a ver cómo le explicaba su desaparición, la movida con Isa...

Raquel va callada en el vuelo, también parece preocupada. Al final, durante aquel largo día en la cama, Maxi había conseguido sacarle lo de su ex y ahora sabía más de la cuenta: que pretendía echarla de su casa, que no tenía dinero para alquilar otra y no sabía dónde iba a acabar. También le había contado lo de su aborto. Le parecía curioso que a ambos les pasaran las cosas a pares, en el mismo momento, como si estuvieran unidos por una especie de karma extraño, por un hilo invisible.

—¿Qué vas a hacer con Isa cuando llegues a Madrid? ¿Crees que te perdonará lo del cumpleaños?

—No lo sé, Raquel. Mi vida ha cambiado tanto en estos últimos meses que no tengo muy claro si Isa y yo estamos hechos el uno para el otro. La he mentido, la he engañado y no solo en lo del trabajo, en otras cosas también. No he sido sincero sobre mis sentimientos. Ya sé que tú y yo somos muy distintos pero quiero que sepas que el Fin de Año que pasamos ayer enfermos en la cama viendo películas no lo cambio por nada, ni tampoco la noche de las ostras. Aunque no hubiera sexo ni nada, han sido los mejores días de mi vida.

—Sí, estuvo bien —dice Raquel, que tras el momento de debilidad en Santorini había recuperado su frialdad habitual con Maxi—. Al menos nos dio tiempo a recuperarnos y volver en condiciones para seguir trabajando. Este año va a ser el año del despegue de Rent a Boyfriend y el año de tu consagración como *escort*. Ya lo verás —añade con una sonrisa triste.

El trabajo... A Maxi se le había olvidado el trabajo durante aquellos días. El trabajo de follarse a tías por dinero, tías que, para más inri, le

buscaba la mujer a la que verdaderamente quería follarse. La vida era la leche.

—Alguna vez me gustaría volver a Santorini —dice él.

—Puedes traer aquí a Isa de luna de miel, si al final os casáis. Dijiste que cuando juntaseis el dinero suficiente os casaríais, ¿no? Querrás formar una familia...

—Sí —dice con una secreta decepción por su respuesta—. Quizá sea una buena idea.

Estaba claro que ella ya se había vuelto a poner la armadura, esa que la hacía impenetrable, autosuficiente y un poco gilipollas, eso también. No la soportaba cuando se ponía en ese plan y así era como llevaba las últimas horas, como si nada hubiera pasado entre ellos aquellos días en Santorini. Mira sus piernas de alambre cruzadas y le entran unas irresistibles ganas de meter las manos entre sus muslos y dejarlas allí para siempre. Quiere que vuelva la Raquel vulnerable que no pensaba en nada, la Raquel borracha y desatada, la que iba como un huracán allí por donde pasaba, la niña pequeña que necesitaba ser querida, la que levantaba las sábanas para mirarle mientras él dormía, la que le metía la lengua en la oreja, la enferma... Pero ahora tocaba la otra; ahora ella era otra vez su jefa y él, un gigoló de barrio.

Cuando Raquel se levanta para ir al baño, Maxi desliza un sobre dentro de su bolso, el mismo que ella le había dado en el vuelo de ida. Aquello no podía permitirlo, más sabiendo la situación por la que estaba pasando: sin un duro y a punto de ser desahuciada de su casa. Para una tía como ella tenía que ser complicada una situación así. Se acuerda de aquel serial que veía su madre cuando él era niño, *Los ricos también lloran*, y piensa que es verdad. Todo el mundo tenía problemas. Hasta los que no lo parecían.

Raquel se queda dormida durante la última parte del vuelo. Involuntariamente, apoya la cabeza en el hombro de Maxi. Él casi no se mueve, ni siquiera respira durante el espacio de tiempo en el que ella permanece dormida. Quizá no habría más momentos así. Tenía que saborearlos como un caramelo. Se fija en sus manos, encima del libro que iba leyendo; en ella, otra vez abandonada y vulnerable, y le entran unas tremendas ganas de poder vivir más momentos así a su lado, de coger más aviones, de ir a más islas, de que ella apoye siempre la cabeza en su hombro.

Cuando despertó, el avión ya estaba comenzando el descenso a Barajas. El mundo real y Madrid esperaban allí abajo, como una medicina que no quería tomar.

Tras dos días sin mirar el móvil, no se atrevía ni a encenderlo. Se

encontraría con todos los mensajes despechados de Isa, con su madre preguntándole mil movidas, algo habría del gimnasio también… Y claro, todos los mensajes de Año Nuevo sin contestar. Porque, además, era ya otro año.

Mientras hacían la cola para salir del avión, Maxi aprovechó para leerlos. Tenía un miedo extraño, como un mal pálpito, y no se equivocaba.

Había como diez mensajes de su madre, ninguno de Isa. Su padre había tenido un derrame cerebral la noche antes de Fin de Año y llevaban dos días intentando localizarle. Estaba en la UCI de La Paz.

Le cuenta a Raquel lo que sucede y se despide de ella atropelladamente. Tiene que irse cuanto antes, salir de allí corriendo para ir al hospital de inmediato. Le pide que se encargue de recoger su maleta…

No se atreve ni a llamar a su madre, prefiere ir al hospital directamente y encontrarse con lo que sea allí, haya pasado lo que haya pasado. Si hubiera muerto, habría otro mensaje de la madre, pero no lo hay. Se siente terriblemente culpable. «¿Cómo es que has elegido los dos putos días en que yo desaparezco para que te dé el jamacuco, padre?» Eso es lo que le va a preguntar cuando le vea, porque le va a ver, eso seguro. Tiene miedo de que haya muerto y de que su madre no se lo haya querido decir por WhatsApp. Se siente egoísta, mala persona; ha dejado a su madre abandonada dos días a su suerte, a su novia, tirada en su cumpleaños. ¿Todo para qué? ¿Por qué? Le estaba fallando a la gente a la que más quería.

Cuando llega al hospital, pregunta en recepción por la habitación del padre. La 236. Al menos está vivo. Sube a la planta con el corazón latiéndole a mil por hora. Empuja la puerta y allí está. Vivo, o eso parece. Hay más gente en la habitación, justo las personas a las que más teme ver: su madre e Isa.

51
Problemas a pares

En cuanto Maxi aparece en la habitación del hospital, Isa se despide de la madre de él con un beso y se marcha de inmediato sin siquiera mirarle. Pero Maxi no tiene tiempo de ocuparse de ella y sus despechos, ahora lo importante es su padre.

—De dónde vienes ya me lo explicarás luego —le recrimina su madre—. No sabes lo que he pasado estos días… ni te lo imaginas. Papa está fuera de peligro, Maxi, pero el ictus le ha dejado la parte izquierda del cuerpo inutilizada y necesita cuidados constantes. Los médicos han dicho que no podemos tenerle ya en casa, a no ser que sea con una enfermera las veinticuatro horas. Tenemos que buscar una residencia pública donde le atiendan, no podemos pagar una privada. Me he estado enterando y cuestan más de dos mil euros al mes. ¿De dónde vamos a sacar todo ese dinero?

Maxi se siente fatal, apenas puede articular palabra. Tras los días en Santorini, la realidad le ataca como una bomba nuclear. Se acerca a la cama del padre y le ve allí, tendido e inconsciente, enchufado al gotero, y le embarga una horrible sensación de culpa, de ser un hijo de mierda que le ha fallado a su padre. Su madre tampoco está mucho mejor. La tensión de los días anteriores la ha dejado demacrada y exhausta.

—Tranquila, mama, yo me ocuparé. Conseguiré el dinero para una buena residencia. Tengo algunos ahorros. Lo vamos a solucionar, confía en mí. Todo se arreglará. Vengo de un asunto de trabajo… No pude usar el móvil, me obligaron a apagarlo —se disculpa Maxi.

—Tus ahorros no van a ser suficientes, Maxi. He estado hablando con una asistente social y la residencia pública más cercana donde pueden aceptar a papa está a noventa kilómetros, cerca de Salamanca.

—No permitiré que se lleven a mi padre tan lejos, donde no le podamos visitar más que de vez en cuando. Alguna solución habrá.

—Pues no sé cuál, hijo mío. Yo ya no puedo ni pensar. Al menos tenemos unos días de margen hasta que echen a papa de aquí. Los médicos han dicho que hasta dentro de dos o tres semanas no le van a dar el alta… Y otra cosa, Máximo: no sé qué te pasa con Isabel, pero tienes una novia que no te la mereces. Ha estado aquí aguantando el tirón como una campeona. Mientras que tú…

La llegada de Raquel a casa tampoco resulta mucho mejor. Está

triste y deprimida por separarse de Maxi. Le echa terriblemente de menos, mucho más de lo que pensaba, y la abrupta y accidentada despedida que han tenido en el aeropuerto la ha dejado con mal sabor de boca. En realidad la indiferencia que ha querido mostrar durante el viaje ha sido pura fachada, la única manera que tenía de alejar a Maxi era siendo antipática y fría como el hielo, aunque en realidad se derritiera cuando él estaba cerca. Y sí, para ella, aquellos dos días de enfermedad en Santorini también habían sido los mejores en mucho tiempo, pero ¿qué más da? Había sido como un espejismo nada más.

Llega con las dos maletas a su piso y en cuanto abre la puerta oye ruidos dentro de la cocina. Como siempre, la Tata anda trajinando sin pedir permiso. Nada más saludarla, la mujer le tiende un sobre.

—Lo trajeron ayer, Raquel. Te lo firmé yo. Creo que es un burofax.

Raquel sabe que un burofax no se manda precisamente para felicitar el año. Presupone que serán malas noticias. Abre nerviosa el sobre, y efectivamente, lo son: Fernando le pide que abandone el piso en un plazo de quince días. Si no lo hace, levantará una orden de desahucio contra ella.

«En esto acaba el amor —piensa— en una orden de desahucio de la persona que más me quería hace tan solo dos años, de la persona en quien confiaba, del que iba a ser el padre de mis hijos.» Se queda en *shock*, apenas puede reaccionar. En quince días tiene que dejar su casa, pero ese no es el problema: el problema es que tampoco tiene adónde ir.

—Apóyate en tu madre, Raquel. Pídele ayuda —la consuela la Tata —. Ella tiene mucho dinero. Te echará una mano hasta que salgas del bache. No puedes hacer otra cosa.

En realidad, Raquel sí podía hacer otra cosa. Podría buscar trabajo de marketing en una oficina y ponerse a currar día y noche para ocuparse de las dos cosas, un trabajo normal y su agencia… Esa sería la única forma de poder pagar un alquiler.

—Por cierto —añade la Tata—, no es por dar más malas noticias, pero ni rastro de las joyas, ni de las tuyas ni de las de tu madre. He puesto patas arriba toda la casa. Lo tendrás que denunciar.

—¿Y a quién voy a denunciar, Tata, si no sé quién me ha robado?

—Pues es alguien que ha entrado en la casa… Eso está claro como el agua.

—Pues entonces te tendría que denunciar a ti, a mi propia madre, a Maxi, a Omar, a Telmo… Todos sois sospechosos, por esa regla de tres. Mira, Tata, son cosas. Lo que importa son las personas.

Lo cierto es que a Raquel, con todos los problemas que tenía

encima, la pérdida de las joyas era lo que menos le importaba de todo. Ya le encontraría alguna explicación o ya aparecerían durante la mudanza. Al fin y al cabo, en dos semanas tenía que salir de allí. Pensó en si mandarle o no un mensaje a su exmarido, pero decidió no hacerlo; solo conseguiría humillarse delante de él y poner peor las cosas. Se vio a sí misma apenas unos años atrás, en la cima de su carrera, exitosa, con dinero, un marido guapo y listo, los dos bien posicionados en la vida, un piso increíble en el centro, vacaciones en lugares paradisíacos, un armario lleno de ropa cara. ¿Y ahora? ¿Qué le quedaba de todo eso? Tan solo la ropa. Ni siquiera se reconocía en la mujer que había sido. Pero lo cierto es que se gustaba más ahora, sin nada. Al menos tenía sueños, un proyecto de vida, ganas de salir adelante.

Decían que las adversidades hacían crecer a las personas, que de todo se aprendía, que la fortuna siempre favorecía a los valientes. Se esforzaba en repetirse esos mantras para evitar hundirse en la mierda. Tenía una empresa que sacar a flote y, si continuaba con esa actitud, lo más probable sería que también fracasase en eso y, sencillamente, no se lo podía permitir.

Para acabar de rematar aquella llegada triunfal a Madrid, al rato le llegó un wasap de Maxi en el que le contaba lo que le había pasado a su padre y el apuro en el que estaba. Parecía que ambos estaban bien jodidos.

Necesito trabajar a destajo, Raquel, pero no sé ni cómo me voy a empalmar con todo lo que tengo encima. Mi padre está muy malito y ya no sé si se va a poner mejor. Lo que quiero es que tenga un buen final... Se lo debo. A él y a mi madre. ¿Sabes qué me gustaría en realidad?

¿Qué?

Huir contigo a Santorini otra vez. Meternos en la cama para siempre y mandarlo todo a tomar por culo.

Sabes que eso no puede ser, así que ni lo pienses. La vida no es fácil, Maxi; es una putada, pero es así.

Pero la ilusión es lo último que se pierde, Raquel. ¿Acaso a ti no te gustaría?

A mí lo único que me gustaría es saber dónde voy a vivir dentro de quince días. Por cierto, he encontrado en mi bolso el sobre con el dinero y no me parece bien, y ahora que estás en esta situación con tu padre, mucho menos. Insisto en que te lo quedes.

No voy a aceptarlo, Raquel. No fue un trabajo. Ni siquiera me pediste que te follara. Fuiste como una de esas señoras locas que solo quieren hablar...

Hombre, vomitando cada quince minutos no estaba para muchas fiestas. Ni tú tampoco, creo.

A mí me gustas igual, Raquel. Vomitada y sin vomitar. Te habría follado vomitada.

Maxi...

Raquel...

Raquel no quería ni preguntarle lo que había pasado con Isa, si la había visto, si ella le había perdonado o no. No quería saber nada. Lo que parecía claro es que ella se estaba interponiendo entre los dos y que, de seguir con esa relación de sí pero no que tenían, Maxi acabaría por romper su relación con ella, y tampoco podía permitirlo. No estaba bien jugar así con la vida de las personas.

Además, no quería perder el foco. Lo principal en ese momento era solucionar lo del piso y ganar clientas, muchas clientas, para poder salvar aquella situación *in extremis*. El asunto era cómo.

Por un momento echó de menos tener un gurú como Juan Salvador Seducción a mano con sus soluciones surrealistas; seguro que él sabría qué hacer en un momento así.

A la mañana siguiente, Raquel se ve forzada a quedar con su madre para desayunar en el Mallorca de Serrano y hablarle de la penosa situación que atravesaba...

—Sé que nunca nos hemos llevado bien, que jamás he sido una buena madre, pero déjame serlo ahora —le dice Pilar—. Déjame sacarte de este atolladero.

—Si lo haces, sé muy bien que después me lo reprocharás mil veces, como siempre has hecho —le responde Raquel—; además, te debo un montón de dinero que no sé cuándo podré devolverte, y tengo cuarenta y un años; ya no estoy para cobijarme debajo del ala de mi mamá. He de sacarme las castañas del fuego.

—Josefa me dijo lo que pasó tras la marcha de Fernando, lo de tu aborto. ¿Cómo no me lo habías contado? A tu propia madre. Me duele tanto...

—¿Y qué diferencia hace contar o no contar, madre? Lo hecho, hecho está —le espeta encogiéndose de hombros.

—Pues que quizá si me lo hubieras contado no lo habrías hecho o al menos habrías sufrido menos apoyándote en mí. Sabes que estoy lejos, pero estoy. Aunque parezca ausente, yo estoy, hija mía... De todas formas —continúa—, a ti te pasa algo más que esto de Fernando y la preocupación con el trabajo. Tú me escondes algo.

—¿Qué voy a esconder? Ya me dirás... Si mi vida es un libro abierto —le responde.

—No sé —continúa la madre, agarrándola de la barbilla—. Yo diría que tienes carita de enamorada. Te he parido yo, ¿recuerdas?

—No seas boba, madre. Después de lo de Fer, ¿crees que tengo yo estómago para enamorarme?

—Pues yo diría que sí y creo saber de quién... Del chico ese con el que te fuiste este fin de semana. No puede ser otro. Le he visto en tu

página web, es bien guapo y con pinta de buen chico.

—Pues no, mamá, no estoy enamorada de él, y aunque lo estuviera, daría igual. Ese chico, como tú dices, tiene una novia con la que se va a casar en breve y un padre muy enfermo. Lo único que me preocupa es conseguirle clientas para que pueda resolver la situación que tiene.

—No te preocuparías tanto por él si no te importara... De los otros gigolós ni hablas. Mira: yo te voy a dar la solución, para ti y para él.

Raquel piensa que su madre es una especie de Juan Salvador, pero en mujer; también se le va bastante la pinza...

—Sobre ti... Ahora, cuando yo me vuelva a Marrakech, que más o menos será cuando tú tengas que dejar tu casa, alquilamos un apartamento por meses para que vivas en él y yo me encargo de pagarlo. ¿Me dejarás hacer eso por ti? Me sobra el dinero y eres mi hija. Cuando yo muera, tú ya serás vieja y no te lo podrás gastar; mejor aprovéchate ahora. Y sobre ese chico del que no estás enamorada y que no te importa nada, también te diré lo que tienes que hacer: búscale una clienta habitual que se lo quiera cepillar una o dos veces por semana; así os aseguráis unos ingresos fijos que, por cierto, a ti tampoco te vendrán nada mal.

—Como si fuera eso tan fácil, madre. Esto no es como una hogaza de pan que cuando te sale buena ya la compras todos los días. Esto es otro tema... Es mucho dinero. Respecto a lo de la casa, acepto tu ayuda —le dice—. Buscaré el piso más barato que pueda encontrar, no tengo otra opción. Pero no me gusta deberte nada. Necesito que mis sentimientos hacia ti sean independientes del dinero o de la ayuda. Te voy a devolver hasta el último céntimo. El amor no se compra, ¿entiendes, mamá?

—¿Y me lo dices tú? —pregunta la madre con sarcasmo—. ¿No tienes una agencia de gigolós?

52
Reencuentros

Isa está confusa y enfadada. Maxi lleva varios días enviándole mensajes que ella deja sin contestar. No quiere verle ni hablar con él. Aún está dolida por su desaparición el fin de semana de su cumpleaños, pero a la vez tampoco se siente orgullosa de lo que pasó con Omar y se arrepiente horrores del episodio de la fiesta. Maxi se había portado mal con ella, eso era cierto; hacía muchos meses que estaba ausente, pero había sido ella quien le había engañado, las cosas como eran. Claro que él se lo había ganado. Sus amigas insisten en que no pasa nada, en que se lo perdonará, que eso le puede pasar a cualquiera. La intentan convencer para que trate de arreglarlo y no tire diecisiete años de relación a la basura.

Para poner las cosas aún más difíciles, desde el día de la fiesta Omar no para de acosarla a mensajes, algunos de ellos bastante obscenos, otros más normales, en los que le dice que solo quiere quedar con ella para tomar un café. Por un lado le molestaban esos wasaps, pero por otro le gustan; de algún modo, era agradable sentirse tan deseada por alguien. De cualquier forma, no va a contestar; no quiere caer otra vez y sabe que si se ven será inevitable. Se siente tan vulnerable que no confía ni en ella. Le sorprende que, siendo conocido o amigo o lo que sea aquel tío de Maxi, insista tanto en verla.

Al tercer día, Isa decide responder uno de los wasaps de Maxi. Se mantiene fría y distante, pese a que en el fondo de su corazón le echa muchísimo de menos y se muere por verle, pero no quiere ni admitirlo. Quedan en verse al día siguiente en el Lizarrán del Palacio de Hielo.

Nada más verle entrar con paso resuelto en el bar, a Isa le da un vuelco el corazón. Está muy guapo, tanto, que apenas le reconoce. Tiene otro aire, parece cambiado, aunque apenas hace una semana que se han visto por última vez.

—Estás guapo —le dice con toda la indiferencia que puede mientras él se sienta a la mesa—. ¿Y esa ropa? Ahora te vistes distinto, no sé... Pareces otro. Hasta te mueves diferente. No pareces el de siempre. ¿Y ese iPhone X? Vaya nivel, ¿no?

—Pues soy yo, el de siempre —contesta—. La ropa, el teléfono y lo demás es por lo del trabajo, ya te lo dije... A ver, Isa, sé que las cosas han estado complicadas en este momento, que lo he hecho todo como el culo. Entiendo que estés cansada y aspires a encontrar un tío mejor, un tío que te merezca y esté a la altura, y no un mierda como yo. ¿Tú

esto como lo ves? ¿Quieres que rompamos?

—Pues creo que sí —responde Isa, que realidad no quiere dejarlo, pero quiere forzar la situación para ver cómo reacciona.

—Me parece lo mejor, al menos dejarlo en *stand by* por un tiempo —dice Maxi.

—Así que me quieres dejar después de todo… ¿Es eso? ¿Has encontrado a otra? —pregunta Isa.

—¡Pero si me acabas de decir que quieres que rompamos! —exclama recordando lo que el gurú les había dicho de las mujeres: «Como la Gata Flora: si se la metes chilla y si se la quitas, llora».

—Pero lo he dicho con la boca pequeña, Maxi, para ver cómo reaccionabas.

—Eso se llama ser una falsa y tender una trampa, Isa, y me extraña de ti. Mira, yo no estoy para tonterías, para reproches o para relaciones complicadas; ya me parece bastante jodida la situación que tengo en casa y para colmo con el trabajo. Todo se me hace bola, así que no me lo pongas más difícil. Sabes que te quiero…

—Ya sé que me quieres… Lo que me pregunto es si aún estás enamorado de mí, si piensas en mí —le dice Isa.

Se queda callado. Aquel silencio a Isa le pesa como una losa. En él está ya su respuesta.

—Ahora mismo no lo sé, Isa. Tengo dudas.

—¿Dudas? Pero si tú nunca has dudado de mí, de lo nuestro…

—No me han gustado tus reacciones, tu falta de comprensión desde lo de mi trabajo, tus continuas exigencias. Todo eso me ha alejado de ti, ¿lo entiendes? Me he sentido presionado, agobiado con la urgencia de irnos a vivir juntos. No sé.

—Yo creo que tú no has sido sincero conmigo, Maxi, pero a la vez me da muchísima pena tirar diecisiete años de nuestra vida a la basura. Desde los catorce, Maxi. No conocemos otra cosa, no hemos estado con nadie más…

En cuanto dice eso, Isa se da cuenta de que es mentira. Ella sí se ha acostado con otro, pero ha sido solo sexo, sexo salvaje. No tenía nada que ver con el amor y ahora lo sabía.

—¿Nos damos otra oportunidad, Maxi?

—No sé, Isa —le contesta encogiéndose de hombros—. No sé qué decirte. Creo que es mejor que lo dejemos estar unos meses y a ver qué pasa. Dejemos que el tiempo haga su trabajo.

—¿Qué cojones significa que el tiempo haga su trabajo? Eso no significa nada. El tiempo lo único que hace es que las relaciones se enfríen y las personas se olviden. Nosotros íbamos a estar siempre juntos, Maxi. ¿Qué te ha pasado?

Él no responde, parece que no sabe qué decir o que está como ido, con la mente en otra parte, que nada de eso le importa ya.

—Si querías dejarme, ¿para qué has insistido tanto en verme?

—No era premeditado, Isa, no quería dejarte. Simplemente la situación ha surgido así. Ni siquiera yo tengo claro nada ahora mismo y no quiero tenerte así, esperando. No sería justo para ti. Han sucedido algunas cosas...

—Pero ¿qué me estás contando, Maxi? —A Isa las lágrimas empiezan a brotarle sin control. Le da igual la gente de las mesas cercanas que ya empieza a mirarlos.

—Que ya no estoy seguro de nada, Isa, que todo mi mundo se está desmoronando sin que yo pueda hacer nada... Toma —le dice—, creo que deberías leer esto. Alguien lo dejó en el gimnasio metido en un sobre a mi nombre.

Isa lo leyó. Era solo una frase:

«Tu novia folla de puta madre».

53
La guinda del pastel

—Omar, ¿otra vez? —exclama molesta Raquel—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que vengas a mi casa? Atosigas a la gente, de verdad. Ya te he dicho que no quiero saber nada de ti en ese plan... No sé qué más quieres que te diga. Tengo muchos problemas ahora, de verdad. No es buen momento.

—¿Qué problemas? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Pues nada más y nada menos que el día quince de este mes tengo que dejar esta casa y mudarme a un sitio que aún no he encontrado, ¿te parece poco?

—Déjame pasar un momento, seguro que puedo ayudarte con la mudanza. Conozco gente en mi barrio que hace portes baratos y si quieres puedo llamarlos. Te puedo ayudar también a buscar piso.

—No, Omar, gracias, pero prefiero buscarlo yo. Lo de la mudanza no te digo que no. Déjame organizarlo todo y lo vemos más adelante.

—Raquel, verás... Quería decirte que ya no te voy a molestar más. Ahora he empezado una relación con alguien...

—Ah, cómo me alegro —dice Raquel aliviada—. ¿Y sabe ella a qué te dedicas?

—No, aún no, pero lo va a saber muy pronto —contesta Omar misterioso—. He venido aquí a pedirte disculpas por haber sido tan pesado y a decirte que estoy conforme con dejar lo nuestro de una vez por todas, y también a pedirte que me consigas más clientas. Apenas tengo una salida a la semana y con eso no me llega para nada, Raquel. A este paso ni voy a poder pagar mi casa...

—No hay más clientas, Omar. No sé qué decirte.

—Pues Maxi no para de trabajar, lo veo por todos los comentarios que tiene en la web.

—Si las clientas le piden a él, yo no puedo hacer nada —responde Raquel.

Desde el día del Palacio de Hielo, Isa está hundida. Aquel tipo con el que se había acostado por despecho y para pasar un rato de pedo al final la ha jodido pero bien. El muy hijo de la gran puta. Ahora sabe que no tenía ningún interés en ella, solo la había buscado para hacerle daño a Maxi. Está segura. Todo el asunto apesta, pero el mal ya está hecho. Le odiaría por algo del trabajo, le tendría celos o sabe Dios qué. Y Maxi no la perdonaría jamás. Lo vio en su cara el día del

Lizarrán. Jamás se lo hubiera esperado de ella.

Lleva semanas sin saber nada de él, aunque sí sabe por su madre que su padre está a punto de salir del hospital y aún no tienen adónde llevarle; lo más probable es que tengan que trasladarle a Salamanca. La familia está en una situación bastante desesperada.

Incluso después de lo del anónimo, Omar ha tenido la desfachatez de continuar enviándole wasaps y a Isa le está empezando a acojonar la situación. Decide que lo mejor será bloquearle, no vaya a ser que se le ocurra hacer alguna otra maldad. Pero lo que Isa no sabe es que Omar no es un tipo al que se le pueda bloquear sin más.

Una tarde, pocos días después, él se presenta de improviso en su estudio. De alguna manera, ella ya se lo temía; lo estaba esperando. Le ve completamente distinto: del tío guapo y seductor de Fin de Año ha mutado en alguien con gesto amenazador y mala cara. Le da miedo, y más después de lo que ha hecho, pero intenta aparentar firmeza.

—Estoy ocupada con un cliente, no puedo atenderte ahora —le dice—. Por favor, no puedes estar aquí. No quiero verte más, creía que lo había dejado claro no contestando a tus mensajes.

—Solo quiero hablar contigo —responde Omar—. Me has bloqueado, así que no he tenido más opción que venir a verte. Quiero que me des una oportunidad. Soy el hombre que necesitas, un hombre de verdad, no un bebé como tu novio. Esperaba que pudiéramos iniciar una relación.

—¿Una relación? Pero ¿tú estás loco? Si solo nos hemos acostado una vez... Mi novio al que tardaste poco en decir que nos habíamos liado, por cierto, y de una forma un poco rastrera, ¿no te parece? Menos mal que era tu amigo...

—Más rastrero ha sido él contigo y con su familia. Tu novio es un fraude, nena. Vives engañada. Lo que te hice fue un favor quitándote a ese tipo de encima.

—Si no te importa, ya sé cuidarme sola —le contesta enfadada—. Te pido por favor que salgas de mi estudio; aquí no puedes estar, ya te lo he dicho... Y no me obligues a llamar a la policía. Tengo un cliente con un tatuaje a medio hacer, así que te voy a pedir que te marches ya.

—Espero a que acabes, no hay problema. Vas a querer escuchar lo que tengo que contarte. Te va a interesar, créeme —le dice con una sonrisa maliciosa.

54
Casa nueva

Raquel tiene que alternar su trabajo en la agencia, que parece que va remontando poco a poco, con la búsqueda del piso. La última operación de marketing que ha hecho parece que ha dado sus frutos: ha decidido invertir algo de dinero en anuncios de Rent a Boyfriend en Tinder y a partir de entonces las reservas han aumentado, tanto que los chicos tienen la agenda bastante cubierta, sobre todo Maxi. No cree que haya sido solo eso; es simplemente que todo lo que lleva meses haciendo va, poco a poco, empezando a dar sus frutos, y también que ya se va corriendo la voz: una clienta satisfecha se lo dice a sus amigas y la rueda empieza a girar.

Hace días que no ve a Maxi, y le echa de menos. Su contacto se limita al WhatsApp; a veces está tentada de decirle algo, de hacerle algún comentario personal, pero se controla. Un día que están cerrando una cita no puede más…

¿Arreglaste las cosas con tu novia? Me siento responsable.

Ya no tengo novia.

Raquel no pregunta más. Por el momento es más que suficiente. Con cierto secreto regocijo, le da la información necesaria sobre su siguiente cita.

Esta vez la clienta me ha dado algunas instrucciones: es una mujer de unos cuarenta y cinco. Te estará esperando en una habitación del Hotel Santo Mauro, pero no quiere que subas nada más llegar. Antes quiere que la calientes por WhatsApp... Es lo que ha dicho. Te mando ahora su teléfono y luego, cuando ella te indique, subes a la habitación a terminar la faena, ¿queda claro?

Joooder, cada vez me tocan más raritas. ¿Y eso cómo coño se hace?

Pues yo qué sé, lo habrás hecho mil veces con tu novia. Mensajes subidos de tono, lo que se te ocurra...

Nunca he hecho eso con Isa, ¿tú lo has hecho?

No me lo creo. No me tomes el pelo, anda.

Que no, que yo nunca lo he hecho. No sé si voy a saber...

Seguro que sí. Piensa que eres un macho alfa, como te enseñó Juan Salvador, y ya te saldrá solo. Dile con pelos y señales lo que te gustaría hacerle, pero poco a poco, en varios mensajes que vayan subiendo de tono cada vez más, ¿comprendes?

Sí, creo que sí. Lo pillo.

Y hay más, tesoro. Cuando ella te llame y subas a la habitación, tendrás que hacer otra cosita...

¿Sería verdad que Isa le había dejado? ¿Podría ser que ellos aún tuvieran una oportunidad? Raquel no quería pensarlo, pero la verdad era que a partir de lo de Santorini, lo pensaba casi a diario. Lo de que Maxi y ella pegaran o no le traía sin cuidado. Quizá ahora le tocaba reaprender a relacionarse con la gente, buscar otras cualidades en las

personas y no tener tantos prejuicios, estar más abierta a lo que la vida pudiera traerle. El único problema era que Maxi trabajaba para ella y que ella no podía estar con alguien que se acostara con otras. Era sencillamente eso. Sin él no había negocio, y sin el negocio, ambos estarían bien jodidos. Así que sí, podía decirse que lo suyo era imposible. Y era mejor asumirlo de una vez.

Le quedan apenas diez días para encontrar un piso y no da abasto localizando anuncios en Idealista y yendo a visitar casas horribles. A veces la acompaña su madre, otras va sola... Por supuesto, su barrio está fuera de presupuesto; es de los más caros de Madrid, por no hablar del tamaño. Del dúplex en el que vivía tendría que irse a un piso de como máximo treinta o cuarenta metros cuadrados... Eso o compartir casa con alguien, cosa que quería evitar por todos los medios. Le había dicho a su madre que en ningún caso iba a aceptar más de ochocientos euros al mes.

Esa mañana, madre e hija caminan cogidas del brazo por la calle Embajadores, en Lavapiés. No es por cariño, sino para sentirse más seguras. Raras veces habían pasado por aquel barrio. Raquel solo recuerda haber ido el día que quedó con Omar para comer en el restaurante marroquí de su segundo encuentro. No lo ve mucho barrio para ella, pero es barato y está en el centro. Había leído en un artículo de *Lonely Planet* que Lavapiés era el barrio más *cool* del mundo y, la verdad, ella no ve lo *cool* por ninguna parte. Lo único que ve es bastante suciedad y grupos de africanos apostados en las esquinas hablando entre ellos, que a su madre le parecen ladrones en potencia que van a arrancarle el bolso en cualquier momento.

—Mamá —le dice—, ¿quieres tranquilizarte? Cada vez que ves a alguien de otra raza piensas que te va a robar. Me sorprende que vivas en Marruecos y pienses así.

—Pues por eso mismo, hija mía, por eso mismo. Este barrio parece la zona mala de Casablanca o más bien Dakar, hijita. Yo no sabía que en Madrid hubiera tantas razas. Están como escondidas. No se las ve.

—No están escondidas, madre. Solo hay que salir un poco de los barrios pijos. No te viene mal. Podrías también montar en metro para ver cómo es la gente en realidad.

—Tú no hables —contesta la madre—, que te gustan los barrios buenos tanto como a mí e ir en taxi. ¿Se te ha pasado ya el vicio que tenías con los taxis? A mí dame un buen barrio de Retiro, un barrio de Salamanca, un Chamartín, un Chamberí, pero no esto, hija mía, esto no.

Cuando llegan a la casa que van a visitar, se encuentran con que es

un cuarto piso sin ascensor.

—Hay que ver —dice la madre, jadeante, subiendo las escaleras—, con la buena casa en la que vivías, con tu garaje, tu conserje, tu piscina, tu socorrismo, tu calefacción central... Ay, Raquel. Yo no te quiero decir nada, pero vas para abajo, hija mía. ¿Por qué no te metes en una web de buscar pareja y te agencias un hombre rico que te quiera? Hay muchos, hija, y muchos solos.

—Fer era un hombre rico que me quería y mira lo que hizo. No, gracias. Creo que ahora me buscaré a uno normal tirando a pobre. O incluso uno que no me quiera.

Cuando al fin llegan al cuarto piso y llaman al timbre, un señor de mediana edad con bastante buena pinta les hace pasar al interior. Es un apartamento pequeño, de una sola habitación, pero al menos tiene ventanas y buena luz. No está mal para el precio y se encuentra en una calle tranquila, a dos pasos del Rastro. Raquel y su madre ven sorprendidas que la mesa del salón está puesta como para una fiesta, con platos de langostinos y embutidos puestos en el centro, botellas de vino y globos y serpentinas atados a las lámparas.

—Ustedes perdonen que les enseñe así el piso; si gustan unos langostinos o una copita de Fino... Es que vamos a celebrar en unas horas la primera comunión de mi nieta aquí, para no manchar nuestra casa. Ya saben...

—Sí, sí, nos hacemos cargo, buen hombre —dice la madre—, pero después quedará todo recogido tras la fiesta, ¿no? Mi hija necesita mudarse enseguida en caso de que nos quedemos con el piso. Su exmarido la ha echado del suyo y no queremos cabezas de langostinos por ahí tiradas...

—Por descontado, señoras, y si quieren pueden ustedes participar en el convite —dice mirando galante a la madre y a Raquel con pena.

—Por desgracia, no vamos a poder —contesta la madre—, pero, si gusta, puede usted llamarme a este teléfono —dice tendiéndole una tarjeta— y discutimos los términos del alquiler con un café, en mi barrio, si puede ser, que aquí no he visto muchas cafeterías. Creo que esta es la casa perfecta para mi niña, ¿no te parece, cariño? ¿Nos la quedamos? ¿Cómo lo ves?

Raquel está flipándolo con su madre. ¿Desde cuándo la llamaba *mi niña* y *cariño*, y qué hacía ligando con aquel señor desconocido delante de sus narices?

Bajando ya las escaleras rumbo a la calle la madre le dice:

—Tú déjame a mí, que me tomo un café con leche con este, le hago dos pestañeos y cierro el alquiler cien o doscientos euros más barato de lo que pide. El resto te lo quedas para irte a la peluquería y

a la esteticién, que se te está quedando una cara de pasa… No tienes ningún aspecto de *madame*, tengo yo más que tú, fíjate lo que te digo, y te doblo la edad. Además, estaba bien ese señor, ¿verdad? Me ha agradado. Se le veía buen mozo, aseado. Los hombres españoles son guapos, tienen buena planta. Tengo que ir adonde haya más hombres así solos, ¿dónde podría ser?

—No sé —contesta Raquel—. Desde que quitaron los cines porno ya no es lo mismo. Se concentraban bastantes allí. De todas formas, ¿tú no estás con Amed?

—Amed está en Marrakech, niñita, ¿y yo dónde estoy?

—En Madrid —contesta encogiéndose de hombros.

—Pues tú lo has dicho. ¿Lo ves como cuando quieres me comprendes a la perfección? Me estoy haciendo un detox de él. Tú deja a tu madre, que te va a conseguir esta casa tan mona a un precio de ganga, ya lo verás. Y con muebles y todo. Hasta con langostinos, si quieres. ¿Qué apostamos?

—Nada —contesta Raquel encogiéndose de hombros—. No apuesto nada. Como para apostar estoy yo.

55
El hotel

Maxi se pone el traje de los domingos, como él lo llama. Cuando le citan en hoteles caros, suele llevarlo. Si es un plan más informal, lleva su pinta de macarra habitual, con chupa de cuero, vaqueros rotos... A ellas las vuelve locas. Y cuando se quita la camiseta y deja ver todos sus tatuajes, ya es un escándalo, se ponen como perras en celo. ¿Qué les pasará a las tías? Están todas enloquecidas. Cuantas más mujeres conoce, menos le parece entenderlas. Lo que tiene claro es que casi ninguna tía está en sus cabales.

Mira en el móvil la dirección del Hotel Santo Mauro; está muy cerca de casa de Raquel. Ya podía ser a ella a la que tuviera que calentar por teléfono, ella la que le estuviera esperando en el hotel... Al fin y al cabo, ya no está con Isa; es libre como el viento. Por mucho jaleo que se haya traído con Raquel, al menos tiene la cabeza bien alta: no se acostó con nadie fuera del trabajo mientras tuvo novia, ni siquiera con Raquel aquel día de su cumpleaños o en Santorini, y ganas no le habían faltado ninguna de las dos veces... Y, sin embargo, Isa a las primeras de cambio ya se había cepillado a otro. A otro que además le conocía, o sabía dónde trabaja. Eso significaba que tenía que ser alguien de su círculo, alguien a quien él conociera. Lo de Isa le había dolido mucho, para qué engañarse. Eran muchos años, mucha confianza, pero a la vez le había dado una razón completamente justificada para cortar una relación que ya no iba a ningún lado. Toda la vida juntos, sí, pero ¿y qué? ¿Eso qué significaba? A Isa la quería, claro que la quería, pero le parecía que ya no estaba enamorado de ella. Le daba la sensación de que aquella noche en Santorini con Raquel, metidos en la cama vomitando y viendo Netflix, valía lo mismo o más que los diecisiete años que había pasado con Isa. Así eran las cosas. Básicamente, no había Dios que las entendiera.

Todo esto es lo que piensa mientras atraviesa Madrid con la moto en dirección al hotel. En su padre ni siquiera piensa, lo evita a toda costa. Tal y como están las cosas, no queda más remedio que trasladarle a aquella residencia en Salamanca, al menos de momento. No hay otra salida. Ahora tiene dinero para pagar dos meses, quizá tres de una persona que le atienda todo el día, pero no más. Sus ingresos como gigoló aún no dan para tanto, y eso que cada vez tiene más citas. Hasta él mismo estaba sorprendido.

Ya está acostumbrado a que los porteros de los hoteles le miren raro cuando aparece con su vieja moto. Quizá no sería mala idea comprarse una mejor, aunque fuera de segunda mano, como casi todo lo que se compraba. Había conseguido hacerse con un armario de puta

madre a precios más que razonables: el Wallapop, el Zalando... Se obtenían cosas de marca a precios de ganga. Llevaba zapatos de seiscientos euros que conseguía por setenta y cinco. Así era él, un maestro en fingir lo que no era. Pero, como había dicho Juan Salvador, el caso no era serlo, sino parecerlo. Y él, la verdad, tenía toda la pinta de gigoló de lujo sin haber sido nunca gigoló ni haber estado en su puta vida en contacto con el lujo. Raquel le había dicho en Santorini que en eso consistía la inteligencia, en saber adaptarse a las circunstancias... a cualquier circunstancia.

Llega al hotel y busca el bar, qué remedio. Tiene que empezar con los mensajitos. Raquel le ha dicho a las cinco. Se pide una cerveza y se la lleva a una mesa apartada. No suele beber antes del curro, pero esta vez lo necesita para inspirarse un poco. Lo que le ha dicho es verdad, nunca le ha mandado mensajes subidos de tono a Isa y, hasta ahora, ninguna clienta le había pedido que lo hiciera.

Hola, soy Maxi. Estoy aquí, en el hotel ya...

Hola, cariño. Te estaba esperando.

Estoy deseando verte, seguro que eres espectacular. Me gustaría saber qué llevas puesto.

¿A ti qué te gustaría que llevase puesto?

Maxi no tiene ni puta idea de qué contestar a eso. Se acordó del pijama de cuadros de Raquel en Santorini.

Un pijama de cuadros de niña buena con bastantes botones desabrochados. Me parecen muy sexis.

¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? Nunca se me habría ocurrido.

Me pone el contraste entre una prenda tan inocente y el cuerpo precioso que imagino que hay debajo. Ya sabes cómo somos los tíos, nos excita más imaginarnos las cosas que verlas directamente.

¿Y cómo te imaginas mi cuerpo, Maxi?

Pues con una piel suave como la seda, dos buenas tetas, unas caderas anchas y redondas y un culo impresionante, ¿voy bien?

Sí, vas bien. Sobre todo en lo de las tetas y el culo, son bastante como los has descrito.

Mmm, me muero por verlos y tocarlos. ¿Por qué no me dejas subir ya y te demuestro lo que puedo hacer con ellos?

No todavía. Quiero que me pongas a mil, que cuando subas esté tan cachonda que no tardes ni dos minutos en follarme aquí, a los pies de la cama. ¿Lo harás?

Claro que lo haré, preciosa. Haré lo que tú digas.

¿Te está creciendo la polla pensando en mi culo y mis tetas, Maxi? Dime cómo la tienes ahora.

Me está estallando el pantalón, preciosa. Tengo un bulto tan grande en la bragueta que me he tenido que poner una revista encima para disimular un poco...

¿Y cómo es tu polla? Descríbemela. Haz que se me haga la boca agua. Véndemela como si fuera una polla último modelo sin la que no pudiera vivir, querido...

Pues es bastante grande y gruesa, pero cuando crece, como ahora, aún se pone más grande y más gruesa. Es una polla especialmente fabricada para darte placer. ¿Qué más puedo decirte? Lo mejor es que la veas, que la toques, que te la metas en la boca y lo compruebes tú misma.

Oh, síííí, estoy deseando sentirla bien bien dentro de mí, que me destroces entera hasta que no pueda más y que luego termines en mi boca. Me encanta eso. ¿Lo harás?

Claro que lo haré, nena. Para eso estoy aquí... Para hacerte feliz. ¿Qué más te gustaría que te hiciera?

Ver cómo te masturbas. Eso me volvería loca. Verte hacerlo como si estuvieras solo y nadie te viera. ¿Cómo te tocas? Cuéntamelo, ¿lo haces a menudo?

Claro, todos los tíos lo hacemos. Necesitamos hacerlo al menos una o dos veces al día. Ahora mismo, si no estuviera en el bar delante de toda esta gente, me tocaría pensando en ti. Te explicaré cómo lo hago: suele ser al despertarme, me agarro la polla de bastante abajo, cuando está bien empalmada, y empiezo a darle duro, hasta que me corro. Me da mucho placer. Otras veces me pongo un poco de porno y me toco mientras veo alguna escena que me excita. ¿Tú lo haces? Cuéntame cómo te das placer, me encantaría verlo a mí también. No hay nada que me ponga tan cachondo que ver a una mujer guapa masturbándose.

No sabes si soy guapa, Maxi.

Seguro que lo eres, y muy sexy también. Eso se nota...

Lo hago de muchas maneras y casi a diario, como tú, pero mi forma favorita es esta: cojo una prenda de ropa pequeña, una camiseta o unos calcetines o medias, y hago un pequeño bulto con ellas, y las meto entre el colchón y la sábana, de forma que hagan un pequeño montículo. Me tumbo boca abajo haciendo que mi clítoris coincida con ese montículo y me empiezo a frotar con él, moviéndome de izquierda a derecha, de un lado a otro. Me imagino que es la polla de un hombre que me gusta. Me froto más y más rápido, con las piernas un poco abiertas, hasta que por fin tengo un orgasmo increíble. Esa es mi forma favorita, pero tengo muchas otras. A veces me gusta utilizar objetos, no solo vibradores, sino objetos cotidianos.

Vaya imaginación. Me estás poniendo realmente muy cachondo con todo esto que me cuentas.

Otras veces me masturbo frotándome el clítoris con un cepillo de dientes eléctrico; da un placer increíble, lo prefiero a cualquier aparato. Otras me paso un collar de perlas gruesas por la vagina y noto como cada bola va pasando por mi coño; otras utilizo dos vibradores, uno con el que me penetro la vagina y otro más pequeño para el ano; los sujeto ambos con una mano, colocando cada uno en su sitio, y con la mano derecha me acaricio el clítoris... Los orgasmos son brutales así.

Para, por Dios. Tengo la polla a punto de estallar.

Y es verdad que la tiene. Maxi se está poniendo realmente cachondo con aquellos mensajes, más de lo que pensaba, pero es sencillamente por una cosa: piensa que quien se los está escribiendo es Raquel. Cada uno tenía sus pequeños trucos y hacía ya bastante que él utilizaba ese, más aún desde el día en que la vio follándose a Omar en la casa de la sierra.

Quiero que cuando subas me tires de los pelos mientras me lo haces por detrás y me digas cosas muy sucias. Me encanta que me hablen sucio mientras me follan, que me digan cosas muy muy guarras, ¿tú lo haces, Maxi?

Yo hago lo que tú quieras.

Ya está acostumbrado a que le pidan eso. Es un clásico entre los clásicos.

¿Y qué me vas a decir mientras me follas? Cuéntamelo.

Maxi piensa en lo que les dice a todas las clientas que le piden eso...

Que eres mi puta, que eres una zorra, que te voy a dar duro, que me encanta tu coño, que me muero por follarte, que me pones muy cachondo, que quiero que te lo tragues todo, que te metas mi polla bien adentro hasta que te atragantes, que quiero correrme en tu cara...

No está mal, pero intenta mejorarlo cuando subas. Ve al baño, sácate una foto de la polla y mándamela. Quiero verla. De cerca, ¿eh? Primer plano.

¿No prefieres que suba ya? Así ya la ves en vivo y en directo.

No, quiero que hagas lo que te digo.

Maxi se dirige al baño a regañadientes. Oye otra vez el sonido del WhatsApp; esta vez es Raquel, que quiere saber si todo va bien. Le pide que le escriba al salir.

No le importa hacerse la foto; por suerte, está empalmadísimo. Esa tía ha conseguido ponerle supercachondo contándole sus técnicas de masturbación. Tendrá que apuntarlas, seguro que más adelante le servirían de algo. Se saca la polla de la bragueta y se toca un poco para hacer que le crezca más. Se la agarra con la mano y le hace una foto con el móvil.

La envía al momento.

Aquí está lo que querías, nena. Es solo para ti.

Sale del baño otra vez en dirección al bar. Un nuevo wasap de la clienta...

Estoy impaciente, querido. Quiero ver tu polla ya.

Te la he enviado hace dos segundos.

No, querido. Yo no he recibido nada.

—Hostia puta, no no no —dice Maxi en un susurro. Pero sí. Ha pasado. Por error, le ha mandado la foto al wasap de Raquel. Era justo la última conversación abierta antes de meterse en el baño. Está

jodido. Jodido no, superjodido... Y muerto de vergüenza, eso también. A ver cómo salía de aquello.

¿A qué esperas? La polla, quiero verla.

Y Maxi coge otra vez la foto y se la vuelve a mandar a la clienta. Qué remedio. Había que acabar aquello. Ya vería cómo lo solucionaba con Raquel, pero el trabajo era el trabajo y ahora estaba trabajando.

La clienta escribe de nuevo:

No me gusta.

¿Cómo?

Que no me gusta. Enviaré ahora a un botones al bar del hotel con tu dinero. Buenas tardes.

Pero ¿cómo? ¿No quieres que suba?

No, querido. No me gusta tu polla, no hay nada que hacer. A veces pasa.

¿Le pasa algo?

No, no. No te lo tomes como algo personal. Soy bastante exquisita para las pollas. Me gasto un dineral en gigolós y me acuesto con poquísimos. Estoy buscando la polla perfecta, pero no doy con ella.

Ah, vale. Me dejas más tranquilo. Pensaba que le pasaba algo.

No, amor... Incluyo una pequeña propina por las molestias o el inconveniente.

¿No quieres que siga por WhatsApp hasta que te corras?

Ya me he corrido un montón de veces, querido. Has hecho bien tu trabajo, no tengas problema. Te llamaré otro día y quizá puedas subir a verme.

En efecto, a los diez minutos aparece un botones buscándole en el bar. Le identifica rápidamente.

—¿Es usted Máximo? La señora Cortés me ha pedido que le entregue esto.

Maxi abre el sobre: trescientos euros, más cien de propina, por estar veinte minutos mandando mensajitos por WhatsApp. No estaba mal, la verdad, pero por algún motivo Maxi está molesto.

«Las tías están de la olla, completamente chaladas.» Eso es lo que va pensando cuando sale del hotel y se sienta en la moto. Antes de arrancar, nota la vibración del WhatsApp dentro del abrigo. Es la contestación de Raquel. Horror...

Bonita polla. Siempre está bien ver el material de trabajo con el que cuento. Una equivocación, supongo...

¿Y si no lo fuera? Y si te dijera que esta polla es tuya, ¿qué?

56
Todo se destapa

—Tu novio es gigoló, puto... Se acuesta con mujeres —dice Omar.

—Pero ¿qué coño me estás contando, colega? —exclama Isa—. Anda, sal de aquí, pírate... Te digo que voy a llamar a la policía.

—Llama a la policía si quieres —le contesta—, pero tu Maxi es gigoló y además está enamorado de su *madame*, de Raquel. Si no me crees, mira —le dice Omar tendiéndole a Isa su móvil—. Esta es la página web de la agencia, aquí puedes ver que no estoy mintiendo. Mira su perfil.

Isa coge el teléfono con manos temblorosas. Es verdad, allí está su Maxi. Hay mil fotos.

No sabe muy bien cómo reaccionar ni qué pensar. Es imposible. Debe de tratarse de algún engaño de Omar, de algún error.

—Eso te lo has podido inventar tú, cogerle esas fotos y ponerlas ahí. Eres capaz. No me lo creo, ¿sabes? Maxi nunca haría algo así. Él trabaja alquilando pisos turísticos. ¿Quién coño es Raquel?

—Eso fue la tapadera que se inventó Raquel con Maxi para que tú no te enterases. Nunca hubo ninguna empresa turística. Tu hombre se acuesta con mujeres por dinero. Como yo. Raquel es esta —le dice enseñándole una foto suya que guardaba en el móvil—. Era mi chica antes.

Isa reconoció entonces a la rubia con la que Maxi aparecía en aquella foto la noche de Hebe. Todo parecía encajar, aunque se empeñara en negarlo.

—¿Tú también eres gigoló? —pregunta Isa.

—Claro —responde Omar—, por eso nos conocemos y por eso sabía de ti y dónde trabajabas.

—No, no puede ser. Me estás mintiendo.

—Te juro que es verdad. Pregúntale a él, no te lo podrá negar.

—Y en caso de que fuera verdad, ¿por qué le has hecho esto? ¿Tanto le odias?

—No le odio. No le quiero bien, que es distinto; pero no lo hago por rabia, lo hago por ti, Isabel. Porque quiero tener una relación contigo.

—No tendría una relación contigo ni muerta, Omar. Eres una mala persona. Y ahora, por última vez, lárgate de aquí y que no se te ocurra volver a aparecer, ¿me oyes? No vuelvas por aquí o te denunciaré a la policía por acoso.

—Te arrepentirás de haberme rechazado —le dice amenazante.

No puede creerlo, es sencillamente imposible. Rent a Boyfriend. Vuelve a teclear las palabras en Google en su portátil y allí está. Agencia de contactos de alto nivel. Entra de nuevo en la ficha de Maxi y lee su descripción. De repente, siente unas terribles arcadas y tiene que ir a vomitar al baño; no se encuentra bien. Ya por la mañana le había pasado lo mismo.

Así que su novio o, bueno, su exnovio se dedicaba a la prostitución. Las piezas le empezaban a encajar en la cabeza: el cambio de ropa, el nuevo pelo, el decir que tenía que trabajar por la noche y a horas raras, su inapetencia en la cama, su extraña marcha el día de su fiesta de cumpleaños, decir que estaba a dieta, machacarse en el gym... ¿Sería verdad? ¿Habría sido capaz de eso? Pero ¿por qué? ¿Para qué?

Isa está tan en *shock* por la noticia que le acaba de dar Omar que ni siquiera se ha parado a pensar en la segunda parte: «Y además está enamorado de su *madame*, que se llama Raquel».

Son demasiadas cosas para digerir de una sentada. «Poco a poco —se dice—, poco a poco. Ya pensaré en eso después. Aquí hay gato encerrado, todo esto debe de tener alguna explicación.»

Se vuelve a sentir mareada. Desde hacía unos días andaba revuelta y rara. Lo achacó al estrés, no podía ser otra cosa.

Toda su vida se había derrumbado en las últimas semanas y ahora, por fin, comprendía el motivo.

A Maxi le extraña la llamada de Isa. Duda si cogerlo o no, no quiere más movidas con ella; ya ha tenido suficiente con enterarse de que se había follado a otro. Aun así, lo coge...

—Hola, Maxi. Te llamo por si podemos quedar esta semana a tomar algo, creo que ninguno de los dos hemos sido muy sinceros con el otro. No quiero hablarlo por teléfono.

Maxi duda. No sabe muy bien a qué se refiere, pero tampoco quiere quedar mal con ella; la quiere, a pesar de todo.

—No sé de qué querrás hablar; por mí, ya está todo hablado y superhablado.

—Me parece que no, chiqui —le contesta—. ¿Te parece el jueves a las seis en el VIPS del Palacio de Hielo, como siempre?

—Vale —dice Maxi—. Allí estaré.

Quedaban muchas veces allí, en el VIPS del Palacio de Hielo. Isa solía pedir tortitas y un batido, y él, hamburguesa y fanta. Maxi se da cuenta por primera vez de lo feo que es aquel lugar. Sin duda, se ha vuelto más pijo con los sitios, eso sí es verdad. A fuerza de ver tantos

lugares bonitos, aquella tarde el VIPS le parece un sitio anodino y vulgar, lleno de gente que grita demasiado y camareros maleducados.

La ve sentada al fondo. Está pálida y algo demacrada. Ya había pedido su batido...

—Hola, Isabel —le dice.

—¿Ahora soy Isabel? —contesta ella—. Está bien eso. Hola, Máximo.

Maxi se sienta y pide la hamburguesa Pampera de siempre y la fanta.

—¿Estás seguro de que puedes comer eso? —le pregunta Isa—. Vas a engordar.

—¿Y qué si engordo? —le espeta Maxi.

—Que no creo que sea bueno para tu trabajo.

—No veo por qué.

—Porque trabajas desnudo, ¿no? ¿No es eso lo que haces? —le pregunta.

—Me estoy perdiendo, Isa —le dice, molesto—. ¿Para qué querías verme?

—Para contratar tus servicios de gigoló —contesta ella—. ¿A cuánto es la hora?

—Isa —dice Maxi, desencajado—. Deja que te lo explique... Todo tiene una explicación.

—Sí, debe de tenerla: ¿me has dejado por echar un polvo de despecho con otro cuando tú te has follado por dinero a medio Madrid? ¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza?

—Lo hice por nosotros, para poder pagar la entrada del piso. Estaba harto de ser un fracasado, un mindundi, un don nadie...

—¿Por nosotros? No me jodas, Maxi.

—Sí, y también por mi padre, para pagarle una residencia, y mira lo que ha pasado. Ahora la necesita con urgencia. Me pagan muy bien, ya tengo mucho ahorrado, Isa.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no lo habrías entendido, y no me equivocaba, ¿lo ves?

—¿Quién es Raquel?

—Mi jefa.

—¿Estás enamorado de ella? —le pregunta.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Quién te ha contado todo esto?

—Una persona que no te quiere muy bien —le responde—, la persona con la que te engañé.

—¿Qué me estás contando, Isabel? Pero ¿tú qué coño me estás contando?

—Omar —le dice—, se llama Omar y es gigoló, como tú.

«Ese hijo de la gran puta —piensa Maxi—, ese hijo de la grandísima puta al que no le había llegado con Raquel, no. Tenía que ir a follarse a su novia también y contárselo todo.» Le mataría. Le iba a partir la cara a ese cabrón de mierda. Lo debió de haber visto venir. Tendría que haber estado prevenido. Le odiaba con todas sus fuerzas por tener más clientas, por ser el favorito de Raquel, por notar que entre ellos dos había algo, por echarle la culpa de que Raquel no se quisiera acostar más con él.

—Maxi, te voy a decir algo —continúa Isa—. Estoy embarazada, me enteré ayer, y es tuyo. Estoy segura. Tienes dos opciones: o dejas ese trabajo tuyo e intentamos salvar lo nuestro, nos casamos y formamos una familia, o te quedas solo follándote a viejas por dinero con esa Raquel de la que supuestamente estás enamorado. Tú decides. Aún no es demasiado tarde. El niño lo voy a tener, decidas lo que decidas, solo que tendrá padre o no, eso es cuestión tuya. Si decides seguir con esa vida, no te dejaré verlo jamás. No quiero ni que sepa quién es su padre. Me avergüenzo de ti.

57
La mudanza

Raquel había conseguido meter toda su vida en treinta cajas y la mayoría era de ropa, aunque tenía también muchos aparatos: dos ordenadores, tres televisiones, DVD, el *home cinema* del que se había encaprichado Fer, varios aparatos de música... De los muebles se llevaba lo que le cabía en su nueva casa; con el resto, que Fer hiciera lo que le diera la gana. Raquel había visto con la Tata un par de capítulos en Netflix de la japonesa esa que aconsejaba tirarlo todo y le había hecho algo de caso deshaciéndose de cosas que ya no se ponía hacía siglos, donando a la biblioteca del barrio algunos libros y tirando toneladas de papeles. En realidad, solo había un momento en el que hacer eso era posible: una mudanza.

Al final, había sucedido como su madre había dicho: quedó con el propietario y, tras el *café con leche*, consiguió que le rebajara doscientos euros el alquiler. Además, Pilar había decidido quedarse una temporada más en España para *conocerse mejor* mientras el pobre Amed continuaba como un calzonazos ocupándose de su riad allí, en Marrakech.

La Tata se había llevado un buen botín en cremas y Raquel le había regalado tres bolsos de marca en compensación por todo lo que le había dejado de pagar. Contó los bolsos buenos que tenía y eran más de veinte. Aquella caja de bolsos ya valdría lo menos diez o doce mil euros; al menos tenía algo que vender si las cosas se ponían feas, ya que las joyas habían «volado».

—Tata, ahora no podrás venir a la casa de Lavapiés, no cabemos las dos al mismo tiempo. Es demasiado pequeña y mira todas las cosas que tengo que meter. No sé cómo voy a hacerlo.

—Donde vayas tú, voy yo, Raqueliña. Y si tengo que adelgazar para caber en la casa, pues adelgazo. Todo tiene solución...

—Menos la muerte —contestó Raquel riendo.

No le daba pena dejar aquella casa, aquella vida. Tampoco es que hubiera sido tan feliz en ella. Más bien lo contrario: el abandono de Fer, el aborto, su año de Tinder y macramé. Quizá le esperaran tiempos mejores en aquel minúsculo apartamento de Lavapiés. Era cierto que las casas guardaban toda la energía de lo que se había vivido en ellas. Cuando la vida cambiaba, y la suya lo había hecho, era necesario mudarse, cortarse el pelo, llevar ropa distinta, encontrar

un nuevo amor. Y Raquel estaba decidida a hacer todo aquello. Aunque, bueno... el amor ya lo había encontrado, pero no podía ser. O quizá sí, pero había que darse un tiempo, ir tranquila y no atropelladamente, como solía hacerlo todo. Esta vez lo haría bien.

El negocio seguía viento en popa, hasta Omar y Telmo tenían la agenda llena. Mudarse a otra casa mejor que aquella de Lavapiés solo sería cuestión de unos meses. Además, aquella mañana le llegó otra buena noticia: le había escrito una mujer, una mujer madura. Quería contratar los servicios de Maxi una vez a la semana, que fuese una especie de amante y confidente, eso había escrito. Le habían hablado maravillas de él y estaba segura de que sería perfecto como acompañante habitual. También la acompañaría de viaje o a hacer alguna salida en coche de vez en cuando. Raquel había arreglado con ella un precio al mes, nada más y nada menos que dos mil euros. Aún no le había dicho nada a él, pero con aquella clienta, si la tenía contenta, sería fácil que pudiera solucionar lo de su padre y pagar una enfermera que lo cuidara en casa. Le llamaría por la noche para contárselo, ya desde su nueva casa. Le gustaba dar buenas noticias y ver la reacción de los demás, era algo que se podía hacer tan pocas veces...

Aquella mañana tuvo también noticias de Juan Salvador Seducción: Quería saber qué tal les iba a los chicos, si eran ya unos machos alfa y unos seductores como es debido y si se ganaban bien la vida gracias a sus consejos. Estaría en Madrid unos días en un par de meses y le gustaría verla para proponerle un negocio conjunto. No le había explicado más. Raquel rio para sus adentros; un negocio con un pirado como el gurú era algo que no le inspiraba precisamente mucha confianza.

Omar le había dicho que el camión de los portes llegaría a las dos de la tarde. Era verdad que le había salido mucho más barato, le debía una. Al final se alegraba de que las cosas con él se hubieran apaciguado de algún modo. Se preguntaba quién sería su nueva pareja; debía de ser una buena para haberle dejado así de tranquilo y manso.

Los chicos de la mudanza llegaron puntuales. Primero fueron bajando los muebles y después continuaron con las cajas hasta que ya no quedó ninguna. Raquel los esperaría en el apartamento de Lavapiés al cabo de media hora para abrirles y que pudieran subirlo todo.

Antes de salir definitivamente de la que había sido su casa durante diez años, fue recorriendo habitación por habitación, deteniéndose un momento en cada una, pensando las cosas buenas y malas que habían sucedido dentro de aquellas paredes: los momentos felices y

desgraciados, las dudas, las noticias, los sueños, los polvos, los deseos, las frustraciones, las tristezas, las lágrimas… Todo cabía en una casa y todo se quedaba grabado en las paredes como una especie de barniz transparente, de pátina invisible… El gotelé de la vida.

Salió a la terraza. Se acordó del verano anterior, de la cantidad de veces que había mirado y se había excitado mirando a Maxi, su Maxi. Conocerle había sido lo mejor que le había pasado en aquella casa. No se había dado cuenta hasta aquel momento.

Tras una última inspección, Raquel y la Tata estuvieron por fin listas para marcharse:

—Adiós, casa —dijo Raquel antes de cerrar la puerta y dejar atrás todo su pasado.

58
El derrumbe

Raquel y la Tata llevan ya más de hora y media en el piso de Lavapiés y el camión todavía no ha llegado. Raquel ha llamado varias veces al contacto que le han dado, pero nadie parece coger el teléfono. Quizá están en un atasco o han tenido algún problema de tráfico.

Llama a Omar para ver si él sabe algo del tema, pero tampoco da señales de vida. Todo aquello empieza a intranquilizarla.

—Yo no quiero emmierdar, churriña, pero ¿tú te fias de ese Omar? ¿Qué empresa de mudanzas era esa? ¿Tienes el teléfono para que llamemos?

—No lo sé, Tata. Omar no me dijo nada, solo me dijo que esos amigos suyos tenían una empresa de mudanzas y que me saldría mucho más barato. Por eso lo hice con ellos.

—¿Y no tienes nada? ¿Ni una tarjeta, nada?

—No, nada, Tata.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos. Seguramente lleguen ahora y el retraso tendrá una explicación. No vamos a poner el carro antes que los bueyes. Anda, ayúdame a limpiar un poco y así hacemos tiempo antes de que lleguen. Estoy pensando cosas que no quiero pensar. No hay que ser malpensadas, *filla*.

A las seis de la tarde los de la mudanza aún no han llegado y nadie responde a los teléfonos, ni los chicos del camión ni Omar.

—Ay, Tata, que no van a venir, que me lo han robado todo.

—Pues no sé, hija. La cosa pinta un poco mal, la verdad. Y, además, no es lo primero, Raquel. Lo primero fue lo de las joyas, que nunca aparecieron. Yo creo que ese chico no es trigo limpio, que te ha hecho una putada, churriña, que te lo ha robado todo, que desde el principio su intención era sacarte algo, todo lo que pudiera...

—No no no, Tata. Omar trabaja para mí, no puede ser.

—Sí puede ser, hija. La gente es mala, y tú, muy confiada. Trabajaba para ti, churra, en pasado.

No no no. No podía ser verdad. A ella no podía pasarle eso. Ahora no. No podía ser. Qué va. Las cosas no eran así; todo tendría una explicación, una explicación lógica. Habría pasado algo. Habría habido un accidente. No podía ser.

Raquel no sabe qué hacer. Está tan desesperada que solo se le ocurre una cosa, llamar a Maxi, pero él tampoco coge el teléfono. Le envía un mensaje de voz al WhatsApp.

—Maxi, ha pasado algo. ¿Puedes venir a mi casa de Lavapiés? Te

doy la dirección. Por favor, ven enseguida. Te necesito. Es urgente. No sé a quién acudir.

A la media hora llaman al timbre de la casa. Por un momento, Raquel tiene la esperanza de que sean los de la mudanza, pero no, es Maxi.

—¿Qué pasa, Raquel? —pregunta él, alarmado, entrando en el apartamento—. Estaba preocupado.

—Pues pasa que Omar me recomendó a unos amigos suyos para hacer la mudanza. Hoy vinieron a mediodía a por las cajas y los muebles a la casa de Zurbano y todavía no han llegado. Nadie coge el teléfono, Omar tampoco. La Tata cree que me han robado. Se lo han llevado todo, Maxi. No me queda nada.

—El muy hijo de la gran puta —dice Maxi dando patadas y golpes contra las paredes—. El muy hijo de la gran puta... Le voy a matar, le mato. Le voy a matar, Raquel.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué te pones así? Tranquilo, Maxi. ¿Hay algo que no sepa? ¿Algo que no me hayas contado?

Y claro que lo había. Maxi se lo cuenta todo a Raquel ante la mirada atónita de la Tata. Cómo Omar había buscado a Isa y se había acostado con ella aprovechando el viaje de los dos a Santorini, cómo después él había recibido el anónimo en el gimnasio, cómo le había contado a Isa que él era gigoló.

—Ese cabrón de mierda nos ha destrozado la vida a todos. A todos, ¿entiendes, Raquel?

—¿Por qué no me contaste todo eso, Maxi? Ahora es un poco tarde...

—No quería preocuparte más, Raquel. Eran mis problemas y ya bastante tenías tú con los tuyos, pero ahora me arrepiento. Dios, cómo me arrepiento... Ven aquí.

—No no no. No puede ser, no puede ser.

Raquel comienza a llorar desconsolada en brazos de Maxi mientras él le acaricia el pelo e intenta tranquilizarla. Dios, ¿cómo es posible que haya sido tan confiada, tan incauta? Las lágrimas no paran de brotar de sus ojos; es un torrente. Maxi la aprieta más contra su pecho, pero Raquel no tiene consuelo. Ni siquiera él puede consolarla.

—No tengo cama ni un colchón para dormir esta noche, nada. Se lo han llevado todo. Toda mi vida estaba en ese camión. Todas mis cosas, mi ropa... No tengo nada. Nada. Ni una muda de ropa —repite Raquel desconsolada—. Me lo han quitado todo, todo. También mis ordenadores con todos los listados de clientas... Lo he perdido todo.

—Tranquila. Estoy aquí contigo. Todo se arreglará. Estoy aquí. Yo no voy a marcharme —dijo Maxi—. Me voy a quedar hasta que

solucionemos esto. Tranquila.

—No es por interrumpiros —dice la Tata—, pero digo yo que habrá que ir a la policía a denunciar el robo. De esto y de las joyas.

—No podemos hacer eso —niega Raquel—; si lo hago, se destapará el negocio y todo se irá a la mierda.

—Tienes que hacerlo —le dice Maxi—. Diremos que es una agencia de modelos. No lo van a comprobar.

Maxi acompaña a Raquel a la comisaría de Centro a poner la denuncia. Efectivamente, los policías no preguntan demasiado sobre la empresa, pero sí piden datos de Omar: descripción física, número de teléfono, dirección, nacionalidad.

Raquel se da cuenta de que no sabe absolutamente nada de Omar, ni siquiera dónde vive; es más, ya hasta duda de que sea iraní, como había dicho su madre. Los ha engañado a todos...

—Con los pocos datos que usted tiene va a ser muy difícil localizar a este individuo —le dice el agente—. Veremos a ver si la descripción que nos ha facilitado se corresponde con algún delincuente ya fichado por la policía, pero tenga en cuenta, señora, que usted no sabe ni el apellido de esta persona. Lo comprobaremos también con la embajada de Irán y con los de aduanas. Ha obrado usted de manera completamente imprudente.

—¿Tenía usted la casa asegurada? Los seguros cubren robo de domicilio.

—No lo sé, de esas cosas se ocupaba mi exmarido —contesta Raquel—. Yo no sé nada.

Al salir de la comisaría, Maxi acompaña a Raquel de vuelta a Lavapiés. Antes la obliga a parar en un bar a comer algo. Cuando llegan de nuevo a la casa, Raquel se echa a llorar otra vez. Era verdad: no tenía ni un colchón donde dormir.

—Raquel —le dice Maxi—, tienes que llamar a tu madre. Debes ir a dormir a su casa esta noche. Mañana verás cómo arreglar esto. Te vas a Ikea, te compras cuatro cosas y santas pascuas. Ya lo irás arreglando todo. Todo tiene solución, Raquel. No te derrumbes ahora. Tómalo como un nuevo comienzo.

Pero sí, claro que se derrumbaba. No solo su exmarido la había echado de casa, sino que ahora le habían quitado todo lo que tenía y se había quedado sin uno de sus gigolós; eso también, aunque fuera un hijo de la gran puta. Cuando parecía que las cosas empezaban a funcionar, todo se desmoronaba de nuevo.

—Maxi, tú no me dejarás también, ¿verdad? Dime que no. Dime que tú no me vas a abandonar como todos.

—Raquel, vamos… Te llevo en la moto a casa de tu madre; allí podrás descansar. Mañana será otro día. Lo verás todo distinto.

—Lo dudo —contesta—. Antes tengo que contarle todo lo que ha pasado y no le va a hacer mucha gracia. Soy un completo desastre, una fracasada, un cero a la izquierda. No valgo para nada. Nadie me quiere. Nadie quiere estar conmigo. Todos me traicionan.

—Yo sí te quiero, Raquel. Yo sí te quiero —le dice Maxi mirándola, y Raquel ve que él también tiene los ojos llenos de lágrimas.

59
La carta

Querida Raquel, mi Raquel, mi niña bonita. He querido esperar unos días a que te repusieras del golpe de lo del robo para escribirte esta carta. No soy capaz de decírtelo a la cara, me falta valor. Sé que llega en el peor de los momentos, cuando estás absolutamente hundida, pero es que no tengo otro momento. Yo también te voy a dejar en la estacada, Raquel. Yo también te voy a abandonar.

He decidido darle una oportunidad a mi relación con Isa. No solo por ella, sino porque está embarazada. Voy a ser padre, a tener una familia, lo que siempre he querido. Me ha pedido que deje mi trabajo de gigoló, que nos casemos y que tengamos juntos ese bebé, y creo que es lo mejor que puedo hacer. Mi vida tampoco anda bien. Desde que te conocí, todo cambió, pero creo que para mal. Ser gigoló no es lo mío, no es lo que soñaba con hacer. Ya sé que se me da bien, he vivido experiencias increíbles, he conocido a mucha gente y te agradezco la oportunidad que me has dado y que hayas confiado en mí. Encontrarás a otro como yo y saldrás adelante, estoy convencido de ello. Eres la persona más fuerte y más maravillosa que he conocido jamás. Vas a hacer todo lo que te propongas, ¿me oyes? Todo. Vas a conseguirlo todo, y ¿sabes por qué? Porque te lo mereces. Así de sencillo.

Me habría gustado tanto que las cosas fueran de otra forma, que hubiera habido un futuro para los dos... Pero por desgracia, hay obligaciones, cosas que uno debe hacer aunque no quiera. Me debo a Isa y al bebé que está en camino. Eso es lo único que sé ahora.

También sé que te echaré muchísimo de menos, ya te echo de menos; que pensaré en ti cada día y que probablemente me tire de los pelos por haber tomado esta decisión, pero es lo que debo hacer. Es que no puedo hacer otra cosa. Es mi responsabilidad y es la persona que me ha acompañado durante los últimos diecisiete años de mi vida. Ahora me necesita y debo estar con ella. Y para eso debo renunciar a ti con todo el dolor de mi corazón y de mi alma.

A partir de hoy dejo de ser tu gigoló. No me gestiones más citas, no iré a ningún sitio más. Lo dejo. No puedo seguir. Sé de sobra que te hago una putada enorme, pero encontrarás a otro. Si es necesario, yo mismo te ayudaré a buscarlo.

Nunca olvidaré aquella tarde en la que te conocí buscando tu anillo por la piscina. Me pareciste una pija flaca, una niña tonta, ¡qué equivocado estaba! Tampoco olvidaré los momentos que hemos pasado juntos, ¿y sabes por qué? Porque han sido los mejores de mi vida, a pesar de todo. Me has despertado, Raquel. Me has enseñado a ver la vida de otra forma. Estaba dormido y tú me has despertado al mundo.

Yo ya he tenido mi luna de miel y fue contigo vomitando en Santorini, los dos juntitos en aquella habitación de hotel, ¿te acuerdas?

Con Santorini en el corazón, se despide de ti y te pide perdón,

MAXI

P.D. Te mando la pulsera de mi madre que tanto te gustaba. Quiero que la

tengas; al menos, que te quede algún recuerdo bueno de mí.

60
Volver a empezar

Amueblar una casa tan pequeña al menos era fácil. Había bastado un día en Ikea con su madre y la Tata para comprar todo lo necesario de una vez, incluidas sábanas, toallas y útiles de cocina. A día siguiente llegaron dos chicos de Ikea y se lo montaron todo. Su madre se encargó de pagarlo. Al finalizar, parecía una casa normal, de una persona normal. Una casa Ikea, como tantas otras. Por la tarde le llegó la tele y el ordenador. Vinieron a instalarle el ADSL. La Tata apareció con unos geranios para las ventanas. Su madre le llenó la nevera con cosas del súper cercano.

Al día siguiente, se encargó de la ropa. Al principio, los primeros días después de la hecatombe, no tuvo más remedio que usar la que le dejó su madre. Pensó en lo rara que era la vida, en su armario de antes, a reventar de ropa cara, de bolsos de mil euros y ahora sin ni siquiera unas bragas que ponerse, ¿por dónde empezar? ¿Qué debe comprarse una persona que no tiene nada, a la que se lo han arrebatado todo? ¿Un pintalabios rojo?

A veces, en sus viajes, fantaseaba con que se le perdía la maleta y tenía que comprárselo todo en una ciudad extraña, en la ilusión que le haría hacer eso. Y mira por dónde iba a vivir esa sensación en su propia ciudad, sin tener que coger ningún avión.

Quiere hacerlo fácil, así que se mete en El Corte Inglés de Castellana con mil euros que le da su madre y va recorriendo planta por planta, comprando ropa para empezar de nuevo. Todo nuevo. Empieza por las bragas y los sujetadores, un par de pijamas, calcetines y medias. Después recorre las plantas de moda y piensa en lo que necesita. Recuerda también los consejos de la estúpida mujer japonesa: menos es más. Y es verdad, tampoco se necesitan tantas cosas. Algunos pantalones, unos cuantos jerséis, camisetas, vaqueros, un par de vestidos, unos botines, unas deportivas y unos zapatos de tacón, un abrigo, una gabardina, un chándal... Luego baja a la sección de cosmética y se compra un perfume y algunas pinturas y cremas.

Pasa por el *stand* de Delaunay y ve algunos de los cosméticos que conoce tan bien. Una señorita le ofrece unas muestras de una de las cremas que ella lanzó. Las coge; ahora necesita hasta las muestras. Las guarda en el bolso. Ve todas las lacas de uñas que antes tenía en su baño y se prueba varios de los pintalabios. Se sabe todos los nombres de memoria. La dependienta la mira con cara de reprobación: no se pueden probar por motivos de higiene. Muchas de aquellas cosas se

las había inventado ella, incluso había ayudado a montar aquel *stand*. Pero qué más daba ya, eso había sido en otra vida, en una vida anterior; ahora se ha reencarnado en otra que no sabe ya ni quién es. La nueva Raquel, más perdida incluso que cuando se follaba a todos los del Tinder de su barrio.

Piensa en lo paradójica que es la vida. Ella, que ofrece sexo por dinero, no tiene ni sexo ni tampoco dinero para pagar por él. Ella, que es *madame* de una empresa de gigolós, ni siquiera tiene ya gigolós. Ni empresa… ni casa. Piensa en los dependientes de la planta de deportes; quizá alguno de aquellos chicos quiera trabajar para ella. Quizá, mientras se prueba unas Nike que no se puede permitir, puede decirle a alguno de esos guapos chicos: «Mira, te voy a proponer una cosa. Sé que te va a sonar raro, pero te voy a convertir en el gigoló más caro y más famoso de todo Madrid». Después, no sabe cómo, se acuerda de la canción de Burning: «Los años te delatan, nena, estás fuera de sitio. Vas de caza. A quién vas a cazar».

Necesita coger un taxi, porque va tan cargada que es imposible ir en metro. Le cuesta mucho subir los cuatro pisos con las bolsas. Tiene que hacerlo en varias tandas y le entra miedo de dejar los paquetes abajo y que le robe alguno de los vecinos; ese barrio ya no es Chamberí, eso es otra cosa. Cuando entra en casa, deja todas las bolsas colocadas encima de la cama. Se quita el abrigo y va hacia la cocina. En realidad, no hace falta *ir*, ya que en un piso tan pequeño no hay que ir a ningún lado, todo está en el mismo sitio. Se abre una botella de vino y se sirve una copa. Enciende el ordenador y un cigarrillo. Siempre la tranquiliza ese momento: ordenador, vino, cigarrillo. Se siente a salvo. Y hay tan pocos sitios en los que poder sentirse a salvo… Mira sus geranios a través de la ventana y les dice *hola, geranios*; después, abre Gmail y comienza a escribir…

> Querido Maxi. Hace días que quería haberte respondido, pero no he tenido la oportunidad de hacerlo con el lío de comprar todas las cosas de la casa y para mí. Entiendo tus circunstancias perfectamente, me las arreglaré. De momento tengo que dejar todo en suspenso hasta que encuentre nuevos gigolós, pero no voy a abandonar; es lo único que tengo ahora y por nada del mundo voy a dejarlo. Será la agencia de *escorts* de lujo más famosa de Madrid, aunque me cueste la vida. Es mi único proyecto, no tengo otro. Entiendo tu decisión y, sin embargo, tengo que pedirte un último favor; espero que al menos hagas eso por mí.
>
> Me ha escrito alguien muy importante que ha oído hablar de ti. Le he dicho que lo habías dejado, pero ha insistido. Ofrece mucho dinero, dos mil euros por una noche. Si no lo haces por ti, hazlo por mí; necesito ese dinero, estoy sin blanca. Después te dejaré ir, te lo prometo. Si aceptas, que espero que sí, deberás ir al hotel Orfila el próximo miércoles a las ocho de la noche. La clienta es un

poco especial. Si estás conforme, después te mando las instrucciones en otro correo. Deberás seguirlas al pie de la letra.

No me falles en esto. Luego quedarás libre y no volverás a saber de mí, te lo prometo. No he hecho más que complicarte la vida.

Un beso.

RAQUEL

61
Último servicio

Tiene que hacerlo, es imposible decirle que no. Se lo debe. Tan pronto como lee su *mail*, se siente dolido. Dolido de que ella no haya hecho absolutamente nada por retenerle. Nada. Pensó que quizá se ablandaría un poco dadas las circunstancias, pero, en realidad, él nunca le había importado. Tras leer su correo, sabe que ha tomado la decisión correcta al apostar por Isa y por lo que viene en camino. Ha apostado por ser el Maxi de siempre y no el Maxi de prestado, el Maxi que se había inventado ella.

Se pone el traje elegante, tal como ella le ha dicho en las instrucciones que le ha enviado, y se sube en la moto rumbo al hotel Orfila; en aquel aún no había estado. Mientras recorre Madrid en su vieja moto, hace balance de aquella vida: las mujeres con las que se ha acostado, los hoteles y casas en los que ha estado, los engaños, los orgasmos fingidos, las palabras sin sentir dichas susurrando, los gemidos de tantas y tantas mujeres bajo las sábanas limpias, los esponjosos albornoces de hotel, las botellas de champán a medio terminar, la ropa tirada por los suelos enmoquetados, los sobres con el dinero entregados siempre al principio de forma discreta. También imagina cómo será su vida a partir de ese momento: se ve en su barrio de siempre, con su vida de siempre, enseñando a pegar al saco a gente que quiere adelgazar, yendo a comprar pañales y leche de fórmula a la farmacia; se ve paseando por las calles de Hortaleza con un cochecito de bebé, haciendo coladas, comiendo hamburguesas Pamperas en el VIPS del Palacio de Hielo y viendo la tele por las noches, agotado en el sofá al lado de Isa, yendo a visitar al padre con el bebé recién nacido. Se imagina tocándole la barriga a Isa, sintiendo las patadas de aquel bebé que ha aparecido por arte de magia, como un regalo sorpresa que no quieres y que alguien te deja detrás de un zapato. El último regalo de todos, el que te falta por abrir. El mejor de todos.

Raquel había escrito que la mujer era peculiar. Como todas, vaya novedad. Todas eran peculiares, que levante la mano la que sea normal. «Quiere que todo sea a oscuras, sin hablar, sin decir ni una sola palabra. Si ella te habla, tú contestas; si no, no. Recuerda que va a pagar dos mil euros. Debes cumplirlo todo a rajatabla.»

En el fondo era fácil, un polvo a oscuras; así no se las tenía que ver con ella. Ni siquiera sabría si era guapa o fea. Mejor. Menos trabajo. Podría usar su imaginación, pensar lo que quisiera. Sería un buen fin de fiesta.

Raquel escribió: «Me ha dicho que la puerta estará entornada. Debes llegar a las 20.10 exactamente. Ella estará ya en la cama. Tendrás que guiarte hasta ella como puedas, porque toda la habitación estará a oscuras. Podrás hacerlo, no es muy difícil. A partir de ahí, debes dejarte llevar. Ella te hará saber lo que quiera aunque no os veáis ni habléis; eso es lo que me ha dicho. Y también que es tímida. Nunca ha contratado los servicios de un gigoló, por eso lo quiere a oscuras. Le da vergüenza que la veas».

Y Maxi llega al Orfila ya sabiendo que es la última vez, con ganas de disfrutarlo y de hacerlo bien, como alguien que sabe que es su último pitillo, su última copa; la última vez que pisará un sitio así, aunque sea a oscuras; la última vez que sentirá ese poder. Le late fuerte el corazón. Cuando sale del ascensor, toma una gran bocanada de aire.

Habitación 66. Son exactamente las ocho y diez, como Raquel le ha indicado. La puerta está entornada, según lo previsto. Maxi la empuja. Dentro, todo está oscuro como la boca del lobo. Huele bien, a habitación de hotel de lujo. Todas huelen parecido. Nunca pensó que la habitación de un hotel pudiera ser tan oscura. Se ayuda de las manos para distinguir los contornos de los muebles hasta que da con una de las esquinas de la cama. Entonces la toca. Un bulto en la cama. Va palpando su cuerpo a través de la ropa de cama. Está metida en ella y por lo que parece, tapada hasta el cuello. Va a tener que vérselas con una señorita remilgada; esas son siempre las peores, lo sabe ya por experiencia.

Le retira las mantas y toca con delicadeza su cuerpo caliente. Sus brazos tienen la carne de gallina. Nota la seda de lo que parece ser un camisón; es muy suave, casi tanto como su piel. El cuerpo es delgado y pequeño. Palpa la cara, el pelo... Es largo y huele bien. De repente, ella se incorpora y se agarra a él. Busca el hueco de su cuello, la nuez, las orejas; le toca el pelo con dedos nerviosos e impacientes. Él oye su respiración acelerada. Sus labios son suaves e impacientes. Cuando le besa, le muerde un poco el labio inferior. Su lengua es húmeda y a él le parece como de terciopelo, de terciopelo mojado.

Maxi recorre primero su cuerpo por encima del camisón; después, se lo levanta. Sus tetas son firmes y pequeñas; muerde sus pezones y siente que se estremece. Después, ella empieza a desabotonarle la camisa, hundiendo la cara en su pecho, buscando también sus pezones. Parece que quiere comérselo entero. Luego le desabrocha con urgencia el pantalón. Maxi está de rodillas en medio de la cama. Ella le saca la polla del calzoncillo y lo siguiente que nota es el calor de su boca ávida, que parece que tuviera hambre atrasada de cientos de

años. Nunca nadie le ha hecho una mamada igual; vaya por Dios, que la mejor clienta de todas va a ser la última. Y, además, a la única que no va ni siquiera a ver. Pero no le hace falta ver, solo sentir. Piensa en Raquel, en que es ella la que le está haciendo todo eso. Piensa que están en Santorini echando el polvo que nunca echaron; en realidad, nunca se intoxicaron con aquellas ostras. Tras la fiesta volvieron al hotel y permanecieron dos días en la cama, se perdieron la boda entretenidos en comerse vivos el uno al otro, tras tanto tiempo deseando hacerlo.

Y Maxi piensa que esa mujer que le está haciendo la mamada de su vida es Raquel. El placer es tan intenso que tiene miedo de correrse, pero no puede hacerlo tan pronto, quedaría en ridículo. La fiesta solo acaba de empezar y hay mucho dinero en juego. Se aparta de su boca y con un gesto decidido hace que ella se vuelva a recostar en la cama. Le quita las bragas con suavidad y agarra sus pequeñas caderas. Se le notan todos los huesos. Le mete la lengua en el ombligo y nota que ella tiembla y se estremece cada vez más. Luego baja suavemente hacia su coño, como si se deslizara por un tobogán mojado; así de húmeda está.

Aquello sabe estupendamente bien; el hacerlo a oscuras lo hace aún más excitante también para él. Imagina cómo es esa mujer y otra vez piensa en Raquel. Pero esa será la última vez que pensará en ella, así que le come el coño como tantas veces había imaginado que se lo hacía a ella, hasta hacerla gritar de placer. No cuenta las veces que ella se corre, pero a juzgar por sus gemidos y las contracciones de su vagina, son unas cuantas. Aquello no acaba nunca.

De repente, ella le habla, como en un susurro:

—Fóllame.

Eso es lo único que dice. Maxi apenas la oye, pero sí lo suficiente como para obedecer, como un buen gigoló haciendo su último servicio.

Cuando se mete dentro de ella la sensación es maravillosa. Parece que todo su cuerpo se funde con el de esa mujer, que su coño le arrastra más y más y más adentro. Siente no verla; le habría gustado ver su cara de placer en ese momento. De nuevo piensa en Raquel, en la cara que tenía cuando la vio con Omar aquel día en la sierra. Se imagina que la mujer tiene la misma cara que ella, que es ella la que le atrae hacia sí y le clava las uñas en la espalda… y de repente lo dice, sin darse cuenta de lo que dice, sin darse cuenta de dónde está:

—Raquel, Raquel. Me voy a correr. Te quiero, te quiero.

Y ella le contesta:

—Yo también te quiero, mi gigoló de barrio.

(Continuará…)

Sibila Freijo aúna en esta novela la narrativa erótica más sexy, fresca y excitante, con una trama romántica



¿Dejarías tu carrera en como directiva en una empresa de cosmética de lujo para poner en marcha una agencia de gigolós de alto estanding?

¿Qué pasaría si fueras socorrista en una piscina de una urbanización y te propusieran cambiar de vida para convertirte en el gigoló más solicitado de la ciudad?

Raquel es una guapa cuarentañera con una vida estable y acomodada y un trabajo estupendo. Todo va sobre ruedas hasta que un día, su marido decide abandonarla y su mundo parece desmoronarse de repente. Perdida y a punto de tocar fondo, el destino hace que se encuentre con Maxi, el sexy y encantador socorrista de su piscina.

Maxi es un chico de barrio, monitor en un gimnasio de boxeo, con su novia de siempre y una vida sencilla y tranquila. Entonces conoce a Raquel, «una niña pija» que le abrirá de golpe la puerta a una nueva y excitante vida que jamás pudo imaginar: la de los acompañantes de lujo.

Sibila Freijo (La Coruña, 1972) es licenciada en Ciencias de la Información. Comenzó su carrera profesional en el mundo de las agencias de comunicación para pasar muy pronto al sector de internet, donde durante más de dieciocho años desarrolló su carrera de periodista digital, primero en el mundo de los portales web, gestionando contenidos, y después dirigiendo las webs de varias revistas de moda y estilo de vida.
Lleva más de quince años escribiendo el blog de sexo y humor *Sexo en Chamberí* con el seudónimo Carlota Valdés, que también es la protagonista de sus novelas *Lo que descubrí de ti* y *Lo que no sabía de mí.* Está divorciada, tiene dos hijos.

Edición en formato digital: julio de 2019

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial Ilustración de portada: Fernando Vicente
ISBN: 978-84-17664-38-1
Composición digital: Newcomlab S.L.L.
www.megustaleer.com



Índice

Un chico cualquiera